

Yo, el copista

José María Fernández Alara

A mis queridos hermanos copistas

Rodolfo, Héctor y Gustavo, que

me ayudaron a mejorar la letra

Borges, en sus últimos años, eligió un pasatiempo especial: estudiar el escandinavo antiguo. Nadie supo bien porqué lo hizo ni cómo. Desde hace algún tiempo una versión circula en los cafés del Bajo de Buenos Aires: El viejo maestro ciego, decidido a jugar en el ancestral lenguaje del norte su última partida con la muerte, habría viajado a Noruega para elegir el tablero. Allí, en Trondheim, la antigua capital, obtuvo que los frailes dominicos le dieran una copia de un pequeño libro. Un manuscrito medieval que los novicios nórdicos todavía besan a escondidas antes de hacer sus votos; escrito a dos columnas, una en escandinavo antiguo y la otra en latín.

Quienes asistieron a sus postreros momentos señalan que el viejo escritor, cansado de tantos enroques de los del poder, gambitos de las damas y mitras en un juego hindú, sonrió muchas veces con las inocentes aventuras de un joven copista que le leían, hasta que una tarde inclinó su lapicera, besó, como un novicio más el texto, hizo su voto y entró serenamente en el gran laberinto.

Los traductores no podemos dejar de dar testimonio de lo que nos pasó en Noruega, cuando llegamos al Convento de Nidaros para obtener una copia del manuscrito y nos entrevistamos con P. Hilbert Knudsen O.P., quien está a cargo de la biblioteca desde hace más de 45 años. Al preguntarle sobre la veracidad de estos hechos, la respuesta fue: “¿Quién podría afirmar o negar un hecho tan concreto?”. Esa respuesta confirmó nuestras suposiciones de que Borges había estado por allí, especialmente después de ver la mirada al cielo y un guiño cómplice del fraile.

Nuestro agradecimiento a la comunidad de Nidaros y a su digno bibliotecario, que nos acercaron el libro y autorizaron la traducción hispana, que con orgullo presentamos, esperando que su lectura – a pesar de la distancia de tiempos y lugares- despierte una sonrisa.

Los traductores

Primera Parte: Los escribas del Señor

Autorización para escribir

Pongo estas futuras páginas bajo la Protección de la Señora. Que Ella perdone mis errores y que su mano escriba derecho en mis renglones torcidos. Como no sé si Ella me apoya en este proyecto, acepto que si se vuelca ahora el tintero con mi sufrida tinta negra, significa que me pide que no siga adelante.

Bueno... No se volcó, así que continúo tranquilo, pues sé que la Virgen está conmigo y tengo Su autorización. Lo que me propongo es escribir algo mío durante las largas horas en que nos obligan a hacer palotes para mejorar la caligrafía. Lo voy a hacer para practicar también mi latín. Para ello voy a escribir primero en nuestro idioma y luego lo voy a traducir lo mejor que pueda al latín.

Sé que no estoy preparado para escribir unos *Commentaria* (¹), aunque me encantaría, pero creo estar en condiciones para escribir una *Chronica*, o sea, contar lo que pasa aquí en la vida de nuestra familia. Para esto cuento con una virtud nórdica: Soy bastante callado, y como también soy medio tímido, por lo general, la gente ni se da cuenta de que estoy presente.

Yo siento algo así como una *vocatio* especial. El otro día tenía tantas ganas de tomar la pluma y empezar a escribir que pensé que estaba poseído... y me asusté. Recién me tranquilice cuando me hice la señal de la Cruz con agua bendita y no se me prendió fuego la mano. Allí se me ocurrió lo de *vocatio*, que es muy distinto de estar poseído; suena más cristiano y aleja la posibilidad de que me tengan que exorcizar el alma inmortal y molerme el cuerpo a palos.

También voy a aprovechar para escribir durante los momentos que nuestros Maestros dejan libres cuando dictan. Justamente ahora estoy escribiendo porque Juan de Nápoles (*Ioannes Neapolitanus*), conocido en la Universidad de París como *Doctor Irascibilis*, ha interrumpido su dictado para consultar una cita de Abelardo.

Acá, en el *Scriptorium*, la amplia sala de los “Escribas del Señor”, donde tres braceros de hierro ahuman todo y simulan paliar el frío que nos congela los dedos, nosotros, los jóvenes copistas, copiamos y copiamos.

...Y comienzo con la *Chronica*. En primer lugar, siguiendo el consejo de Heródoto, es

¹ En la columna en escandinavo, muchas veces aparecen palabras en latín. En esos casos hemos preferido respetar el texto latino y no traducirlas. (Nota de los Traductores).

necesario que ubique al lector en el tiempo y en el espacio. Ya sé que seguramente nadie lea estas páginas, pero eso no quita hacer las cosas bien. Además, seguramente yo me voy a leer.

Soy un afortunado hijo de estos tiempos, donde la publicación de libros ya es una rutina más. El *Magister* dicta en voz lenta un párrafo y los copistas lo escribimos en los pulidos pergaminos. Así transcurre nuestra vida, rodeada de plumas afiladas, tintas de colores y frascos de arena para secar la escritura.

Soy uno de ellos y sería plenamente feliz si no fuera por el frío que me agarrota los dedos. En esta comarca de bosques ralos y grandes fiordos el frío es algo sólido, material. Nuestro invierno es tan duro que la gente de otros países nos llama “los hombres rojos”, por como se ponen nuestras narices por el frío; aunque otros atribuyen la causa de ese color a nuestra querida bebida, el *acquavit*. Pero Dios sabe que lo tomamos por el frío y si alguno nos critica porque lo hacemos también en pleno verano, lo invitamos a que pase un invierno aquí, a ver si no le queda frío *a posteriori*, como diría nuestro otro Maestro, Paulus Romanus.

¡Ah! Me olvidaba. Para estas páginas sólo voy a usar el pergamino que los copistas sacamos de los pupitres para envolvernos los pies. No es que los pies sean lo más importante, pero ellos son los que nos mantienen en la tierra y por donde sube el frío del piso. Para que nadie pueda acusarme de derroche, me voy a abrigar una pierna sola. Para no resfriarme turnaré el apoyo de los pies. El que quede al aire lo pondré debajo de mi trasero.

Los Padres Fundadores

Y sigo con la *Chronica*: Este Convento de Mildal lo fundó una avanzada de nuestra Orden de Santo Domingo hace poco más de treinta años. Nuestros padres fundadores habían recibido del Maestro General de la Orden la misión de encontrar la ruta de la seda y convertir al Gran Emperador de Catay a la fe de Cristo, nuestro Señor.

Roma apoyó decididamente esta cruzada dominica en tierra de Infieles. Quizá no tuvieron mucho tiempo para los detalles; digo esto porque la Bula Papal designó al Prior del futuro Convento "General en Jefe o Abad Mitrado ante la Corte del Gran Mongol, según las circunstancias". Esto llamó un poco la atención - especialmente a nuestros criticones hermanos franciscanos - porque nuestra orden no es militar ni tiene Abades. Pero *Roma locuta, causa finita*, lo que significa que les guste o no les guste a los Hijos de San Francisco, se tienen que aguantar que nuestro Convento, aunque es de simples frailes predicadores, tenga un Abad al frente.

Para facilitarles el camino a los padres fundadores se les entregó un barco y con el mayor secreto se les confió un mapa atribuido a Alberto Magno, que señalaba qué estrellas había que seguir para llegar a esas tierras desconocidas.

Los queridos padres partieron y con unos ladrones perdieron el mapa, después con una tormenta perdieron el barco, y al final con unas cuantas noches nubladas, perdieron el rumbo de las estrellas. Lo único que les quedó fue la fe y su empujamiento en que debían convertir al Gran Rey.

Arthur Larsen de Mildal

Arthur Larsen, el señor de Mildal, los vio llegar después de una tormenta de nieve que había durado todo el invierno. Estaban con la mirada extraviada, desarraigados y tan decididos a seguir adelante, que trató de convencerlos de que la ruta que seguían los llevaba al polo y que allí el único emperador es el oso blanco. Como los padres fundadores eran muy cabezas duras, en vez de entender que aquí acaba el mapa de la tierra, le exigieron a nuestro señor que los dejara pasar o los matara.

Arthur Larsen, para salvarles la vida, apeló a una solución milagrosa: se ofreció para ser el Gran Rey que ellos andaban buscando para convertir al cristianismo. Los padres fundadores no tuvieron cara para decirle que su señorío era más bien chico y su gente más que escasa para ser el Gran Emperador buscado. No sabían como responder sin ofender y Dios les inspiró la salida: Si Arthur abandonaba seriamente a Odín y a todas sus pompas, ellos conseguirían que Dios - achicando un poco los ojos- lo considerara el Gran Señor buscado. Para ello, Arthur Larsen debía terminar con la poligamia, en la que pecaba con demasiada alegría para sus cincuenta y pico de años.

Nuestro señor de Mildal mostró su compasión y la valentía que siempre lo acompañó. Se convirtió y no sólo renunció a sus seis esposas, sino que se casó, según las leyes de nuestra Santa Madre Iglesia, con Ingrid, una jovencita rubia muy linda, a la que ya le había echado el señorial ojo y a la que el pueblo groseramente denominó *Ingrid Prima quamquam Séptima*, o sea: "Ingrid Primera aunque Séptima".

Y así, de un día para otro, nuestra perdida comarca del fin del mundo logró para su serio pueblo de Mildal una religión seria, un Convento serio, edificado por nuestros serios padres fundadores y un señor que se ponía serio cuando le miraban la esposa.

Alguien se preguntará sobre las causas que motivaron que nuestra región tardara tanto en abrazar el cristianismo: Que ese alguien piense en el frío, pero en el frío del fin del mundo. Además nuestro pueblo de Mildal está entre Hammerfest y el Cabo Norte, en el fin de la región de Finnmark, o sea donde los mapas sólo dibujan contornos borrosos con monstruos y alguna leyenda que dice que durante tres meses por año el sol no sale y durante otros tres no se pone. Estamos tan lejos que la gente inventa leyendas, como la de que nuestro viento es un castigo divino que vuelve locas a las personas, de tal forma que no pueden comunicarse con nadie. Confunden castigo de Dios con presencia de los Lapps, ese minúsculo pueblo nómada, llamados también Sami, a los que nadie entiende, que aparecen y desaparecen en nuestros valles con su extraña lengua y su cultura lapona, tan diferente a la nórdica o a la de los demás países cristianos.

No voy a poder seguir, Juan de Nápoles ha vuelto y tiene cara de querer echarnos una parrafada "de vela entera", como decimos nosotros.

Aristóteles, Santo Tomás de Aquino y los bárbaros

Retomo "mi *Chronica*". Ya han pasado más de treinta años desde la conversión de nuestro pueblo. De los padres fundadores solo queda nuestro amado Abad. Hace unos meses atrás - *animo dolente* - enterramos bajo el altar de San Olaff III, el Santo Rey Mártir, Patrono de Noruega, a nuestro inolvidable señor Arthur Larsen.

Como señalaba, soy un copista dominico. Sé que en una *Chronica*, el redactor no debe hablar de sí, pero como esto es casi para mí solo, puedo confesar que sueño con dictar algún día unos *Commentaria* sobre el gran Agustín de Hipona. Es cierto que no sé mucho sobre la obra del hijo de Santa Mónica, pero creo que hasta Tomás de Aquino no sabía mucho a mi edad.

De este gran Santo de nuestra Orden se sabe que entraba a una sala de copistas, dictaba su párrafo y mientras mis colegas lo transcribían cuidadosamente, se dirigía otra sala y dictaba otro párrafo, dictando como si nada ¡Hasta seis libros a la vez!

Sñar no es pecado, aunque como estoy despierto puede ser un pecado de orgullo. Si es así, pido perdón a Santo Tomás y a la Madre de todos nosotros... Por si acaso, pido perdón también a San Agustín... y a Santa Mónica. A los cuatro, sí. ... ¡Pero que lindo sería escribir unos *Commentaria* al *De Civitate Dei*! ...Y que mis compañeros copistas vieran mi nombre en la primera página... que si esta en letra chiquita no debe ser pecado grande.

Bueno, vuelvo a la *Chronica*: Nuestro Maestro Juan de Nápoles es quien tiene a cargo el dictado por las mañanas. Conoce bien su oficio de comentarista del “Filósofo”, como todos llamamos a Aristóteles. Recién, haciendo gala de su saber, nos contaba que los escolásticos habían podido conocer las obras de los grandes filósofos griegos, sólo gracias a que los sabios musulmanes sabían griego, las habían traducido al árabe y las llevaron consigo cuando se instalaron en la península ibérica, después de la invasión mahometana. En nuestros países el conocimiento del griego había desaparecido tan completamente que cuando aparecía una cita en griego, como nuestros comentadores no lo sabían traducir, ponían en su lugar *Graecum est, non legitur*, o sea: “es griego, no se entiende”. Y por eso, en latín vulgar se llama griego o “gringo” a toda persona que habla una lengua extranjera.

Y remató su frase con que "Dios, en su infinita bondad, ha permitido que los hijos de Mahoma recuperen para la Cristiandad el tesoro de saber perdido siglos atrás, cuando los pueblos bárbaros quemaron las bibliotecas y a los que estaban cerca de ellas".

El orgullo vikingo

Este parrafito mucho no nos gustó, porque nosotros somos hijos de esos pueblos. Será verdad lo de la quema de las bibliotecas, pero también es cierto que nuestros pueblos fueron hacia el sur buscando un poco más de calor. El calor es de todos y allá sobra. Y si tenían la costumbre de prender un fueguito por aquí y otro por allá era porque extrañaban nuestras congeladas tierras, donde el fuego es vida. Por otro lado, si los libros estaban hechos de material que se quema fácil y ellos no sabían leer, no se los puede acusar de quemar la cultura, sino de utilizar material combustible culto sin que ellos lo supieran, y esto es muy distinto. ... Y lo de que quemaban a los que andaban cerca de las bibliotecas, no es que no sea verdad, pero habría que preguntarles a los quemados, si ellos no los hubieran puesto en la parrilla a nuestros tatarabuelos, si hubieran podido.

Por eso no nos gustó lo que dictó y como somos un pueblo frío, pero de sangre caliente, protestamos estrepitosamente por la ofensa, pero con disciplina de novicios. Lo hicimos, levantando la mano para pedir permiso y tosiendo y estornudando a nariz y brazos abiertos, de a uno a la vez.

Magister Juan de Nápoles

Creo que nuestro Maestro, Juan de Nápoles, entendió el mensaje porque nos miró fijo, gruñó, pateó el suelo y nos gritó furioso que si tenemos algo que decir, seamos valientes y terminemos de murmurar, que a los “bárbaros” se los llamó así por que “balbuceaban” lenguas ininteligibles. Que nosotros somos iguales, pues sólo balbuceamos estupideces en lengua inculta. Y así, se fue pegando un portazo.

Mi amigo Olaff “*Calamitas*” nos hizo despanzurrar de risa porque tomó una vela e hizo que quemaba el armario, donde están los libros más valiosos del Convento. Este Olaff es un sol para nosotros. No ha dejado de hacernos reír con sus salidas desde la tarde en que unos soldados del castillo lo trajeron al Convento, después de que allí lo curaran de unas fiebres, durante las cuales hablaba siempre de Nuestra Señora. Todos dicen que viene de Trondheim, nuestra gran capital, de donde salió en peregrinación en honor de la Virgen Maria.

...Hace algunos años enviaron desde Roma dos Maestros para nuestro Convento. La versión oficial dice que Juan de Nápoles y Paulus Romanus fueron enviados a estos páramos para que nos desasnen como la gente y que nuestro Convento alcance la fama que tiene el *Studium Generale* de nuestros hermanos de Saint Jacques, en París. Parece un poco exagerado... pero siempre es bueno tener ideales altos. A Juan de Nápoles le han encomendado nuestra formación filosófica y a Paulus Romanus nuestra preparación en teología.

Pero, en la cocina se comenta otra cosa: Del *Magister* Paulus Romanus dicen que lo mandaron a estos lares para enfriarle la cabeza de ideas avanzadas que asustaron a más de uno. Cuentan que además de enseñarnos está aprovechando su tiempo libre para escribir un comentario al *De Principiis* de Orígenes de Alejandría, nuestro primer teólogo. Del *Magister* Juan de Nápoles, entre el humo y el olor a cebolla, se murmura que lo mandaron para enfriar su apasionado carácter, muy difícil de digerir en la culta París de este abierto siglo XIV... Dicen que su combativo temperamento fue la estrella que lo guió hasta este pesebre de hielo.

El chisme detalla que la gota que colmó el vaso fue una discusión sobre un texto de Boecio, que mantuvo con un Maestro de la orden de los franciscanos – los que siempre nos han envidiado que nuestro Tomás de Aquino fuera más grande que el Buenaventura de ellos -. Parece que la disputa fue agria y que nuestro Maestro, en plena *Publica Disputatio*, terminó haciendo gestos *non sanctos* y llamando a su contrincante “*Masturbator Magnus*”.

Cuentan que fue el propio obispo de París quien pidió su traslado “para que no se desate

una guerra de religión entre las dos órdenes más reconocidas de la Cristiandad”.

Este Maestro es muy preparado, tiene ya publicados Comentarios al Órgano y a los Analítica I y II del Estagirita, pero tiene un carácter bravo y es muy exigente. Por eso los novicios le tenemos un miedo “cauteloso”. Nuestra relación con quienes nos enseñan tiene casi siempre doble cara, simpática la nuestra, ausente la de ellos. Pero con él es peor.

Además todos sabemos que no está de acuerdo con una tradición de nuestro de Convento de Mildal, según la cual los novicios pasamos obligatoriamente por el *Scriptorium*. El *Studium* de Saint Jacques recomendó que los novicios de aquí seamos copistas para que aumentemos nuestra sabiduría, mejoremos nuestro pensar y aprendamos el latín. Nosotros imaginamos también que es una forma de hacernos reparar lo que nuestros abuelos redujeron a cenizas (cultas).

Olaff Calamitas

En el punto final de párrafo anterior debí interrumpir por unos días porque se armó una peor que la que hace algunos años pasó en nuestra querida Madre la Iglesia, cuando nuestro amado Pietro de Morrone, al poco tiempo de ser elegido Papa como Celestino V, por primera vez en la historia del papado, renunció y se volvió a su monasterio, huyendo despavorido de Roma, los cardenales, los curas, los frailes, las monjas y hasta del río Tíber.

Les cuento: Yo estaba, lo más tranquilo, escribiendo esta *Chronica* cuando escuché que desde un pupitre del lado de las ventanas que dan a la galería susurraron ¡*Cavete!* ¡*Porcus venit!* que es nuestra contraseña – con algún condimento porcino de protesta- de ¡”Cuidado que viene el Maestro”! Como un resorte guardé mi manuscrito y me uní al silencio de todos los novicios, que con cara de concentración metafísica, nos refregamos las manos frías y pusimos en el aire nuestras recortadas plumas. Salvo uno.

En el último banco, totalmente sumergido en lo suyo, escribe que te escribe, estaba el joven novicio Olaff, llamado por todos “*Calamitas*”, no tanto por el valor de la caligrafía de su pluma (*calamus*), sino por los problemas o calamidades que deja siempre detrás de él.

Juan de Nápoles empujó con el pie hacia atrás la puerta y bramó el remanido “Decíamos...” con el que los Maestros retoman el abrir sus bocas y los copistas el inclinar nuestras espaldas. Al instante siguiente, el Maestro, ni ciego ni estúpido, detectó al novicio escribiendo a destiempo. Todos vimos su mirada y mandamos las nuestras para alertar a nuestro compañero. Pero no las

detectó.

Con muchas pulgas y con más ganas de rascarse, Juan de Nápoles observó, suspiró y esperó que el (¿idiota?) novicio levantase la mano izquierda, señal de atraso o problema que justificara la interrupción de la labor del Maestro. Pero el copista seguía escribiendo.

Me imagino que al profesor, en la parte más superficial de su alma, se le debe haber representado: “Este desvergonzado está escribiendo cuando no le dictan. Además de distraído e indisciplinado está distrayendo el tiempo de la enseñanza y los bienes de la comunidad en alguna estúpida e imbécil escritura”.

Esto lo pensé yo y quizá se deba a que también escribo a escondidas. Pero lo mío es un poco distinto. Una “*Chronica*” sirve también para mejorar la caligrafía y bien me cuido de estar atento si viene un Maestro. Aunque en ese momento tuve ganas de esconderme debajo del pupitre y comerme este escrito.

Como si no pasara nada, Juan de Nápoles se aguantó matarlo, puso cara de vinagre estacionado al sol, y con voz grave dictó: “El Peripatético dice que la Lógica nace cuando el ser humano descubre y aplica el “Principio de Identidad”. Este principio afirma que “el ser es y el no ser no es “y ello constituye la base de la racionalidad”. Y para que nadie pudiera alegar que se trataba de algo difícil de entender, agregó el ejemplo clásico: “El principio de identidad es lo que nos permite afirmar que nadie puede estar sentado y parado a la vez. O una cosa o la otra. Si alguien afirmara que puede hacer ambas cosas a la vez, estaría contradiciendo a la razón, que señalaría que esa afirmación no es lógica.”

A todas luces era un párrafo corto, que le permitiría observar si “el irresponsable” abandonaba su nube de incienso barato.

Todos terminamos de copiar a las apuradas y cuando mojamos las plumas aprovechamos para observar de costado qué pasaba en el fondo... Allí Olaff, “*Calamitas*”, seguía escribiendo con la punta de la lengua afuera.

La respuesta viene desde más allá de la lógica

Juan de Nápoles retomó el dictado, pero ya caminando hacia el fondo: “...Para que algo sea lógico es indispensable que no contradiga su esencia. El estar sentado repugna a la esencia de estar parado. Ergo, no es lógico estar parado y sentado a la vez”.

El Maestro se detuvo en seco y nuestras plumas también. Todos conocemos que cuando

nos atrasamos se pone verde y hasta las llamas de las velas con que iluminamos los pergaminos se achican; pero esta vez era distinto. Olaff *Calamitas* estaba provocando sin mucha conciencia una *calamitas de maxima difficultate*: ¡Seguía escribiendo totalmente concentrado en lo suyo! Entonces, el Maestro bramó:

-!!!¿Puede repetir lo que estaba diciendo?!!!

Las orejas recibieron el alarido desde menos de un pie de distancia e hicieron flamear a todo Olaff *Calamitas*, cuyos ojos asustados mostraban el susto y los intentos desesperados de volver desde algún lugar muy, pero muy lejano. Después de un ominoso silencio contestó:

-Algo sobre... ¿Sobre... la lógica? ... Algo que dijo... ¿Aristóteles...?

-Tiene buen oído –ironizó Juan de Nápoles-. ¿Y que opina, el brillante novicio de la Orden de las Orejas con Suerte, sobre el ejemplo que da el Filósofo de que no se puede estar parado y sentado a un mismo tiempo? ¿Está de acuerdo o se trata de una *Contradictio in terminis*?

-No... Sí... Claro... Estoy... casi de acuerdo –Olaf *Calamitas* trataba de *simular* gran seguridad en lo que decía, a pesar de no sabía si el ejemplo era a favor o en contra y no tenía muy claro qué significaba “*contradictio in terminis*”– ... A lo mejor... se puede. Digo yo... ¿No?

-¡¿Casi de acuerdo?! ¡¡... A lo mejor se puede!! ¡¡Pero qué bien!! ¡¡¡Atención escolásticos de la tierra, vivos o muertos, suspendan sus estudios o contemplaciones y vengan a escuchar a este bufón del ártico criticar a Aristóteles y sostener que se puede estar sentado y parado al mismo tiempo!!!!

Todos fruncimos los ojos y nos encogimos en nuestros asientos para prevenirnos de lo que se venía. Yo apoyé los dos pies en el suelo, a pesar del frío que iba a sentir en el pie huérfano de pergamino. El Maestro se estaba poniendo rojo y el discípulo blanco. Cuando todos esperábamos una frase de disculpa o un silencio culposo de parte de Olaff, éste se levantó a medias y sin llegar a pararse, le dijo:

-Y... así... ¿Ve? ...No estoy ni parado ni sentado. Estoy un poco parado y un poco sentado. Casi parado, casi sentado. ¿No?

Allí se desató la tormenta. Juan de Nápoles se abalanzó sobre el novicio. Este intentó guardar su escrito en el interior de su hábito y al mismo tiempo salir del banco, pero no pudo. Al minuto siguiente el *Scriptorium* estaba hecho un campo de batalla abandonado. Juan de Nápoles había sacado a la rastra a Olaff, pero no sólo a él, también había arrastrado su banco, su pupitre y a dos novicios novatos que, al no correrse a tiempo, terminaron en el medio de la galería llenos de tintas de varios colores, arena hasta en las partes pudendas y como el hermano Berengarius

cuando pela gallinas, con plumas por todos lados.

Yo vi pasar la tromba a mi lado y pude ver los ojos resignados del novicio y como a Juan de Nápoles le salían palabras a borbotones de la boca. Las palabritas de mi Maestro fluían como escupidas: *¡¡Stupidus – vesanus – demens – ignarus – stultus- lunaticus – stolidus – ineptus – presumptuosus – temerarius - garrulus!!* Hasta que juntó fuerzas y se concentró en algo que parecía resumir todo *¡¡¡Masturbator Magnus!!!*

Al rato, cuando recién habíamos podido acomodar las cosas, vimos venir un trío encabezado por nuestro Abad y seguido a dos pasos por Juan de Nápoles y el Maestro de Novicios.

El Abad y el Maestro de Novicios

Fue un encuentro inolvidable, especialmente para nuestras jóvenes almas sensibles. El Abad entró carraspeando feo y sin mirarnos. Con un gesto seco le indicó a nuestro Maestro de Novicios que hablara primero. Las palabras de éste, que es el responsable de nuestra educación y disciplina, fueron pocas, pero concretas: Nos echó la culpa de lo sucedido a todos y nos constituyó a cada uno en culpable directo de lesa destrucción de la cultura cristiana y del saber de la humanidad. Para que nadie dudara de lo gravísimo de la falta cometida, nos recordó que desde el Concilio de Constanza del año 1252, la Orden Dominicana de los Predicadores tiene a su cargo los Tribunales de la Santa Inquisición... Que esto no terminaba aquí y que sacáramos las conclusiones por nosotros mismos.

Después, nuestro amado Abad le hizo una seña a Juan de Nápoles, quien nos dijo que la falta de Olaff *Calamitas* era gravísima, agregó que no le llamaba la atención porque en todos lados los novicios son muchachos atolondrados, distraídos y de mente lábil; pero que aquí, el frío debe afectar el cerebro, porque además cada uno hace lo que quiere, sin importarle los castigos humanos o divinos, creyendo que la máxima virtud cristiana es la libertad y soportar estoicamente las consecuencias, como el muy estúpido Olaff; a quien crucificó con dos clavos cultos del poeta Horacio: *Sicut erat in votis... Impavidum ferient ruinae* (Como era de esperarse... Las ruinas del mundo le caerían encima sin perturbarlo).

Nuestro viejo y amado Abad, Hildebrando, que es el único de los padres fundadores que aún se mantiene entre nosotros, habló al final. Comenzó diciendo que está demasiado viejo como para tener ganas de levantarse mojado por haberse acostado con novicios. Después –para

contento nuestro- criticó al Maestro de Novicios por asustarnos con la Inquisición. Delante de todos confesó: "Cuando estuve perdido con los demás padres fundadores, buscando al Emperador de Catay, me imaginé que iba a morir a manos de los infieles, pero nunca pensé, ni pienso, morir por causa de los novicios. Así que: o cambian de conducta o los mártires van a ser ustedes. Yo me voy a encargar personalmente de esa tarea, sin citas cultas y sin que sea necesario que el Maestro de Novicios pida ayuda a la Inquisición, que está para cosas más importantes".

Con respecto a Olaff *Calamitas* nos comentó: "Ya está en medio de las tinieblas de la Celda de las Penitencias. Cuando termine su largo castigo será enviado de vuelta a su maldita casa, de donde nunca debería haber salido. Y si a alguno de ustedes se le ocurre seguir su ejemplo y escribir una carta de amor, el diablo se encargará de su alma en lo peor del infierno; del cuerpo me encargaré yo. ¡La peste negra bubónica les va a quedar chica! Amén".

Cuando el Abad y su séquito se fueron nos quedamos con el alma asustada y miedo flotando en nuestros cuerpos encogidos.

Debo interrumpir porque acaba de entrar *Auris Magna* (Oreja Grande), nuestro Bedel, que es uno de nosotros, pero más viejo, más serio y más "disciplinado", que viene a repartir las tareas. Sucede que una vez por mes asignan los trabajos que debemos hacer cuando terminamos de copiar y estudiar. A mí me encanta ir a la cocina por el calorcito, los cuentos y el buen gordo del hermano Berengarius, que siempre está contento y con noticias de afuera, que le traen los que se acercan a comprar nuestra famosa jalea real o el acquavit bautizado que hacemos para las señoras.

...No tuve suerte. Me toca limpiar la Galería Principal. El trabajo no es mucho, pero debe hacerse más que bien porque allí están las celdas del Abad y de los demás Padres del Capitulo del Convento. Interrumpo aquí y espero que sea por poco tiempo.

El Abad y el *Magister* discuten si es *Magnus* o *Minimus*

Retomo mi *Chronica*. ¡Tengo mucho para contar! Ojalá tenga tiempo para hacerlo. Creo que voy a poder porque Juan de Nápoles ha pedido unos días de licencia para ordenar unas notas sobre la influencia de Proclo sobre los cuatro libros de las Sentencias de Pedro Lombardo. ... Aunque yo pienso que la licencia tiene otra causa.

Ya comenté que en la distribución de trabajos del mes me tocó limpiar la galería principal.

Lo que no conté todavía es que durante la mañana del segundo día, escuché un diálogo que me hizo maldecir los ejercicios que hacemos para memorizar textos largos y poder copiarlos al pie de la letra. A pesar de todos mis intentos para olvidarlo, me lo acuerdo con todas las comas y entonaciones.

Ya he rezado un montón de *Confiteor* y *Pater Noster* porque barrí como cinco veces el lugar en vez de alejarme y dejar en paz a mis oídos, pero una vez más, repito que mi intención era pura; o sea, que me quedé porque deseaba que la cosa terminara bien.

Escuché la conversación porque una puerta había quedado entreabierta... por eso también algo vi. La sostuvieron nuestro Abad y el Maestro Juan de Nápoles. Hildebrando, nuestro viejo y amado Abad, estaba en uno de esos días en que lo recomendable es andar en puntas de pie y lo más lejos posible del alcance de sus tirrias. El carácter de Juan de Nápoles también ese día estaba revuelto y entreverado. O sea, que por ambos lados la cosa se inclinaba más hacia los dominios de la ira que al territorio de nuestro patriarca Job.

-Padre Abad... –dijo Juan de Nápoles-. Quiero el traslado.

-Se golpea, se pide permiso, se espera a que le permitan entrar, se dice “buenos días”, se pregunta cómo está y después se dice lo que se tiene que decir y se va.

-Sí, eso ya lo sé, pero me estoy cansado del jueguito donde termino yéndome sin que Usted diga nada.

-¿Y porqué tengo obligación de decir algo? –contestó más agriamente nuestro Abad-.

-Porque las *Documenta* del Maestro General de la Orden decían bien a las claras que yo debía enfriar un poco mi espíritu por estos lugares. ...Y ya hace seis años que tengo los pies congelados y... el espíritu por los pies.

-No se nota mucho que digamos –contestó nuestro padre Abad, mirándole detenidamente las sandalias-. Sigues con el mal carácter de siempre y últimamente, Juan de Nápoles, te estás poniendo ansioso y pesado. ¿Está claro? Así que no me hartes más con tu cantinela de que te devuelva a "tu" civilización. Yo soy el Abad de esta comunidad y voy a decidir cómo y cuándo.

-Usted, con suerte, es Padre Prior. Lo de Abad es un cuento que no se lo creen ni las monjitas de la Segunda Orden.

-¡No le voy a permitir discutir lo que Roma...!!!

- Yo no discuto con Roma, discuto con Usted. El título de Abad Mitrado fue un invento de Roma para impresionar al emperador de Catay... Y aquí estamos a miles de millas romanas de la Mongolia. ¿Usted conoce algún caso de Abad en nuestra orden dominicana? ¿No le suena a

cuento chino?

-Me suena a Obediencia, que es lo que necesitas, Juan de Nápoles. Tu orgullo te está perdiendo. Más aún, me duele, pero tengo la obligación de decírtelo: Veo tu alma perdiéndose. Veo que andas perdido y eso es lo peor que le puede pasar a un hombre de fe, aunque poca, como parece tu caso.

-Perdidos anduvieron ustedes durante años buscando la China por estos pagos y nadie les dijo nada.

-Más respeto, jovencito –señaló el Abad-, que nosotros nos perdimos por voluntad de Dios. Nuestro Santo Padre Domingo debe estar muy contento al ver la obra que estamos haciendo en las tierras del bueno de Arthur Larsen de Mildal.

-Si Santo Domingo pasara por aquí se llenaría de sabañones hasta en sus partes menos santas. Y Arthur Larsen fue un reverendo... Mejor me callo. Porque ya veo que esto va a terminar como mi discusión con el Franciscano.

-¡No se te ocurra llamarme “¡*Masturbator Magnus!*” -aulló nuestro amado Padre Abad-. Mira que yo no soy un franciscanito con voto de sonrisa. Si me he aguantado, primero estar perdido siete años con los padres fundadores, y después las cabronadas de todos ustedes, es porque tengo todo lo que hay que tener para ser Abad.

- No debe ser mucho lo que se necesita... Y yo también tengo lo que necesario para no asustarme de Abades que se menean y no me va a temblar la lengua si tengo que llamar a un viejo cascarrabias y jodido, por más Abad que se crea... “¡¡*Masturbator Minimus!!*”

-¡¡¡*Sister tua!!!*–Gritó nuestro Abad-.

Estoy convencido de que quiso decir “*soror tua*”, pero tantos años con nuestra lengua vikinga le deben haber hecho confundir como se dice “tu hermana”, en latín clásico. Y esas fueron sus últimas palabras voluntarias... Aunque no le iba a ser fácil cumplir con su promesa.

Juan de Nápoles, cuando vio que le mentaban a su hermana, se dio media vuelta y con un portazo se fue. Por suerte pude correrme a tiempo hacia un costado. Se fue mascullando latinajos sin darse cuenta de mi presencia.

Voto de silencio

Yo me quedé sin saber qué hacer y duro como una estatua frente a la puerta. El siguiente lugar que debía limpiar era la celda del Abad. El hábito me temblaba y yo sin saber si golpear la

puerta para hacer la limpieza o saltarla. Cuando en esa estaba, vi venir al gordo hermano Berengarius que se detuvo ante mí y haciendo que me bendecía, miró al cielo y rezó: “Perdona, Señor, a este hijo de los hombres rojos que está mas blanco que pato en nevada, que es fuerte y alto como un abeto y tiene miedo que lo muerda un Abad que sólo ladra. Perdónale que sea copista y no copie. Perdónale que ande con una escoba y no barra. Perdónale que sea joven y tenga cara preocupada”.

No supe que hacer y de pura vergüenza le sonreí y entré. ¡Para qué! Nuestro amado Abad Hildebrando estaba con convulsiones como si le hubiera agarrado el mal de San Vito y con un trozo de pergamino en la mano, que acompañaba sus temblores. Cuando me vio entrar me lo extendió y me hizo senas para que lo leyera. Conteniendo la respiración leí: “He tratado mal a una de mis ovejas. Casi la he maldecido. Por suerte pude detenerme cuando estaba ya en un familiar de primer grado de consanguinidad. Dios sabe que lo mío es justo y lo de él una porquería... Pero yo soy un pastor y como tal he pecado. Por eso me he puesto como penitencia que no voy a hablar más con nadie. Así que no me busquen porque no me van a encontrar. Hagan de cuenta que me perdí. Si necesitan que alguien los guíe, aguántense hasta que me muera, pues me eligieron de por vida. Por otro lado, siempre lo tienen a Dios, que los va a ayudar, porque El no puede dejar de ser Bueno... que si pudiera ¡Pobre de ustedes! ... o mejor, ¡De nosotros!”.

La letra era temblorosa, pero la caligrafía de alta escuela. Su rúbrica decía "Hildebrandus, Abad perdido hace mucho tiempo”.

Desde entonces nuestro Abad anda mudo y cuando tiene la obligación de iniciar los cantos en el coro, lo hace poniendo a la vista de todos el dedo mayor de su mano derecha montado sobre el índice, en clara señal de que no vale porque cantar no es hablar. A Juan de Nápoles se lo ve abatido y las malas lenguas dicen que, cuando dicta cerca de las velas, éstas se inflaman como si les echaran acquavit. El hermano Berengarius corta cualquier comentario al respecto y acota a este respecto, que el acquavit tiene una virtud religiosa: la de levantar el alma triste.

Estaba escribiendo la última frase cuando desde uno de los costados llegó un chistido. Al darme vuelta ya había cuatro o cinco colgados de la ventana que da para afuera del Convento. Algo grande está pasando en el camino.

...Lamentablemente debo terminar aquí, pues ha llegado "Oreja Grande", nuestro Bedel, quien entre otras importantes funciones, cuando no está el Maestro de Novicios tiene la alta responsabilidad de impedir que nos portemos como novicios. Haciéndose el estúpido nos ha

comunicado que por hoy no se dicta más y que debemos guardar todo e ir inmediatamente a la capilla a rezar.

Siempre pasa lo mismo: cuando hay algo divertido o interesante nos aplican el “*Ora et Labora*”; o sea que si estamos trabajando nos llevan a rezar y si estamos orando nos llevan a hacer una tarea. La cosa es alejarnos de algún lugar o sacarnos del paso. Creo que en este caso se trata de escondernos en la Iglesia, que no me parece el lugar ideal para eso. Además el “*Ora et Labora*” no es de nuestra Orden, sino el lema de los Benedictinos. Lo único que falta es que se nos exija ser también buenos benedictinos... Aunque si es necesario, creo que ninguno de nosotros se negaría a una excursión por las famosas cocinas y bodegas de las Abadías Benedictinas. Esto dicho con sumo respeto hacia la Orden de San Benito... y un poco de envidia.

La espada de Haakon y el reclamo de las esposas reales

... Recién hoy puedo retomar lo que comencé a escribir hace unos días. Y sigo donde dejé. Cuando me subí a mi banco pude ver que se trataba de un extraño cortejo. Al frente venían unos Caballeros armados y atrás el carruaje del castillo, seguido de unos cuantos carros más sencillos, todos cubiertos con crespones negros. Desde lejos se oían llores de mujeres y sollozos.

Cuando la triste procesión de Caballeros armados y llorosas mujeres se acercó al Convento en vez de dirigirse a la Portería, se dirigió directamente a la entrada de la Iglesia, pidiendo ser recibidos allí, pues se trataba de una cuestión de Fe que querían presentarle al Abad.

El Maestro de Novicios intentó explicarles que el Abad estaba con voto de silencio, pero las mujeres protestaron a los gritos: "O sale el Abad o nosotras lo vamos a buscar hasta debajo de la cama".

Este inusual ofrecimiento obligó a nuestro amado Abad Hildebrando a poner entre paréntesis su voto de silencio y a revestirse a las apuradas con los ornamentos sagrados. Al rato con gesto de hastío, apoyándose en el báculo y con la testa mitrada, abrió las puertas de la Iglesia e invitó a entrar a los Caballeros y a las Damas veladas que los acompañaban.

Como hacia allí nos habían arriado (escondido) a nosotros un rato antes, la suerte nos convirtió en testigos veraces (aunque no deseados) de lo que pasó. El Abad, que no sabía de nuestra presencia, se puso al frente de la comitiva y la condujo hacia el altar mayor, al vernos rezando con la cabeza vuelta para atrás, nos echó una mirada de fuego y dos frases con una sola alternativa posible: “¡Salgan o los mato!”.

Ya que antes que nada somos religiosos, cumplimos religiosamente lo que nos pidió: Salimos por la puerta que da a la Galería Principal. Como también estudiamos lógica, volvimos a entrar por atrás y subimos al Coro, a pesar de los gestos negativos y llamados a la disciplina que nos hacía el desesperado Bedel, a los que asentimos inclinando la cabeza y subiéndonos la capucha.

El primero en hablar fue un inmenso Caballero que tenía una espada que casi le llegaba al pecho, que se le metió entre las costillas cuando el hombre hizo la genuflexión para besar el anillo del Abad. Todos escuchamos su gemido y nos aguantamos la risa para poder escuchar mejor lo que el hombrón estaba diciendo:

- Respetado Monseñor Episcopal, Vos me conocéis, soy Haakon, el jefe de la guardia del Castillo. Vengo con estos Caballeros y estas Damas a pedir la ayuda de la Iglesia. ...Desde que murió nuestro señor Arthur Larsen...

Aquí el hombre miró hacia el costado donde está enterrado nuestro querido señor e hizo otra genuflexión. Como sus costillas todavía le hablaban de su espada, con hábil gesto la acomodó entre medio de sus piernas. Seguramente no era el mejor lugar. Lo digo por el profundo “Uyyy”, que fue saludado con alegres codazos por nosotros, los del coro, que no sabemos mucho de espadas, pero tenemos imaginación.

-Gran Diácono del Palio de la Rosa de Oro –siguió el hombrote cuando se recompuso-. Esto no es vida para nadie. Las mujeres que nos acompañan y que aquí parecen santas, nos están exigiendo algo que supera nuestras posibilidades, y como no accedemos a ello nos pelean todo el tiempo y han tomado la costumbre de tirarnos con lo que tienen a mano. Yo creo que en pocos días van a terminar con todo lo que supimos juntar en las invasiones de las últimas centurias.

-¿Cuál es el problema?- preguntó con voz autoritaria nuestro Abad-.

-El problema os lo pueden contar ellas, Sacrísimo Grial. Yo y mis compañeros sabemos la solución, que es molerlas a palos a todas, pero no estando Arthur Larsen... Además nuestras esposas no nos dejan. Tienen miedo que después terminemos con alguna de estas señoras restableciéndose en nuestras casas, como era antes de que la Fe iluminara nuestras comarcas.

El Abad hizo un gesto con la mano invitando a que las mujeres hablaran y se armó un griterío colosal que terminó con los hombres tapándose los oídos y con el Bedel tocando a rebato la campana grande de la Iglesia para hacerlas callar.

-Como que me llamo Haakon –dijo el grandote-, todo el día es así, con la diferencia de que en el castillo no hay campanas y cuando no las soportamos más tocamos los cuernos de caza, pero

entonces, los perros se ponen locos y corren para todos lados, especialmente hacia la cocina de donde salen con los conejos, pollos y otras vituallas que... Y no le cuento como se ponen los caballos y los halcones, Reverencia Suprema de Toda la Cristiandad.

-No tanto –corrigió con humildad nuestro Abad-.

-Usted porque no está allí. Hasta algunos de mis compañeros aquí presentes me han propuesto que nos vengamos a vivir con ustedes, aunque nos tengamos que aguantar las ganas de la sangre caliente. ¿No podríamos venir por un tiempo, aunque más no sea? .Porque hay algunos que conozco, que no sé si aguantarían mucho tiempo lo del sexto mandamiento, Su Serenísima Castidad Paráclita...

-No creo que hayan venido para preguntar eso. -aclaró secamente nuestro Abad-.

-Concretamente, Gran Santoral y Martirologio Romano, el problema es que, muerto nuestro señor Arthur Larsen...

Aquí hubo otra genuflexión, otro enganche con el espadón, otro “¡Ayyyyy!”, otras risas no contenidas y un gesto con las dos manos de nuestro amado Abad, que convenció al tal Haakon de ser concreto y ahorrar las genuflexiones.

-Lo que pasa, Preboste de la Triple Tiara, es que éstas, que fueron mujeres de nuestro señor antes de su conversión, dicen que fueron sus esposas y que tienen los mismos derechos que la señora Ingrid. Como si fuera poco, la propia señora Ingrid parece que está de acuerdo con ellas y no hace valer sus derechos. ... Lo que exigen es que, ahora que Arthur Larsen está muerto, el lugar reservado a su lado no tiene que ser para Ingrid solamente, sino para todas las que fueron sus esposas.

Ingrid y las demás señoras

-La cosa ya fue resuelta -tronó nuestro Abad-. La señora Ingrid es la única esposa reconocida de Arthur. La Iglesia siempre ha reconocido el preexistente matrimonio natural de los que se convierten, pero desde siempre reservó para sí los privilegios petrino y paulino, que permiten alterar ese principio. En este caso hicimos uso del privilegio...

-¡Hicieron una porquería!

La voz de la mujer salió como una saeta e interrumpió a nuestro Abad, que se puso lívido y gritó:

-¡Cómo se atreve! A hablar así! ¡Esta es la casa de Dios! ¡Este no es un lugar para que las mujeres vengan a interrumpir a los ministros del Señor!

-¿Y ésa? -preguntó la mujer, señalando a Nuestra Señora y Madre de los cielos-. ¿Esa está de adorno aquí? ¿Le tienen también prohibida la palabra?

Antes de que nadie pudiera imaginarlo una rueca anónima voló por el aire y dio en el báculo de nuestro Abad, que por suerte estaba tan enojado que no se estaba apoyando en él, que sino hubiera aparecido debajo del altar. Como si nada hubiera pasado, la mujer que había hablado retomó la palabra:

-O nos escucha o nos llevamos la imagen de la Señora... que no debe sentirse cómoda aquí con tanto hombre aguantándose el sexo.

-Totalmente de acuerdo -ahora era la señora Ingrid la que hablaba-. Una cosa es una discusión entre nosotras y otra que un hombre le falte el respeto a una mujer delante de otras mujeres. Eso no lo vamos a soportar y menos en una Iglesia que dice que es Madre. Nosotras tendremos nuestras diferencias, pero que no nos toquen... No necesitamos. Ya hemos discutido el tema y estamos todas de acuerdo. Una para todas y todas para una.

Haakon, que se había retirado estratégicamente unos cuantos pasos atrás volvió a ponerse cerca de nuestro Abad y le dijo:

-¿Ve, Alto Patriarca Niceno? No se puede con ellas.

-Exigimos que nos entierren a todas juntas con él -volvió a hablar la que se quería llevar la imagen de la Virgen-. Ya que Usted y los otros perdidos de sus compañeros, nos prohibieron estar con él en vida, queremos que se respete nuestra última voluntad de estar con él, muertas.

-Pero ¡Ustedes están vivas! ¡Cómo vamos a enterrarlas con el muerto!? Esa es una costumbre bárbara que la Santa Iglesia no permite y que me llama la atención que aparezca después de tantos años de catequización.

-Que nos entierren con él cuando muramos, genio -corrigió la señora-. No hace falta catequización para que no nos sintamos cómodas con mármol por todos lados. Ustedes dejaron un lugar al lado del Arthur Larsen para cuando muera Ingrid. Nosotras exigimos que en ese lugar nos entierren a todas las que fuimos sus esposas. A la señora Ingrid ya la convencimos de que aprenda a soportar lo que tuvimos que aguantar nosotras todas estos años y ella dice que no tiene problemas.

El abad Hildebrando se inspira

-No se puede torcer la ley Dios -pontificó nuestro Abad.

-Ustedes autorizaron ese casamiento -le contestó secamente la mujer-. Así que arreglan el entuerto o nos quedamos aquí con la Virgen y ustedes se van a tener que ir con los Santos de segunda, pues la mayoría se van a querer quedar con Ella. Especialmente el Hijo. ... Así que ya se van saliendo, empezando por los más viejos.

-¿Ve, Impoluto Canciller del Sello? -terció Haakon-. Cambian todo y a cada rato lo complican más.

El Abad se quedó reflexionando en silencio y al final dijo en voz baja, como para sí, pero sin que pudiera escapar a nuestros oídos apantallados:

-Yo a estas las mato... Pero la dignidad de mi cargo lo prohíbe... Tengo que solucionar este problema a ver si por mi carácter fuerte se produce un Cisma en la Iglesia y aparece una nueva secta: la Secta de las Mujeres.

Y así permaneció entrecortando su silencio con frases que mostraban como discutía consigo mismo. Al final, apareció una sonrisa amplia en su cara vieja y dijo:

- Como se trata de un problema serio, la Madre Iglesia lo va a atender como se debe. Estimadas Señoras, apreciado hijo Haakon, Señores de la Guardia: Por la Gracia del Señor tenemos en nuestro Convento a uno de los más grandes pensadores de la Cristiandad. A él le voy a encomendar que resuelva este entuerto de lógica mayor con Sabiduría y Justicia, como merecen todos ustedes.

Y dirigiéndose hacia donde estábamos nosotros, tronó:

-A ver, ustedes... Sí, los idiotas del coro: En vez de descogotarse tratando de espiar, vayan a buscar a Juan de Nápoles. Quiero encajarle, perdón... "encomendarle" -corrigió rápidamente- el estudio y solución de esta cuestión.

Más que un grupo de recoletos novicios yendo a buscar a un fraile sabio, nos convertimos en una turba de desaforados que dejamos en las curvas de las galerías, acostumbradas al lento andar de frailes en oración, las marcas de roble de nuestras sandalias patinadoras.

Juan de Nápoles oyó la turba multa y con un gran velón como arma salió a recibirnos. Creo que se desanimó cuando nos vio. Para mí que esperaba enfrentarse con las hachas dobles de los famosos "Vikings" y no con nuestros gritos de que lo quería ver el Abad.

Nos escuchó, nos gruñó y nos cerró la puerta en las narices. Desde afuera escuchamos abluciones como que se lavaba la cara, aunque después oímos ruido a jarra de metal apoyada sobre la mesa. Cuando salió lo hizo masticando hojas de menta, que es lo que en nuestra comarca hacen los hombres al llegar a casa cuando toman acquavit y no quieren que sus

mujeres empiecen con las lamentaciones cuaresmales.

Como ya tenemos incorporado que todo se hace en forma de procesión y porque nos pareció divertido hicimos dos filas y le abrimos camino al Maestro por las desiertas galerías. Eso nos vino muy bien para entrar a la Iglesia como si se tratara de una ceremonia y poder instalarnos bien cerca del altar.

Juan de Nápoles acepta el cargo

Yo creo que Juan de Nápoles, por puro orgullo, no nos preguntó qué pasaba y para qué lo buscaba el Abad. Por eso, su acostumbrada imperturbabilidad se mutó en ojos de buey cuando vio la Iglesia llena de gente y que todos lo miraban como al Salvador. Yo noté un cambio en su cara. Creo que él entendió que lo habían propuesto para ser el Mesías y se preparó para ser traicionado, muerto y sepultado antes de que cantara el gallo.

El Abad se acercó a recibirlo, lo besó como a un hermano y en breves palabras le explicó el problema, callando con gesto autoritario los comentarios que las partes quisieron agregar. Sus dichos finales fueron:

-...Maestro Juan de Nápoles, a solucionar el problema. Te deseamos suerte, te damos nuestra bendición y si te preguntas por qué Dios te envía esta misión, recuerda tu condición humana, especialmente pecadora. Yo rezaré para que no pierdas el camino. Que el gran amor que sientes por estas tierras y su gente pueda guiar tu inteligencia y justificar el orgullo que siento por ser tu Abad.

Yo, que sé lo que pasó entre ellos hace unos días, entrecerré los ojos y miré bien la boca del Maestro para ver si se le escapaba algún sentimiento no conventual. Y lo que vi fue una palabra que me hizo cerrar los ojos. Sus labios musitaron quedamente la palabra *Lupa*, que es como comienza en latín lo que en vikingo llamamos una “puteada madre”.

Nuestro Abad le sonrió como respuesta y dirigiéndose a los hombres y mujeres que estaban expectantes, les anunció solemnemente: *Magister Joannes Neapolitanus is Iudex hic, Roma et Coelo*, que es la fórmula para expresar que lo que sentencie nuestro Maestro no lo desata nadie, que al escaso latín que tiene esta gente, sonó que se queden tranquilos y que van a ir al cielo, o al menos a Roma. Por eso todos asintieron contentos.

El Abad comenzó a bajar del altar y nosotros nos dispusimos a seguirle, pero la señora que había hablado en nombre de las primeras esposas del señor Arthur Larsen, se interpuso con los

brazos en cruz y dijo con voz grave:

-De aquí no sale nadie hasta que se arregle el problema. Si Usted, Abad, quiere pasar, lo hará por encima de mí y se va a tener que llevar mi virginidad ya perdida. Entonces estará obligado a renunciar como Abad, para ofrecirme casamiento y voy a ver si acepto. Por ahora, no. Para mí, Arthur Larsen sigue siendo mucho más hombre que usted.

Haakon se acercó con la espada desenvainada, pero el Abad, se interpuso, diciéndole:

-Tranquilo, Caballero. Envaine que no hace falta la fuerza. Esta señora se retirará a un costado y se comerá sus palabras o yo, con la autoridad de la Iglesia, haré bajar tantas maldiciones que se arrepentirá de haberse interpuesto en el camino de la Iglesia y de haber hecho comparaciones odiosas.

-Perdone, Sacro Cuore Ad Vincula -interrumpió el grandote Haakon-, pero yo no desenvaino mi espada contra una Dama... Más bien reafirmo lo que ella dijo: Juro que de aquí no sale nadie hasta que se arregle esta situación. No creo que la maldición que Usted pueda hacer bajar del Cielo sea peor que la que estamos pasando en el castillo. Para mí que es del Infierno. De ahí dicen que vienen las peores... Sin ofender.

-No permito este desafuero ni un levantamiento contra la autoridad de la Iglesia -pontificó nuestro amado Abad, sacando pecho-.

-Esta iglesia se construyó con la plata que les dio Arthur Larsen -lo cortó la representante de las primeras esposas-. Y lo que era de Arthur, era del pueblo, porque de allí lo sacaba y era nuestro, porque lo gastaba con nosotras; aunque no todo, porque algo devolvía a la gente. O sea que la Iglesia es del pueblo y de nosotras. Si fue un regalo y ustedes no son dignos de tenerla, podemos tomarla de vuelta con las campanas incluidas y la imagen de la Virgen también. Hasta podríamos reclamar alquileres impagos.

Nuestro Abad, viendo que tenía por un lado la espada y por otro una lógica que no era la de Aristóteles, optó por la salvación de las almas y de su cuerpo. Con un bufido y una mirada al Cristo del Altar se dirigió a su sillón abacial y con gesto pontifical dijo:

-Pueblo de Mildal: Elevemos nuestra oración al Señor para que ilumine al Maestro Juan de Nápoles y encuentre pronto una solución a este entuerto.

A renglón seguido entonó un salmo que fue cantado con unción, especialmente por las mujeres que se atrevieron con voz aguda a nuestro canto gregoriano. A mí me sonó un poco sensual para nuestros oídos tan acostumbrados a los bajos. En un momento sobresalió una voz muy aguda y todos miramos para ver si no se nos había colado un *castratus* en el Convento.

Ya habíamos cantados un buen rato y cada vez sonaba mejor, pero el coro mixto debió interrumpirse porque, a pesar del rictus de la boca del Abad, la señora representante de las primeras esposas, se adelantó y le preguntó a Juan de Nápoles:

-¿Y, Maestro? ¿Para cuándo? Mire que las mujeres medimos el tiempo por ciclos que no son los de ustedes. Por ejemplo nuestro mes es más corto, igual que el año que sólo dura nueve meses, porque nada puede ser más importante que llevar un hijo en las entrañas. Y si no pregúnteselo a la Imagen. ¡Vamos a ver si nace esta criatura y nos podemos ir todas en paz, que tenemos cosas que hacer! Nosotras siempre dejamos algo en el fuego.

El Laudo del Magister

Juan de Nápoles había quedado entre el altar y la comitiva. Su cara estaba como ausente. Sus ojos entrecerrados seguramente estaban repasando todos los libros que había leído. De vez en cuando se escuchaban que salían palabras sueltas de sus labios. Yo leí varios “no puede olvidarse”, tres “*ergo*”, dos “*lupa mater*” y un “*masturbator*”...

-¡¡Lo tengo!! -gritó de repente el Maestro-. ¡¡Lo tengo!!

-Quédense todos donde están -bramó el Abad, cuando vio que todos se adelantaban-. Es necesario que yo dé el *exequatur*. A ese juez lo puse yo, y soy yo quien debe dar ejecutoriedad a su sentencia.

Como no entendieron lo que quería decir todos se quedaron quietos, aunque gesticulando y hablando a la vez.

Juan de Nápoles se acercó al Abad y con cara de pocos amigos le habló en voz baja. El Abad lo escuchó y comenzó a negar. Nuestro Maestro, entonces le señaló a Haakon, quien saludó bajando la empuñadura de su espada, y luego a la representante de las ex esposas, quien se llevó el índice abajo del ojo y miró hacia la imagen de la Virgen. También señaló a la señora Ingrid, que no hizo seña alguna, pues en ese momento se estaba poniendo perfume detrás de la oreja.

El Abad miró todo y después, con cara de resignación bajo la cabeza afirmativamente y con gran parsimonia se puso la mitra, tomó su báculo, se dirigió hacia el altar y desde allí, con voz ceremonial dijo:

-El Juez ha dado su sentencia. Si alguien no la va a aceptar que manifieste ahora que quiere apelar.

-Pero, si no sabemos qué dice -protesto la representante de las ex esposas -.

-La apelación debe hacerse antes de conocerse el resultado, sino siempre va a apelar el que pierde. Y así no vale.

Como se hizo un silencio de perplejidad, nuestro amado Abad prosiguió:

-El Maestro de Nápoles sentencia este caso de la siguiente manera: A la derecha del señor Arthur Larsen de Mildal sólo estará su legítima esposa, la señora Ingrid...

Las ex esposas intentaron abalanzarse sobre el altar, pero el Maestro de Novicios ya había previsto que seis novicios, armados con los velones de los cirios pascuales de los últimos años, se interpusieran con la autoridad de la cera encendida.

-¡Todavía no he terminado! -aulló el Abad-. La sentencia dice también... que las señoras que fueron consideradas sus esposas durante la época en que la Fe cristiana no había bendecido estos lugares...

Un silencio fuerte se hizo y lo interrumpió la voz de la señora delegada de las ex esposas:

-Cuidado con lo que va a decir. Y vos, Caballero Haakon, termina de hacerte el imparcial, que la pasabas mejor con nosotras que te hacíamos cocinar lo que te gustaba y no con la chiquilina, que no es mala, pero que nos tuvo a todos comiendo solo verduritas para no engordar.

-Fue sin intención -intervino la señora Ingrid-. Que conste que yo nunca dije que ustedes eran gordas... Un poco rellenitas nomás. Y también saben que siempre las respeté y ahora las apoyo en eso de poder estar todas juntas en la otra vida, porque si aquí la pasamos bastante bien, a pesar de ser tantas y el castillo no muy grande, me imagino que en la otra vida...

-Con vos no es la cosa, nena -aclaró la señora representante -. Es con otros que los tengo enfrente y que no quiero nombrar. Como ellos tienen prohibido comer, se la agarran con la comida de los demás. En este caso, con nosotras.

Cuando todos esperábamos que el Abad excomulgara *latae sententiae* a la infrascripta, éste mostrando su sabiduría, siguió hablando como si lloviera:

-...La sentencia sigue diciendo que las señoras anteriores, el día en que el Señor las llame junto a Sí, reposarán a la izquierda de Arthur Larsen y en el mármol se escribirá un epitafio que dirá "Sus novias de siempre", que eso no es problema para la Fe, ni para el Sacramento del Matrimonio, y estará dicho desde el afecto a estas señoras. Además, se nombra al Caballero Haakon "Defensor del Real Sepulcro", para que sea el encargado de implementar esto... sólo cuando se hayan cumplido las condiciones de muerte previa. Esta es la sentencia. ¡Que Dios sea Loado!

Hubo una explosión de alegría que derivó en una procesión precedida por el Abad y donde

los Caballeros llevaron en andas al Maestro Juan de Nápoles. Detrás venían abrazadas la señora Ingrid con las demás esposas, que se detuvieron a agradecerle a la Virgen. Al final marchábamos nosotros, que éramos puro ojos, puro oídos y puro pensar en lo hermoso de la vida.

¡Nos han invitado a “todos” a comer en el Castillo! ¡Vamos a dejar por un rato el pan de cebada, la sopa de cebada y el guiso de cebada! ¡¡Dijeron que iba a haber vino y juglares!! El abad aceptó la propuesta del hermano Berengarius de que colaboremos con acquavit. Todos esperamos que sea del no bautizado.

La fiesta en el castillo de Arthur Larsen

¿Cómo contar lo del Castillo? Decir que la pasamos de mil maravillas es poco. Un bufón saltimbanqui, dos juglares, un mago que escupía fuego y tragaba espadas y unos perros cariñosos que nos lamieron todo el tiempo. El vino que nosotros conocemos es el dulzón de misa, el que sirvieron era áspero a la garganta y dulce al cuerpo. ... En un momento pensé que si papá, mamá y mis tíos me vieran, se pondrían orgullosos de verme en el castillo del señor Arthur Larsen, comiendo y tomando de su vino... y de nuestro acquavit, que fue aclamado como de lo mejor.

Esa noche volvimos al Convento entonando loas al Señor. Un grupo, con el hermano Berengarius a la cabeza, mostró que habían aprendido (o ya conocían...) las canciones bastante profanas que escucharon en el castillo y volvieron abrazados como buenos hermanos de religión, y cantando a voz en cuello, cosa ésta que fue repudiada por la nariz de nuestro Maestro de Novicios, quien con el Bedel, nos arriaron lejos de ellos como si nosotros fuéramos monaguillos y ellos nos pudieran contagiar una peste espesa. Yo de lejos saludé a Berengarius y él brindó por mí levantando su jarra.

Visita nocturna a la Celda de las Penitencias

Hasta muy entrada la noche continuaron los cantos y por eso no hubo mucho control sobre lo que hacíamos nosotros, los novicios. Yo aproveché la libertad de puertas y me lancé a algo que hacía rato quería hacer. Me fui a ver a Olaff “*Calamitas*”. A llevarle apoyo y media gallina rellena que había traído debajo del hábito, y que había sido la causa de que los perros del castillo me siguieran y lamieran hasta la entrada del Convento.

A tientas por nuestras abiertas galerías, en medio de la oscuridad, protegiéndome con las manos de las salientes de piedra, llegue hasta a la Celda de las Penitencias. Pegándome a la puerta golpeé despacio y susurré mi nombre, pero nadie me contestó. Cuando el silencio contestó mi tercer intento y los latidos de mi corazón se escuchaban rebotar en las paredes, decidí volver por donde había venido, con preocupación por mi compañero y miedo de que me pescaran en uno de los lugares más prohibidos a los novicios. Cuando estaba por doblar el corredor, me pegué el susto de mi vida cuando apareció a mi lado una cabeza humana invertida, que me guiñaba un ojo. Me persigné dos veces, intenté pedir socorro, pero en vez de voz de marrano grande, me salió un silbido de pájaro de jaula. Mi alma volvió cuando desde la cabeza oí una voz familiar que después de llamarme por mi nombre, me dijo:

-Soy yo, Olaff... Cuando pares de temblar, súbete por la columna y trepa por la enredadera. Te espero en el techo, valiente.

La cabeza invertida desapareció con una carcajada y yo, después de algunas resbaladas y dos o tres araños me asomé al techo. Allí estaba Olaff *Calamitas* tendiéndome una mano. La otra la tenía ocupada con una jarra de acquavit. Mientras me repuse del susto y del esfuerzo, mi amigo hizo honor a nuestra amistad besando con devoción la media gallina y poniendo en mis manos la jarra.

-¡Qué suerte! Los he extrañado muchísimo -me comento con la boca llena-. ¡Las veces que estuve tentado de ir a visitarlos! La cerradura de la Celda de las Penitencias es para gente con culpa, que no intenta abrirla. La cruz de mi rosario tardó diez segundos en declararme libre de culpa y cargo. Y aquí me ves, esperando que venga un poco más de calor para poder volver a casa. Mi padre debe estar recibiendo la carta del Convento y poniendo el grito en el infierno. No tienen idea de quien es, pero yo lo conozco y es el mejor Rey gordo del mundo.

Yo iba a preguntarle si era verdad que su padre era rey, pero como Olaff *Calamitas* es un tipo muy chistoso, dejé que siguiera hablando, por temor a que fuera una burla. El me hizo señas de que bebiera más.

- Mi libertad -me aclaró- me ha permitido recorrer el Convento y conocer sus secretos: En las celdas de todos los frailes profesos hay jarras de diverso tamaño para el acquavit. Algunos la toman por el frío, otros porque les ayuda a levantar un poco su corazón y hasta hay dos que la usan para hacerse fricciones. El Abad tiene la suya, aunque Berengarius se la llena sólo con el bautizado. ... Yo saco un poquito a cada uno y entonces no se nota. No es robar, es una especie de impuesto solidario a favor de un pobre prisionero cristiano.

Le pregunté si estaba bien y si necesitaba algo. Le aseguré que haría lo posible para conseguírselo. Él me contestó que andaba bien de bebida, algo cansado de la comida, que la extrañaba a Astrid y que tenía ganas de leer algo.

-No puedo sacar libros de la biblioteca -me aclaró-. Hay pena de excomunión para los que los sacan sin permiso... Creo que en esto podrías ayudarme. Vi que escribes en los momentos libres. Déjame leer tus cartas de amor. ... Ahora que me han expulsado de la Orden puedo pasar del amor platónico al aristotélico.

Me estaba riendo de sus comentarios y cuando iba a aclararle que yo no escribía cartas de amor, sino crónicas como ejercicio de caligrafía, observé que su cara se contraía y que se llevaba el índice a los labios, pidiéndome silencio:

-¡*Cavete abatem!* ¡Cuidado, es el viejo cascarrabias! -dijo refiriéndose a nuestro amado Abad-. Todas las medianoches se pasea por las galerías tosiendo, mascullando y gesticulando como si discutiera con alguien. No sé si habla con Dios, con el diablo o con Juan de Nápoles. Conviene que bajemos y sigamos nuestra charla en la Celda de las Penitencias.

La lucha del Abad Hildebrando con Satanás enredado

Con un pequeño salto se deslizó por el techo y bajó por donde yo había subido. A mí me costó bastante seguirlo. Además de la oscuridad tenía en mi contra las sandalias de roble, demasiado resbaladizas sobre las tejas mojadas. Con esfuerzo y aferrándome hasta de las aristas más pequeñas llegué a la enredadera y ya me empezaba a deslizar por ella cuando oí la voz del Abad que casi al lado mío gritaba:

-¡No les tengo miedo, Demonios Vegetales! ¡Vengan Diablos de la Noche! ¡Adelante Enredaderas del Averno! ¡Se van a encontrar con un hombre perdido, pero que esta vez esta bien armado! ¡No esperaban encontrarme con dos litros de agua bendita!

Y mientras decía esto me zampó en plena espalda un baldazo de agua, que no me impresionó como bendita sino como helada, y que me hizo gritar como un bendito.

-¡Grita, Maldito, grita hasta quedarte sin voz! -vociferó el Abad -. ¡Retuércete, Bestia Nocturna y vuelve a tu Estercolero Inmundo!

El Abad, entusiasmado con la quietud de enredadera que había logrado con su agua bendita, recordó que llevaba en su otra mano la provisión semanal de acquavit, la bendijo y quiso aprovecharla para reforzar su exorcismo.

-Toma, Maldita Víbora Tentadora –gritó-. ¡Que si no tuve miedo cuando nos robaron el mapa del gran Alberto Magno, menos tengo miedo de un Reptil que apenas puede sostenerse en una santa rita!! ¡Esto no es agua bendita, pero es un regalo de Dios al patriarca Noe y va a corroer tus entrañas!

El esfuerzo que hacia para no caerme me tenía jadeando con la boca abierta. Hacia ella fue el acquavit que tenía la jarra. Un chorro grande penetró por mi garganta y otro mayor se me filtró por la nariz. Al instante yo era un Dragón lleno de fuego por dentro, y estornudos y espasmos por fuera. El Abad que había tomado una escoba, me apaleaba como a felpudo de celda de visitas.

-¡Toma, Diablo disfrazado de árbol moviente! ¡Muévete al ritmo de mis palos!! ¡¡¡Y no te rías, Maldito!!! ¡¡¡No te atrevas a reírte!!!

Quien se reía a las carcajadas era Olaff “*Calamitas*” y su vozarrón rebotaba por las galerías.

-¡Aguanta ésta y ésta, Rata Causante de la Perdición! -seguía el Abad, mientras me llenaba el cuerpo de escobazos y palabrotas-.

Por suerte comenzaron a escucharse gritos anónimos pidiendo silencio y compostura. Lo de anónimos, lo digo, pues como reconocían la voz de la Abad, disimulaban la autoría de la protesta para que éste no se enojara después con los vociferantes.

-¡Sigan gritando, que sé que son muchos y se llaman “Legión”, pero a mí no importan cuántos son, sino cuantos escobazos quiere cada uno!

Yo sentía un frío grande en la espalda, motivado en que bastante agua y algo de acquavit se había depositado en el interior de la capucha de mi hábito. Con gran trabajo logré zafar una mano y con ella dar vuelta la capucha que se empezaba a congelar. Un chorro grande salió de ella y salpicó al Abad que ya andaba con medio cuerpo afuera de la balaustrada, envalentonado por el éxito de su escoba anti diablo.

-¡Y ahora me orinas, Asquerosa Bestia?! ¡Chanco Prostático! ¡No respetas mi investidura!! ¡Pis a mí?! Esta falta de respeto selló tu condena: ¡Te voy a destruir con la Reliquia que está en nuestra Capilla! Vamos a ver cómo sienta a tu trasero bendecirte con la *Sacra Reliquia* de los Treinta Santos Pelos de la Joroba Trasera del Camello del Rey Mago Baltasar, que portó al Pardo Rey Mago hasta el Pesebre de Belén. ¡El patadón que te va a dar el Camello Santo va a marcar para siempre la Cruz de sus herraduras en tus nalgas coloradas!

Cuando el Abad iba a buscar -con intenciones no muy pacíficas- el Santo Relicario que nos han obsequiado nuestros hermanos dominicos de Milán, apareció el Maestro de Novicios y un grupo de frailes mayores, que lo tomaron con temor... por la espuma que le salía por la boca y se

lo llevaron en andas a su celda.

Después que se fueron todos empecé a bajar. Por suerte pude hacer pie en la galería sin problemas, salvo que estaba empapado, molido a golpes, con el hábito almidonado por el frío y con un olor a acquavit que parecía un tabernero.

Salude por lo bajo a Olaff y a tientes enfile hacia el dormitorio. Justo cuando doblé hacia donde están nuestros dormitorios, me topé con una sombra grande. Por enésima vez en esa noche me quedé petrificado. La sombra pasó a mi lado y me susurró

-Con ese olor que tienes, cuando copies mañana todas las letras van a tener formas de eses.

¡Era el *magister* Paulus Romanus! Cuando pasé a su lado me pareció escuchar que se reía y decía algo acerca de los amigos, los novicios y los Abades. Me dio tanta vergüenza que el Maestro pudiera pensar que estaba borracho, que nunca caminé tan derecho en mi vida. Hasta las curvas las hice en ángulo recto

Al llegar, finalmente, a mi camastro, me derrumbe. No iba a descansar mucho, pues al rato estaba soñando con la Pasión de Nuestro Señor: Jesús -con la cara de Olaff *Calamitas*- estaba frente a Herodes, quien, le preguntaba: “¿Tú eres Rey?” Jesús contestaba: “Pregúntenle al copista que escribe esta crónica”. Y todos se daban vuelta y me miraban a mí, que estaba desnudo, tratando de taparme con una de mis plumas del *Scriptorium* que tenía en la mano derecha. En la izquierda tenía una jarra de acquavit con la que brindaba con el Maestro Paulus Romanus y el Abad.

A la mañana me desperté como todos los del Convento con dolor de cabeza. La diferencia era que a mí también me dolían los huesos, los músculos y las articulaciones. Hasta el sueño irrespetuoso me dolía.

Por la tarde, cuando volvíamos de rezar Completas, pasé por debajo de la puerta de la Celda de las Penitencias mi manuscrito actualizado hasta el párrafo anterior. Espero que Olaff *Calamitas* se entretenga aunque no se trate de cartas de amor. Hoy Paulus Romanus se cruzó conmigo y vi que fruncía la nariz, se tentaba de risa y tosía para disimular. Sólo yo sé lo colorado que me puse.

¡Invaden Mildal!

En el punto anterior debí detener imprevistamente mi trabajo por unos días. Retomo ahora mi *Chronica*. Muchas cosas han pasado. Pero no debo atorar al lector. Como dice Polibio: Debo ir

paso a paso. El motivo de la interrupción se debió a que el Abad irrumpió en el *Scriptorium* con todos los frailes profesos detrás de él. Desde la puerta nos hizo seña de que lo siguiéramos hacia la Iglesia. Llevaba algo en la mano derecha. Apenas se cerraron las puertas de la Iglesia, cruzó su dedo mayor sobre el índice y nos acongojó el corazón con su grito:

-¡¡Invasión!! ¡Van a invadir Mildal! Esta maldita flecha casi me corta por la mitad - y por ponerla ante nuestras narices, casi nos pinchaba con ella-.

A pesar de lo trágico de la situación no pude dejar de mirar el hábito del Abad y constatar que estaba algo cortado y que se le veían los calzoncillos a media pierna y de lana marrón que usa para el frío.

-¡Nos van a invadir! Debemos prepararnos: Vienen directamente contra nosotros. Escuchen el maldito mensaje.

De un bolsillo saco el trozo de pergamino que venia con la flecha. El mensaje decía que debíamos devolver lo máspreciado del reino y pedir perdón. Si no lo hacíamos seríamos cenizas que dispersaría el viento norte. El mensaje decía que en tres días el Rey estaría aquí con su ejército.

Todos nos miramos extrañados. A mí se me atropellaron las preguntas: ¿Nuestro Rey de Noruega nos invade? ¿A nosotros que recién figuramos en el mapa hace un poco más de 30 años? ¿Se habría olvidado Arthur Larsen de pagar los impuestos? ¿Es contra nuestro Convento o contra todo Mildal? ¿No seria una invasión de los suecos, esos primos siempre envidiosos de nuestra superioridad? Como eran muchas preguntas difíciles y no encontré una sola respuesta, resumí esos miedos repitiéndome que no se la pueden agarrar con nosotros, pobrecitos novicios dominicos.

¡Son los suecos! ¡...Y vienen por nuestra reliquia!

- ¡Nos invaden los suecos! -corto nuestros murmullos el Abad-. Acabamos de tener un Capitulo entre los frailes más antiguos y hemos llegado a la conclusión de que vienen por nuestra reliquia. Sí, queridísimos hermanos, la reliquia que hace poco tiempo recibimos de nuestros hermanos dominicos de Milán, la *Sacra Reliquia*, los Treinta Santos Pelos de la Joroba Trasera del Camello del Rey Mago Baltasar. Eso es lo que buscan los suecos. Nos quieren despojar de Nuestro Tesoro.

Un silencio profundo nos inundó. La indignación nos venía de lo más profundo. La reliquia

más preciada no podía caer en manos indignas. La sangre bullía en nuestros cuerpos, pronta a ser derramada, lo que no nos salvo de que el Abad nos repitiera por enésima vez la historia de la *Sacra Reliquia*.

- “Como todos saben, los cuerpos de los tres Reyes Magos fueron trasladados a Milán en tiempos del Emperador Constantino, cuando su madre Santa Elena volvió de Tierra Santa luego de descubrir los restos de la “*Vera Crux*” y otras reliquias importantísimas. El griego Eustorgio, gobernador de Milán, aprovechó la alegría del Emperador de Bizancio para pedirle una rebaja de los impuestos y el cuerpo de los Tres Santos, que desde aquella gran capital, pasaron a descansar para siempre en Milán, en la Basílica llamada después de San Eustorgio. Todas las fuentes, incluido Landulfo el Viejo, atestiguan que los Santos Cuerpos fueron enviados, acompañados de sus Santos Camellos respectivos”.

“...La desgracia comienza en 1158, cuando el Emperador Barbarroja pone sitio a Milán y después de cuatro años la rinde, matando a la mayoría de sus habitantes. Los sobrevivientes huyen despavoridos llevándose consigo los Cuerpos de los Reyes Magos y el de sus Camellos. Así los milaneses los tuvieron escondidos por dos largos años, hasta que el 6 de Enero de 1164, cuando volvieron a ser entronizados en la Basílica”.

“...Pero, el demonio había hecho nido en el corazón de Reynaldo de Dassel, el canciller del emperador Barbarroja. Este aseguró a los cuatro vientos, con pérfido sarcasmo, que cuando se tomó la ciudad, él personalmente se había llevado las verdaderas y auténticas reliquias de los Santos Reyes y sus Camellos. Y que todavía las tenía en la catedral de Colonia, de donde indignamente era arzobispo. “De ahí que nuestros hermanos dominicos de Milán, al obsequiarnos la *Sacra Reliquia*, los Treinta Santos Pelos de la Joroba Trasera del Camello del Rey Mago Baltasar, nos insistieran en que no hiciéramos caso si alguien negaba la autenticidad de la sagrada piel. Más aún, nos recomendaron que nos cuidáramos de no confundirla con otras llamadas “Reliquias Posteriores del Santo Camello Negro”, que provienen de Colonia y de la falsía de Reynaldo de Dassel... Como si todo el mundo no supiera que el Rey mago Baltasar era Negro, pero que no existen camellos de ese color.”

“...Estamos convencidos –concluyó nuestro amado Abad- que los suecos vienen a buscar lo más sagrado que tenemos, o sea, la *Sacra Reliquia*. Esto lo confirmamos por dos caminos: Primero, el hermano Paulus Romanus nos atestigua que en sus viajes él ha visto como treinta Cuerpos de los tres Reyes Magos. Segundo: un clérigo ambulante comentó a un primo lejano de Fray Berengarius que una reliquia igual a la nuestra había llegado a Suecia ¡¡Desde Colonia!! ...De ahí

inferimos que en Colonia se ha instalado una fábrica de Reyes Magos, donde los suecos deben haber comprado a precio de oro la pseudo reliquia. Recién ahora se deben haber desayunado que les metieron el camello y que la verdadera reliquia está aquí con nosotros. Por eso vienen a arrebatlarla de nuestro altar”.

Si no quieres guerra, prepara la sonrisa.

La arenga de nuestro Abad nos enardeció los ánimos y muchos de los novicios gritamos:” ¡Muera el sueco, Viva Noruega!” y pedimos velones para atacar a los suecos y defender nuestra *Sacra Reliquia*, los Treinta Pelos de la Joroba Trasera del Camello del Rey Mago Baltasar. Pero fuimos parados en seco por el Abad que dijo:

-Ustedes van al sótano. Quiero que estén en un lugar donde no molesten ni los vea. Allí abajo van a ayudar en nuestra estrategia, que no va a ser guerrera, sino propia de hombres de paz. Paulus Romanus nos ha convencido de que si luchamos vamos a pasar a mejor vida. El hermano Berengarius ha propuesto que los invitemos con nuestro mejor acquavit y yo agrego que cuando estén borrachos les vamos a cortar las... barbas. ¡Y eso es lo único que se van a llevar de aquí: faltante de pelos rubios de sus barbas irreverentes!

Paulus Romanus ha logrado calmar algo el ánimo belicista del Abad y lo ha convencido de que los monjes profesos practiquen sonrisas con las que van a invitar a los suecos a tomar una copa de bienvenida, pues si ofrecen el acquavit con la cara normal, los suecos van a pensar que los están invitando a brindar con hiel. El Convento se ha convertido así en algo dulce, lleno de alegres saludos e inclinaciones delicadas de cabeza. El Abad rezó en público para que ello no influya en la condición viril de los frailes.

Berengarius, aclamado capitán en jefe de los novicios

Y nosotros, los novicios, en vez de armarnos para lucha, trajinamos para la borrachera. Nunca imaginé que el hermano Berengarius podía haber destilado tanto acquavit. Los sótanos del Convento son un inmenso tonel o mejor un mar subterráneo, donde la mitad se destina a destilar un acquavit puro y delicioso y la otra mitad, una cerveza oscura, que de sólo verla aumenta la sed.

Quedamos a cargo de Berengarius, que es un varón sabio. Al ver nuestros ánimos enardecidos, temió que maltratáramos con ira o volcáramos por descuido esos dones irrepetibles de Dios. Como un tranquilo catequista nos calmó contándonos la historia de la cerveza, que nació en Sumeria y de allí pasó a Egipto. Nos citó al Patriarca Noé, a Virgilio, a Diodoro, a Tácito y a la abadesa Hildegarda de Bingen y sólo detuvo sus citas cuando nos vio calmados. Como es un hombre comprensivo, al ver también nuestra mirada sedienta, decidió que lo mejor era practicar el ceremonial, o sea: pasar la jarra de mano en mano y beber sólo lo que cabe en la boca abierta. Si hubiera una elección de Maestro de Novicios, todos nuestros votos serían para este santo hermano Berengarius. Con respecto al acquavit,, como el querido hermano sabe que es una materia que estudiamos desde muy chiquitos, directamente nos hizo brindar por nuestro Patrono San Olaf III.

Las tropas preparadas para la batalla

Y el tercer día llegó y amaneció nublado y feo. Después de Maitines, cuando comenzaba a filtrarse un poco de luz, nos asomamos a las ventanas para ver si se veía a los suecos. Desgraciadamente observamos que una multitud de guerreros nos rodeaba. Al rato comenzamos a oír que golpeaban sus escudos y como los gritos de guerra de todos los pueblos vikingos son parecidos, nosotros escuchamos algo parecido a “¡Suecia! - ¡Suecia!”

Los novicios empezamos a contestarles: ¡Viva la *Sacra Reliquia*, los Treinta Pelos de la Joroba Trasera del Camello del Rey Mago Baltasar!, pero fuimos interrumpidos por el Abad que nos ladró:

-¡El acquavit, estúpidos! ¡La estrategia es el acquavit! ¡Y además, eso es muy largo para ser un grito de guerra!

Las tropas empezaron acercarse y su mal aliento ya casi nos tapaba las narices, cuando se detuvieron en seco y abrieron paso a una comitiva que fue aclamada desde todos lados. Un hombrón gordo cabalgaba en el medio. A mí me pareció que lo había visto antes. Tenía barba larga, largos y gruesos bigotes al viento y sus pelos se enmarañaban en una corona de hierro; pero lo que llamaba la atención era el esfuerzo que hacía el caballo para parecer brioso con tan pesada responsabilidad encima. Cuando pudimos dejar de mirar fijo a la pobre bestia equina, ¡Oh sorpresa! vimos que aparecían Haakon, el Jefe de la Guardia del Castillo, la señora Ingrid y las ex esposas del señor Arthur Larsen.

La palabra “traición” nos rebalsó el alma y se nos instaló en la garganta. Buscando fuerzas

en nuestros corazones, a pesar de nuestra piel agallinada, nos dispusimos a pelear hasta la muerte.

Fue entonces cuando la mente se nos puso en blanco: escuchamos claramente que los soldados gritaban “¡Norge y Fin del Mundo!” ¡...Y ese es el grito de guerra de nuestra patria y no el de Suecia! Cuando escuchamos que Haakon y los suyos gritaban “¡Norge y Mildal un solo corazón!”, nuestra alma se confundió. Todas nuestras miradas convergieron hacia el Abad.

-Es Satán que nos quiere confundir -arremetió subido a una ventana-. Ese no es Haakon ni está allí la señora Ingrid. No es nuestra gente, es una ilusión del demonio. No le alcanza con tentarnos desde la enredadera, ahora quiere volvernos locos y hacernos perder la *Sacra Reliquia* del Camello del Rey Mago Baltasar. Matémoslo con la indiferencia y no nos apartemos de la estrategia planificada. Los suecos son los suecos, aunque se vistan de novicias.

Aunque la opinión del cronista no debe aparecer en su crónica, no puedo dejar de mencionar que no me gustó la referencia a nuestras congéneres. Me imagino que tampoco le gusto a mis compañeros, pero en esos momentos había cosas más importantes que defender.

¿Rey sueco?

-*Pax tecum* –saludo ceremoniosamente nuestro Abad, llevando a la practica lo que acababa de decirnos-.

Todos esperábamos el *Et cum spiritu tuo*, la respuesta tradicional al saludo de paz cristiano, pero el vozarrón real tronó:

-¡Tu espíritu va a quedar molido a palos, igual que tu cuerpo si no devuelves a Noruega lo que es de Noruega, viejo amargo!

La cara del Abad reflejo el impacto del insulto y la tremenda lucha que su alma enfrentaba. ¿Debía ofrecer la otra mejilla y pasar a los ofrecimientos espirituosos de la estrategia estudiada o...? Como hombre acostumbrado a mandar, su respuesta no entró en el camino de las dudas.

-¡Viejo, tu abuela! ¡Y amargo, tu madre!! -le contestó rojo de rabia, cólera, ira y demás sentimientos propios de una bilis desbocada-.

-O me devuelves el hijo o te juro que la piedra más grande que quedará de tu Convento no servirá ni para cazar pajaritos.

-Pájaros grandes debes tener en la cabezota, gordo sueco, para creer que te vamos a entregar nuestra Reliquia porque lo dice tu panza grande.

Un silencio denso bajó sobre la tropa. Habían insultado al Rey. Además de “sueco” lo habían llamado “gordo”. No había dos insultos peores.

- ¡El cura viejo esta loco! -grito la tropa y todos llevaron la mano a sus espadas, disponiéndose a atacar-.

En ese momento reconocí de donde me parecía conocida la cara del Rey. Cuando mi madre me despidió, el día que venia al Convento, puso en mis manos una moneda de plata para entregar al Abad. En ella, bajo la leyenda “Dios protege a Noruega”, aparecía la cara del Rey... del Rey que estaba enfrente, rojo como solo podemos ponernos los hombres del norte. ¡Era nuestro Rey de Noruega! ¡El Rey estaba en Mildal! El corazón se me dio vuelta.

Haakon quiso parar al Rey para decirle algo, pero éste, con un ademán seco, lo detuvo. Justo en ese momento tan tenso se escuchó un eructo, producto de un desayuno frío en una mañana destemplada, que resonó en la niebla matinal como un cuerno de batalla.

El Rey se puso pálido, espoleó hasta donde estaba su General en Jefe y lo increpó: -¿Cuántas veces tengo que decir que quiero un ejército disciplinado? ¿Así vamos a cambiar nuestra imagen de hordas bárbaras? Lo que acabamos de escuchar es indigno de un pueblo que quiere parecer culto.

El General en Jefe se puso todo colorado y sólo atinó a decir:

-...Me parece que se le escapó, Majestad.

Pero el Rey ya estaba lejos de él. Esta circunstancia permitió que Haakon llamara a nuestra amado Abad, con voz poderosa:

- Escucha, Epífanial Manípulo del Introito. Es nuestro Rey, el Rey de Noruega, no es el de Suecia. Ha venido a buscar algo que dice que es de Él, pero que está retenido o prisionero en el Convento. Por lo que sé...

-Lo que yo sé –lo cortó secamente el Abad- es que la traición ha ganado tu alma y el miedo tu espíritu. No me vengas con cuentos. Dile al sueco, al que has vendido tu brazo que no entregaremos la *Sacra Reliquia*, los Treinta Santos Pelos de la Joroba Trasera del Camello del Rey Mago Baltasar. No nos importa perder todo el acquavit que hemos juntado.

Nuestro Abad estaba fuera de sí. A miles de millas había quedado la estrategia de sonrisas y brindis. Todos los frailes se cansaron de hacer señas al Maestro de Novicios para que tranquilizara al Abad y nos pudiéramos salvar de terminar adornando lanzas de nuestra propia patria. Se notaba que el Maestro de Novicios no sabia a quién tener más miedo sí al Abad o a las espadas. Su alma estaba gris del miedo.

-Genio, escucha a las mujeres –la que ahora hablaba era la delegada de las anteriores esposas de nuestro reciente fallecido señor Arthur Larsen-. Tanto rezar en ayunas te ha dejado la cabeza hueca. ¿No ves que es nuestro Rey y no el de Suecia? ¿Quieres que nuestro Rey de Noruega nos destroce a todos por tu culpa? Si le tienes envidia a la panza del Rey, aguántate; y si tomaste acquavit, disimúlalo delante de la gente. De una vez por todas, entrégale su hijo y a comer bacalao! Nosotros viviremos en paz y tú podrás volver a tu querida abstinencia, pero sin molestar a los demás, como es tu costumbre. ...Y en cuanto a que quieren robarte tu vieja reliquia: La única reliquia que hay por acá tiene cara de Abad.

-¡En estatua de sal debería convertirte el Señor, mal pensada y peor hablada! ¡Y basta de charla mujeril! Si el sueco quiere arrebatarlos la *Sacra Reliquia*, que intente pasar por nuestros cadáveres primero.

En ese momento se oyeron fuertes gritos que provenían de los techos de nuestro Convento. Hacia allí miramos todos y nos encontramos con que Olaff “*Calamitas*” había puesto sus manos a modo de pantalla y le gritaba insistentemente algo al Abad.

Éste se enfureció por la aparición del novicio estúpido, que lo único que sabía era escribir cartas de amor y quiso seguir con lo suyo, pero todos mirábamos para arriba porque los gritos eran cada vez más fuertes. El Abad, que está bastante duro de oído por sus años, se dirigió hacia a nosotros y nos preguntó qué era lo que decía, pero nadie le quería contestar. Hasta que se puso fuera de sí y nos amenazó con la muerte eterna.

¿Es pecado calificar a alguien de "senil" en público?

Nosotros somos hijos de la obediencia y nuestro superior nos estaba ordenando claramente hacer algo, que no era pecaminoso *per se*. Pero... las casi cien voces varoniles gritando fuerte: “¡¡*Masturbator Senilis!*!” delante del Rey, su ejército, la comitiva de señoras y la guardia de Mildal, debe ser un coro que lo va a perseguir hasta el final de sus días; pero fue él quien nos exigió que se lo dijéramos.

Al escuchar esto, el Abad le arrebató una vela que tenía el Bedel en las manos y se quería subir a los techos para pelearse con Olaff “*Calamitas*”. Por suerte Juan de Nápoles pudo decirle:

-No lo está insultando, Abad, parece que lo está llamando.

-Tú inventaste ese insulto y se lo enseñaste a ése insano para que me humillara en público. ¡¡Vas a volver a Roma o a París el día del Anticristo, mal fraile vengativo! ¡Vas a quedarte aquí hasta

que tus huesos se confundan con el hielo, ¡*Doctor Frigidus*!

-¡Yo no le enseñé nada y no me imagino como sabe ese insulto! Pero lo que sí estoy conociendo es que el Anticristo ya vino, es Abad viejo y tiene todo el aspecto de ser un ¡Mastur...

Por suerte la voz de Olaff "*Calamitas*" tronó de vuelta y tapó el insulto, para mí esta vez justificado del pobre Juan de Nápoles.

-¡¡Es mi papá, Abad!! –Se oía gritar a Olaff-. ¡Me viene a buscar a mí!

¡Príncipe!

Cómo a una, el Rey y todo su ejército se pusieron a gritar ¡Príncipe! – ¡Príncipe! – ¡Príncipe!
-A él es a quien buscan, Transfigurado Kirie Eleison Papal –gritaba Haakon, mientras levantaba las banderas de Mildal-.

-A él lo buscan, genio –aclaró la señora delegada de las ex esposas-. Y te aclaro que le ha escrito cosas muy hermosas a mi hija Astrid.

-Sí, señor Abad, el Rey viene solo a buscar a su hijo Olaff –aclaraba la señora Ingrid-. Se entero que lo tienes prisionero y creyó que ibas a pedir rescate porque ahora es el heredero del trono. Su hermano mayor desapareció. Y parece que este muchacho y Astrid, la hija mayor de Arthur Larsen...

-¡Por qué no me dijeron que el gordo era el Rey de Noruega?? Por qué no me dijeron que ése maldito novicio era un *Princeps*! –bramó el Abad mirando al Maestro de Novicios-.

La señora delegada de las anteriores esposas de Arthur Larsen echó más leña al fuego:

-¿Tanto te cuesta entender que el muchacho esta enamorado y que el amor tira más que un carro de siete bueyes?

El Bedel y el Maestro de Novicios se atropellaban tratando de explicar que no sabían la calidad del aspirante al trono. Por suerte intervino nuestro Maestro Paulus Romanus, que además de teólogo es paciente y sabio:

-Padre Abad, aquí el demonio ha metido su cola y nos ha confundido la mente. Hasta un santo se habría equivocado. Quizás, usted pueda, como lo hicieron los padres fundadores, encontrar el rumbo perdido y sacarnos de este atolladero.

Yo me pregunté que explicación armaría Paulus Romanus para que el Abad pudiera digerir su rabia y su papelón -Padre Abad - dijo el *magister* con calma -, aquí se creía que el muchacho había venido hasta este fin del mundo en peregrinación. Cuando apareció por estos pagos solo

hablaba de la Señora y tanto los del Castillo como nosotros creímos que se trataba de Nuestra Señora, la Virgen; pero parece que nos equivocamos feo. Se trataba de una señora de carne y hueso como la Virgen, pero que en lugar de estar en el cielo, vivía en el Castillo y es una de las hijas de Arthur Larsen... Recuerde el señor Abad que una cosa es obtener la palma del martirio por Cristo y otra que nuestro ejército, con nuestro Rey a la cabeza, nos pase por encima para rescatar a su hijo, nuestro Príncipe... que no olvidará todas las enseñanzas recibidas aquí en el Convento.

El Abad bajó la cabeza y masculló algo ininteligible. Nosotros respiramos pues es síntoma de que empieza a calmarse. Esto nos lo confirmaron sus palabras, pues sacando fuerzas de sus últimas reservas, gritó:

-Yo no sabía que era tu hijo, Rey. Además, ya no es un hijo de la Orden Dominicana, así que te lo puedes llevar cuando quieras.

El Rey se tranquilizó un poco, pero con autoridad pidió explicaciones

-Me dijeron que estaba preso. ¿Dices que esta libre?

-¡Libre, pero con Astrid! –gritó desde el techo Olaff “*Calamitas*”.

-¿Qué eso? ¿Mi hijo se quiere llevar a una monja? ¿Es esa la reliquia que no querías entregar? – Preguntó intrigado el Rey-.

- Señor Rey –intervino el Maestro Paulus Romanus tratando de explicar un poco las cosas -. Tu hijo es libre, pero parece que está atado a un gran amor. Ha habido una inmensa confusión, una mezcla de cosas. Nosotros ayudamos, sin querer... Creo que en este momento está todo a punto de aclararse. Nuestro padre Abad, el hermano Hildebrando, te ruega aceptes la humilde hospitalidad de este Convento para que podamos agasajarte y darte todas las explicaciones que sean necesarias.

- Si – confirmo el Abad -. Pasemos al Convento y charlemos en privado, que no me gusta andar reconociendo problemas grandes delante de tanta gente.

-¡Ni me lo digas! –se distendió el Rey. Este hijo mío, Olaff, se ha convertido en heredero de Noruega porque mi hijo mayor, Erik, se fugó durante un desfile con el hijo de mi General en jefe!

Primum vivere

Al rato todos estaban dentro del Convento con ganas de sacarse el frío, el hambre, el miedo y las dudas. Como por arte de magia fueron apareciendo en las galerías mesas y bancos, que un

instante después estaban colmados de capones, gallinas y conejos. El Abad bendijo la mesa y no había terminado el amén cuando una ovación llegó desde el fondo. Había hecho su aparición la bebida, en la justa medida en que se toma: dos medidas de cerveza por una de acquavit.

En la más importante de todas mesas el Rey de Noruega, nuestro amado Abad, la señora Ingrid, el Maestro Paulus Romanus, Haakon, y las ex señoras del fallecido señor de Mildal estaban concertando el casamiento de mi amigo Olaff "*Calamitas*" con Astrid, la mayor de las hijas de Arthur Larsen, cuya madre es la señora delegada de las ex esposas.

En otra mesa vi al Maestro de Novicios, con el Bedel a su lado, que en amable charla con el General en Jefe del ejército, le pedían demasiados detalles sobre lo que sucedió entre el hijo primogénito del Rey y el suyo. El pobre hombre transpiraba y ellos también, aunque me imagino que por distinta causa. En la punta estaba Juan de Nápoles, taciturno y solitario, tomando su acquavit con la mirada ausente.

Seguramente la mesa más divertida y ruidosa era la de Berengarius y Haakon. Las canciones y los brindis no tenían fin y el acquavit transformaba el frío y la sed en alegría explosiva que rebotaba en los arcos de nuestras galerías y volvía como música de fiesta.

Yo estaba en una mesa con mis hermanos novicios. En un momento nos dimos cuenta de que éramos los únicos serios. Nuestras jarras contenían -por expresas órdenes superiores- solo agua. Pero esto duró hasta que el hermano Berengarius se nos acercó con un pequeño tonel al hombro. Cuando llegó a nuestro lado lo bajó y lo puso sobre nuestra mesa. Mientras apoyaba una de sus manazas sobre mi hombro, nos comentó:

-El Señor, que las sabía todas, en la Última Cena instituyó la Eucaristía con pan y vino. Por eso no pueden faltar en ninguna mesa cristiana el pan para el cuerpo, el vino o la cerveza para el espíritu y los amigos para la alegría. Nadie puede prohibir brindar por el Señor, por más Bedel o Maestro de Novicios que sea. Miren el fondo de sus vasos ¿Saben porque todos tienen allí la inscripción "Jesús"? – Para que los brindis sean "Hasta verte, Jesús mío", que así se toma entre cristianos.

En las mesas del granero, donde estaban las tropas, todos comentaban el final feliz de la historia del Príncipe que, no conformándose con vivir en la corte como segundón, había abandonado el palacio en busca de aventuras y amor. Los soldados de Mildal comentaban como lo habían encontrado medio muerto de frío una mañana, al abrir las puertas del castillo. Cuando lo llevaron a la cocina, Astrid, la hija mayor de Arthur Larsen, lo abrigó, le dio hidromiel y veló a su lado. El muchacho estuvo varios días con unas fiebres muy fuertes, durante las cuales no paraba

de decir que se le había aparecido la Señora y que él le había donado su corazón. Cuando mejoró, siguió con el tema de la Señora, por lo que decidieron llevarlo al Convento para que estuviera cerca de Nuestra Madre de los Cielos, sin darse cuenta de que hablaba de la bella Astrid. Por su lado, ella también había recibido en su corazón el regalo del amor.

Las palabras que usaron los soldados no fueron exactamente estas, pero creo que en el fondo querían decir algo así. Hago esta aclaración por si alguien considera que una *Chronica* es solo copiar la realidad, cuando en realidad lo que busca es dar noticia de lo que en verdad sucede.

La nave de Odín o Cristo

Antes de que trajeran los dulces y confituras, el Rey sacó su espada y golpeando una gran jarra logró silencio:

- Hoy -nos dijo, mesándose la barba- es uno de los días más felices de mi vida. Voy a poder volver a mi casa, a mi mujer y a mi cama, pues la Reina me había sentenciado al destierro de estas tres cosas tan importantes hasta que le llevara de vuelta a este hijo querido.

Las risas y los vítores aclamaron al Rey, que prosiguió:

- También estoy contento porque hoy tengo el camino abierto para realizar mi sueño: Cuando era chico conocí a mi bisabuelo, que me contaba cosas de su abuelo, el Gran Vikingo, el que no se cansaba de pasear nuestras naves por cuanta agua se le cruzaba y cristianos se le oponían. Parece que un día, el Gran Viejo, puso a su hijo en el trono y dedicó los últimos años de su vida a construir la nave que lo llevaría hasta el Valhala. En la proa esculpió con sus propias manos a Odín, de larga barba, con el yelmo alado, la mágica lanza y sus cuatro animales: los cuervos Hugin y Muninn y los lobos, Fenrir y Freki. ...Desde chico siempre quise imitarlo. Ya he llevado nuestras flotas por el mundo, un poco más pacíficamente. Últimamente, cuando paso cerca de donde está enterrado con su nave, me vienen las ganas de empezar a construir la que me llevará al Paraíso.

El silencio que lograron sus palabras fue tan denso que asustó hasta al propio Rey, que añadió sonriendo:

-La vida me ha enseñado que si uno no pone en el momento justo un hijo en el trono, siempre hay amigos, parientes o generales que obligan a que uno deba subirse a los apurones a un mal bote para la gran travesía hacia Odín y las Valquirias... y ahora Cristo.

Todos nos reímos de su salida, aunque a mí me pareció un poco ecléctica.

-Por eso necesito –prosiguió el Rey - que un hijo mío tome la posta y el Consejo del reino apruebe su consagración en la Catedral de Nidaros. Olaff, -dijo dirigiéndose a su hijo- quiero que vuelvas conmigo y te prepares para asumir prontamente el cargo y su carga. ¡Brindo por mi heredero, el Príncipe! ¡Que sea un gran Rey y me ayude con las tablas pesadas en la construcción de mi nave! ¡Y que su Dama, esta hermosa Astrid, nos acerque copas de acquavit... para curar las maderas!

Las palabras del Rey nos conmovieron a todos, pero especialmente a Olaff que no supo que hacer y se perdió en los brazos del Rey. Así se quedaron largo rato entre las vivas a ellos y a Noruega.

El saludo de Astrid

Como el Rey quiere que su hijo sea un gobernante culto le pidió al Abad que designe a un Maestro de su Convento para que acompañe a su hijo a Trondheim y sea el responsable de su preparación para la difícil función de ser Rey de un pueblo de gente independiente. El Abad le ha contestado que mandará al mejor de sus Maestros, a Paulus Romanus, pues el otro *Magister*, Juan de Nápoles tiene una promesa que cumplir en estas tierras.

Olaff “*Calamitas*” se puso a conversar con su padre y a cada rato se reían a las carcajadas y se golpeaban los hombros. Parecían dos osos querendones. Después vino a mi lado y ante mi sorpresa me tomo de un brazo y me arrastro para presentarme a Astrid. Es una muchacha hermosa, de ojos vivos y espíritu fuerte, tanto que cuando Olaff le comentó que yo era su mejor amigo, me estampo un beso sonoro en la mejilla y un puñetazo en las costillas.

Todos los novicios estrechamos en nuestros brazos al Príncipe que había convivido con nosotros y que tantas veces nos había hecho reír con las calamidades que dejaba a su paso. Los frailes profesos le comentaron que Paulus Romanus es un sabio y una persona de Dios, y que va a ser una suerte tenerlo de Maestro privado. Olaff “*Calamitas*” sonriendo les contesto que ahora va a aplicarse en serio y que por Noruega y Astrid es capaz de tragarse las obras completas de Moisés Bn Maymun -nuestro conocido Maimónides-, con la circuncisión incluida y todo.

El Príncipe Magnus y un pobre cronista

Cuando todos nos reíamos de su salida, nuestro Príncipe se puso serio, se paró sobre un

banco y con voz grave dijo:

-Padre y señor Rey, no te defraudaré. Juro por mi honor que seré fiel a Noruega. Para exigirme no olvidarme de mis deberes, desde hoy me llamare Magnus. Príncipe Magnus ahora y cuando lo dispongas, Rex Magnus.

Seguramente un poco el acquavit y mucho la alegría que tenía hizo que un comentario mío me saliera en voz un poco alta e hiciera reír a todos, menos al Abad, al Maestro de novicios y al Bedel. Hoy todavía me arrepiento de que oyeran decir que es más noble el título de “Príncipe Magnus” que el de “*Masturbator Magnus*”.

-No te rías mucho - me contestó mi amigo- pues tendrás que registrarlo. Tu *Chronica* me ha gustado mucho. Prepárate a viajar conmigo y a ser el cronista de mi futuro reinado.

En este momento estoy solo en el vacío *Scriptorium* porque Olaff “*Calamitas*”, ahora nuestro Príncipe Magnus, quiere que yo, un simple copista dominico, sea su futuro cronista oficial, que se apura a tomar nota de lo sucedido, a ver si cuando termina todavía hay acquavit y no se tiene que conformar con agua bendita.

Terminé este primer capítulo en Mildal, a los quince días del mes de mayo, en el año treinta de la fundación del Convento de Nuestra Señora de Mildal.

Yo, el copista.

Segunda Parte: La Bruja Haldis y el Alquimista

La partida de Mildal

¡Hace más de dos meses que salimos de Mildal y recién hoy puedo sentarme a escribir mi crónica! Estamos en el castillo de Tromso, y a pesar de que tengo mucho que registrar para ponerme al día, me he tomado un instante para disfrutar del olor rancio de mis pergaminos y me siento feliz, rodeado de plumas y cuernos de vaca recortados, rebosantes de tinta de diversos colores.

¡Por suerte podemos descansar de tanto andar, de tanto pasto duro, fiordo, agua y montañas blancas! Han sido muchos los días de a caballo, tantos que he tenido que pedir prestado un almohadón, pues mi recurso de apoyar un lado un rato y después el otro, no funcionó. Tan sensible ha quedado mi anatomía posterior que recién intenté escribir parado... pero no es lo mismo. La caligrafía es un arte que tiene sus exigencias.

Entre las cosas que debo registrar y que no me va a ser fácil olvidar, está el proceso contra Haldis. Aquí voy a poner solamente un resumen para el que me van a servir las actas que registré siguiendo puntillosamente el instructivo emanado del propio Gran Maestro del Santo Oficio, referente a los procesos que se llevan a cabo por ante la Santa Inquisición.

Los hechos que sucedieron esa fatídica noche fueron impresionantes. Quiero aclarar que – como copista que está tratando de ser cronista – busco registrar las cosas lo más objetivamente posible, pero eso no implica que no tenga mis emociones y que el corazón no tome partido.

Pero, para no cometer otra falta de método al hacer consideraciones sobre un relato que todavía no se contó, vuelvo a las enseñanzas de Herodoto y sigo su consejo de comenzar por el principio.

...En la gran fiesta donde se selló la paz entre el Convento de Mildal y nuestro Buen Rey de Noruega, se acordó el casamiento del Príncipe Olaff *Calamitas* (Príncipe Magnus) con Astrid, la hija de Arthur Larsen. Nuestro Gran Rey brindó por Mildal y nosotros nos sentimos orgullosos de que Él nos haya nombrado “Defensores de la Frontera de Hielo”. Hace poco que ha llegado a nuestros confines la religión y es la primera vez que nos visita un Rey. Hay que vivir en el fin del mundo para saber lo que significa sentirse parte de un Gran Reino y de la Iglesia Universal.

El Rey decidió partir pronto de Mildal así no se ablandaban sus soldados con tanto agasajo y acquavit bendito. Con su vozarrón de hierro nos contó que quiere aprovechar la vuelta a su capital

para hacer algunas excursiones en tierras de los suecos y despuntar el vicio de pelear con los “queridos” primos.

También a las carcajadas le ordeno a su hijo Magnus que demorara lo más posible su casamiento, así se le retrasa el conocimiento de lo que es la esclavitud de los cristianos, liberados del demonio pero no de la suegra y la esposa. Magnus le contestó que estaba ansioso por conocer “bíblicamente” esa realidad, lo que logro que Astrid y su madre, la delegada de las ex esposas de Arthur Larsen, lo corrieran con ganas de apalearlo.

Y así, el Rey se marchó con sus tropas, seguido hasta las afueras de Mildal por todos nosotros, que lo vivamos y disfrutamos con la fascinación y el temor que banderas, caballos, armaduras, penachos, y la marcial actitud de los guerreros despiertan en la gente de paz.

La partida de Magnus y su prometida se atrasó un poco porque Astrid ama profundamente a su Olaff *Calamitas* – el Príncipe Magnus- y está dispuesta a seguirlo para siempre, pero esto implica dejar también para siempre su madre, su familia y Mildal.

Fue en esos días que el Maestro de Novicios me llamó y me dijo que el Abad Hildebrando me autorizaba a acompañar al Príncipe, pero con la condición de permanecer cerca de Paulus Romanus, el *Magister* que va a acompañar a Magnus para terminar su preparación. Mi deber será ayudar a este Maestro en lo que necesite y aprovechar sus enseñanzas, para no llegar a ser un Cronista del que se tenga que avergonzar la Orden de Santo Domingo de Guzmán.

Cuando Olaff *Calamitas*, a quien a partir de ahora llamaré Princeps Magnus, pues éste es el título que le corresponde, vio que Astrid quería terminar antes de partir su ajuar de casamiento, y que éste consistiría en más de veinte prendas grandes y veintisiete chicas, que iba a bordar a mano una por una, puso una fecha y así, en medio de los lloros de todos, una mañana enfilamos hacia el Sur.

A mí me dolió abandonar mi mesa de trabajo y antes de partir, cuando no me veían, fui al *Scriptorium* para despedirme de mi pupitre y pasar la mano por el respaldo de la silla donde se sientan los *Magistri* para dictar. Quizá algún día vuelva y pueda sentarme a comentar a Egidio Romano... a Averroes. ¡...O al propio a Santo Tomás!

Cuando dejábamos el Convento se me acercó el hermano Berengarius y me abrazó fuerte. Con mucha emoción me miró a los ojos y me dijo: "Chico, no dejes de rezar. El Libro de Horas de los frailes sirve para levantar el alma al Señor... y también el cuerpo". Y luego medio ahogado por un sollozo, me besó en la mejilla y se fue. Su hermosa y grande humanidad me ha acompañado todos estos días, pues en la alforja de mi caballo encontré un envoltorio de tela en el que estaba

escrito con letra borrosa "Libro de Horas". Adentro había un jamón curado. Lo voy a extrañar, al igual que a Rodolfo, Héctor y Gustavo, mis queridos hermanos copistas que me ayudaron a mejorar la letra.

El viaje y el enamorado Príncipe

Como decía, en una mañana de sol comenzamos nuestro viaje. Desde las tierras del Finnmark, casi en el Cabo Norte, más allá de Hammerfest, comenzamos a bajar hacia el sur. Los grandes fiordos, esos inmensos valles llenos de agua azul helada, están a nuestro costado derecho, donde termina la vasta y seca planicie, que parece no tener fin y que se pierde a nuestra izquierda en las montañas de hielo.

En la caravana, adelante va un sargento con veinte soldados que fueron dejados por el Rey como custodia, después viene el carruaje de Astrid, que viaja en una carreta hermosa, que le regalaron sus tías, las ex esposas de Arthur Larsen; con ella viaja la señora Liv, a quien su madre encomendó acompañarla y velar por su salud física y espiritual. Después venimos nosotros, o sea, el Príncipe Magnus, Paulus Romanus y éste copista.

Las peripecias más importantes de los primeros días, consistieron en los escobazos que recibió nuestro Príncipe, cada vez que intentó colarse en la carreta. Confieso que -en mi desconocimiento del mundo- me pregunté al partir qué hacía una escoba usada en un carruaje forrado con valiosos cueros. Ahora puedo decir que la señora ama tiene experiencia en cuidar amores previos al sacramento y que su arma es de una eficiencia, que nos ha hecho reír mucho a mi Maestro y a mí, pero no a Magnus.

El *Princeps* Magnus no cesa de decir que la señora Liv ya era suegra antes de nacer y también bruja, porque sino, no se explica que maneje tan bien la escoba contra alguien que sólo desea amar. Paulus Romanus casi se cae del caballo cuando Magnus le solicitó su intervención frente a la ama. Con total desparpajo, le pidió que le contara sus buenas intenciones a la señora y que le dijera que juraba poner su espada -en la cama- entre él y su amada, cosa que es en todas las Ordenes de la Caballería, *Signum Castitatis*, e implica respeto absoluto de la virginidad.

El *Magister* le aseguró que le explicaría a la señora Liv su pedido y que estaba convencidos de que ambos respetarían seriamente la virginidad... pues creía que tanto la señora Liv, como él, Paulus Romanus, eran personas de palabra.

Hablar con un Maestro

Nuestros días transcurrieron tranquilos, el Maestro no descuidó nuestra educación, pero en vez de clases magistrales nos está comentando de viva voz su próximo libro sobre Orígenes. Parece que fue el primero en reconocer la valía del pensamiento filosófico de la antigüedad contra los que señalaban que sólo con Cristo llegó la Verdad a esta tierra. Paulus Romanus nos explicó que Orígenes abrió los horizontes del pensar y rompió con una tradición cerrada, que sólo se explica en quienes están encandilados por la Fe y no pueden ver más allá. ...Aún en temas arduos, sus explicaciones nos dejan con la boca abierta y el alma deseosa de saber más. Sabe mucha historia, tiene una memoria prodigiosa y nos trasmite su entusiasmo por el pensar.

Más que orgulloso me sentí cuando me atreví a hacerle dos preguntas y estuvo como media hora respondiéndome. Aunque no entendí mucho lo que dijo, nadie me saca que eran preguntas inteligentes y en la buena tradición dominica. Debo confesar que no quedé muy orgulloso del dolor de cuello que me quedó de tanto asentir lo que me explicaba.

Astrid a veces interviene en estas charlas, aunque su estilo para inquirir no es tan pulcro como el del Príncipe Magnus o el de este copista. Por ejemplo, acostumbra a preguntar “¿Y eso con que se come?”, que yo creí que iba a despertar la ira de mi Maestro, pero éste no es como Juan de Nápoles. Paulus Romanus lo toma a risa y contesta pidiendo disculpas por no conocer mucho de cocina, como el hermano Berengarius de Mildal.

La Gesta Vikingorum y Constantinopla

En los momentos de descanso, nuestro Maestro nos ha pedido que le contemos nuestra *Gesta Vikingorum*. Sus estudios y trabajos en Mildal no le permitieron familiarizarse con el tema. ...No podía creer que la conversión de estos pagos sucedió cuando nuestros primos daneses, luego de la derrota frente a Carlomagno, se convirtieron en masa al cristianismo. Citando a San Agustín, nos dijo que: “La fe debe ser voluntaria, no coercitiva” y agregó que esos bautismos masivos, obligados y políticos, no tienen validez, pero que “ Dios termina por aceptarlos, porque es tan Bueno, que es capaz de perdonar hasta a sus obispos y reyes, que se comportan como si fueran dioses”.

Contentos por la atención que nos prestaba, le contamos que a Mildal llegó hace poco la religión verdadera porque está donde termina el mundo, pero que la evangelización del Norte

comenzó con el obispo Anskar, a mediados del siglo IX. Paulus Romanus quedó impresionado con este Santo y no podía creer que la primera visión de las miles que tuvo fue cuando tenía cinco años. Creo que estuvo a punto de hacer un comentario jocoso, pero después de mirarnos a los tres se limitó sólo a sonreír.

Magnus le detalló los reinos que fundaron nuestros antepasados en Irlanda, Inglaterra y Rusia y nos atropellamos para contarle que muchos vikingos partieron a Tierra Santa en la primer Cruzada y que los que volvieron mostraban orgullosos las cruces tatuadas en sus brazos, que se las hacían como señal de valentía y compromiso con la fe, pues sabían que si los musulmanes los tomaban prisioneros, era tal la furia que les despertaba el signo de nuestra salvación, que significaba la condena a muerte.”

Una tarde desensillamos para explicarle mejor como eran nuestros barcos. En un costado del camino parecíamos locos: Yo con un palito dibujaba, Astrid sugería, Magnus corregía y Paulus Romanus se inclinaba a mirar como si fueran barcos en serio. Después que le contamos que eran largos y angostos, que tenían una cabeza de dragón en su alta proa, que las velas eran de colores vivos, que de la borda colgaban los gruesos escudos de madera pintados con animales o signos que infundían terror; que desembarcaban gritando como desaforados y golpeando sus lanzas, espadas y hachas, mientras unos cuernos gigantes incitaban a la lucha, Paulus Romanus se limitó a comentar: “¡Madre de Dios! ¡Qué susto se deben haber llevado los pobres monjes que los vieron llegar por primera vez”!

Las mujeres sabias y artistas

Debo señalar que estoy aprendiendo que se puede ser gentil y fraile a la vez. Esto lo descubrí cuando el *Magister* habla con Astrid. En vez de citar a nuestros clásicos varones griegos, latinos o cristianos, él se esfuerza en encontrar la cita en boca de alguna mujer importante.

En la formación conventual no se toca el tema de las mujeres. Me imagino que es por lo del “sexto y el noveno” y por nuestro voto de castidad; pero es una pena. Yo estaba creído que los hombres movíamos el mundo y las mujeres sólo lo embellecían, salvo las santas que lo santifican.

Una tarde escuché asombrado la historia de Hypatía, quien escribió sobre astronomía, matemáticas y filosofía. ¡Una mujer no cristiana que tuvo como discípulos a las mejores cabezas de Alejandría, entre ellos al obispo Silesio de Ptolomeis! Otro día, el Maestro nos habló de la docta Macrina y nos contó de médicas brillantes como Trótula de Salerno. Astrid estaba feliz cuando

escuchó que también en las ramas del arte han descollado mujeres de gran valor, como Ende, Hitda y Faltonia Proba; y a mí me brotó una sonrisa de orgullo de colega cuando me enteré de Claricia, Montanaria y Cristina de Pisán ¡mujeres copistas y miniaturistas!.

La que me impresionó más fue Hildegarda de Bingen. Una dotada. Compuso música, escribió de medicina, decoró sus manuscritos y... ¡Descubrió que el lúpulo conserva mejor la cerveza! ¡Les hice jurar a todos que el próximo brindis sería para ella!

En lo religioso, me impresionó saber que el propio San Atanasio comenta, que junto con los Padres del Desierto, existieron las llamadas "Madres del Eremo", que no sólo vivieron como santas anacoretas, sino que descollaron por su ciencia, saber y erudición, como Synclética, Apolinaria, Eufrosine, Eusebia Hospitia y muchas más.

La emoción de Astrid

No puedo dejar de subrayar el día que vi llorar largamente a Astrid. Ella estaba escuchando a Paulus Romanus que le leía el encabezamiento de una carta de Heloysa a Abelardo... y no pudo aguantar las lágrimas. En ese momento me di cuenta que el alma de las mujeres es hermana de los atardeceres y la poesía. Astrid me pidió que se la copiara, pues la quiere llevar siempre junto a su corazón, donde está su Príncipe Magnus.

Me voy a tomar la licencia de copiarla aquí, por si a alguien que lee estas crónicas le gusta guardarla para pensar en su amado: *"Domino suo, immo patri; coniugi suo, immo fratri; ancilla sua, immo filia; ipsius uxor, immo soror. Abelardo Heloysae"*. Soy de la idea de que las traducciones sólo restan fuerza y ensalmo a las palabras, por eso pido disculpas por esta: "...Para Abelardo, su señor y mejor aún, padre; su esposo y mejor aún, hermano; de Eloisa, su esclava y mejor aún, hija; su mujer y mejor aún, hermana".

Y dejo este tema de las mujeres porque supera ampliamente la capacidad y los conocimientos que puede tener este pobre copista dominico. Astrid al saber que iba a poner algo sobre las mujeres, me dijo que la única profesión que puede hacer algo bueno sobre este tema es la de copista. Textualmente me aseguró: "Los hombres lo único bueno que pueden hacer es limitarse a copiar lo que dicen las mujeres".

Mi venganza fue muy dulce, pues le pregunté si no quería saber como terminaba Eloísa sus cartas a Abelardo. Ella se creyó que era un chiste, pero cuando le conté que lo saludaba

escribiendo "Adieu, mon unique", se volvió a emocionar y a pedirme que también se lo copiara en un trocito de pergamino.

El Príncipe Magnus le ha contado a Astrid de la amistad que tiene conmigo y ella me llama *Pater Historiae* y me ha pedido que en estas Crónicas la retrate tal como es, pero no de perfil, porque para ser reina hay que tener la nariz de Cleopatra, o sea, una real narizota. Pero no es verdad. Puedo asegurar que si fuera pintor usaría su rostro para encarnar a Nuestra Señora.

El camino y sus gentes

En una palabra, salvo el dolor en mis asentaderas, el camino ha sido una fiesta. Ya estamos en plena primavera y los campos y los árboles empiezan lentamente a sacudirse la nieve y se revisten de verdes y amarillos. Cuando digo fiesta, lo digo en el sentido dominico del término, que no se refiere a la comida, pues en el camino no hay posadas y comemos bastante mal. ¡Hasta he llegado a extrañar la comida del Convento! Una mañana que nuestras caras mostraban que estábamos un poco mal dormidos por el suelo duro y otro poco mal comidos por lo repetido de nuestra dieta, Paulus Romanus, riéndose nos consoló contándonos que en el cónclave de 1268, Alberto de Viterbo, al pasar un año sin que los cardenales eligieran Papa, tapió el palacio donde estaban e hizo que les pasaran poca comida y solamente por el techo. A los meses, como seguíamos sin Papa a pesar del ayuno, mandó quitar el techo y dejarlos a la intemperie, con un régimen de comidas mínimo que cada día iba disminuyendo. La Iglesia tuvo un flaco Sumo Pontífice, Gregorio X, recién a los dos años y nueve meses...

Esto de la comida repetida y la cama dura lo compenso, cuando por la noche, los soldados se sientan junto al fuego y cuentan sus historias. Yo me hago el dormido y escucho y escucho. No creo que todas sean verdaderas, pero son hermosas, llenas de aventuras, desencuentros, amor y valor. Me gustaría algún día copiar algunas de ellas.

En el camino tampoco hemos encontrado palacios o castillos, pero en dos o tres oportunidades hemos pasado por pequeños poblados, con cabañas de madera sobre la costa o a los costados de los bosques. Algunas todavía tenían las viejas empalizadas de madera y la piedra del Theng, donde se convocaba a las asambleas.

Todas las casas tienen una pieza grande donde se vive, se come y se duerme. Son parecidas a mi casa: calentitas en invierno aunque un poco oscuras, pues no tienen casi ventanas

para que no se cuele el viento, ni el agua, ni la nieve y con los nichos para dormir a los costados, a veces con algún cuero de separación. Todavía mantienen la costumbre de colgar del techo las armas y las herramientas de labranza. Al fondo está siempre la chimenea con su caldero y asadores. De la pared cuelgan estantes para sostener los platos y copas de madera. Desde la puerta hasta la chimenea hay tablas sostenidas por caballetes que sirven de mesa, con bancos largos a los costados. A veces hay más perros que cristianos. ¡Algunas tienen un sótano para la cerveza!

Siempre nos atendieron más que bien: con la paja del suelo recubierta de yerbas de olor, aunque al principio, con recelo por el miedo que infunden los soldados a los campesinos. Las mujeres recién asomaban cuando veían a Astrid y a su ama.

Me encantó ver cómo se desvivían las chiquilinas por mirar a la que va a ser su princesa. Se atropellaban para arreglarle la ropa o trenzar sus cabellos. Pareciera que eso les da un inmenso placer, pues después se quedaban sonriendo con la boca abierta.

Hemos compartido nuestros víveres con ellos y ellos nos han convidado con su leche, su fuego y su hospitalidad. Yo fui muy feliz pues me pareció estar en mi añorada casa, cada vez más lejana, con mamá, papá, mis hermanos y el fuego lleno de chispas volando al cielo.

Después de tanta paz... Tromso

La gracia del Señor estaba con nosotros y la vida nos sonreía, pero Job dice que lo que el Señor da, lo puede quitar sin aviso. Cuando llegamos a la región de Troms nos impresionaron sus grandes fiordos, los profundos valles, las altas montañas y el mar poblado de islas. No conocíamos al señor del lugar, pero todos se referían a él con respeto y hablaban de que era un hombre, serio sabio... y muy solitario.

Magnus y Paulus Romanus decidieron que cruzáramos hacia la isla donde se encuentra el castillo y el poblado de Tromso, allí, nos presentaríamos al señor y podríamos descansar y reaprovisionarnos. La cercanía de un castillo, después de andar días y días a caballo, anoticiaba cama blanda y comido rico. Yo me acordé de la fiesta en el castillo de Arthur Larsen y el sólo enumerar todo lo que comí, me hizo espolear a mi caballo y olvidarme de que come pasto blandito, pero lo convierte en osamenta dura.

Pero algo me sucedió cuando nos acercábamos al mar. Quizá fue una premonición de lo que nos esperaba en el castillo. Al pasar cerca de un gran árbol solitario, me detuve a mirarlo porque

me llamaron la atención unas sogas y unos palos que colgaban de sus ramas. El sargento que nos acompaña, se me acercó y me dijo por lo bajo:

-No es lugar para un fraile y menos para un novicio. En estos árboles “especiales” se les sacrificaba caballos a Odín, a Thor y a Freya. Las bestias eran atravesadas a lanzazos y después colgadas de las ramas altas. Los lobos de Odín bajaban del cielo y comían los sacrificios. Dicen que aún ahora, por las noches se oye el aullido de los lobos y el ruido de huesos rotos y carne desgarrada.

Me golpeó lo que escuché y me corrió un poco de frío por la espalda. Por suerte se lo pude comentar a Paulus Romanus, quien me contestó que era una superstición y que seguramente los lobos hambrientos que devoraban a las pobres bestias colgadas eran campesinos hambrientos, que podían poner en sus ollas algo de carne que no tenía gusto a arenque ahumado. La explicación satisfizo mi inteligencia, pero no me sacó la aprensión.

La noche en el bosque

Después del viaje en la gran barcaza que nos cruzó a la isla y justamente cuando nos faltaba muy poco para llegar al castillo, se les ocurrió a los soldados de la delantera cortar camino entrando a un bosque, detrás del cual estaría el poblado de Tromso. Pero, el bosque resultó ser más grande de lo que parecía y se nos vino encima la noche. Eso nos obligó a buscar un claro donde acampar. Comimos algo liviano y nos dispusimos a dormir jugando a las adivinanzas desde nuestras mantas en el suelo y, como Paulus Romanus sabe muchas y muy divertidas, nos desvelamos. Cuando nos quisimos acordar ya estábamos cerca de medianoche... Fue entonces que se empezaron a oír los fuertes alaridos.

Fue escuchar aquello y ya el Príncipe Magnus estaba a caballo. Atrás corrí yo. Después vinieron algunos soldados, pues el resto se quedó protegiendo a las señoras. Paulus Romanus tardó un rato en decidirse. Decía que lo suyo no era miedo, sino respeto, que *Initium Sapientiae est Timor Domini* y que el comienzo de la sabiduría no es correr como desaforados hacia gritos extraños en plena noche.

Me cuesta decirlo, pero me perdí. Como buen copista sé que lo importante es seguir al que dicta, en este caso, las huellas del Príncipe. Pero ¿Si cuando salí tras él no pude ver el caballo, como podía ver las huellas? Al rato decidí aflojar las riendas del mío y apretar las espuelas para ver si el animal era más inteligente que yo, como niega Aristóteles. Y no pude comprobarlo, pues el cuadrúpedo salió disparado como si hubiera visto al diablo. Y esto no es un decir.

Fui el primero que las vi. De lejos parecía un resplandor débil, de cerca un fuego mortecino. Cuando me acerqué vi otras cosas y juro que mi piel se puso tipo gallina en sopa, a pesar de mi hábito bendecido. El caballo se paró en dos patas cuando estuvo cerca.

El Aquelarre

La luna llena estaba alta y se entreveía por arriba de los árboles. Cuando la fogata chisporroteaba aparecían fugaces llamaradas. Un círculo de doce mujeres vestidas de negro, tomadas de la mano bailaba, girando a toda velocidad, desencajadas y gritando como poseídas. De vez en cuando alguna se volteaba casi totalmente de espaldas para atrás y la vorágine de las demás la sostenía sin que se cayera. Parecía una rueda de fuego, noche y locura que giraba cada vez más y más rápido.

El canto que escuché me hizo estremecer. Las voces parecían murmurar una salmodia secreta, que recitaban una y otra vez, mientras giraban. Pronunciaban extrañamente las palabras acentuándolas según el ritmo, como en un lenguaje iniciático y críptico, acompañado de sonidos guturales de ultratumba. El hechizo –traducido al cristiano - decía:

Rueda que te rueda. No rompas la rueda.

Dame la mano. No sueltes el brazo.

Hierve. El caldero hierve. Nadie lo cuela.

Aprieta la mano. No salgas del trazo.

Aunque duela, no rompas la rueda.

Estruja la mano, ya vino el Ocaso.

Sin parar la ronda, cada una de las mujeres comenzó a decir el nombre de un santo y a mencionar las cosas horrendas que en su nombre había puesto en el caldero. Por San Moisés una había aportado labios de judío perjuro; por San Eloy, otra había tirado ojos de musulmán maldito; por Santa Flavia Domitila, otra más allá había puesto un feto parido por monja sacrílega. Por otros Santos habían echado cosas nauseabundas: Por San Hermas, intestino de víbora; Por San Ginés, garganta de renacuajo; Por Santa Teodota, entraña de murciélago; Por San Leovigildo, baba sangrienta de perro rabioso; Por San Evodio, grasa que queda en la soga de ahorcados; Por San Pacomio, semen de momia.

Mi alma se estremeció y mi cuerpo se asqueó hasta las náuseas. Un sudor frío me empapó por debajo del hábito. Los cánticos seguían instando a las brujas a no romper el círculo, a mantener

el fuego y a revolver el caldero. Nombres de Santos mezclados con llamados a las fuerzas del mal, insistencia en que lo Malo era lo Bueno, enigmas y asuntos de la Muerte, y sobre todo el vértigo de la macabra danza comenzaron a marearme. Hice un esfuerzo para dominar mis sentidos y lo logré, aunque no puedo decir que alejé totalmente el miedo.

Los movimientos de las brujas eran cada vez más frenéticos y los aullidos que lanzaban me erizaban la piel. Se me hizo insoportable cuando todas se pusieron a maullar como gatas en celo.

Un desagradable vapor gris salía del caldero negro. Algo vivo parecía estar hirviendo en su interior. El fuego parecía a momentos que se iba a extinguir. Mis oídos aterrados escucharon:

La Madre Mala puso su don asqueroso

Vagina de muerta, pene escamoso

Lo Impío es Santo, lo Malo es Hermoso

A lo lejos se escucharon campanas. Las doce de la noche. Al sonar la última, al unísono las brujas se detuvieron jadeantes y escupieron hacia las pequeñas llamas, persignándose al revés y tocándose después el pecho izquierdo. Al final, en vez de juntar los dedos en cruz, como hacemos todos, y besarlos, hicieron el gesto de “la higa”, cerrando el puño y haciendo sobresalir el pulgar entre los dedos índice y medio. Obscenenamente pasaron sus lenguas sobre este signo malo, gritando:

-¡En el nombre *del Panthánatos, del Mekalé y del Kratos Anatema*, Amén! ¡Por la fuerza de *Luzbel* os convocamos espíritus de Más Allá de la Oscuridad! ¡*Belzebuth!*, ¡*Astarot!*, ¡*Belial!*, ¡*Legión!* ¡*Mamón!* ¡Que *Satán* se poseione de nosotras! ¡Ven, Señor de la Muerte, ven!

Las voces de las doce mujeres resonaban en la medianoche y sus ojos oscuros, al reflejar las llamas, brillaban rojos, como chorreando sangre fresca. Sus pechos exhalaban ruidos y sus gargantas palabras malditas y prohibidas.

Satanás aparece

La ronda, las contorsiones frenéticas e increíbles, los alaridos guturales, las risas explosivas y los lúgubres llantos, como respondiendo a una orden, desaparecieron. Un silencio material, lleno de ruidos ocultos, se instaló en el bosque.

Según cuentan Macarios y Amathos, los discípulos de San Antonio el Grande, cuando narran las luchas que el Santo Abad del Desierto tuvo con el Demonio Meridiano, éste silencio sepulcral es el “*Momentum*”. En ese crucial instante se produce el “*Partus Diaboli Potentis*”. Así

describen ese nacimiento: "La Naturaleza se calla porque sabe que viene el Enemigo. Entonces, hasta los lobos cesan sus aullidos y los basiliscos sus silbos. Después, un fuerte viento trae ruidos de cadenas arrastradas y de multitudes blasfemantes. Una nube sucia con rancio olor a azufre cubre todo. El relámpago encandila las tinieblas y el trueno quiebra el cielo. El fuego mortecino se convierte en una gran llamarada que explota en pedazos... Y en medio de un rugido bestial, aparece el Mal: *¡Diabolus tamquam leo rugiens circuit quaerens quem devoret!*"

Yo me preparé para aguantarme que el Diablo apareciera al lado mío como un león rugiente y diera vueltas buscando a quien devorar. Besé mi hábito dominico y rogué a todos los Santos de mi Orden que el Enemigo mirara para otro lado y no se tentara con un pobre novicio. Para no recular más de lo necesario, apoyé mi espalda contra un árbol mediano. Sentí que la transpiración me estaba bañando de la cabeza a los pies e inconscientemente elevé mi mirada a la luna llena, pues –cuentan- de allí baja el semen de Satanás en forma de una gota de cuajada que, al caer en el caldero, hace explotar a la naturaleza toda. ...Fue entonces que escuché la voz de Haldis.

Creo que este es el momento de aclarar que esto fue lo que vi esa noche, en ese bosque. Doy testimonio de mis sentidos y de que no había tomado ningún licor, o producto del alcohol, o cosa desconocida que me hiciera alucinar. Con humildad señalo que estaba en gracia de Dios y que lo que había comido ya estaba digerido. Reconozco sí, que el miedo superaba lo aconsejable en un testigo ocular, pero hice todo lo posible para no entrar en pánico y salir corriendo, como varias veces quise hacer, sin autorización de mi alma racional.

Haldis, aprendiz de bruja

Podría seguir poniendo en esta *Chronica* sólo lo que vi, pero creo que va a clarificar más, si también pongo lo que Haldis nos dijo en el Proceso. Me voy a esforzar para que el lector pueda separar mi testimonio, de lo que –después – ella misma confesó.

Haldis nos señaló cuando tomamos su declaración, que se había retrasado y que cuando escuchó las campanas pensó: "¡Ya es medianoche! ¡Otra vez llego tarde a las Imprecaciones!".

La explicación que dio sobre su retraso textualmente dice " No es fácil escaparse de un primer piso, por una ventana chica, con todas las enaguas y vestidos que se le enmarañan a una. Varias veces sentí el viento en mis partes y vi que los perros me miraban raro, mientras tironeaban de las sábanas que había arrojado para bajar desde la ventana de mi cuarto. A ustedes los hombres no les importa. Pero a las mujeres, sí; porque entre los perros del castillo hay muchos

machos y una nunca está del todo segura... por más perros que sean. Además quisiera verlo a ustedes bajando por una sábana con un frasco grande a cuestas".

La declaración de Haldis señaló también que su llegada tarde implicaba problemas para ella y para las demás. Le habían pedido que llegara un rato antes, pues además del especial polvo que traía en el frasco, debía llevar leña seca porque habían juntado poca poca leña y no iba a alcanzar para toda la Ceremonia. Su padre era leñador y no iba a notar si le faltaba un poco a la gran pila de leña.

O sea, que ella tuvo que correr por el bosque con un frasco grande a cuestas y arrastrando una pesada bolsa de leña seca...o algo parecido. El polvo color naranja que llevaba en el frasco era muy importante. Era polvo de hongos mágicos que crecían cerca del Castillo. Habían nacido debajo del árbol donde un suicida había colgado su cuerpo y condenado su alma. ¿Quién no sabe que del esperma que los ahorcados arrojan al morir, nacen las mandrágoras y los hongos de poder maldito?

Como le habían pedido que nadie se enterara de los hongos, Haldis los había recogido a escondidas y después de molerlos, los guardó hasta la noche del Aquelarre que se iba a hacer ese Sabbath, en la noche de la luna llena. Para que nadie pudiera descubrirlos, se le ocurrió la idea de ponerlos dentro de un frasco en la cocina del castillo. No hay mejor lugar para esconder un polvo que guardarlos junto a los demás polvos, condimentos, yerbas, aromatizadores y ricas especias que allí había. Un frasco, entre muchos frascos. Polvo entre muchos polvos.

El polvo mágico de hongos malditos

Justamente en la cocina había un famoso frasco que nadie estaba autorizado a tocar, pues era un recuerdo del bisabuelo del Caballero Harald, señor del Castillo y de Tromso. Ese fue el frasco que eligió Haldis. Nadie husmearía allí. ...Una siesta fue testigo de cómo ella se subió a un banquito y bajó el frasco prohibido. Como suponía estaba vacío. Lo lavó y colocó allí el polvo mágico de color naranja.

La noche en que debía llevar el polvo al bosque, Haldis estuvo maldiciendo largamente, porque al Caballero se le ocurrió ir a la cocina. En vez de retirarse a meditar a la torre y quedarse allí hasta altas horas de la noche, como acostumbraba, bajó una hora y media antes de la medianoche y se quedó un largo rato en la cocina. Haldis pensó que habría sentido hambre, pero la verdad era otra...

En cuanto a su filiación, ella se definió así misma como hija de un buen leñador cristiano, sierva del Señor Harald, al que calificó de "un amor", ayudanta de la cocina y encargada de alimentar las gallinas y gansos. Se reconoció un poco alocada, pero no más que la mayoría y mencionó que en el bosque apenas era candidata a "aprendiz de bruja, dejando bastante que desear", a pesar de sus esfuerzos, que eran muchos. Se calificó de un poco cabeza dura cuando se proponía algo y que eso fue lo que obligó a las brujas a aceptarla como oyente externa. Más de una vez le habían dicho que lo que le faltaba de vocación, ella lo cubría con tozudez.

Según Haldis, su máximo temor era que no la aceptaran. Ella quería amar y no pasarse la vida bordando ajuares ajenos o ropita de imagen. Su amor no era correspondido. Recurría al Diablo porque la cosa no venía fácil. Ya casi estaba convencida de que un milagro normal no iba a alcanzar para lograr ser amada por quien ella amaba apasionadamente. Entonces, si no venía por derecha, vendría por izquierda. Si sus rezos no habían alcanzado, se haría bruja y el Diablo la ayudaría a que su amor fuese correspondido. Por eso corría esa noche como una desesperada mientras ensayaba una disculpa tras otra para explicar su tardanza al Colegio de Brujas.

Mientras Haldis estiraba sus piernas lo que la bolsa y el frasco le permitían, yo estaba azorado mirando la luna para ver si bajaba el Diablo. En vez de ver, escuché algo: Una voz entrecortada, llena de aspiraciones y expiraciones de aliento insuficiente, que decía -¡Disculpas! ¡Disculpen! ¡Discúlpenme!!

En ese momento se oyó el aullido del lobo, aunque algunos después dijeron que era un ladrido de perro común, más bien chico, ladrando a la luna Pero sonó muy feo, tanto que las doce brujas apretaron las manos que tenían entrelazadas y cerraron los ojos.

Según manifestó Haldis, ella no pudo estrechar la mano de nadie, pues todavía estaba a unos cuantos pasos del grupo, pero sabiendo que estaba frente al momento más importante de la Noche, cerró los ojos.

Lo que tenía que venir después del aullido era el relámpago infernal y el estampido del trueno, pero, en la noche mal iluminada, resonó un golpe seco y un grito corto. Un cuerpo rebotó contra algo duro y cayó pesadamente al suelo.

Solidaridad entre brujas

Haldis dijo que había corrido como nunca, pero el que no se corrió fue un roble, al que no le impresionaban estas ceremonias y que quizá era un poco misógino.

-¡¡Haldis!! -gritaron a una las mujeres-

Y la solidaridad brujeril ganó al miedo, pues sin importarles las consecuencias que implicaba romper el círculo dodekádico, donde el Diablo, al integrarse, hace llegar la cantidad al fatídico número trece, y asume la forma de *Vagina Dentata*, salieron a buscarla por donde se habían escuchado los ruidos. Solidaridad pero con mucho miedo.

-¿Será Haldis, no? -se interrogó en voz alta una de las mujeres-.

-¿No serán los soldados del conde Tormod? -preguntó otra-.

-¿Serán los del Obispo de Narvik? -exclamó una tercera-.

El miedo de sólo nombrar a estos personajes, impulsó a varias a chistar como lechuzas.

-¡Acá está! Sí. Es Haldis -gritó una voz alertando y trayendo tranquilidad.

Lo que yo a continuación observé fue a un montón de mujeres que se afanaban por revivir a Haldis, que había sido llevada en vilo cerca del fuego. De algún lado apareció un botellón de agua bendita, de los que tienen la Cruz de Jerusalén pintada y que las brujas usan en estas ceremonias diabólicas para apagar el fuego final. Sin recordar que al agua bendita se le pone mucha sal, se apresuraron a que la desmayada tomara un buen sorbo de ella.

Sucede en este tiempo que se usa el agua como primer medida para cualquiera cosa fuera de lo común. Uno se desmaya: agua. Otro se cae: agua. El de allá está constreñido: agua. Yo no sé lo que dice al respecto Hipócrates, pero me parece más sabio lo que me dijo el hermano Berengarius, quien tenía a su cargo la cocina y la medicina de Mildal: “Si Dios usó el agua como castigo en el diluvio y al vino lo transformó en su Preciosa Sangre, los remedios no pueden estar en la línea del agua, sino en la otra”.

-El fuego se está apagando -dijo una voz tosiendo por efecto del humo que producía el fuego que comenzaba a apagarse.

-Haldis iba a traer leña seca. Debe habérsele caído cerca de donde la encontramos. Vamos a buscarla.

-Haldis tenía que traernos los polvos mágicos. Busquemos por allí a ver si no se le cayó algún frasco o cuenco -dijo otra voz voluntariosa-.

Alrededor de Haldis todas las mujeres se ajetreaban. Unas la apantallaban, otras seguían tratando de que tomara agua, a pesar de la resistencia de la muchacha. Otro grupo venía con la pesada bolsa de leña y las restantes se afanaban buscando el frasco con los anaranjados polvos mágicos. También había dos que estaban con las manos apoyadas en la cadera.

Haldis sueña con su iniciación

Haldis, según declaró ella misma, al final de su sueño hermoso comenzó a contar ovejitas que, en esta ocasión, eran negras y tenían escobas entre las piernas. Su pensamiento lentamente se fue desplazándose de lo ovino hacia cosas más importantes. Recordó que no había podido conseguir leña seca, porque cuando llegó a buscarla a casa de su padre, éste estaba cargando el último montículo en un carro, contento de haber vendido toda la que tenía.

La muchacha confesó que al principio se había desesperado y que recién se tranquilizó cuando se acordó de que su hermano Kasper le había dicho que el estiércol sirve para el fuego igual que la leña. Lo que no le dijo su hermano es que el estiércol tiene que estar reseco, porque sino, no hay bicho capaz de aguantar el humo que echa.

Según sus posteriores dichos, a ella no le entusiasmaba mucho entrar en relación con el Diablo, pero las brujas le habían dicho que era mentira que era malo. Habían insistido en que sólo Él podía hacer un milagro como el que ella necesitaba, porque era el único Ángel o Santo que protegía las relaciones bravas del amor. Este era un detalle muy importante para Haldis. Ella deseaba amar y ser amada, pero en serio. Su cuerpo le estaba hablando desde hacía un tiempo de algunas cosas del amor que la hacían poner colorada.

Como si fuera poco, las brujas le aclararon que el Diablo además le iba a enseñar -si ella se callaba la boca sobre las actividades de las brujas- a leer, cosa muy valorada por el Caballero del que estaba prendada.

De acuerdo a su propia confesión, el golpe que la durmió en el bosque la llevó a soñar su deseo más íntimo. Se vio en su ceremonia de iniciación como bruja. Como si fuera una observadora más, vio que las brujas profesas la presentaban al Ángel Luzbel, que en este caso tenía la hermosa cara del Caballero Harald. El Diablo comenzó a revestirla con los negros ornamentos sagrados: corpiño, camiseta, enaguas varias, medias, vestido entero y pañoleta. Después el Celebrante le calzó hasta casi los ojos el sombrero arremangado que le permitiría enfrentar los cuatro vientos. Al final recibió su nueva nariz, tipo bergamota afilada y la tan ansiada escoba mágica. Ella, ni corta ni perezosa, se montó sobre la escoba, dio una voltereta en el aire y se dirigió hacia su esposo, que la esperaba con los labios abiertos para besarla y consumir la posesión para siempre.

Parece que éste es un sueño repetitivo de Haldis, pues ella no tuvo empacho en decirnos que en su ensueño rezó para que esa vez no pasara lo de siempre: Que cuando ella abre sus labios y prepara su virginidad para el amor más prohibido, se despierta agitada, asustada, bañada

en transpiración y creyendo que se han dado cuenta de lo que le pasa, desde su padre y el Caballero Harald, hasta los infieles del Asia Posterior.

La confusión

Mientras la aprendiz de bruja andaba alucinando como bruja loca, la mayoría de sus compañeras sólo pensaban en volverla a la vida y achicarle el chichón. Las que no pudieron acercarse al cuerpo caído se dividieron en dos, algunas intentaron avivar el fuego cada vez más mortecino y echaron sobre sus escasas llamas la bolsa de supuesta leña seca y las otras, felices de haber encontrado el frasco con los polvos mágicos, se disponían a esparcir al aire un puñado para que viniera la buena suerte. La más vieja persistía en que Haldis tomara grandes sorbos de agua bendita.

Todas estas mujeres solícitas no sabían que en lugar de leña había estiércol y que éste estaba muy, pero muy fresco. Tampoco habían escuchado que la más vieja había dicho varias veces que “tanta agua le iba a hacer mal”, aunque tanta insistencia se motivaba en que ella era la dueña del botellón y que en lugar de agua bendita, llevaba acquavit del fuerte, para combatir el frío y la artritis, que a sus años le producían las húmedas noches del bosque.

A mí se me ocurrió que si la vieja en vez de llevar agua bendita para apagar el fuego, llevaba acquavit y se lo tomaba, lo debía apagar haciendo pis, para no denunciar la falta de agua; pero me parece que este tema no es propio de esta *Crónica*, y menos responder la pregunta de si no se quemaba mientras lo hacía.

Otra cosa más que ignoraban las brujas y también Haldis, era que el Caballero Harald, el señor del castillo, esa noche había bajado en puntillas de la torre, escondiendo bajo su brazo un recipiente. Ya en la cocina había bajado el frasco de su bisabuelo, había mirado extrañado el contenido, pues pensaba que estaba vacío y había tirado el polvo anaranjado que con tanto cuidado había guardado la muchacha. El Caballero lavó el frasco y volcó dentro un polvo de color dorado intenso que había bajado de la torre.

Cuando arrojaron al fuego la supuesta leña, que era estiércol fresco, el pequeño fuego que había debajo del caldero se convirtió en una humareda densa, repulsiva y de hedor insoportable, que rodeó a todas, especialmente a las que estaban por esparcir lo que suponían el polvo mágico, que en realidad era el polvo dorado del Caballero.

La bruja que le hacía tragar agua bendita, que era acquavit, no tuvo en cuenta que Haldis estaba desmayada y no pudo cerrar sus fosas nasales como defensa ante la humareda verde. Lo que estaba tragando por la nariz era acquavit mezclado con el humo denso y se le estaban revolviendo hasta las últimas tripas de su cuerpo mortal.

Haldis, después de una arcada, al quedarse sin aire, aspiró con toda su fuerza, por lo que vació el botellón cuyo contenido se esfumó en su garguero. Lo que entró, sólo lo sabe el botellón. Haldis se arqueó y se paró de un salto. Según ella confesó después: “Todo mi interior se puso de pie, la vida me sonrió en cada poro y sentí mi sangre como si fuera lava hirviente”.

Al instante siguiente, Haldis bailaba una loca danza, llena de saltos inmensos y gritos estentóreos. Desde afuera parecía que todas bailaban, pero la verdad es que las otras mujeres saltaban a puro estornudo por el humo picante y asfixiante que las comenzó a rodear. Haldis sobresalía en las toses perrunas (de perro grande) y las demás siguieron sus locos sus movimientos. Nunca vi algo más parecido a una procesión devotos de San Vito.

Haldis tosía, lloraba y escupía, pero no paraba de gritar: “¡Bravo, Luzbel, duele, pero me gusta!”. ¡Gracias por hacerme bruja! ¡...Ahora ya estoy preparada para casarme!!”.

¡Retro, Satán!

Yo creía ser el único espectador de ese Aquelarre de luna llena, pero no era así. De pronto escuché la vieja fórmula del exorcismo, gritada con autoridad y decisión: *¡Retro, Satán – Cata la Cruz!*

Un silencio como de piedra dura se instaló en el bosque. Hasta las hojas que estaban cayendo se detuvieron. Todo quedó inmóvil y rígido. A lo lejos, enfrente de donde yo estaba, detrás del brujerío, entreví un hombre que portaba una Cruz con ambos brazos. Nuevamente se escuchó destempladamente: *¡Vade retro!*

Como víctimas de un ensalmo poderoso, las brujas se quedaron inmóviles. Pero sólo un instante. Sólo el tiempo que necesitaron para darse cuenta de que esa voz era el anuncio tan temido. ¡Habían sido descubiertas!

-¡Nunca vi una danza macabra tan mal bailada! -exclamó otra voz, que yo conocía, plena de autoridad y religión-. En mi vida vi una celebración satánica tan extraña.

-¿Qué esperamos para atacar? –Preguntó una tercera voz, también conocida por mí, llena de empuje y ansiedad-.

-¡Haldis! ¿Por qué estás ahí? – Preguntó la primera voz autoritaria, llena de enojo-. ¿¡Qué haces con las fatídicas hermanas de la muerte?! ¿Por qué estás con las hijas de la soledad y las tinieblas de la noche? ¡Haldis, soy tu señor! ¿...Adónde te llevaste el frasco de mi bisabuelo, mala mujer?!

Esta voz era desconocida para mí, pero no las otras dos, que eran las de Paulus Romanus y Magnus. Ahora los vi bien. Estaban como a doscientos pies de mi lugar, con los soldados detrás, justo enfrente de mí, hacia donde soplaba el viento, que les llevaba el humo.

Después me enteré de quien era la voz desconocida, la del exorcismo y la que clamaba por Haldis y el frasco del bisabuelo. Era nada menos que la del Caballero Harald, señor de Tromso. El Caballero había encontrado a los míos y les había pedido ayuda para detener a unos saqueadores que le habían robando bienes de altísimo valor. En la búsqueda se habían encontrado con un Aquelarre de brujas.

Creo que en este punto debo confesar algo. Es sabida la obligación de todo cronista de observarlo todo para poder escribir después una *Chronica*. En mi caso, tuve que mirar “todo”, también algunos tobillos y hasta alguna rodilla de bruja cuando corrieron. Como lo observado, no se refería a mujeres de carne y hueso, sino a brujas, no lo considero formalmente pecado. Ahora bien, como a veces esos tobillos y rodillas, se me representan, sin yo llamarlos, vengo rezando -por si acaso- algunos credos en penitencia; aunque cuando me confesé, Paulus Romanus me dijo que tuviera cuidado que no me sucediera lo que se cuenta de nuestro fundador, Santo Domingo, que en el momento de su muerte, pedía perdón en el tema de la castidad, por haber disfrutado más de la conversación de las mujeres jóvenes que de las viejas. La conclusión con que mi Maestro terminó su anécdota, me dejó pensando si no me estaba tomando el pelo colorado de mi cabeza afeitada: “Ten cuidado, copista, que no se diga de ti que al morir confesaste que te gustaron más los tobillos de las brujas viejas”.

Salvado este escrúpulo de historiador concienzudo, vuelvo al relato.

El húmedo Caballero Harald, señor de Tromso tiene una aparición

Lo que nos contó bastante después el Caballero Harald, se puede resumir así: antes de acostarse, muy cerca de media noche, había hecho su recorrida habitual por la parte baja del castillo. Al pasar por la cocina se quedó sin respiración. El lugar del frasco del bisabuelo estaba vacío. Hacía apenas un rato que había guardado en el unas especias valiosísimas. Como un rayo

buscó ayuda y al pasar por la pieza de Haldis vió por la puerta abierta que las sábanas atadas a la cama, bajaban por la ventana abierta.

Desesperado y sintiéndose víctima de un robo “esencial”, salió en plena noche a buscar el frasco y a su sierva. Corrió hasta quedar exhausto y sin aliento. Fue entonces que escuchó los gritos y alaridos de los que todos hablaban en la aldea. Miró hacia el cielo y constató que había luna llena, que es cuando las brujas deciden realizar sus Aquelarres.

Su cuerpo sintió el esfuerzo. Hacía años que no corría así. El corazón se le vino a la boca y sus latidos sonaban como golpes de tambor. Agotado, se detuvo para retomar el aliento y nuevamente escuchó los alaridos y carcajadas femeninas. Se le cruzaron múltiples dudas: ¿Serían las brujas las que le habían robado su polvo especialísimo? ¿Estaría Haldis con ellas? ¿Se estarían riendo de él? ¡Malditas brujas! ¿Cómo puede ser que estas estúpidas mujeres lo pusieran tan mal? ¿Es posible que esto le estuviera pasando a él? ¡Justo en este momento! ¡Con lo que había tenido que luchar para obtener el polvo dorado!

Trató de calmarse buscando pensamientos racionales. No podía ser que unas malditas brujas de Sabbath provinciano lo hicieran enfermar. ¿Podía haber una superstición mayor que creer que el propio diablo bajaba para tener relaciones carnales con esas despreciables mujeres? Eso era un atropello para una mente superior.

Ya se estaba calmando cuando de repente unos hombres montados en caballos que parecían totalmente desbocados, le pasaron tan cerca que su ropa y su cabello se ventearon. Apenas se estaba reponiendo del susto, que un jinete que vestía de blanco, montado en un caballo blanco que decía palabrotas en latín, una peor que las otras, se le vino encima. Para él fue suficiente... Que las brujas no existen es un axioma claro, pensó. Pero ¿Y esto? No pudo contestarse. El miedo no racional se había apoderado de él. Lo supo cuando constató que del miedo se había mojado y que estaba gritando como un poseso.

El Príncipe Magnus y los soldados, que eran quienes habían pasado casi por arriba de él, volvieron sobre sus pasos y encontraron al Caballero Harald, señor de Tromso, en brazos de Paulus Romanus. Estaba traspirado y en medio de un charco. Aferrado al hábito blanco de mi Maestro pedía perdón, diciendo: "Señor Angel, yo no creo en brujas, pero si existen, no soy nadie para negarlo".

El Príncipe y su comitiva no salían de su asombro. Cuando el hombre conoció quienes eran las personas que tenía adelante, se presentó y muy nervioso les pidió ayuda, pues había sido asaltado por un grupo de brujas, comandadas por su sierva, que le habían robado cosas

esenciales, muy, pero muy valiosas y justo había mandado su guardia a hacer una recorrida por la frontera norte de sus dominios, no porque hubiera problemas, sino porque hacía muchos años que reinaba la paz y la mayoría estaban muy gordos y pesados.

El Príncipe Magnus decide enfrentar a las malditas brujas

Paulus Romanus me contó que si hubiera sido por él, habría acompañado al hombre para que se cambiara la ropa y se higienizara un poco, pero el Príncipe Magnus tiene la aventura en su sangre y se decidió vengar al Caballero en ese mismo instante, aunque tuviera que pelear con el propio Satán y todo su ejército de diablos y brujas.

Y así fue como aparecieron Magnus, Paulus Romanus y el mismo Harald, en un caballo prestado, e interrumpieron el Aquelarre que, en rigor de verdad, ya estaba bastante interrumpido de antes.

Todas las mujeres, después del momento de pasmo al escuchar las voces de alto, corrieron hacia los árboles, rogando al Diablo que no las hubieran reconocido. Una cosa es tener trato con el Diablo y otra tener que enfrentarse con los demonios de la Inquisición.

Sólo Haldis había quedado frente al fuego. En su declaración nos dijo que se quedó por dos cosas. Primero porque la voz del Caballero Harald, que es un amor, no la asusta; y segundo, porque había esperado mucho tiempo su iniciación. Que siempre las brujas encontraban algún motivo para demorarla y ella estaba cansada de sólo ser la chica de los encargos. Ahora estaba en el especial momento en que el Diablo le retribuía su gesto de entregarse y le daba lo que ella había pedido a cambio. El milagro estaba sucediendo... Por eso gritó:

-¡Caballero Harald! ¡Lújuu! Aquí estoy! ¡Caballeerooo!

Las mujeres que huían despavoridamente, una a una fueron dándose vuelta para ver si las perseguían y lo único que observaron fue a Haldis gritando hacia donde estaban los soldados. Y nuevamente ganó la solidaridad. Haciendo un símil con mi Orden Dominicana, me imagino que fue el espíritu de solidaridad que las brujas profesas tienen para con sus novicias en peligro, lo que hizo que volvieran sobre sus pasos para salvarla de las “garras” de los soldados.

Pero la cosa no fue fácil. El humo se había expandido por todos lados y no respetaba jerarquías: Los estornudos revoleaban por el aire, sin detenerse a ver si se trataba de mujeres, soldados, sargentos, Príncipes, Caballeros o Maestros. Los caballos resistían el humo mortal a

relincho limpio. Los rebuznos de dos asnos exagerados hacían confundir lo que pasaba en el bosque con un matadero de marranos gritones.

Si no hubiera estado desde el principio, hubiera afirmado que el demonio se había posesionado de los cuerpos de todos y les hacía bailar la danza del vientre malo. Algún santo favorable a los copistas hizo que el viento soplara en dirección contraria a donde yo estaba.

Las brujas no pudieron salvar a Haldis

Nadie pudo culpar a las brujas solidarias si no lograron cumplir con su deber... sobre todo si Haldis las esquivó y corrió hacia el Caballero gritando:

-¡Soy Haldis, Caballero! ¡Harald, mi amor! ¡Aquí!

-¿Dónde está el frasco de mi bisabuelo? –Fue la fría y seca contestación-.

El Caballero se adelantó hacia donde estaba Haldis. Cuando estaba a unos pasos, el caballo se encabritó, seguramente porque el humo era insoportable. Se puso en dos patas y dio con el Caballero de cabeza en tierra. Este que no estaba repuesto de todos los sustos y golpes que había recibido esa noche, empezó a boquear feamente, pues el golpe lo había dejado con los pulmones llenos de humo, tierra y vergüenza.

Haldis tomó el frasco del bisabuelo que estaba caído cerca de ella y corrió hacia él gritando: -¡No te desmayes, Caballero! ¡Soy Haldis! ¡Yo te cuidaré! ¡Con un poco de nuestro polvo mágico sanarás! ¡Quédate tranquilo, aquí está el famoso frasco de tu bisabuelo!

Como vi que el porrazo del Caballero había sido grande y fuerte, clavé las espuelas en mi caballo para ir en ayuda. El caballo, que no las esperaba, salió disparado como flecha de ballesta y cuando tiré de sus riendas para frenarlo se encabritó justo delante de Haldis, que se encontró con una bestia cuyas patas amenazaban su cabeza y que atrás estaba yo, vestido de blanco y con los ojos que se me salían de las órbitas.

La comunión dorada del Caballero Harald

Y sucedió lo que tenía que suceder. Haldis se pegó el susto de su vida y en su salto, inclinó el frasco; el Caballero abrió la boca para lanzar lo que pensó sería su último suspiro; el frasco próximo a la caída libre, volcó el polvo dorado en la garganta del Caballero, quien comulgó sin protestar y tragó casi dos medidas grandes de la sustancia dorada.

...Si tuviere que practicar para estas Crónicas un parte de guerra, diría que a la mañana siguiente, el jardinero del castillo de Tromso vio multiplicado por dos su trabajo y por mil sus miedos, cuando le encargaron ocuparse de la mujer detenida la noche anterior. Doce brujas habían sido sorprendidas en plena danza macabra en Sabbath infernal y una había sido capturada por intervención del Cielo y a pesar de los hechos de fuerza con que el Maligno había defendido su mujeril rebaño. Desgraciadamente los integrantes de las fuerzas del bien que habían intervenido habían sido feamente golpeados por el Maligno. Todos tenían tos convulsiva; la mayoría vomitaba y tenía fiebres. El Señor del Castillo, además, estaba enojadísimo y, según las malas lenguas, con una extraña diarrea.

Astrid y la señora Liv exigieron que Paulus Romanus, Magnus y yo estuviésemos en la misma habitación del castillo, así podían mas fácilmente hacer de samaritanas con nosotros. No puedo quejarme. La atención es excelente, Astrid cuida a su futuro esposo y la señora Liv, viendo que Paulus Romanus ya es un hombre maduro, duro de pelar y fraile por añadidura, me ha adoptado como hijo y me ha embuchado unos caldos exquisitos, que me han caído muy bien, especialmente porque mi enfermedad es liviana ya que el viento me protegió de humos y polvos tóxicos. No puedo decir lo mismo de mis compañeros.

-¡Maldito sea! Estoy como si hubiera cenado azufre -masculló desde su lecho el Príncipe Magnus-. -Yo sumaría a la maldición –contestó mi Maestro- a alguien que conozco, que no había terminado de escuchar al hombre mojado, que ya estaba solucionando los entuertos de esta parte del mundo. El Caballero Harald vio brujas que le robaban, pidió ayuda al Cielo y éste mandó a uno de sus Príncipes para socorrerlo. Ahora te ruego, Príncipe de humos varios, que dejes de quejarte y me permitas dormir que es lo único que calma mis dolores... ¡Ah! Y deja de roncar como una foca, por favor.

El Caballero Harald pide que el copista vaya a su cuarto

Como yo estaba bien, pedí una mesa para actualizar mis crónicas. Al rato tenía todo dispuesto para escribir a mis anchas y en paz, pero no pude. El Caballero Harald pidió que fuera a verlo a su aposento... para mi mal.

El hombre tenía un aspecto demacrado, tosía seguido y todos sus huesos y los pocos pelos que le quedaban se conmovían en cada acceso. Al verlo entendí porque nuestros soldados no lo

nombraban, sino que se referían a él tapándose las narices. Su habitación necesitaba que se rompieran allí los vasos de perfume de la Arabia.

El Caballero me preguntó gentilmente si me había repuesto y si me habían facilitado una buena mesa para mi trabajo. Se nota que es un señor, pensé.

-¿Cuándo comienza el proceso contra la maldita bruja? -me preguntó de repente poniéndose verde-

La pregunta me tomó tan de sorpresa que tardé mucho más de lo esperado en responder. Y después no tuve mejor idea que contestar una pregunta con otra. Para peor me salieron tres preguntas seguidas, lo que hablaba de que no sabía qué decir:

-¿Cómo? ¿Le van a hacer un proceso por bruja a esa muchacha? ¿Es verdad?

En ese momento se olvidó de mi presencia y masculló como para sí: "¿Se podrá ser sabio de profundidades y no ser casto a la vez? ¿Se podrá decodificar el conocimiento inmaterial con una esposa pidiendo el *debitum per diem*? El venerable Beda opina que no. Aunque en la India el celibato es considerado sólo propio de los bueyes..."

-Me parece que usted piensa que la muchacha que detuvimos es una bruja -me animé para ver si lo ayudaba en sus cavilaciones-. Yo no soy experto, pero me parece que no. Está como enamorada. Me parece que ella lo quie...

No me dejó terminar la frase. Con un tono cortante, frío y despectivo, me señaló:

-Para ustedes todo es sencillo. Ustedes arreglan todo con sus *mihi videtur*. "Me parece esto o me parece esto otro". Con las fuerzas del mal no hay "me parece". Si Haldís es inocente, que lo pruebe, y si es una bruja, que el demonio se la lleve. Esto es lo justo. Sobre todo si se tiene en cuenta que, para sus estúpidos rituales satánicos, me robó cosas muy valiosas. Lo que me robó y después tiró al viento no era incienso común o polvo de miércoles de ceniza.

-¿Pero va a hacer un juicio por el robo de un polvo? Capaz que se trata de una especie de esas que traen ahora de los países árabes. Pero... ¿Es tan cara la especia ésa? -pregunté con real inocencia de novicio -.

La contestación vino como un latigazo directo a mi orgullo:

-Me supongo que recién estás haciendo los palotes de fraile y que por eso hablas así. Las brujas son la escoria de los seres humanos. Tu obligación -y la mía- es averiguar la verdad.

El Caballero Harald se había ido encendiendo a medida que hablaba y su cara de verde pasó a amarilla. Yo, hablando de colores, me puse más rojo que de costumbre, porque no me gustó lo de fraile en palotes. No apruebo lo que pensé en ese momento, pues no es muy cristiano

contestar mentalmente: “Yo estaré en palotes, pero por lo menos llego a tiempo al baño”. Se ve que ofrecer la otra mejilla todavía está lejos de mis reflejos naturales. Por suerte mi contestación verbal fue un poco más educada:

-Sí, claro, pero me parece que...

¿”Te parece” de nuevo? –me interrumpió-. Esta no es una cuestión de pareceres. Todos estamos llamados a conocer el otro lado de las cosas, pero las brujas lo ensucian todo y logran que el verdadero saber se confunda con rituales obscenos e infantiles. Me siento pésimo y no puedo casi moverme, pero esto urge. Ve a mi biblioteca y tráeme el libro que nos guiará en esta búsqueda de constatar si Haldis es bruja

-¿Me permite que pase antes por lo de mi maestro, Paulus Romanus y le pregunte si...

-Cuando al fin de tu vida te estén condenando por no haber defendido de los lobos el rebaño del Señor, no tendrás tiempo de consultar a tu maestrillo. Te juzgarán por tus dudas... ¡Déjate de amolar y ve por el libro, novicio!! Toma la llave.

El que entra a la biblioteca prohibida queda ciego

Y así, con mis dudas auestas me fui hacia la torre del castillo. Lo que no entendí fue la recomendación que me dio junto con la llave:

-Nadie que no sea yo ha entrado en años al lugar adonde vas. ¡Nadie! Es un lugar especial. De meditación y reflexión. Absolutamente privado. ¿Me entiendes? Si estuviera apenas un poco mejor iría yo mismo, aún arrastrándome. Hoy ni eso puedo sin sufrir consecuencias graves. No quiero que nadie fisgonee el lugar de mis... estudios. Sube la escalera que lleva a la torre. Al final hay una puerta. Detrás de ella está... la biblioteca. Abre la puerta y cierra los ojos. Prométeme que cumplirás esto. Camina con los ojos bien cerrados un paso hacia tu izquierda y estira tu brazo hacia los estantes que hay allí. En el de abajo está el libro de los Procedimientos y Procesos. No se te ocurra mirar nada. ¡Júralo!".

Mientras subía observé que se notaba que nadie estaba autorizado a subir la escalera que conducía a la torre del castillo. Había suciedad, telarañas, nidos y plumas de pájaros. Estaba oscuro, pues las pequeñas ventanas acercaban apenas una luz mortecina. En los tirantes del techo se veían murciélagos colgados de sus colas. Se me ocurrió pensar si estos bichos no creerán que los que estamos al revés somos nosotros. Pero esta distracción no duró mucho. Cuando llegué al final de la escalera, me encontré que terminaba directamente en una puerta con un gran cerrojo.

A pesar de la luz escasa, alcancé a leer el letrero que estaba clavado en ella: "Maldito seas si entras y NO estás iniciado. Tus ojos se caerán. NO te atrevas a asomarte. ¡La ceguera es sólo el principio de las MALDICIONES!".

Me quedé un rato tratando de no asustarme demasiado. Como cerré los ojos antes de poner la llave estuve más de cinco minutos sin encontrar el agujero. Al final, la llave entró y abrió con dificultad la cerradura. La puerta rechinó en sus goznes cuando la empujé sin convicción. Apreté los ojos como nunca los había cerrado y recibí en la cara un viento frío que salió del interior y erizó mi piel. Tuve un escalofrío fuerte, pero me mantuve firme. Había un silencio extraño. A lo lejos se oía pájaros que graznaban. Caminé el paso hacia la izquierda, estiré la mano y encontré los estantes. Al instante siguiente tenía en mis manos un libro, que estaba en el estante de abajo.

Y ahí vino mi duda ¿Será éste el que busca el Caballero? A mí me habían enseñado que en las dudas hay que *expellere dubium*, y la única forma que tenía para sacarme la duda era mirar el título. El miedo me lo impedía y el juramento también, pero si llevaba el libro equivocado el Caballero me iba a tildar de inútil sin palotes y me iba a mandar de vuelta a este antro de maldiciones feas. Sé que no fue lo más inteligente, ni lo más recomendable, pero fue lo que se me ocurrió que podía hacer sin romper la promesa y sin que me ninguna maldición pudiera caer sobre mí: Abrir muy, pero muy poquito el ojo y tener buena intención en el corazón. Puedo asegurar que lo menos importante que confirmé fue que el libro era el que había ido a buscar.

Es que, justo en ese instante, me asaltaron las dudas y caí en el peor de los pozos, el de las reiteradas preguntas dubitativas. Sabía que si, a pesar del juramento y en razón de una causa justa, había tenido que abrir un ojo, debía cerrarlo una vez superada esa causa. Pero ¿Cuánto tarda un ojo en cerrarse? ¿No puede haber un cerrar de ojo lento, un poco lento, que no rompa mi juramento? Me pareció que a pesar de todo, eso era espiar. Mi mente escolástica se acordó, en ese momento, de que en la lengua del pueblo de los Sami, nuestros extraños vecinos, habitantes de la Laponia, existe un verbo que significa tratar de ver cuando nieva mucho sin que los ojos te queden como huevos de pingüino. ¿Mirar con un solo ojo y casi entrecerrado, como si hubiera una tormenta de nieve sería romper el juramento? ¿Las maldiciones de la entrada no están hechas para asustar a los que se impresionan (como yo)?

Ahora me siento culpable de exceso mirada de costado, pero en ese momento no pude sentir culpa. Me asustó lo que vi. Yo esperaba estar en lo más alto de una torre sin ventanas, en una pequeña biblioteca. Cuando miré, enfrente de mí apareció una habitación muy grande. La parte delantera, donde yo estaba, tenía varios anaqueles con muchos libros, todos antiguos y algunos

con fuertes adornos de bronce. Sobre una mesa larga había muchos de ellos abiertos y por todos lados pequeños pergaminos con algo así como oraciones o fórmulas, algunos en griego, otros en árabe y otros en idiomas que yo no conozco. Pero lo raro estaba atrás.

La luz que enceguece y fuego sin humo

La parte de atrás parecía mucho más grande y tenía una iluminación poderosa. Eso fue lo que me desubicó. ¿Cómo podía haber semejante claridad en una torre *clausa*? Cuando me acostumbré al resplandor me di cuenta que lo que me enceguecía era el sol. El techo estaba formado por vitrales que dejaban pasar la luz y multiplicaban el resplandor. En un costado, un gran cono de metal apuntaba hacia fuera y pasaba a través de los vidrios, como si fuese a investigar el cielo. En el centro de la inmensa habitación había una poderosa máquina de madera y metal, llena de manivelas y palancas. Hacia ella convergían desde los cuatro costados muchos caños y tubos en forma de marmitas que producían un extraño ruido sordo, como si hubiera líquidos densos hirviendo en su interior. Por más que miré no vi fuego que las calentara por ninguna parte, pero aparecían nubes de vapor por diversos lados.

También había largas mesas con probetas y frascos de diverso tamaño. De algunos salía humo, y nuevamente no encontré el fuego. Por todos lados había aparatos de física o de geometría, algunos muy raros y complicados, de hierro y de bronce. Algunos tenían vidrios de aumento. Un olor rancio, parecido al que se desparramó por el bosque cuando tiraron al viento los polvos tóxicos, aparecía y desaparecía como en oleadas. Había ruidos acompasados. La habitación parecía que respiraba o se quejaba.

Quizá alguien pueda culparme de que tuve el ojo abierto mucho tiempo, pero no es verdad. Lo que sucede es que, como sostiene Hegisberto de Canterbury, hay momentos en que una persona puede abarcar su vida en una sola mirada. El Santo Beato se refiere a la mirada de los moribundos, y yo creo que se puede aplicar a mi caso, pues yo creí que terminaba allí.

Sucedió que de repente, algo se movió a mi costado y chilló muy fuerte en mi oreja. Creí que era la Parca y salté como poseído. Caí sobre un armario que se vino al suelo conmigo. Cuando ya estaba atragantándome con el "*De profundis clamavi ad Te, Domine*", oí otro chistido tremendo, que me animó a levantar uno de los dedos que tapaba mis ojos, para observar qué clase de animal mitológico era el que estaba a punto de devorar mis entrañas. Con relativo alivio, pero no muy orgullosos de mi valentía, vi que el causante del chistido y de todo el desastre producido, era un

lechuzón gordo como una gallina clueca, que me miraba fijo con la cabeza como si se la hubiesen retorcido. Tuve ganas de terminar de retorcerle el cogote, pero me acordé de San Francisco, que no es de mi Orden, pero es un gran Santo, que enseñó el amor a todos los bichos.

Debo consignar aquí que durante este tiempo tuve los ojos abiertos, pero sin culpa, en razón de que intuía peligros desconocidos en ese lugar, y también, porque debía acomodar lo que había tirado al suelo. Habían caído mapas y planos que me parecieron que representaban el cielo y sus estrellas. Me llamó la atención una bola de cristal, que por suerte no se había roto. La alcé con cuidado, recordando que muchos dicen que en su interior se ve el futuro... y miré...

¡Un *Homunculus*! ...El pecado más grande contra Dios.

¡Casi me muero! ¡Adentro había un hombrecito que me miraba! ¡¡....Un *Homunculus*!!! El corazón casi se me sale por la boca. Mi respiración se entrecortó: Allí había un *Homunculus*, ¡La *creatura ex creatura*! ¡El *Desideratum* de la magia negra, la creación de las creaciones! ¡Un hombre de medio palmo de estatura creado en un laboratorio y encerrado en una bola de cristal!

El que es capaz de crear un *Homunculus* compite con Dios. Se atreve a crear perversamente (sin la unión de hombre – mujer) una persona, un alma inmortal, que no puede ser más que un monstruo de los espacios inferiores. Desde el punto de vista religioso no hay atrevimiento mayor ni nada más execrable que se pueda pensar... ¡Hasta Dios debe quedar sorprendido! Desafiar al Creador con "eso" es saltar la frontera del Bien y del Mal. Sin buscarlo, me encontré frente a un nuevo pecado original. Si "eso" tenía vida - y así se mostraba- no podía ser más que un feto de Satanás.

Me sentí lleno de cólera santa y poseído por ella, me dispuse a arrojar y destruir para siempre la asquerosa y maldita creatura. Como estos engendros tienen grandes poderes secretos, encomendé mi alma a todos los Santos y juntando fuerzas estiré las mangas de mi hábito y con las dos manos recubiertas tomé la bola de cristal, aguanté la respiración y comencé a alzarla sobre mi cabeza para estrellarla contra la pared.

Quizá alguien se ría de mi miedo, pero será porque no estuvo en las charlas, que teníamos a oscuras en nuestro dormitorio común en Mildal antes de dormirnos. Los novicios más viejos tenían por costumbre contar a media voz historias de terror, haciendo ruidos e imitando voces. ¡Las peores eran las de los homúnculos! Cuando las contaban se regodeaban con los detalles: Algunos eran creados de materias químicas en tremenda descomposición, otros provenían del solo *sperma viri*,

sin ayuda de mujer, logrado de las formas más repugnantes posibles. Esos seres malditos eran de una materia de tipo gaseosa, casi transparente, y estaban dotados de inteligencia y maldad, especialmente con quienes los creaban.

Recuerdo como temblábamos cuando alguien contaba alguna historia de estos hombrecitos producidos por la magia negra. Para crearlos se buscan mandrágoras, las plantas que nacen del *mortis sperma* que expelen los ahorcados en su momento final y que se convierte en la semilla de estas plantas malditas. Cuando se las arrancan sus raíces, tienen aspecto humano, y al ser sacadas de la tierra, lloran y producen sonidos parecidos a bebés o a aullidos de lobos. Con la ayuda de Satanás algunos magos de mano izquierda habrían logrado que las raíces sobrevivieran como homúnculos.

En tren de contar mis miedos, lo que más me impresionó y me dejó varias noches sin dormir, fue lo que nos contó una noche el Bedel, en voz bajísima por si venía el Maestro de Novicios o algún fraile profeso: El mayor de los secretos de nuestra Orden es que San Alberto Magno, el obispo de Ratisbona, Maestro de Santo Tomás de Aquino y famoso sabio, había logrado construir una cabeza que respondía todas las preguntas que se le hacían... Aún las referidas al futuro. Dicen que Tomás de Aquino, la destruyó porque decía "demasiadas" cosas.

Por eso, si ahora tenía en mis manos un Homúnculo, la maldición de las maldiciones, sólo deseaba destruirlo, romperlo en mil pedazos y que ningún rastro quedara de esa existencia perversa. Lo levanté con ambas manos y juntando todas mis fuerzas lo miré con asco y decisión y... observé que... se trataba de un reflejo en la bola de cristal. ¡ El Homunculus era yo! No cabía duda. Además de que era raro que semejante cosa llevara hábito dominico, más raro era todavía que tuviera mi cara con los ojos desorbitados.

Libros esotéricos, bonete cónico y capa de luna y estrellas

Para calmarme y no sentirme solamente un idiota que confunde un reflejo con un Homunculus, traté de pensar en otra cosa y como soy un hombre de libros y me gusta ver si los han copiado bien, me acerqué a la biblioteca y miré los títulos. Pongo algunos que, a pesar del susto reciente, recuerdo: "*Tetragrammaton Tractatus*", "*Metagnosia*", "*Melchisedechis Misterium*", "*Anaxogorae Homeomeria*", "*Originis Telergia*", "*Codex Nazareus Iurbo Adonai Silentium*". En una palabra nada de los clásicos ni de sus comentadores, nada de teología. Libros raros, extraños... pero con unos dibujos hermosísimos y una caligrafía superior.

Fue en ese momento que me volví a acordar de mi promesa de cerrar los ojos y así lo hice para no tener deudas sin saldar en materia de juramentos. Salí, entonces, como había entrado. Pero parecía que estaba escrito que no pudiera hacer mi voluntad en ese antro.

Cuando ya estaba afuera, un escrúpulo sobre si se notaba o no la caída de los estantes, me hizo entrar de vuelta para mirar. Lo hice, pero en el momento en que salía, el madito lechuzón vino y se posó en mi hombro sin que lo viera venir. Me asusté como un loco, cerré como pude la puerta con llave y corrí escaleras abajo, con los ojos abiertos, los pies en el aire y el recuerdo del lechuzón, que también se asustó de mi reacción y que me dejó su firma húmeda y fea sobre el hombro de mi hábito. Mientras mi pobre humanidad volaba rebotando en varias curvas de la escalera, mi mente filosófica se preguntaba si el lechuzón era humano, pues nosotros tenemos esa reacción cuando nos asustamos mucho.

Seguramente porque mi deseo es olvidarme de estos acontecimientos, no he dejado constancia de algo que observé en la torre y que me llamó la atención: Un bonete de forma cónica y una capa que estaban apoyados sobre una silla que había a un costado, con dibujos en forma de lunas y estrellas, bordado en hilos de plata y oro... No sé por qué infantil deformación, mis ojos buscaron una varita mágica y no la hallé.

Después de alisar un poco mi corto cabello y sacudir mi hábito, llegué a la habitación del Caballero con el libro en la mano y moretones en varias partes del cuerpo. El señor Harald estaba concentrado en sí mismo, tanto que no notó mi agitación. Se limitó a decirme:

-Deja el libro y vuelve dentro de un rato. Ahora necesito estar sólo. Yo también tengo mis dudas. Estoy esperando una visita. Da una vuelta por el jardín y vuelve para ver lo del Juicio de esa muchacha.

Al salir pensando qué visita esperaba, escuché que por las escaleras subía el temido ruido que hacen los Caballeros armados hasta los dientes. Agudicé, entonces, mis sentidos y oí también unos gemidos. No sería un cronista veraz si no escribiera que se me erizaron hasta los pelitos de la tonsura. Por ello salí de la habitación y sin mirar hacia la escalera, me zambullí en la habitación que nos habían dado.

Un discípulo de Apolonio de Tiana, el Gran Maestro de la Sabiduría Distinta

Con Paulus Romanus y Magnus estaba Astrid, por lo que me compuse, tosí y puse de cara de que mi agitación era sólo atribuible a haber subido una alta escalera. Pero apenas ellos

insistieron en que les contara la verdad me salió en una catarata lo que me había pasado con el Caballero Harald y las peripecias de mi viaje a la torre... Claro que sin mencionar algunos detalles y recordándoles que la prudencia es madre de todas las virtudes humanas. Parece que no fui convincente, pues mi Maestro señaló, haciendo un esfuerzo para sobreponerse al lamentable estado de su cuerpo:

-Cálmate, muchacho, que la Orden necesita novicios que no se mueran de soponcios al corazón –y añadió ya dirigiéndose a todos- ¡Tenemos otro Maestro! "*Magister in altera Sophia*". Un Maestro de la Ciencia Especialísima. Ahora me explico su odio contra la pobre muchacha.

-¿Contra Haldís? -preguntó Astrid-

- Estos Maestros a nadie odian más que a las brujas.

-¿Brujas? Para mí -contestó Astrid- esta es una historia de amor.

-Seguramente -contestó Paulus Romanus- que hay amor, pero también otras cosas.

Cuando le pedí detalles me dijo que no podía adelantar lo que pensaba, pues sería prejuizar. Y antes de que pudiéramos preguntar los por qué, él se adelantó y nos preguntó si conocíamos a Apolonio de Tiana. Astrid que es más arriesgada dijo que le parecía que había pasado por Mildal y se había quedado a comer. Nosotros le dijimos que nunca lo habíamos visto ni nos habían hablado de él. El Maestro sonrió y dijo:

-No me extraña... Apolonio de Tiana fue un pitagórico de la antigüedad, que peregrinó en busca de los conocimientos más sagrados y profundos por Antioquía, Efeso, Panfilia, Babilonia y la India. Sus predicciones siempre fueron claras y se cumplieron con exactitud. Hubo casos famosos de cataclismos de la naturaleza...

-¿Se puede profetizar no siendo de nuestra Fe? -pregunté-

- No fueron profecías -me contestó-. Sólo predijo maremotos, huracanes y terremotos. Apolonio de Tiana fue un gran Maestro, pero no de la Fe, sino de otros conocimientos más concretos, pero muy profundos. Puede que el Caballero Harald sea su discípulo y que Apolonio de Tiana sea quien guía sus transmutaciones...

-Usted a veces habla como mi madre -señaló Astrid-. Para mí que lo hacen para que no los entendamos. Estoy tan en ayunas como perro de mendigo en ciudad pobre.

Los alquimistas santos y la piedra filosofal

Nuestra tonta sonrisa fue la mejor forma de expresar que seguíamos sin entender. Paulus Romanus se acercó a la pequeña ventana y nos dijo:

-¡Los alquimistas! Nadie sabe mucho de ellos. Una apreciación superficial puede señalar que sólo buscan obtener metales preciosos, porque muchos de ellos han pasado su vida buscando convertir un metal bajo en plata o en oro ¡Pero eso no es todo lo que hacen! Ni lo más importante. Ellos tratan de iniciarse en los conocimientos más secretos de la vida, en la sabiduría más profunda y lo hacen para conocer *el Arcanum Veritatis*. Para ello viven ascéticamente y meditan profundamente. Si alguno los confunde con brujos o hechiceros, es un tonto. El transmutar los metales es sólo una prueba de que han alcanzado un conocimiento superior sobre las cosas más inmutables de la naturaleza. Ellos buscan el *Lapis Philosophorum*, la famosa piedra filosofal, la materia fundamental. Convertir los metales bajos en plata u oro o descubrir el elixir que alarga la vida, son sólo aplicaciones secundarias de sus conocimientos. Ellos intentan dominar la esquivo naturaleza. Descubrir sus leyes mas profundas, entrar en sus propias entrañas.

Mi Maestro se había entusiasmado y hasta se olvidaba que casi no podía decir una palabra sin una mueca de dolor. Yo nunca había escuchado hablar de este tema; quizá era un tema que estaba prohibido desarrollar en Mildal. Debo mencionar que en esos momentos me llené de orgullo tener un Maestro como Paulus Romanus, que sabía de todo.

-...Algunos pidieron rápidamente – prosiguió mi Maestro- que Roma los fulminara con su famosa piedra de la excomunión, pero no sólo no los excomulgaron sino que hubo Papas, como Silvestre II, Benedicto IX, Juan XX, o los dos Gregorio, VI y VII que estudiaron este saber de las ciencias naturales. Hace poco, en nuestra Orden, San Alberto Magno estudió con mucho respeto los escritos de Ibn Geb Ber, el sabio árabe del siglo VIII, que reflexionó mucho sobre estos temas. Más aún, Tomás de Aquino cuenta en *De Occultis Operationibus* y en *De Mixtione Elementorum* como él también se animó a investigar sobre el *Mestrum Universale*, el disolvente universal, que permite purificar los metales bajos para convertirlos en altos. Como siempre ese gran Maestro logró resultados estupendos. De él es la receta para convertir cobre en plata.

-¿Y eso funciona? ¿Se puede obtener plata del cobre? -preguntó interesado Magnus-.

-Claro -respondió el magíster-. Pero hay que tener plata primero.

-Así yo también soy alquimista –razonó Astrid-.

-Calma, alquimistas ansiosos o interesados -dijo Paulus Romanus. La fórmula del Aquinate es “Poner arsénico sobre una parte de cobre y una parte de plata. Con eso se logra que las dos partes se conviertan en plata pura”.

- A mí el arsénico me gusta mas bien lejos -comentó Astrid, un poco corrida-.

Yo me quedé pensando cuánto costaría el arsénico, a ver si es más caro que la plata... pero Paulus Romanus cortó mis elucubraciones, pues palmeándome el hombro, me dijo:

-Ahora es tiempo de que vuelvas con el Caballero Harald. Si es lo que yo pienso, es un buen hombre. Un poco exaltado... y debe andar enojadísimo con Haldis, la brujita que nos hizo toser y vomitar lo que comimos desde nuestro bautismo. Ellos se queman las cejas buscando conocer cómo se puso en marcha el universo y cuál es el *Misterium Magnum* de la vida y las brujas usan cabellos humanos, uñas de gato y sangre de sapo para hacer filtros de amor o curar a la distancia. Uno se imagina que la gente es racional y sabe distinguir la paja del trigo. Pero no es tan así. Por eso el mundo está lleno de hombres y mujeres eternamente agradecidos a las brujas porque les curan el empacho o renuevan virginidades perdidas. ¡Hay poderosos y hombres cultos que las van a ver a ver para que les aconsejen sobre negocios o sobre el futuro! Si los seres humanos somos así, está claro que nuestra tan mentada capacidad racional es sólo una “posibilidad”. Yo creo que la ayuda de Dios, por la que tanto clamamos, está encaminada a salvarnos de nuestra propia estupidez.

-¿Maestro -le pregunté-, No convendría que fuera usted a hablar con el Caballero?

Hijo mío - me contestó tapándose la cara con la manta-. La charla me ha dejado exhausto. En el estado en que estoy lo único que podría hacer es acostarme a su lado y pedirle que me deje dormir. Estoy con náuseas propias de embarazada al segundo mes. Hasta tengo miedo de moverme. Discúlpame que no te acompañe. Ya habrá tiempo para todo. No temas...

-¿Y qué hago? ¿Le comento su opinión sobre los alquimistas? ¿Le sigo el juego de averiguar si la muchacha es bruja o mejor lo llevo al tema del amor, del que hablaba Astrid? ¿Convendría que le cuente que descubrí su laboratorio?

-Hijo mío –contestó sabiamente Paulus Romanus-, los Maestros estamos para ayudar. En tu caso, como son tantas tus preguntas, te contesto la primera: “Haz lo que debas”. Y a las demás te respondo: “Cruza los ríos sólo cuando llegues a ellos. Si lo haces antes, nadarás sobre tierra seca. Y si lo haces después, te velarán con el hábito mojado”.

No entendí mucho todo esto y lo atribuí a que mi Maestro estaba con un ataque de alquimismo. ¡Y yo que entré a la habitación creyendo que él iba salir en mi defensa y hundiría al

Caballero a librazos! Lamentablemente, el resultado había sido otro: Muchas citas de Apolonio de Tiana, de Santo Tomás, de los Papas, pero el que estaba parado de vuelta frente a la puerta del Caballero de Tromso era este pobre copista. Al golpear recordé que me había olvidado de mencionarle a mi Maestro el título del libro que el Caballero me había mandado buscar. Junté fuerzas y entré. Al instante siguiente, mis fuerzas andaban nuevamente desparramadas.

¡La Santa Inquisición!

Sentada en la piecera de la cama del Caballero, muy tranquila y jugando a atar sus largas trenzas rubias a uno de los pilares del dosel, estaba Haldis. Lucía mucho mejor que como yo la había visto la noche anterior. A unos pasos de ella estaba el jardinero, vestido con una vieja armadura de hierro y con una lanza. Hacía de guardia, evidenciando que las armas que conocía eran la pala y la azada. Sus pasos y quejidos por el peso de la armadura eran los que había oído un rato antes y me habían llenado de miedo.

El Caballero, apenas me vio, estiró su mano, tomó el libro que yo le había bajado de la torre, constató su título y me señaló un rincón de la habitación. Allí había una mesa con plumas, tinta y pergamino.

-Prepara tus plumas para ayudarme. Voy a investigar bien a la bruja ésta -me dijo señalándome a Haldis-. Usaremos un procedimiento serio y científico. Lo primero que haremos es un resumen de las recomendaciones que da para ello el libro de los Procesos y Procedimiento que me trajiste. Déjate de mirarme y toma nota ya del verdadero título del libro y de su autor: “ *Practica Inquisitionis Heretice Pravitatis* “ de *Bernardus Gui*, el gran Inquisidor de Tolosa. Allí está detallado el Procedimiento que hay que hacer en estos casos. Lo vamos a seguir al pie de la letra para procesar, juzgar, y si es necesario, condenar a Haldis. El tema ya no está en nuestras manos. Después de anotar eso, prepárate para registrar el resumen que te voy a dictar sobre cómo se lleva adelante un proceso a los incursos en brujería.

Me senté, pero se me fueron la imaginación y la mirada. Es que había escuchado muchas veces que a las brujas les sale la cola del diablo por abajo del vestido; aunque pensaba que Haldis no era bruja y que lo de la cola es un cuento de viejas, miré insistentemente, tanto que la muchacha interrumpió su juego, me miró y me sacó la lengua. Nunca preparé tan rápido mis plumas.

El sentirme corrido por la joven no me impidió observar que el libro de Bernardo Gui estaba dedicado al Papa Gregorio IX, agradeciéndole que hubiere elevado el rigor de las penas a los

condenados por la Inquisición. Para mí la cosa empezaba mal: ¿Se puede agradecer “eso”? Otra vez me asaltaron dudas y miedos. Tuve que parar con ellas pues el Caballero me apuraba a que copiara rápido.

Los inquisidores, defensores de Dios

En el rato siguiente sólo copié un resumen de datos procesales que me dictaba el Caballero. No voy a poner todo lo que escribí, pues fueron más de cinco folios. Sólo registraré aquí lo que me parece importante. Quiero recordar al lector de estas crónicas que no soy un entendido en derecho y que por ahí me sorprendí con algo que es pan de todos los días para el que sabe. A mí me pareció pan duro. Claro que si del otro lado está el Diablo... Los que no parecen cándidos ángeles son los Inquisidores. ¿Tendrán que ser duros para que no se desmorone todo? Aunque no creo eso, porque la Iglesia esta fundada en la Sangre de Nuestro Redentor. ¿Será necesario, entonces, defender tanto a Dios?

Interrumpo aquí porque una Crónica seria no puede entrar en disquisiciones que no sean las de los protagonistas. Pido perdón y asumo de nuevo como pobre copista dominico.

Va el resumen de lo que me dictó el Caballero: La Inquisición es un Tribunal Religioso, con métodos especiales de investigación, creado para preservar la Verdadera Fe de los ataques de los herejes. La Máxima Autoridad es el Inquisidor General Apostólico, que está en Roma y se encarga de dar las grandes directivas y de controlar su cumplimiento. Los Tribunales funcionan en el ámbito de la región o provincia, y están más o menos relacionados con el obispo del lugar. Los juicios están a cargo de tres Jueces Inquisidores, que como su nombre indica son “investigadores”, con sus ayudantes letrados: los fiscales y los defensores - curadores, que son de oficio (o sea, que los nombra el tribunal, sin que el acusado intervenga). En la parte administrativa hay comisarios, escribanos secretario y familiares, y en la parte operativa están los corchetes, carceleros y ayudantes, a los cuales está prohibido llamar esbirros.

El proceso es muy simple: El juicio comienza cuando un fiscal, basado en alguna declaración o denuncia fidedigna (que puede ser anónima), acusa a una persona. Los jueces deben investigar la acusación. En el proceso hay tres admoniciones reglamentarias para que los acusados puedan pedir perdón. Si lo hacen, se suspende el juicio y reciben penas algo menores, pero quedan prontuariados y si reinciden son considerados “relapsos” y sus condenas tienen penas gravísimas.

Durante el proceso los acusados son guardados en cárceles secretas y son citados a declarar cuantas veces lo crean necesarios los Inquisidores. L

Al finalizar los interrogatorios, antes de ser devueltos a la cárcel son despedidos por el Tribunal con una frase ritual admonitoria: " Guarda secreto sobre el proceso y todo lo que has escuchado. Esto te lo decimos bajo pena de considerarte reincidente o relapso de la Fe, y entregado al poder temporal para tu castigo final. Y sobre todo, Piénsalo bien...".

A medida que copiaba se me iba frunciendo el ceño y acongojando el alma. Según el libro, la creación de la Inquisición había sido un adelanto a favor de los reos, pues un tiempo antes, Inocencio III en la Bula *Si Adversus* del año 1205, había prohibido toda ayuda legal a los hereéticos, porque estaban contra Dios.

Bernardo de Gui, inquisidor

El libro de Bernardo de Gui, que me estaba resumiendo el Caballero de Tromso me asombró por su estilo mezcla del rigorismo escolástico y de la autoridad orgullosa que da el poder. El famoso Inquisidor lo escribe para transmitir su experiencia en el "inquirir". El lema que propone para los Inquisidores es: "Averiguar con constancia - Investigar sin fin". Textualmente dice "Un inquisidor vigoroso no debe permitirse ser manipulado, debe proceder firmemente hasta lograr que estas gentes confiesen su error, o por lo menos, renuncien públicamente a la herejía".

Discúlpeme si me detengo mucho en este tema, pero de Gui es dominico como yo, y es la primera vez que me siento extraño con respecto a alguien de mi misma Orden. Les cito también textualmente una parte de un diálogo suyo con un hereje, puesto como ejemplo de cómo debe interrogar un Inquisidor cuando el interrogado no es dócil y no quiere jurar escudándose en que no hay que tomar el nombre de Dios en vano.

-Inquisidor: ¿Jura que nunca aprendió nada contra la Fe verdadera?

-Hereje: Si debo jurar, juraré.

-Inquisidor: No le pregunto si usted debe jurar, sino si usted jura.

-Hereje: Si usted me ordena, juraré.

-Inquisidor: Yo no le obligo a jurar, porque como usted cree que no se debe jurar, usted me transferirá el Pecado a mí por forzarlo; pero si usted jura, yo lo escucharé.

-Hereje: ¿Por qué debo jurar si usted no me lo ordena?

-Inquisidor: Para quitar la sospecha de que usted es hereje.

-Hereje: Dios, ayúdame que no soy hereje ni nada similar.

-Inquisidor: Eso no es un juramento. Parece una oración.

-Hereje: Pero, señor, he manifestado que no soy hereje.

-Inquisidor: Si, pero debe jurarlo.

-Hereje: Señor, no sé qué hacer. Dígame usted cómo quiere que jure.

Cuando leí este párrafo me vino un recuerdo irrespetuoso para con tema tan serio. Me hizo acordar a un cuento con el que los abuelos desorientan a los más chicos durante las largas noches del invierno de Mildal. Les preguntan si quieren que les cuenten un cuento. Cuando ellos contestan “sí”, les dicen que ellos no dicen “sí”, sino que les está preguntando “si quieren que les cuenten un cuento”. Los chicos se desesperan tratando de encontrar la forma responder bien y lograr el cuento... pero lo único que obtienen es volver a escuchar lo mismo al infinito.

Se me erizó la piel cuando escuché que Gregorio IX había autorizado la pena de muerte por hoguera para los herejes inconfesos y relapsos. Es cierto que la ejecución de la pena queda a cargo del brazo civil y no del religioso, pero, a mí que el fuego lo prenda el brazo secular y no el religioso, me importa poco si el cuerpo de que se trata es el mío, y más si ambos brazos pertenecen al mismo Señor. Entiendo la dureza de los tiempos y que las soluciones tienen que ser duras para que no se pudran todas las manzanas. Pero de ahí a asarlas...

La Bula *Ad Extirpanda* y el suplicio del potro

Y he llegado aun punto en que debo desvestir mi alma y confesar mi ruindad. Lo que mencioné arriba me puso mal, pero lo que siguió me apichonó el espíritu: Inocencio IV autoriza en su Bula *Ad Extirpanda*... ¡Autoriza a torturar y azotar no sólo a los acusados, sino también a los testigos!!! ¡Está permitido meter no sé en que horrible máquina llamada “potro” a los acusados y darle tres vueltas! ¡Y una y media a los testigos!!! ¡Los jueces pueden aplicar esta medida si tienen dudas o sólo para profundizar la investigación!

Desde hace días me vengo preguntando si estuve bien en mi reacción. Creo que la caridad cristiana me debería haber hecho preocupar por Haldis y su posibilidad de ser quemada o torturada, pero un miedo poderoso me hizo recordar que “yo” era un testigo, y que por esa condición me podían torturar... para profundizar la investigación. ¡Me podían pasar por la máquina de tientos! Hasta la letra se me cambió y si no miren el resumen que estaba escribiendo: Desde su inicio parece escrito por alguien que ha sido torturado repetidamente. Pido perdón a la Señora por este

miedo egoísta, que perturbó mi alma y ahora me llena de culpa y vergüenza. Reitero que no fui muy valiente, pero, creo que el miedo no es pecado grave, sobre todo cuando no se puede sacar.

-Señor Harald –le pregunté- ¿Usted nos va a poner “a nosotros” como testigos...?

Las herejías deben ser aplastadas de raíz

¿Conoces el Decretal “*Ad Abolendam*” del Papa Lucio III? – me interrumpió-. Allí se señala que a las herejías hay que aplastarlas en el momento mismo que aparecen. ¿Sabes que en el mismo documento se obliga a los obispos, bajo pena de suspensión, que donde sospechen que hay herejías, obliguen a dos o tres varones o a toda la comunidad a que bajo juramento indiquen si conocen herejes, o algunos que celebren reuniones ocultas o se aparten de la vida, las costumbres o el trato común de los fieles?

Mi silencio le debe haber parecido ignorancia - cosa que era verdad - y lo incitó a proseguir:

- ¿Tampoco sabes que después de los Papas Canonistas, se considera que la herejía es un delito de lesa majestad, porque atenta contra el Bien Común, y que su represión se ha convertido en un “*Negotium Fidei et Pacis*”, donde la tortura es considerada un medio del que Dios se sirve para que confiesen los renegados y mentirosos?

El hombre debe haber notado que me encogí en mi pupitre, por lo que humanizó un poco más sus dichos:

--¿Por qué te crees que quiero apurarme? ¿Crees que soy loco o sádico? ¿Crees que quiero que maten a Haldis o torturen al alguno de nosotros? ¿Imaginas que yo quiero condenar a esta mujer? ¿No ves que si no nos adelantamos no habrá forma de salvarla de estos jueces y procesos? Si es bruja, lo siento por ella... aunque la deje escapar, nunca podrá disimular lo que es y la perseguirán por donde vaya. Pero si aquí probamos que no lo es, todo se acaba. Nadie que esté fuera de estas paredes, salvo las brujas que deben estar rezando para que no las busquemos, sabe lo que pasó. Yo soy el Señor de estas tierras y mi juicio vale, pero necesito convencerme seriamente de que se trató de un malentendido y probarlo exhaustivamente. Y no veo que ella esté en buena disposición. Al contrario.

Mentir es engañar “injustamente”

Este sinceramiento me hizo sudar y sentir mal. Me sentí perdido, asustado y con culpa por haber juzgado mal al Caballero Harald. Quise, entonces, ayudarlo a él y a Haldis

-Señor Harald, ¿No convendría que viniera mi Maestro a darle una mano a favor de la chica? Es un hombre muy capaz y lo tiene a usted en alta consideración. Hace un rato estuve con él y estaba mejor. Ahora ya debe estar bien. Cuando le comenté que había ido a buscar su libro...

-¿Le hablaste de mi torre? ¿Te atreviste... a hablar de mi torre?

-No, señor, yo no hablé de su torre, ni de su labor...

-¿Laboratorio?! ¡Quiere decir que rompiste tu promesa! ¡Te atreviste a mirar mi laboratorio!!

-No señor, de su labor... de estudioso. No sé de qué laboratorio me habla. Mi Maestro me habló muy bien de los al...truistas Caballeros estudiosos

El Caballero me miró de soslayo, suspiró y por suerte comenzó a interrogar a Haldis. Yo quedé encargado de tomar nota textual de cada pregunta y de su respuesta. Haldis habló sin reparos y con naturalidad. Más aún, a pesar de las luchas que todos los copistas tenemos para escribir rápido, pelear con las irregularidades del pergamino y de ver cómo separamos las palabras al llegar al final de un renglón, varias veces pude ver la mirada de la muchacha. Era una mirada de fuego, de amor. El Caballero hacía que no sentía el peso de esos ojos y se la tomaba conmigo, recomendándome que me apurara y no dilatara las cosas.

Como me imaginé que si copiaba lento iba ayudar a que entre ellos arreglara la situación, obtuve dos zapatazos y dos sonrisas tímidas. No creo necesario decir de quienes provenían unos y otras. El que estaba imperturbable en su rol de guardia era el jardinero. Llegué a pensar que no se movía por lo pesado de la armadura y hasta me pareció que se estaba echando una siestita, porque salía de su interior un ronroneo demasiado acompasado.

A medida que transcribía lo que me dictaba, la situación se hacía insostenible. Él la acusaba de bruja, ella lo miraba con amor y decía palabras dulces. Yo esperaba que ella tuviera rencor contra quien la había mandado encarcelar y ahora juzgaba, pero no. Así no podía hacerse nada serio.

No pude escapar a mi duda de si estaba bien haber mentido al Caballero. Sólo me tranquilicé cuando recordé la definición que da Santo Tomás sobre el mentir: “*Fallere injuste*”. Yo no había engañado injustamente a nadie. No había mentido, sino que con justicia me había

“defendido” de la ira del Caballero. Pero no quedé muy contento, especialmente por haberme distraído en momento tan importante en que estaba cerca la máquina de tientos.

Debo mencionar aquí que cuando le comenté a mi maestro que me había apichonado de miedo con la maquinita esa para los testigos, me contestó que si mi querido Santo Tomás viviera, no lo hubieran podido pasar por ella por lo gordo que era. La verdad que a mí no se me ocurrió pensar en los Santos y filósofos de nuestra Orden y menos tomar con humor algo cuando mi pobre cuerpo colorado estaba en juego

La consumación del matrimonio con el Diablo

Como era de esperarse en algún momento esto iba a acabar mal y así fue. La cosa sucedió en la pregunta décima octava, cuando el Caballero le preguntó a Haldís si había tenido trato con el demonio y en caso afirmativo para que dijera si había sido carnal, y en ese supuesto, dónde, cuándo y cómo, sin olvidar de qué naturaleza, en qué grado y demás circunstancias. Se ve que la muchacha se cansó del juego, pues le contestó –según copié textualmente-:

-Señor Caballero: Me vi forzada a consumir mi matrimonio negro con el Diablo, ya que otro hombre -que yo me conozco- me ha despreciado por ser la hija de un labrador y me quiere juzgar por amarlo. Sólo por él hice lo que hice. Si usted quiere saber la verdad se la diré. Lo que entregué al Diablo se lo di para que me ayudase a conseguir reciprocidad en mi amor. La respuesta es afirmativa: El Demonio me tomó por esposa. Tuve que entregarle mi virginidad. Mire el signo clásico de la consumación: mis dientes están amarillos.

-¿Qué tiene eso que ver?!! -exclamó enojadísimo el Caballero-. ¿Esa es la forma en que las mujeres pierden la virginidad?!

-Soy una mujer hecha y derecha -contestó Haldís-, y todas las de mi edad saben que se pierde con un beso y que si se da en luna llena queda embarazada la mujer y ya no puede seguir besando hasta después de la cuaresma y a veces hasta Pentecostés. Ese beso en la boca deja los dientes amarillos y sólo sale con el sacramento del matrimonio. Todo esto sucede porque cierta gente de la nobleza está más preocupada por un poco de pimienta, que una sierva le perdió en el bosque, que por atender los dictados de su corazón o las insinuaciones serias de la misma sierva.

El Caballero, que estaba medio enfurecido por la actitud tan tranquila y casi desfachatada de la posible rea, le respondió a los gritos:

-¡Estás siendo acusada de posible brujería, Haldis y hablas y piensas como una niña! Además no era pimienta lo que me robaste y tiraste al viento. Era el fruto de larguísimos años de trabajo. Lo que regalaste al viento fue la materia fundamental por la que trabajé años y años. Estoy convencido que desparramaste al viento del bosque un eslabón importantísimo en lo que cientos de estudiosos venimos trabajando desde hace siglos. ¡Has impedido probar la inmensa capacidad de transmutación del elemento que me robaste y que llevaba en el frasco del bisabuelo!

-¡Cómo que le impedí probar? Por culpa del fraile chico que está aquí copiando, que casi me atropella con su caballo, yo del susto incliné el frasco y le hice tragar casi todo el contenido. ¡No me diga que no lo probó!! Una cosa es una cosa y otra es que me acuse de lo que se le venga en mente! Lo único que tengo que reconocerle es que es verdad que el polvo que vi en el bosque era color dorado y no anaranjado como el que yo había guardado. Pero, ¿por qué no terminamos esta farsa y me acusa de amarlo? Ese es el verdadero juicio y yo desde ya me acuso culpable de amarlo tanto que soy capaz de convertirme en bruja, en loca o en mendiga... o si quiere ¡En condenada!

El Caballero debe confesar su amor o será acusado de violación colectiva

El Caballero se quedó mudo y sólo atinó a gritarme que no tomara nota de eso y a decirle a Haldis que se comportara, que si debía usar rigor con ella lo haría, aunque la amara; pues primero debía averiguar si era bruja, a ver si después venían los inquisidores del otro lado del mar y decidían juzgarla con sus métodos especiales. Además no era la primera vez que en la noche de bodas, el marido de una mujer poseída por el demonio, se desayunaba con que en vez de poseer a su mujer, el diablo lo conocía a él en sentido bíblico.

A Haldis no le gustó lo de la noche de bodas de a tres, pero sonrió cuando escuchó algo que le pareció lo más cercano a una declaración de amor que, por lo poco que yo conocía al Caballero, era lo máximo que el pobre hombre podía hacer, en medio de la lucha en diversos frentes que tenía dentro de su alma.

La muchacha, ya más segura, se paró, volvió a entrelazar sus trenzas sobre el pilar del dosel de la cama y muy suelta de cuerpo le dijo:

-Mire, Caballero. Usted es un amor, pero me tiene que dejar ya en libertad y contestarme si es verdad o no, que usted me mira todo el tiempo y que trata de encontrarme en los lugares más insólitos; y que después no sabe que hacer. Además yo me doy cuenta que usted me mira cuando ando cerca y me sigue mirando después que paso. Eso no es propio de un Caballero. Seré

concreta: ¿Cuándo me va a hablar de amor? ¿Tendré que ser yo la que me declare y le mande cartitas por medio del jardinero, que como siempre, ahora está durmiendo?

Otra vez el Caballero me ordenó que no tomara registro de esto, pero eso no detuvo el enardecimiento que se iba posesionando de la muchacha:

-¡Necesita traerme presa como una cualquiera, disfrazar al jardinero y hacer sudar al copista éste, que está muerto de miedo? ¡No le bastó al Caballero, que yo fuera capaz de hacerme bruja para conquistarlo? ¡Claro, vale más "la pimientita fundamental", que el señorito se pasa buscando en la maldita torre! Para mí se terminó. O usted se me declara o yo empiezo a los gritos de que dos hombres y un fraile chico me quieren violar. Elija.

El Caballero se quedó con la boca abierta, yo con la boca cerrada y el jardinero con la boca dormida, lo que fue mal interpretado por Haldis, quien abrió la suya y comenzó a gritar -como sólo las mujeres saben hacerlo- pidiendo auxilio porque la violaban. Al Caballero no le gustó esta conducta e intentó acallarla gritando más fuerte. El jardinero, que estaba durmiendo su siesta dentro de la armadura se despertó y del susto saltó, se tropezó con una alfombrita y se fue de cabeza al suelo. El pétreo piso recibió estrepitosamente al pobre hombre y a los más de cuarenta kilos de hierro que lo recubrían. Para colmo, se quedó a oscuras, pues la visera se le cerró al golpear contra el suelo.

El Caballero gritoneaba, Haldis era un alarido tras otro, el jardinero lloraba y decía que el diablo lo había dejado ciego y que sentía que uno de los hierros de la armadura se le estaba incrustando en sus partes bajas. Yo quise traer un poco de cordura a la situación y entoné el salmo 22, el que habla de que el Señor es mi Pastor, que a mí me gusta mucho y lo canté a voz en cuello.

Astrid corre a impedir la violación

A los alaridos pidiendo auxilio, gritos, gemidos y salmo acudieron como una tromba Astrid y la señora Liv. Entraron despavoridas, decididas a impedir que violaran a una doncella. El Caballero, al verlas irrumpir como un a tromba, del susto se paró en la cama. Yo corrí los tinteros y puse mi retaguardia contra el muro. Astrid tomó una vela prendida, que estaba sobre mi mesa para mejorar mi visión y corrió a liberar a Haldis, pues confundió las trenzas entrelazadas al pilar, con una atadura vergonzante.

El Caballero buscó apoyarse en la pared y olvidando que el colchón tenía las irregularidades propias de las camas de los solteros, apoyó su pie donde faltaba lana y se vino en fatal caída sobre Haldis y Astrid.

La señora Liv se encargó del hombre armado, que yacía asustado en el suelo y que a sus males sumó los puñetazos que le infirió la señora, que si bien no le dolieron pues dieron sobre fierro, posibilitaron que durante meses oyera dentro de sus oídos, una herrería a cargo de maníacos. Frente a tanto despropósito, yo traté de rescatar al Caballero de Tromso de la vela y las trompadas que le ubicaba Astrid, que partían en molinete y que hasta el propio Godofredo de Buillon hubiese temido, cuando escalaba los muros de Jerusalén.

Mi ayuda no fue de mucha utilidad. Más aún, creo haber sido causa -no voluntaria – de que mi intento de sacarle la vela a Astrid sólo lograra que se la acercara al poco pelo del Caballero. Esto lo digo para demostrar que sólo fui causa indirecta y preterintencional de que, aunque poco, el pelo del Caballero sirviera para prender fuego unas cortinas y que de allí pasase a las cobijas.

En el medio de este revuelo, Astrid paró su trompeadura y con la nariz bien alta, tomó con un brazo a Haldis y con el otro a la señora Liv y salió corriendo del lugar de la tentativa de estupro en grupo y en lugar amueblado.

¡Incendio! ...Por suerte había oro para apagarlo

Yo estaba impresionado, pero por suerte había mantenido fría mi cabeza, por eso, al ver el fuego, me acerqué a un costado de la cama, donde me imaginé que estaba la taza de noche del Caballero, que en algunos países llaman orinal, a pesar de que contiene más que lo que su denominación menciona. Con decisión levanté el recipiente y con fuerza arrojé su contenido contra el fuego.

No tuve responsabilidad alguna en el hecho de que a los gritos, ruidos y portazos aparecieran de repente el Príncipe Magnus y mi *Magister* Paulus Romanus. *Ergo* tampoco tuve culpa si mi Maestro y el Príncipe se interpusieron entre el fuego y el líquido que arrojé para apagarlo.

Mi pobre Maestro y mi amigo el Príncipe no tuvieron tiempo de esquivar mi envío y recibieron de frente el especial baldazo. Yo sólo atiné a soltar el orinal, ya vacío, que era de metal ruidoso y que hizo un gran estrépito al caer, pero que no llegó a tapar el ¡*Masturbator Magnus!* Y el ¡*Magna*

lupa mater! Conque comenzaron su letanía de insultos las dos pobres víctimas de las leyes de la física.

Por suerte ya no estaban presentes las señoras. Creo que Dios lo decidió desde toda la eternidad para proteger sus oídos suaves y acostumbrados más a la poesía de los dulces trovadores, que a la prosa de los carreros, especialmente si estos tienen sangre real o teológica.

Por los gritos, la habitación se llenó de soldados que sirvieron para apagar las llamas, lo que lograron después de pasar varias veces por encima de la armadura del pobre jardinero, que maldecía y pedía perdón a Satanás y a todas sus pompas, con palabras mas sanas que las que usaron Paulus Romanus y el Príncipe Magnus.

Mientras me inclinaba a recoger el orinal caído, se hizo un silencio pesado que yo creí que provenía de escuchar protestar feo a un fraile y a todo un Príncipe real, pero me equivoqué. Se relacionaba con ellos, pero no con sus imprecaciones.

En medio del humo que había quedado de apagar el incendio, mi Maestro y el Príncipe refulgían. No eran ellos. ¡En su lugar había dos soles! Dos estatuas de oro brillante que gesticulaban. Como yo había andado con tanto diablo cerca en los últimos días, me persigné, pues creí que estaba presenciando la aparición de representantes de las esferas superiores. Pero me convencí que eran mi Maestro y el Príncipe, por sus bocas maldicientes. Creo que ni el Diablo – Dios me perdone por prejuizar- sabe tantas malas palabras.

Los soldados se arrodillaban frente a los dos seres dorados. El sargento se hincó y poniendo en forma de cruz los brazos, pedía perdón por haberse ido al bosque con la mujer de un tal Roar y por haberse quedado con algunos vueltos chicos de las pagas, pero lo más fuerte vino del Caballero Harald, quien, exultante, se arrancaba los pocos pelos chamuscados que le quedaban en la cabeza y gritaba: *¡Eureka! ¡Meum excrementum est aurum! ¡Gratias ago Deo Omnipotenti! ¡Deus Meus, aurum defaecavi !*

Puedo asegurar que hasta mi Maestro, que tenía algunas malas palabras todavía sin decir, se quedó mudo ante esta manifestación de alegría y agradecimiento a Dios por el oro, aunque proviniera de un lugar tan postergado, incluso por la madre naturaleza.

La aparición de los arcángeles dorados

El Príncipe y el Maestro se miraron y se dieron cuenta de que todo su cuerpo y ropas resplandecían del color del oro puro. Se callaron, entonces y se unieron a nuestro silencio. Hubo un

momento largo en que cada uno quedó con sus pensamientos. No puedo poner los de los presentes por desconocerlos, pero puedo mencionar los míos. A mí me vino a la memoria lo que dice el Libro Primero de los Reyes, sobre que Salomón hizo construir en el "*Debir*" del Templo - nuestro *Sancta Santorum*- , dos inmensos querubines de oro para que cubrieran con sus alas de cinco codos cada una, el Arca de la Alianza. No me duró mucho la relación con cosa tan excelsa, pues nada celestial podía oler como estos dos seres dorados que había en la habitación.

El jardinero, se había librado del fierro que le lastimaba y levantando su visera se puso a gritar como un condenado:

-¡Gracias San Miguel Arcángel! ¡Gracias Arcángel San Gabriel! ¡Gracias Dorados Mensajeros de Dios y soldados de Su milicia por venir a proteger las partes de este inocente jardinero de las garras del Diablo! Un minuto más y hubiera sido poseído por el Diablo. ¡Y por delante! ¡Santa Visión Dorada, no me abandonéis nunca! Y si podéis, conseguí que sólo tenga que dedicarme a mi jardín y un salarito un poco más decente y que Marit, mi mujer, no me...

El agradecido hombre intentaba pararse con su armadura y lo que conseguía era convertirse en un muñeco estruendoso, pues a cada intento fallido volvía al suelo, haciendo sonar los fierros como campanas en días de feria. Por suerte, los soldados que habían apagado el fuego y que no sabían qué hacer frente a los dos hombres de oro, aprovecharon para levantarlo y sostenerlo, cosa que hicieron, poniéndose algunos delante y otros atrás, para parar sus vaivenes emocionales.

De vuelta volvió el silencio respetuoso frente a lo extraterreno. Paulus Romanus y Magnus, empezaron a ponerse nerviosos pues el dorado de sus cuerpos y ropas no salía con fricción manual violenta.

Este estado casi místico fue interrumpido por Astrid, quien, como señalé no había estado presente cuando sucedió lo del baño de oro. Un segundo antes, presa de un furor sagrado había tomado a Haldis y la había arrastrado hacia su cuarto.

Los soldados no quisieron que su Príncipe fuera visto en ese estado por su prometida y se pusieron a su alrededor para taparlo. Pero no era necesario: Astrid volvía hecha una fiera. Ella, así como es dulce con todos y amorosa con el Príncipe, cuando se pone brava tiene el genio de su madre. La muchacha estaba tan fuera de sí que no vio a los soldados ni notó que la habitación estaba llena de gente, humo y oro. Con la mirada enérgica de quien tiene a cargo una misión crucial y trascendente, enfiló hacia el Caballero Harald, quien seguía arrodillado y agradeciendo al cielo haber obtenido el ansiado resultado de que su polvo pudieran transmutar las cosas en oro.

Casamiento como reparación sustancial

-Caballero Harald -le dijo con vos autoritaria al señor de Tromso-, le exijo que le pida perdón a Haldis y repare el daño que le ha hecho. Ella me ha dicho que no es bruja. Así que no es bruja y punto. Dice que si quiso ser bruja era para leer, volar y tener éxito en un amor difícil. Que no sabía lo de la prohibición de la Iglesia. Ella creyó que el Diablo era un ángel malo, pero no malo del todo, sino medio sinvergüenza nomás, y nunca dejó de creer en la Señora Virgen, así que hasta más ver con el proceso por bruja y esas cosas. Pero esto no quita que usted se ha aprovechado de esta pobre mujer

-¿Aprovecharme? ¿Yo?

-Sí. Ella necesita amor y no que te aproveches -aquí paso del usted autoritario al tu autoritario- de que te ame, para mirarla y hacerla desear. Si ella fue capaz de querer entregarse al diablo por tu amor, lo menos que se espera de ti, es que le dediques la vida.

-Mi enojo era que porque pensé que era bruja –contestó corrido el Caballero-. Yo creía, también, que había echado al viento el resultado de muchísimos años de estudio e investigación. Ahora he constatado que estaba equivocado. No lo he perdido, sino que me ha servido para constatar que mis investigaciones iban en buen sentido. No esperaba estos resultados Siempre supe que ella me amaba. Y yo también siento amor por ella... Pero soy un estudioso. O mejor dicho, alguien que busca el saber. Todos saben que el celibato de los sabios es una tradición. ¿Cómo serlo si me entrego a Haldis? Pero, el cielo me ha hecho hoy un regalo inmenso. ¡Estos hombres dorados son un regalo de Dios! Después de muchos años de búsqueda de la “*substantia essentialis*”, desarrollé un polvo especial, que fue lo que Haldis desparramó en el bosque y en mi garganta. Debo reconocer que sin ella no hubiera podido descubrir que a mi polvo le faltaba pasar por un proceso. Dios y Haldis me han demostrado hoy que lo que faltaba era un proceso triple, el *stomachalis – digestivus –intestinalis*. Ella ya es mi compañera de búsquedas.

-Me parece que a usted se le ha quemado algo el seso también -comentó Astrid-.

El Caballero Harald, entonces, le explicó más claramente lo que había sucedido. Los oídos azorados de Astrid escucharon como el polvo había ido a parar a su garganta y que al ser tragado por él pasó por los procesos de digestión de su cuerpo y se convirtió en oro. Eso lo había podido constatar al ver el color de sus deposiciones.

-No importan los detalles –cortó la muchacha-. Aquí lo importante es el final. Si lo del oro anduvo bien, ¿Por qué no da el otro paso? ¿No me va a decir que se va a pasar la vida mirando cuando ella pasa, pero pensando en las sustancias ésas?

-Dedicaré mi vida a amarla y a estudiar el proceso que el polvo sustancial ha sufrido en mi digestión, que lo ha convertido en oro puro. Espero que la vida me alcance para estas dos cosas sustanciales.

-Esta mujer lo ama y ése es el mejor oro que existe -aseveró Astrid sin entender mucho la explicación recibida-.

-Tenéis toda la razón -concluyó el Caballero Harald de Tromso- Ahora os pido licencia para arreglarme un poco. Quiero estar presentable para la charla que tendré con Haldis. Tu, copista, ve, por favor a mi torre: esta vez con los ojos abiertos y, sin tocar mucho, tráeme mi bonete bordado con estrellas y cometas. No quiero proponer matrimonio con el pelo así, como pelusa de pollo mojado.

Magnus, Rey de oros

En ese momento, cuando los soldados se retiraban de la habitación del Caballero, recién descubrió Astrid al Maestro y a su novio detrás de los soldados. Y empezó a los gritos:

-¡Magnus, rey de Oros! ¡Paulus Dorado! El Caballero me acaba de hablar de un oro especial, que provenía de un lugar también especial, pero... ¡No sabía que ustedes eran los recipientes! ¡Ángeles del cielo en Noruega! ¡La única diferencia con los angelitos de las Iglesias es que no están desnudos! ¡*Sanctus Magnus!*, *Sanctus Romanus!* ¡El único que falta es *Sanctus Copista Dominicanus!* ¿No alcanzó el oro para él? Liv, prepárate que tenemos la vejez asegurada, podemos vender estas estatuas de oro cuando seamos viejas. ¡Nos van a pagar más que por las mejores indulgencias del Santo Sepulcro!

Si hubiera sido yo el que decía estas cosas, seguramente que se hubieran repetido los "Masturbator" y los "Lupa mater", pero la gracia que Dios les dio a las mujeres, especialmente a las jóvenes y bonitas, sólo desató risas y un aflojar de espíritu, que todos necesitábamos.

Mientras nos íbamos hacia nuestra habitación, sin hacer ninguna mención del especial olor que despedían los de color de oro, aproveché para pedirles disculpas por el baño no bautismal al que los había sometido. Mi *Magister* me abrazó y me dijo que no tenía dudas de que el oro terminaría yéndose y que había descubierto, que decirle "*Masturbator Magnus*" a alguien en medio

de un enojo, no es tan placentero como decírselo después, ya más tranquilo, sin enojo ni rencor. El abrazo –un poco más prolongado de lo esperable –me transmitió color dorado y algo más.

Como el Príncipe Magnus y Astrid se rieron a las carcajadas de esto, yo humildemente le contesté que si iba al cielo, meditaría la mitad de la eternidad sobre la aparición de San Magnus y San Paulus Romanus, cuando acudieron al pedido de ayuda. Todavía no lo he consignado, pero sucedió que al escuchar los gritos de su prometida, Magnus buscó su espada y sólo halló un candelabro para armarse y Paulus Romanus buscó un libro grandote para usar como escudo. La entrada que hicieron los dos fue apoteótica y digna de la mejor tradición de la caballería de Arthur de los Anglos.

Cuando entramos los cuatro a la habitación y los arcángeles dorados se calmaron un poco de la “fiebre del oro” y postergaron saber cómo se había transformado la materia del cuerpo en oro puro, esperando que el Caballero Harald les detallase el proceso, al sólo efecto de disimular lo ridículo de hablar con dos seres totalmente resplandecientes, les conté los verdaderos sucedidos míos en la Biblioteca y... se descostillaron de risa a mi costa. Yo no me quedé atrás y les recordé a los tres sus últimas bravatas. En el castillo se preguntaban de qué nos reíamos, con tanta carcajada homérica. Yo -por mi formación filosófica- podía haber explicado las primeras causas de esto, señalando que se debía a la creación de la Nueva Corte Celestial de Noruega, formada por la *Imperatrix* Astrid, Redentora de Cautivas y Casamentera de brujas y alquimistas; el *Arcangelus Magnus*, *Princeps* del Santo Candelabro y candidato a ocupar el Trono Dorado; el *Sanctus Paulus Romanus*, *Magister* de la Orden del Alto Orinal de Oro, y este pobre copista dominico, nombrado (sin méritos propios) *Masturbator Magnus* de los Homunculus de la Santa Inquisición.

En eso estábamos cuando el jardinero, ya sin la armadura, trajo un recipiente. En su interior había un líquido lechoso que olía a combustible. Lo enviaba el Caballero con el mensaje de que en pocos días del color dorado no iban a quedar rastros. No se imaginan lo que fue ayudar a limpiar a esos dos condenados. Sólo los oídos de un sordo podían aguantar los calificativos de “esos señores”, sobre todo cuando Astrid preguntaba por el cambio y yo contestaba –con mi mejor intención- que estaban mejor, que ya parecían culebras viejas cambiando la piel.

Un castillo en serio

Tromso es un lugar hermoso. La ciudad es pequeña pero muy bonita. Los altos montes de la costa terminan en dos lenguas de agua que rodean la isla y la dotan de un paisaje brumoso,

que llena el alma de paz. No puedo dejar de mencionar que fue la primera vez en mi vida que vi un Castillo en serio. No es que menosprecie lo que vi en Mildal, pero el del señor Harald tiene foso, muralla y torres. En su interior hay dos salones inmensos, recubiertos con tapices, un comedor muy grande, una cocina gigantesca y muchas habitaciones para dormir. Allí conocí por primera vez a nuestros “Thulir”, los juglares recitadores, que amenizan las comidas con sus cantos y hermosas leyendas. ¿Comidas? Todas las que se puedan ocurrirle a uno: Caldo, carne, pan blanco, queso, frutas, pescado salado, carne de cerdo salada al sol o ahumada, pescado en conserva, lütfisk, con el bacalao hervido en leche, salmón fresco, anguila ahumada, jamón de reno, oca, ensalada de mariscos con repollo colorado... Desayunos de arenque, salmón ahumado y papilla de cuajada con fiambres. Cerveza tan buena como la del hermano Berengarius de Mildal. En fin, valga esta descripción para certificar que conocí una nueva tentación: la gula.

Astrid encontró una hermana en Haldis y se han concentrado en hablar sobre el amor. El Príncipe Magnus, ya en su color natural, aprovechó, entonces, para pelearlas citándoles autores clásicos inventados, que - según él - sostienen que el matrimonio es el fin del amor, el principio del *debitum* obligatorio de los hombres, y del dolor de cabeza de las mujeres.

Yo a veces escuché sus conversaciones, pero como eran demasiadas humanas para un copista dominico, me corrí con gusto hacia las largas charlas que mantuvieron Paulus Romanus y el Caballero Harald.

Rogierius Bacon, el alquimista escondido

Puedo asegurar que era apasionante escuchar la conversación y el intercambio de ideas y lecturas. Mucho lamenté mi ignorancia, pues estoy seguro de haber entendido sólo parcialmente la mayoría de las cosas.

Como disculpa tengo que en nuestro Convento no se profundiza el estudio de las ciencias naturales, pues los estudios básicos se relacionan con el *trivium*, o sea gramática, dialéctica y retórica y no con el *quadrivium* de aritmética, geometría, astronomía y música.

El no haber leído todavía la Física de Aristóteles no me impidió comer las uñas y parte de los pellejitos de mis dedos, cuando hablaron del Rogierius Bacon, el sabio inglés conocido como *Doctor Mirabilis*. Algo había escuchado sobre él, pero su condición de franciscano y de precursor de los modernistas, no lo convertían en Santo de la devoción del Convento de Mildal.

Paulus Romanus comentó que Bacon le había ayudado a comprender que la alquimia es la ciencia que estudia las transmutaciones de la materia, pero no terminaba de entender, cómo un sabio tan profundo podía afirmar que el fin de ella “Es facilitar el uso de las fuerzas de la naturaleza para exterminar a los irreductibles musulmanes”.

Harald, siguiendo la tradición de los Maestros, le pidió perdón por atreverse a contestar una duda a un hombre sabio y le señaló:

-Hermano, los teólogos siempre tuvieron a Bacon entre ceja y ceja. Mientras Guy, el Gordo, nuestro Clemente IV, fue Papa, impidió que lo condenaran, pero después, lo obligaron a vivir enclaustrado los últimos dieciséis años de su vida. A los escolásticos de esa época no les gustaban sus teorías, ni que un fraile se dedicara a construir máquinas. Era un dotado para la ingeniería y fue un precursor de la construcción de artefactos mecánicos. Todos sabemos que a los precursores, como vienen adelantados en esta vida, sus contemporáneos se ocupan de adelantarles el paso a la otra. Para publicar sus obras y que no lo maltrataran los fanáticos del poder teológico, que se sienten más cómodos cerca del fuego de la hoguera que de la sombra de la Cruz, sus libros sólo hablan de máquinas que "no sirven para nada y que las había visto en sueños raros". Al final de su vida se concentró en el *Magnum Opus*, el polvo de ascensión natural...

Mi amigo el Príncipe Magnus pasaba en ese momento por allí y Paulus Romanus lo llamó:

-Magnus, el Maestro Harald está hablando de Bacon y me parece que un futuro gobernante...

-Aunque hablaran del gusto del agua en la China vendría con ustedes -respondió-. Las mujeres hablan tanto del amor que cansan hasta a los más enamorados.

-No sólo de amor vive el hombre -le comentó Paulus Romanus-, pero, como decía el querido hermano Berengarius, no hay que olvidar que el amor es lo que le da gusto al guiso de la vida. Pero ahora siéntate y escucha a un hombre sabio.

El polvo de ascensión: Quien lo tenga dominará al mundo

-Gracias, Maestro -contestó Harald-. Aunque el Príncipe está haciendo una broma, mucho tiene que ver la China con las investigaciones de Bacon, que desechó los intentos de los alquimistas de su época de solidificar el mercurio, como paso previo de transformar los metales blandos en oro, y se concentró en buscar un elemento livianísimo, capaz de elevar al cielo las cosas pesadas.

-¿Cómo es eso? -preguntó Magnus-.

-Se trata -contestó el Caballero- de algo que va contra la ley de gravedad de la tierra, por la que todo lo que está arriba tiende a bajar con fuerza hacia abajo, salvo que encuentre algo que ofrezca una consistencia o fuerza mayor que lo detenga. Él trató de averiguar si podía existir una fuerza capaz de hacer ascender las cosas sin que vuelvan a bajar. Una fuerza poderosa e inagotable que las mantenga siempre yendo hacia arriba.

-¿Y descubrió algo así? -preguntó Magnus-.

- Es una búsqueda muy difícil, pero hoy día ya estamos en el prólogo. Se ha descubierto un polvo livianísimo que puede enviar murallas, castillos y fortalezas hacia el cielo, por más cruces o reliquias que pongan encima de ellas. Un liviano polvo, capaz de destruir metales duros. Y Bacon tuvo mucho que ver en este invento.

-El que tenga ese polvo dominará el mundo -afirmó interesadísimo Magnus-.

-A ese punto quería llegar –señaló el Caballero-. Seguramente Bacon se asustó del poder del polvo y quiso poner su invento en manos de la Iglesia. En aquellos tiempos los fanáticos de Mahoma habían retomado la Tierra Santa, estaban a pocas millas de Constantinopla, tenían un califato en España, asolaban Francia y se acercaban a Viena... Se trataba de su famosa guerra santa, que consiste en matar cristianos o convertirlos a su fe. De allí me parece que proviene que Bacon sugiera usar este invento para exterminar a los musulmanes.

El peligro viene desde hace mucho tiempo

Como me vinieron dudas sobre si nosotros no hacemos algo parecido cuando podemos, me apresure a ahuyentar semejante mal pensamiento, preguntando:

-¿Qué es lo que inventó? ¿La Iglesia lo usó? ¿Lo usaron en las Cruzadas?

-Ten calma, copista -me contestó el Caballero Harald-, que la velocidad es enemiga de la buena letra y no se puede escribir tan rápido como se piensa. Los hombres de la Iglesia, mostrando que son bien humanos, no entendieron la diferencia entre teología y ciencia natural y como no entendieron, resolvieron que Bacon era peligroso para las cuestiones de la Fe. Por eso lo enclaustraron y no le prestaron atención a sus dichos.

-¿Lo que Bacon descubrió es parecido al fuego griego? -preguntó Paulus Romanus -.

-Un paso adelante, hermano mío -contestó Harald-. Los fuegos que inventaron los griegos y que ahora usan los bizantinos son una mezcla de materias incendiarias, que al contacto con el agua o con una mecha, se prenden fuego. Los de Constantinopla lo usan para incendiar las naves

enemigas. Si lo tuviera que definir diría que se trata de una mezcla de líquidos inflamables que entran en ignición al mezclarse. Bacon perfeccionó esto y logró un sólido, un polvo que, al contacto con el fuego o el calor, produce una explosión capaz de levantar por los aires cosas pesadísimas. -Yo he escuchado que los chinos habían descubierto algo parecido -deslizó Paulus Romanus-. - Los chinos han sido alquimistas desde hace milenios -señaló el Caballero Harald- y seguramente que “también” lo descubrieron. Los grandes descubrimientos no tienen dueño. ¿La rueda fue descubierta por un hombre solo o se trató de un largo proceso, donde intervinieron muchos individuos que perfeccionaron una intuición casi loca? Bacon logró estabilizar los componentes y las proporciones, por ello pudo establecer su fórmula.

La fórmula mágica está encriptada

-¿Es conocida la fórmula de este polvo mágico? -interrumpió Magnus-.

-Bacon se dio cuenta que los hombres de la Iglesia no estaban preparados para tomar a su cargo el poderoso descubrimiento. Pensó, entonces, que lo mejor era hacerlo público. Si él había podido descubrirlo... ¿Por qué no podría hacerlo un sabio de la corte del Gran Sultán? Lo mejor sería que todos los sabios del mundo lo conocieran. Y lo publicó, claro que sabiamente. Primero: publicó la fórmula en un libro de Astronomía, materia abstrusa, no muy leída por la gente común o los teólogos; Segundo: la encriptó en un anagrama. O sea con las letras cambiadas de lugar; Tercero: escondió el anagrama. Todo un juego de acertijos.

-¿Cómo lo hizo? ...Cuéntenos -le pedimos todos a la vez-.

-Con cuidado e inteligencia puso un indicio que sólo los sabios detectaran: él, que escribía en un clásico latín ciceroniano, señala que ha descubierto unos “importantes polvos”. Todo el tiempo habla de “*Pulvera*”, un raro plural que significaría “los polvos”; pero cualquier conocedor del latín sabe que polvo se dice “*Pulver*” y es un sustantivo que no tiene plural. O sea, que un barbarismo - en un hombre refinado- es el llamado de atención para que los sabios se detengan y “huelan” algo raro. Con la seguridad de que sus lectores sabios están atentos, Bacon continúa agradeciendo al Santo que le ayudó en su descubrimiento. Y menciona el nombre de un Santo que no figura en el Santoral Romano y al que le puso un nombre bizarro. El “nombre” de ese Santo es el anagrama que hay que descifrar. Ordenando sus letras de diferente manera se pondrá de manifiesto los componentes de la fórmula.

-¿Cualquiera puede hacer esa *Pulvera*? -insistió nervioso Magnus-

-Sí. En lengua vulgar le decimos “pólvora” y ya ha habido casos en que los sitiadores hacen un túnel debajo de las murallas de piedra, ponen allí un poco de este polvo, lo prenden con una mecha larga y cuando el fuego llega al compuesto: ¡BUUUUMM! ...No quedan ni los pajaritos. Yo lo usé en una sola ocasión. Pregúntenle al amigo copista como es el techo de mi laboratorio en la torre. Ahora esta recubierto de vidrios, pero en un tiempo era de gruesas piedras. En un viejo texto encontré el acertijo y con dedicación pude descifrar la fórmula y que explotaba al contacto con el fuego. Puedo asegurarles que aprendí algo: explota no sólo al contacto con el fuego, sino también con el calor. A mí se me ocurrió dejar una buena cantidad cerca de la estufa, que...casi llega a la luna.

-¿Y la fórmula? Usted la conoce, entonces... -preguntó y afirmó cada vez más intrigado Magnus-.
-Hace rato que Bacon la escribió. Pero estas tierras están tan lejos de todo que no sé si por aquí se la conoce. Es un paso adelante de la ciencia, pero de esos pasos que pueden adelantar los pasos de muchos hombres hacia la tumba. Ojalá no pase como con el descubrimiento de los metales duros... que por una campana hay cientos de espadas.

San Arzulebo Tirefrac: Patrono de la pólvora

Cuando le insistimos para que nos dijera el nombre del falso santo, nos contestó “San Arzulebo Tirefrac”. Mi maestro aprovechó el silencio que siguió a esta revelación para comentar:

-Coincido con tu temor, maestro Harald. Nadie puede asegurar cual va a ser el comportamiento de “todos” los humanos en un tema relacionado con la guerra, que siempre aparece motivada en la defensa de altos valores, pero por debajo está preñada de ambiciones de poder y riqueza, de odios y venganzas... Puedo asegurar que si la pólvora es un arma poderosa, en poco tiempo el mundo estará lleno de ella. ...Cuando pasé por Oxford vi en un manuscrito sobre “Los Deberes de los Reyes” un dibujo de un soldado que, con un palo prende una mecha que sobresale de la mitad de un jarrón inclinado, de cuya punta sobresale una inmensa lanza de punta roma, que apunta a la puerta de un castillo. Esa imagen me intrigó por mucho tiempo. No entendía que significaba. Creo que ahora lo sé. Ese jarrón contenía pólvora y estaba mostrando como lanzaba un proyectil. Por otro lado, mejor que se conozca esto y no que haya alguien que esclavice a todos con ese invento.

Yo que soy sólo un pobre copista que no va a ser leído por nadie, me había propuesto guardar silencio acerca de un conocimiento peligroso. Mi maestro estuvo de acuerdo conmigo en que estoy aprendiendo a ser un cronista y los cronistas, como los copistas, no somos dueños de lo

que sucede, sino simples testigos. Por eso, si alguno no logra descifrar el anagrama de San Arzulebo Tirefrac, le doy una ayudita: que se fije si en alguna combinación no sale "Salitre - Carbón - Azufre". Y si alguien quiere practicar con esta fórmula que lo haga en descampado y juntando los elementos con una madera larga, que es preferible pasar por tontos que volvieron a los juguetitos de la infancia, que andar con los brazos vendados y dolor de oídos. No bajo más a detalle a ver si por mi culpa quedan algunos escuchando el BUUUUMM desde las nubes y viendo como les crecen las alas al convertirse en angelitos.

El fin de la Caballería Cristiana

La tarde que estaba escribiendo el párrafo anterior, pasó a mi lado el Príncipe Magnus, y además de chancearme con que su caligrafía es mejor que la mía porque no está arruinada por el celibato, me dijo:

-Es una pena. Este no es un invento bueno. Va a terminar con la Caballería Cristiana. La pólvora no requiere valor, fortaleza, justicia, respeto a las mujeres, cuidado de las viudas, ni protección de los niños. La puede usar un cobarde o un loco. Deberían prohibirla

-Lo mismo decían -contestó Paulus Romanus, que entraba a donde estábamos – los que peleaban con espadas y lanzas de madera y un día se encontraron con hombres que tenían armas de metal. Lo que no debería existir es la violencia como medio para dirimir los problemas; pero parece que eso nos convertiría en seres celestiales... Y yo me sé de muchos que maldecirían el encontrar solo plumas en el lugar del sexo.

Yo me reí de la salida. Y hablando de risa, debo confesar que también me pasó algo parecido cuando el Caballero Harald nos contó lo de la voladura del techo de su laboratorio. En ese momento no pude dejar de mirar lo que quedó de su cabellera quemada después del incendio de los polvos dorados y de pensar que cada vez que investiga sobre polvos, se le vuela el techo.

Terminé este capítulo a los diecisiete días del mes de julio, en Tromso, en el año treinta de la fundación del Convento de nuestra Señora de Mildal.

Yo, el copista

Tercera Parte: El Dragón Tenebrosus

Despedida con regalo de especias fuertes

Y así pasaron esos buenos días: los Maestros intercambiado conocimientos, hablando de la materia primordial y la pólvora y los más jóvenes charlando y hablando de cosas menos estruendosas, hasta que el Príncipe Magnus decidió que debíamos partir hacia Trondheim, antes de que se nos venga el invierno en el camino.

El día de la partida, El Caballero Harald, con Haldis en la grupa de su caballo, nos acompañó hasta la barca que nos volvería al continente. Astrid con medio cuerpo fuera, casi colgada de la parte de atrás de la carreta, charlaba a los gritos con Haldis y Magnus. Paulus Romanus, por su parte, hablaba con el Caballero. Todo era muy claro, salvo las posiciones de las personas, que no eran las óptimas: Haldis, que estaba a la grupa del Caballero charlaba con Astrid por encima de la cabeza de éste, quien a su vez hablaba con mi Maestro que estaba a su costado derecho; pero que no lo oía bien, pues tenía a su lado a Magnus, que charlaba con Haldis y Astrid. O sea, que teniendo la inmensidad de la tierra a disposición, estaban concentrados en cinco pies, y hablando todos a la vez, como si estuvieran visitando la torre de Babel.

Ya que soy un admirador de la lógica elemental, contribuí a su no extinción, proponiéndole a Astrid que cambiáramos de lugar. Así terminé yo en la carreta y las dos muchachas subieron a mi caballo. Los jóvenes pudieron reír a sus anchas, de la misma manera que hablaban con toda seriedad los Maestros. Fue una experiencia muy linda ver felices a mis amigos. No fue ajeno a mi pequeño éxtasis, que la señora Liv, que tiene varios hijos de mi edad, me convidara pedacitos de arenque ahumado “porque soy un buen compañero y le hago acordar a sus muchachos”.

En el momento de la despedida abundaron los abrazos, los buenos deseos y las promesas de verse pronto. Cuando estábamos arriba de la barca, el Caballero me pidió que bajara. Cuando llegué a su lado, me dijo:

-Esto es para tu Maestro. Son especias de tierras muy lejanas. Adentro va una nota con el uso de cada una. Son pimientas muy, pero muy fuerte. No se las quise dar personalmente porque no iba a querer aceptarlas.

Con la bolsa en la mano, un abrazo del Caballero y un beso sonoro y fraternal de Haldis, que guardé en mi corazón, salté a la barcaza que ya estaba saliendo. Le entregué el regalo a Paulus Romanus y cuando me estaba acomodando escuché una de esas carcajadas largas que tiene mi Maestro, quien, con la bolsa abierta saludaba a su amigo.

-Me lo mandó así por que sabía que por ahí no quería recibirlo -me dijo-.

-Él me dijo lo mismo -le comenté-. Mencionó una pimienta muy fuerte.

-Sí -me contestó-. Más que fuerte.

Los carteles anuncian... ¡¡Un Dragón!!

Y así volvieron los días de a caballo, que esta vez empecé a soportar sin tantos dolores. El plan trazado es seguir costeanado en dirección Sur, hacia Narvik, continuar luego hasta Bodo, para llegar a Mo i Rana, desde donde estaremos a un paso de Trondheim, nuestra capital. El camino no es fácil y encima lo comenzamos con el pie izquierdo.

La cosa empezó a unos quince días de camino de Tromsø, cuando estábamos dejando atrás la vista de las Islas Vesterdales, donde vimos ballenas jugando, y ya estábamos disfrutando de ver frente a nosotros las famosas Islas Lofoten, con sus impresionantes montañas que sobresalían de la niebla como gigantes dormidos. Sobre las piedras miliars de la carretera, en las encrucijadas de caminos, en algunos árboles y en otros lados encontramos leyendas extrañas. En todas aparecía la palabra "Dragón", pero el resto casi no se podía leer. Nuestra curiosidad fue en aumento y esperábamos ansiosos que hubiera un cartel más claro. Lo encontramos tres días después. Textualmente decía: "Caminante, si puedes, vuélvete. El Dragón *Tenebrosus* no tiene temor de Dios. Viene del Infierno y gusta de la sangre cristiana".

Todos tragamos saliva y disimulamos la aprensión que esa lectura nos despertó, salvo Paulus Romanus, que comentó que quizá se trataba de campesinos graciosos o de palurdos, que no gustan de extraños en sus tierras y los quieren ahuyentar. Yo respeto mucho a mi Maestro, pero no pude dejar de pensar que una cosa es un cartel que dice "No entre - Golpeé - Perro que muerde" y otra cosa muy distinta es "Cuidado - Dragón suelto".

Creo que todos dormimos con sueños incómodos. El día siguiente no mejoró la cosa y por la tarde fue que se cruzó en nuestro camino la pálida doncella vestida de blanco. Estaba con la cara demudada y la mirada perdida.

Astrid le pidió que se detuviera y a las pocas palabras que intercambió con ella, la hizo subir a la carreta. Al rato, cuando escuchamos a Astrid, hasta los caballos se pusieron nerviosos.

-La pálida muchacha es una joven doncella de Narvik, familiar del cura del lugar. Ha andado perdida toda la mañana. Anoche ella y su padre se fueron a la montaña para ver si encontraban al Dragón *Tenebrosus* para explicarle que este mes, los campesinos no han podido juntar la pieza de oro con que le compran alimentos. Cuando lo encontraron y llorando le explicaron lo que sucedía, el Dragón les contestó con Fuego y conque si no juntaban lo que él necesita para comer, se comería a

todos los de la comarca, “empezando por la pálida doncella y el gordo cura llorón”. El padre de ella se fue a atender a su familia y ella salió al campo a pedir ayuda a Dios, y sin darse cuenta había estado caminando durante horas.

Magnus pone bajo su protección a la pálida doncella

-¡Vamos a defender a esta joven! -bramó Magnus-. Si el Dragón *Tenebrosus* la quiere para la cena, yo la protegeré. ¡Lo juro por mi espada!

-Los juramentos se deben hacer sobre algo que si se pierde no sea fácil sustituirlo -señaló Astrid-. Ya que está prohibido jurar, por lo menos, hazlo por algo importante.

-Juro por mi espada y mi Dama -gritó Magnus-.

-¡Tu abuela! A ver si no cumples el juramento y yo tengo que ir a saludar a San Pedro, llevando a cuestas tu espada.

-¡Juro por lo más sagrado! -insistió el Príncipe-. ¡Juro por Dios!

-¡No se puede jurar por Dios! - le reconvino Astrid-. Si no cumples tu juramento Dios se tiene que morir.

-¡Basta de teologismos! -intervino Paulus Romanus, que estaba con cara rara-. Dios no puede dejar de escucharlos y ya debe andar con dolor de cabeza... o de estómago. Creo que todos somos testigos de que el Príncipe se compromete a ayudar a esta muchacha. Astrid, dile a la pálida muchacha que se quede esta noche con nosotros, así nos cuenta más detalles cuando acampemos. Ya es tarde y no puede andar sola por estos caminos. Mañana la llevaremos a la casa de su padre.

-A mí los dragones me dan miedo, por eso quiero enfrentarme con uno –me dijo Magnus cuando nos quedamos solos-.

-A mí también me dan miedo -le contesté- y por eso no quiero verlos ni de lejos.

Y así empezamos a hablar de los dragones, las serpientes monstruosas y las bestias del mar, que han poblado los relatos de nuestra infancia. Coincidimos en que la religión enseña que esos animales son restos de fantasías mitológicas, desarrolladas por imaginaciones asustadizas, en tiempos de ignorancia, anteriores a la llegada del Cristianismo... Aunque no supimos explicar cómo aparecieron en nuestras tradiciones cristianas los Santos Matadores de Dragones.

-La muchacha – nos interrumpió Astrid- cuenta que el Dragón *Tenebrosus* tiene una esclava, una oruga gigante, a la que todos llaman “La Gata Peluda”.

La Gata Peluda

-¿Gata Peluda? -pregunté yo-. ¿Cómo las orugas apestosas y de mil patas, que al tocarlas te queman como si tuvieran ácido sobre los pelos de su piel?

-¿Es una oruga gigante? -preguntó a su vez Magnus-. ¿Tiene poderes como los dragones?

-¿No era que los dragones no existen? -intervine yo-. ¿Cómo puede haber una oruga peluda gigante y esclava?

-Si los dragones no existen, -me objetó Astrid- ¿Qué mató San Jorge? ¿Un Oso come miel? ¿Un jabalí con la manzana en la boca? El cura del Castillo de Mildal decía que Dios había librado a Europa de animales tremendos como el león, el tigre o el elefante... pero que cuando los pueblos se vuelven desagradecidos y no se asustan con una simple peste o un terremoto, les manda un dragón.

-¡Pero eso es un cuento! -le dije-.

-Cuento, sí, pero de los que dan miedo cuando estamos despiertos. -insistió Astrid-¿O ustedes no tienen miedo de los dragones? ¡Vamos no se hagan los hombres fuertes!

-Me contó el hermano Berengarius -alardeó Magnus - que hay una receta secreta para cocinar la carne de dragón, que es famosa por su dureza, gusto salvaje y... propiedades afrodisíacas. Cuando mate el primero, voy a convidarte a comer el ala.

-¡Con esas cosas no se juega! -dijo Astrid y se persignó-. Desde ya te prohíbo que pienses en enfrentarte con el *Tenebrosus* ése. Si lo llegas a pensar, te juro por...

-Díganme -los interrumpí, pues vi que comenzaba nuevamente la discusión sobre los juramentos y los castigos por incumplimiento- ¿Qué es lo que les da más miedo de los Dragones?

¿Por qué hay que tenerle miedo a un dragón?

Voy a tratar de resumir el miedo que a cataratas salió de nuestras bocas respecto a esos animales (...que no existen). A Magnus le impresionan los espolones de hueso que tienen sobre la cabeza, la baba ardiente que cae de sus fauces y las llamaradas de fuego que salen de sus narices. Por mi parte, señalé que me asustan sus dientes amarillos, el azufre que tira por las narices, los ojos que petrifican con la mirada y la inmensa cola, también llena de espolones.

-Las alas de estos monstruos dificultan la pelea franca -aseveró Magnus-. Cuando lo tienes cerca de tu lanza, la bestia vuela y se pone detrás del caballo. Por eso desde que vi el primer cartel sobre

el Dragón, le he rasurado al máximo la cola a mi caballo. Tengo miedo de que el Dragón ataque con fuego la retaguardia pilosa del pobre animal. Mi padre pocas veces habló este tema conmigo. Una vez que le pregunté cuál era el dragón más peligroso, me respondió seriamente: "El dragón en celo".

-A mí lo que más me asusta -afirmó Astrid -es el color mugroso que tienen, su olor pestilente, y la piel asquerosa, llena de escamas y venas salientes. También me asustan los ruidos que hacen al caminar; sus pisadas son como temblores. Y no les digo nada de sus bufidos y de su inmundo jadeo. Además nosotras, las mujeres, detectamos los aspectos libidinosos de esos malditas monstruos. No sé cómo explicarlo, pero es así... Cualquier mujer sabe de qué hablo.

-¡Qué interesante, Astrid! - le señaló Magnus-. Justamente estábamos comentando que a nosotros nos pasa lo mismo, pero sólo con los dragones hembras, especialmente las jóvenes. ¿Lo tuyo es con todos o sólo con los machos?

Lo que nos corrió esta mujer ofendida, sólo Magnus y yo lo sabemos. Al fin nos dimos por vencidos y Magnus recibió un pellizcón tal, que temí que sus ondas llegaran hasta mi cuerpo. Como vi que se abalanzaba también en mi busca, como copartícipe de risa antifemenina, le señalé que si lastimaba a un pobre novicio dominico, toda la Iglesia se vería ofendida, cayendo ella *ipso facto* en excomunión reservada a la Santa Sede. Ella escuchó. Asintió con la cabeza, después se paró ante mí, hizo una pequeña genuflexión y me pegó un pisotón, diciendo "*Et cum sipiritu tuo*". Yo que esperaba tranquilo que el buen grosor de mi hábito fuera una protección para pellizcones imprevistos, constaté que debo reforzar mis sandalias, demasiado abiertas de espíritu para casos de ataque con alevosía.

El tema de los dragones estaba en boca de todos. Nadie creía en ellos, pero todos tenían la certeza de que existían. Escuché a los soldados que contaban una historia de una doncella raptada y poseída por un dragón... que prefiero no repetirla para proteger la santa inocencia de los condenados por violaciones reiteradas de ancianas impedidas.

Cuando con Magnus nos retiramos, riéndonos por lo bajo, de esa culta reunión, Astrid se nos acercó y nos contó que Paulus Romanus se había acercado a la carreta y le había pedido que le buscara en el baúl de sus libros el comentario de Orígenes al Apocalipsis de San Juan. Recién entonces me acordé del famoso capítulo doce del Libro de la Revelación.

Si la Biblia habla de Dragones, los Dragones existen.

-¡Es cierto! -les dije-. Tenemos que preguntarle a Paulus Romanus. En el Apocalipsis se habla de un Dragón Sangriento.

-A nosotras nunca nos predicaron sobre ese Libro -comentó Astrid-. El cura del castillo le dijo a mi mamá que no lo entendía mucho y que los herejes y los locos siempre lo citan.

-Que tiene no sé cuantas cabezas—proseguí entusiasmado-, llenas de cuernos y que se quiere comer a la mujer.

-Ven que tenía razón. Eso es lo que yo les decía que las mujeres sentimos frente a un dragón: Que nos quiere comer... y otras cosas más.

Yo me callé porque todavía me dolía el dedo chiquito del pié. Seguramente a Magnus le pasaba algo parecido, pues también optó por el silencio.

-No sabía que la Biblia habla de los dragones -continuaba Astrid-. Y si lo dice un libro revelado, no sólo existen los dragones, sino que hay que creer en ellos... o nos convertimos en musulmanes.

La risotada de Paulus Romanus nos asustó y creo que no sólo yo pensé que venía un dragón por atrás, pues Magnus pegó un alto, trastabilló y casi se va al suelo. Cuando se recompuso, lo miró feo a Paulus Romanus y le dijo:

-¿Por qué en vez de hacerse el dragón malo y asustar a pobres muchachos, no nos cuenta si existen?

-No vi ninguno en mi vida —aseveró el Maestro-. Sí conocí a muchos que decían haberlos visto, pero si creyera todo lo que me dicen, sería un santo inocente. Me parece que la respuesta no es simple. Creo, por ejemplo que todos tenemos nuestros dragones interiores, que se comen las buenas intenciones y propósitos. Pero me parece que ustedes no están hablando de estos dragones.

-Hablamos del clásico dragón -contestó Astrid en un ataque descriptivista-, del que tiene cabeza de tortuga gigante, dientes inmensos de cocodrilo, ojos vidriosos inyectados en sangre, cuello de víbora enorme, unas fosas nasales por donde escupe fuego y humo de azufre, piel escamosa que exhala un hedor que mata la vegetación, cuatro patas de iguanas monstruosas y un cuerpo inmenso, como de treinta o cuarenta elefantes, con inconmensurables alas de vampiro y una cola llena de espolones de más de trescientos pies de largo.

-Pareciera que los hubieras visto -contestó mi Maestro-. Y es verdad: Todos sentimos adentro nuestro como que los hemos visto de cerca. Es algo que viene de lejos. Hasta Edipo se enfrentó con uno de ellos

-¿Edipo peleó con un dragón? –pregunté asombrado-.

-No era un dragón común. La Esfinge era un dragón de acertijos -me respondió Paulus Romanus-. Esos dragones de la mitología proponían a sus víctimas acertijos, preguntas muy difíciles, que si no eran bien respondidas significaban la muerte.

-La Esfinge fue la que le comió los ojos a Edipo ¿no? - aseveró Astrid buscando confirmación -.

-Comer, se lo quiso comer todo -respondió rápido mi Maestro-, pero Edipo contestó bien la pregunta y el que tuvo problemas en la vista y otras partes del cuerpo fue el Dragón Esfinge. ... En casi todas las mitologías aparecen los dragones o monstruos inmensos y poderosísimos. En la China son un clásico. En Mildal oí hablar de un héroe vikingo parecido a nuestro famoso San Jorge.

-Sygurd -confirmó Magnus- el Exterminador de Dragones. Pero cuéntenos de nuestra religión...

- Hay alguna referencia, por ejemplo, un Dragón Marino es el monstruo que se tragó a Jonás.

También aparecen en el Nuevo Testamento: Recién me pareció escuchar a nuestro querido copista hacer mención del libro del Apocalipsis.

-Si los dragones aparecen en la Biblia -volvió a insistir Astrid – son una verdad revelada. Eso quiere decir que existen.

-¿Por qué no nos explica un poco eso? .pregunté para que mi Maestro no se enganchara con la imaginación suelta de Astrid-. La Verdad nos libraré del miedo ¿No es cierto?

El misterioso Libro Sellado del Apocalipsis.

-Permíteme aclarar –me contestó mi Maestro-, que la Verdad nos hace libres, pero no nos saca el miedo. Si no tuviéramos miedo no seríamos humanos. La Biblia, que es un conjunto de distintos libros, tiene uno, el último, que es un libro misterioso, casi para iniciados. Se llama "Apocalipsis", que en griego significa "Revelación. En ese libro Dios revela al escritor sagrado una visión, llena de símbolos y claves. Es un Libro Sellado, es decir: cerrado, oculto, que no cualquiera puede abrir o mejor, entender.

-¿Y los dragones? -pregunté ansiosamente, tratando de que el Maestro no se fuera por las ramas de su saber-. ¿Qué significa un dragón? ¿De qué es símbolo?

-Es un símbolo muy importante. –me contestó, escapándose de la pregunta concreta nuevamente-. Pero lo importante no es cada símbolo en particular, sino que todo el Libro es un mensaje de que

Dios protegerá a su Iglesia siempre, aún cuando todos aseguren su desaparición. Es como una caricia a alguien que está asustado.

-¿Y no hay en el Libro ninguna profecía de esas que se pueden tocar con la mano? –Se enganchó Astrid-.

-Si, querida Santa Tomasa de las Llagas del Señor. Según algunos, en el capítulo V se anuncia claramente la invasión de los bárbaros y los estropicios que iban a hacer.

-¿No me diga que aparecemos los vikingos! -señaló Magnus, orgulloso de que nuestros antepasados aparecieran en un Libro Santo-. ¡Entonces los abuelos hicieron las invasiones para que se cumplieran las profecías!

-Parece que la invasión profetizada fue la de los Partos, querido Príncipe, que se sufrió algunos siglos antes de la que hicieron los antepasados de ustedes. Y no voy a entrar en comparaciones de quienes destruyeron más cosas. Si los partos, los dragones o los vikingos, porque no quiero convertirme en mártir de los hijos de Sygurd, el Matadragones.

-Maestro, siga con el Dragón del Apocalipsis -pidió Astrid sonriendo-.

El Gran Dragón Rojo (La Antigua Serpiente) no está en el infierno, está en la Tierra para acusarnos en el juicio final

-Hay un capítulo entero que habla del *Draco Magnus Rufus*, como lo llama San Jerónimo en la Vulgata. El *Drácon Mégas Pirrós* del texto original griego: El Magno Dragón Rojo, el Tinto en Sangre, con siete cabezas y diez cuernos...

-Maestro, me está asustando -susurró Astrid-.

-A mí me asusta -señaló Magnus- que se llame Magno como yo.

-Juan nos cuenta -prosiguió mi Maestro- que la cola del Dragón arrastra un tercio de las estrellas del cielo.

-¿Un tercio de las estrellas? ¿No es mucho? -señaló Astrid-.

-Es un símbolo, Astrid. Este Dragón es la Serpiente Antigua.

-Maestro, ¿sabe que en la antigua religión nuestra había una Víbora muy, pero muy mala? -comentó Magnus-. Vivía entre los Muertos y se llamaba *Nidhogg*, la Serpiente Maligna.

-La Serpiente Mala aparece en casi todas las religiones. Creo que en general todo asociamos a ese animal con el Mal: Repta por el suelo, ataca de sorpresa, produce la muerte o males grandes, y al mismo tiempo, nos fascina, hermoso, silencioso, exótico, poderoso. En nuestro caso, en forma de Serpiente el Diablo tentó a Eva. Lo de la cola de estrellas, seguramente se refiere a la historia

anterior, donde Luzbel, antes de ser Satán, el Dragón Serpiente, era un Ángel que quiso ser como Dios y atrajo a su causa a un tercio de los ángeles del cielo. Después de vencido, el Ángel malo fue arrojado...

-Maestro, somos vikingos, pero conocemos el catecismo -interrumpió Astrid-. Fue arrojado al infierno.

-No, mi hija. Al infierno, no. ¡Fue arrojado a la tierra! Por eso la Serpiente tienta a Eva. Porque estaba por estos pagos. Si llegaba a estar en otro lado vaya a saber qué pasaba. Por ahí nos salvábamos de que en el Día del Juicio nos reclame.

El Juicio Final se está realizando... ¡Ahora!

- ¿El Día del Juicio Final? -preguntó Astrid-.

-Se ha hablado mucho sobre eso, pero me parece que lo del Juicio Final es una pobre fábula para que hasta los chicos sepan que hay que elegir el Bien. El juicio a Jesús se dio en el pasado, pero cada uno de nosotros hace un juicio sobre el Señor en cada momento: lo elige o no. Se trata de si uno es fiel a sus principios o elige algo egoísta y malo. Los cristianos optan o no por Cristo, y los demás, optan o no por sus propios valores.

-¿Y el Juicio Final qué es, entonces? -pregunté intrigado-.

-Algunos dicen que es una fábula. Otros, que al final de los tiempos, cuando pronuncien nuestro nombre, si hemos optado por el Bien, nos salvaremos; y si hemos elegido el Mal, Satán nos acusará de hombres malos y pecadores, y nos reclamará para sí.

La diosa Hel, las Valquirias y la Valhala

-Más que un acusador, el Diablo parece un alcahuete -acotó con su conocida libertad de espíritu Astrid-.

-Honestamente no se como se dice en hebreo "alcahuete" -acotó riéndose Paulus Romanus-. nuestra religión se relaciona con el premio y el castigo a las conductas individuales. Hay otras que no son tan así. Tengo entendido que en la religión anterior de los pueblos de ustedes...

Allí nos atropellamos Magnus, Astrid y yo para contarle a Paulus Romanus que los viejos vikingos creían que la diosa Hel, la Muerte, recibía a los hombres comunes cuando morían y los llevaba a todos a un lugar de recuerdos melancólicos, y que todos los guerreros eran conducidos

por las Valquirias al Valhala, la Casa de oro, iluminada por espadas, donde obtenían la felicidad eterna, que consiste en combatir hasta morir y luego resucitar y embriagarse con hidromiel mientras comen un jabalí inacabable.

-Es una hermosísima fábula –comentó mi Maestro-, que contiene la realización de la felicidad total, de acuerdo a lo que se deseaba en esos tiempos.

El silencio que siguió sirvió para que me asaltara la duda de si el Maestro no era “demasiado humano” para mi formación escolástica. Recordé que en Mildal había comentarios de que Juan de Nápoles y Paulus Romanus sabían “demasiado” de los autores clásicos y pertenecían a un movimiento nuevo en la Iglesia.

Los nombres de Malo

-Maestro -exclamó Astrid con alegre picardía-. Ya que estamos, díganos nombres del diablo. Nombres secretos o prohibidos. Vamos, que yo le digo el de nuestra tradición: Loke, el Malo. Siempre tramposo, embaucador, engañador

El Maestro volvió a sonreír, nos miró con afecto y creo que se resignó a nosotros.

-El nombre con lo que denominamos comúnmente “*Diablo*” viene de un verbo griego y significa “El que Desune, Calumnia, o Acusa”. También se lo llama “*Satán o Satanás*”, que en hebreo significa “Enemigo -Adversario”. Otro nombre común es “*Demonio*”, que también viene del griego y significa un espíritu superior, pero con categoría de dios inferior. De aquí viene que se llame Infierno a su morada. Uno de los nombres poco conocidos es “*Abbadon*” que en hebreo significa “Destrucción, Ruina” y que es una personificación del famoso “*She’ol*” hebreo, el Reino de los Muertos. También se lo llama “Señor de la *Gehenna*”, en relación con el antiguo valle judío de *Ge – Hinnon*, cerca de Jerusalén, donde quemaban los restos de los sacrificios y posteriormente la basura, lugar donde siempre había olor a quemado, podrido y a azufre. Como ves, es un Señor de muchos nombres: *Lucifer, Belzebuth, Astarot*, etc. y es interesante como lo han dibujado los artistas: un hombre con cuernos, patas y rabo, con un pie humano y el otro de caballo, con alas de murciélago, con un rostro en el trasero, el que sus súbditos deben besar (*osculum infame*); con sus animales preferidos: El dragón, la serpiente, los sapos, zorros, basiliscos, y siempre con la piel colorada o verde negra. Si para tus devociones quieres un nombre no muy conocido, usa el de “*Apolión*”, que significa “El que Mata o Trae Desgracias”, que es el término que usaron los Setenta Sabios Judíos para traducir “*Abbadon*” del hebreo al griego. O si prefieres “*Sicofanta*”, que es el término griego

que significa “alcahuete”, un término griego clásico, usado, por ejemplo por Trasímaco para insultar a Sócrates en la República de Platón.

-Gracias, Maestro —dijo sonriendo Astrid, seguramente impresionada del saber de mi Maestro- lo voy a tener a usted muy presente cuando le rece a San Apolión o a Santa Sicofanta, viuda de Platón y señora del Diablo.

-Lo peor en este tema es tener la fe del carbonero —concluyó Paulus Romanus-, que cree en diablos que son espantados con medallitas, ensalmos o indulgencias.

- Usted habla del Diablo como si no existiera y a mí todo lo relacionado con Él me llena de miedo - confesó Astrid-.

-A veces -reflexionó mi Maestro- me dejo llevar por cosas que me preocupan a mí y me olvido que los demás tienen las suyas... ¿Por dónde andábamos?

-Estábamos hablando -le dije- del Dragón del Apocalipsis.

-Si -confirmó Paulus Romanus-. En el primer Libro de la Biblia se cuenta la lucha de la Serpiente Maligna que intenta destruir a la Primer Mujer. En el Último libro, la lucha continúa: el Dragón Rojo intenta destruir a la "Mujer Vestida de Blanco", quien no es otra que La Iglesia.

Los curas casados.

-Maestro, -interrumpió Astrid, que estaba con su capacidad de asociar libremente a pleno- la pálida muchacha, que ahora está descansando en la carreta me dijo que es la hija del cura de la aldea. ¿No tendrá que ver con el Apocalipsis?

-¿En serio que es hija de un cura? -pregunté interrumpiendo-. ¿No está prohibido que los curas se casen?

-Hijo mío, -me respondió Paulus Romanus- el tener un hijo no implica casamiento. Es un tema de los más difíciles de estos tiempos y no tiene mucho que ver con los dragones.

-Maestro —insistió Astrid —, Hace un rato usted nos dio el sermón del Juicio Final. Mucho que ver con los dragones de carne y hueso no tenía... Y nosotros lo escuchamos. Cuéntenos algo sobre esto, vamos.

-No es un tema de que me guste hablar. Yo soy sacerdote y he elegido mi vocación. En estos tiempos la obligación de los sacerdotes es ser célibes, pero la obligación de no casarse no existió al principio del cristianismo, tanto que hay Iglesias orientales, en plena comunión con Roma, donde los sacerdotes se casan como cualquier cristiano. En nuestra Iglesia de Roma, con los años se fue

exigiendo que no se casaran para mejorar la dedicación, o quizá influyeron mentes demasiado inclinadas al ascetismo, que no son las mejores para tratar los temas del sexo.

-Yo me pienso dedicar a Magnus con toda el alma. Espero que no me exijan el celibato para dedicarme mejor -afirmó Astrid mirándolo fijo-.

-La Iglesia tiene que ser fiel al mensaje del Señor -prosiguió Paulus Romanus sonriendo -. Y a veces los hombres que la dirigen no se han comportado como debían con...

-...Con las mujeres -terminó Astrid-. Y por eso tuvieron que casarse de apuro con ellas. Siempre pasa lo mismo.

- Ojalá fuera eso solo. Es más amplio. Hace años que de todos lados surgen pedidos de reformar la Iglesia. Machacar con el celibato es mirar un pequeño ángulo del problema y desviar la atención. Hasta pareciera una tarea de distracción, realizada por quienes no quieren perder poder, comodidad o dinero. Lo importante es la vida religiosa de los clérigos. Si se casan o no, es secundario.

El Espíritu Santo, las Dinastías Papales y el Emperador

-¿Y porqué lo prohibieron, entonces? - preguntó Astrid-.

-Quizá se parta del equívoco de que no casarse implica siempre, en todo lugar y para todos una vida más santa, o que el sexo implica cercanía con el pecado. Hay una discusión muy antigua sobre un texto de la Epístola Primera a Timoteo donde se exige que los obispos estén casados una sola vez... pero no quiero entrar en esa discusión.

-Si tienen que estar casados una sola vez -señaló pícaramente Astrid-, todos los obispos se deben casar.

- Prefiero contarles una historia –sonrió el Maestro - que creo que me da la razón de que los problemas más serios de la Iglesia no pasan por el celibato de nadie. El abanderado de la causa del celibato fue el Papa Benedicto VIII, quien forzó a que el Sínodo de Goslar prohibiera el matrimonio de los sacerdotes. Pero miren este otro aspecto: a este Benedicto VIII lo sucedió su hermano, quien reinó como Papa Juan XIX. Cuando muere éste, lo sucedió un sobrino suyo, el Papa Benedicto IX, de apenas tenía 15 años. Parece “una dinastía Papal”. Problema un poco mayor que el del casamiento de los curas.

Este último, Benedicto IX, fue un Papa fue muy “especial”, tanto que Desiderio de Montecassino, que llegaría a ser Papa con el nombre de Víctor III, se sintió avergonzado al relatar determinados

pormenores tales como: que fue depuesto y expulsado en 1044 por la una familia rival a la suya; que ofreció la Tiara a quien más pagó por ella, Silvestre III, quien fue consagrado Papa a los pocos días; que un mes después, Benedicto IX vuelve y reasume su pontificado, aunque desgastado por los sinsabores de la política, vende el trono apostólico por 1.500 libras de oro al arcipreste Juan Graciano, que tomó el nombre de Papa Gregorio VI.

Frente a tamaña cosa, intervino el Emperador y como elefante en bazar persa, no tuvo mejor idea que despojar de sus derechos al Papa Benedicto IX, desconocer a Silvestre III y a Juan Graciano, y nombrar un cuarto Papa: Clemente II. ¡El pobre Espíritu Santo se encontró con cuatro Papas vivos y un Emperador que a los sablazos los destituía!

-¿Y Dios no mandó fuego del cielo para poner un poco de orden? -preguntó azorada Astrid.

- Era una época de grandes extremos. Relacionen esto con lo que hablábamos del casamiento de los curas: seguramente que en el ámbito de la vida privada de los curas había excesos, pero la solución no era imitar al emperador y con un sablazo obligar al celibato, sino exigir una vida ética y religiosa.

Los hermanos no se deben separar nunca: El cisma más grande la historia

-¿No fue en ese tiempo que sucedió el Cisma con la Iglesia de Oriente? -pregunté-

-Exactamente –confirmó Paulus Romanus-. En esos años la Iglesia de Roma y la Iglesia Griega de Constantinopla se estaban peleando cada vez peor. Los “Alegres Papas” preferían divertirse y no complicarse la vida; por eso dejaron en manos de serios benedictinos y cistercienses los temas dogmáticos. Un grupo de ellos fue enviado a discutir con Miguel Cerulario, Patriarca de Constantinopla, que estaba mostrando una intolerancia grande con la Iglesia Latina.

Desgraciadamente los monjes ascetas eran un ejemplo de piedad pero no de apertura mental. Del otro lado, los griegos bizantinos consideraban incultos y bárbaros a los latinos, que ni siquiera sabían leer griego o las lenguas orientales en las que habían escrito los Santos Padres y Doctores de la Iglesia. Fíjense que dos años antes de esto, el *Basileus* Constantino XI, les propuso a sus nobles bizantinos aliarse con el Papa contra el peligro árabe que se les estaba viniendo encima. La respuesta fue "preferimos vivir bajo el turbante musulmán que ser aliados de la tiara Papal".

...Y lo que tenía que pasar, pasó. Los Legados Pontificios irrumpieron una mañana de 1054 en Santa Sofía, interrumpieron la Eucaristía y depositaron sobre el Altar la Bula de Excomunión. Pero, para que no quedaran dudas de que se trataba de gente religiosa, al lado de la palabra “Anatema “,

pusieron la palabra aramea “*Marana tha*”, que significa “Ven, Señor”, palabra con la que termina el Nuevo testamento.

Como si fuera poco, este Cisma, el más grande Occidente, sucedió sin que el Papa se enterara, pues éste había fallecido unos meses antes. Recién hubo un papa en Roma un año más tarde, cuando el Emperador propuso al monje Geberto, quien tardó cinco meses más en aceptar convertirse en el Papa Víctor II.

Por eso es que pregunto ¿Qué es más grave? ¿Esto que pasaba en la cabeza visible de la Iglesia o que los tontos curas se enamoren y se casen? Los curas casados fueron excomulgados y sus actos declarados sin validez religiosa en tiempos en que San Gregorio VII, sacaba su *Dictatus Papae*, donde exponía el gran programa de dominio temporal de la Iglesia.

La Papisa Juana

-Maestro, Magnus me ha contado que en las noches de charlas de los novicios en Mildal se hablaba de una papisa, la papisa Juana ¿Existió o es un invento de los mahometanos?

El Maestro la miró un poco extrañado. Luego se sonrió y nos miró a Magnus y a mí, mientras nos comentaba:

-No sabía que en Mildal hablaban de temas tan metafísicos y teológicos. Creo que es una de las leyendas más divertidas de Roma. Parece que hubo un Papa llamado Juan VIII, más conocido como “el Papa Angelical”, que estuvo en la silla apostólica desde el 855 hasta el 857. Cuentan que era originario de la Anglia y que todo el mundo le quería y admiraba su capacidad de trabajo: Todas las tardes llamaba a su principal colaborador y le retenía en sus habitaciones hasta altas horas de la noche. A pesar de tanta dedicación, cada mañana aparecía más joven y rozagante.

Cuentan que un día, en el curso de una procesión, en la que el Papa iba a caballo, cuando el cortejo atravesaba por un callejón estrecho, Juan “el Angelical» comenzó a palidecer; los acólitos vieron que se desmayaba sin remedio; desplomado y con los ojos en blanco, el Papa se moría. De repente, de debajo de las sagradas vestiduras, salió un tremendo vagido: ¡el Papa acababa de dar a luz!

Así nació lo de la papisa Juana, difundido por las crónicas del dominico polaco Martín de Troppau en el siglo XIII. Dicen que el busto de la papisa Juana figuraba oficialmente en la galería de los Papas que se extiende a lo largo de los muros de la Catedral de Siena. Durante doscientos años pudo leerse bajo su efigie de pechos sobresalientes: «Juan VIII, una mujer de origen inglés».

Se mencionan dos datos muy concretos: uno de ellos, es que las procesiones papales evitaban siempre pasar por una cierta calleja de Roma, porque en una hornacina estaba colocada una estatuilla donde aparecía alguien con un niño en brazos. Al pié había una inscripción con cuatro “P”, que todos interpretaban como una sigla de *Pater Patrum Paruit Papitam* (el Padre de los Padres Parió un Papita).

El otro dato consistía en que el Papa, al ser consagrado, se sentaba tradicionalmente sobre un trono pétreo, de pórfido. Era un trono muy antiguo en el que el tiempo había ido dejando las huellas de su paso y, en particular, había desprendido un trozo considerable de la parte delantera del asiento. La imaginación popular, siempre propensa a explicar las cosas del modo más atrevido y malicioso, encontró la explicación del boquete abierto en aquella extraña silla: el agujero permitía a los prelados que consagraban a los Pontífices –de un modo bastante reservado- hacer una comprobación real de la masculinidad del candidato, asegurándose así, que no se repitiera el caso sorprendente de la Papisa Juana. Cuando el Cardenal Camarlengo constataba con sus propias manos la presencia de la virilidad, salía al balcón de Letrán y gritaba al pueblo de Roma: *¡Habet!*, tenencia que era celebrada con un caluroso *¡Deo gratias!* por la muchedumbre. ... No se imaginan la de versiones que adornaban esta leyenda: que el Papa Fulano había gritado de dolor como un buey, que el Camarlengo se había asustado con el Papa Mengano, que con el Papa Zutano habían tardado media hora. En fin, todas las imaginaciones festivas eran convocadas para la exageración.

Como no pudiéramos aguantar las carcajadas y los codazos, Paulus Romanus se rió con nosotros, pero agregó:

-La única verdad comprobable es que en esos años, del 855 al 858, fue Papa Benedicto III. Ahora bien, si se examina la leyenda, hay una relación indirecta con la influencia que, en el siglo X ejerció Marzoria, llamada “la Senadora de los Romanos”, que tuvo como amantes o esposos, a Reyes y Papas. Esta señora senadora fue concubina del Papa Sergio III, madre del Papa Juan XI y abuela del Papa Benedicto VI. Una señora de cuidado, pues sus amantes o protegidos de hoy, terminaban mañana presos o muertos, aunque fuesen Papas o hijos de ella. Estoy seguro que los romanos, pueblo irónico como pocos, se vengó de sus Papas y Senadoras creando esta leyenda.

¿Hijos sacrílegos?

-¿Pero no es que, como decían en el Convento de Mildal -me atreví a preguntar-, los hijos de los curas o de las monjas son “hijos sacrílegos”?

-Yo preferiría llamarlos "hijos de Dios" y derivar el juicio sobre sus padres a Nuestro Señor -dijo Paulus Romanus, y bajando la mirada agregó -. Déjame seguir con lo que les estaba contando que sucedía simultáneamente con la excomunión de los curas que se casan. La cosa viene de lejos, pero la prohibición total se establece en el primer Concilio de Letrán, que condenó la vida en pareja de los clérigos, impuso el celibato obligatorio y decretó inválidos los matrimonios de estos, por lo que se terminó la posibilidad de que los curas se casasen. Desde ese momento las mujeres de los curas ya no pudieron convertirse en esposas. Sólo pudieron ser simples concubinas

-¿Porqué castigan a las mujeres y no a los curas? -preguntó Astrid poniéndose rígida-.

-Es cierto –ahora era Magnus el que preguntaba- lo del *Meretricis Tributum* , o impuesto que debían pagar los clérigos a los obispos cuando transgredían lo mandado y convivían en aparente matrimonio.

-No lo sé -contestó-. Pero sí sé que “Impuesto” no es una palabra religiosa, sino de poder y dinero.

- Para mí –comentó en voz baja Paulus Romanus después de un silencio- el celibato tiene dos caras, una pública referida a lo religioso, que es la búsqueda de que los sacerdotes lleven una vida ejemplar; y la otra más subyacente, que se relaciona con intereses más humanos, como que los bienes de la Iglesia no salgan de ella y menos pasen en herencia a los hijos de los curas u obispos, como sucede con los hijos de cualquiera. Si el matrimonio fuera legal, los bienes de la Iglesia dejarían de pertenecerle a Ella, pero los curas no pueden casarse y sus hijos son ilegítimos para heredar ...y como si fuera poco, los bienes de la Iglesia sólo pueden darse en usufructo de por vida. Cuando el titular fallece los bienes vuelven a la Iglesia.

-No está mal -comentó ácidamente Astrid-. El camino se cierra por todos lados: se decreta el celibato obligatorio, se invalida el matrimonio de sus clérigos o monjas, y sus hijos, no tienen derecho a herencia alguna.

Paulus Romanus no contestó y el silencio que siguió seguramente animó a Astrid, que se notaba claramente molesta con el tema, a comentar:

- Jesús no le impuso el celibato obligatorio a San Pedro, a pesar de que éste renegó de Él tres veces seguidas en público ¿Qué pecado habrán cometido los curas después, para que la Iglesia los obligue a ello?!”

Tiempos nuevos y peligrosos

-Son temas muy complicados –reflexionó mi maestro-. Hay historias y tradiciones que contradicen muchas veces el mensaje. En el siglo XIII Santo Tomás luchó para que se levantara la prohibición de estudiar a Aristóteles, que era considerado un filósofo casi materialista, que se oponía a la tradición de Platón y San Agustín. Ahora la lucha va por el respeto a las ciencias naturales y por fundar la religiosidad en la interioridad y el corazón, y no en el poder o los rituales. Hoy los teólogos hablan de una “*Docta Ignorantia*”, como camino para acercarse a Dios y entreverlo, sin demasiadas seguridades. Es andar a oscuras, con muchos tropezones...

Yo sentí que mi Maestro hablaba de un modo raro. Nunca lo había visto así. Era como que desnudaba su alma. A mí sus ideas me volvieron a parecer “demasiado humanas”, pero me sentí cerca de él y desde adentro necesité mostrarle mi afecto. Soy torpe y medio vikingo para estas cosas. Por eso no se me ocurrió mejor cosa que decirle: “La paz sea contigo, padre”.

-Discúlpame -dijo Paulus Romanus, mientras me guiñaba un ojo-. Por sostener este tipo de ideas me mandaron a conocer el fin del mundo. Pero no hay mal que por bien no venga: Los pude conocer a Ustedes.

-Gracias, Maestro –susurró Astrid, mientras le tomaba la mano con cariño-.

-Estábamos con los dragones -trató de ayudar Magnus-

Pero ya era casi noche y como vimos luz en la carreta, pensamos que la pálida doncella se había levantado y fuimos hacia ella. Astrid se adelantó y nos la presentó. Su porte humilde y su voz triste me impresionaron. Agradeció que la ayudáramos y besó la mano de Magnus, su señor y protector, y no pudo refrenar sus sollozos.

Tenebrosus, un Dragón de mente superior

-El Dragón *Tenebrosus* es peor que el diablo –dijo la muchacha-. Es un Dragón Maldito.

Discúlpame si lloro, pero no puedo dejar de pensar que voy a terminar entre sus dientes. Tiene una mente superior. No es un Dragón de pura fuerza bruta.

-¿Cómo es?-preguntamos a coro todos-

-No lo sabemos –contestó-. El Dragón *Tenebrosus* se mueve en las tinieblas. Nunca lo hemos visto claramente. Sólo escuchamos su maldito vozarrón. Al que vemos a menudo es a su esclavo, la oruga gigante, a quien llamamos “La Gata Peluda”. Lo que sabemos es que *Tenebrosus* es un

asesino que goza con la sangre y el dolor de sus víctimas. Los de estas tierras tenemos que pagarle un impuesto para que no nos coma. Todas las familias trabajamos para él. Mi padre recolecta el dinero y le compra comida, que nunca le satisface del todo. Si no llegamos a pagar el tributo, el Dragón quiere que lo compensemos con gente. Es capaz de comerse hasta diez personas en un solo atracón. Todos los que se atrevieron a buscarlo, al sólo verlo, murieron de muerte espantosa. Por favor, vuelvan sobre sus pasos. Es el Demonio.

-Cuéntanos cómo hacen los caminantes o comerciantes para salvarse -solicitó Paulus Romanus-.

-Cambian oro por vida y a veces consiguen salvarse. El problema lo tenemos los que vivimos por aquí. A nosotros nos tiene esclavizados. No podemos volvernos atrás. Cuando no tenemos oro, pagamos con nuestras vidas.

-¡Yo mataré a ese Dragón! -clamó Magnus-. Lo juro por...

-No empecemos -rogó Paulus Romanus-.

-Lo voy a matar, a destrozarlo en pedazos tan chicos que van a tener que juntarlo de la pelusita que tienen las hojas de los árboles de esta comarca. Prometo que lo voy a...

-Nos estás salpicando a todos con la sangre de ese dragón con el que no vas a luchar -señaló Astrid-.

-Si me permites, buen Señor -intervino la pálida muchacha-, el Dragón *Tenebrosus* no pelea con Caballeros. Es un Dragón asesino y mago: hace desaparecer a las personas. Los Caballeros que intentaron enfrentarlo desaparecieron de noche. Nos imaginamos que en las fauces del Dragón.

La charla siguió un rato más pero no pudimos obtener muchos datos, pues Magnus se empujaba en que quería triturar con su espada al Dragón, Astrid se enojaba y la pálida muchacha lloraba y se desesperaba para que no hablaran alto porque el Dragón *Tenebrosus* podía aparecer de repente.

¡El Dragón se come un fraile!

Al rato ya estaba echado sobre mi manta, con un nudo en el estómago y tratando de dormir. Ya me resignaba a dar vueltas hasta la madrugada, cuando de repente sentí un escalofrío. El Dragón *Tenebrosus* estaba enfrente y me miraba. Antes de poder pararme fui absorbido por su lengua y me encontré -como San Jonás- pasando entre los dientes y cayendo dentro de su negra garganta. Mi cabeza dio contra algo blando y pegajoso. Ruidos mecánicos retumbaban en mis oídos, olores nauseabundos destrozaban mi nariz y humos venenosos se instalaban en mis

pulmones. A mi lado pasaban torrentes de ácidos, donde flotaban restos de comida y ropa humana. Cuando estaba a punto de caer en uno de esos ríos de sangre y coágulos, el maldito dragón se contrajo en un hipo me fui contra unas paredes pilosas. Allí quedé empastado en una gelatina inmunda que palpitaba rítmicamente. Mi corazón comenzó a golpear mi pecho y un sudor de muerte me bañó el cuerpo.

En ese momento, cuando mi cuerpo se arqueaba en una visceral arcada, algo rozó mi cara. Era la pálida muchacha. Su cuerpo estaba marcado por dentelladas del Dragón y su palidez era tal que parecía haber perdido toda la sangre. Estiré mi mano y al sentirse tocada abrió un párpado que tenía el cuenco del ojo vacío. Se me acercó, abrió su boca que ya no tenía dientes ni lengua y a pesar de mi rechazo, me besó voluptuosamente y me dijo con voz cavernosa: “A los frailes el Dragón *Tenebrosus* los defeca recién en cuaresma”. Cerré los ojos y desde lo más profundo de mí ser salió un alarido en forma de ¡¡¡¡¡Aaaaaaaaayyyyyyy!!!! Que me hizo saltar muy lejos.

Me desperté escuchando mi propio grito. La manta estaba mojada por la transpiración que salía profusamente de mi cuerpo y la baba que chorreaba de mi boca. Me quedé quieto y mi primer pensamiento fue para la Señora, agradeciéndole la salvación. Cuando pude calmarme un poco, miré hacia mi costado para ver si no había despertado a mi Maestro y me quedé tranquilo cuando vi que su lugar estaba vacío. Me asusté cuando lo vi con Magnus, ambos parados al lado mío y con los ojos desorbitados.

-Yo no duermo al lado de un loco - dijo Paulus Romanus-. ¡Suerte que todavía no me había acostado, si no me muero del corazón!

-Todo el campamento está despierto pensando que te mataban -me dijo Magnus-. Me imagino que soñaste con el Dragón.

-No. No fue eso -dije todo avergonzado-. No sé qué me pasó...

Por suerte no tuve que seguir mintiendo. Grandes ruidos -como de lentos tambores- atronaron la noche. Sonaban como las pisadas de un inmenso monstruo. También se oía jadear una respiración afanosa y gigante. A mí los pelos se me pusieron de punta, a mi Maestro la frente se le llenó de arrugas y a Magnus todos sus músculos se le pusieron en tensión. De repente a unos trescientos pies de donde estábamos apareció una bocanada de fuego y humo negro. Un gran resplandor iluminó esa parte del camino y los pasos del monstruo se escucharon al lado nuestro. En el silencio del miedo, una poderosa voz cavernosa aulló:

El Dragón *Tenebrosus* rapta a la pálida doncella

-¡Maldita traidora, viniste a pedir ayuda! ¡Ahora van a tener que pagar tu peso en plata, si te quieren viva!

Hubo otro fuerte fogonazo y una gran llamarada rodeó la carreta donde estaban las mujeres. Todos corrimos hacia allí. Antes de que llegáramos, la voz de Astrid nos anunció desgracias:

-¡El Dragón *Tenebrosus* se llevó a la pálida doncella! Estaba aquí con nosotras. Cuando escupió fuego se la llevó!

Todos corrimos a buscarla, pero chocamos con silencio y oscuridad. Magnus mandó prender unas antorchas y salir a campear. Mientras caminaba detrás de unos soldados me preguntaba como había hecho el Dragón para llegar con tanto ruido y desaparecer sin que oyéramos nada y llegué a la conclusión de que había volado con la muchacha en las garras o entre los dientes.

Después de más de una hora de búsqueda infructuosa todos los grupos fuimos volviendo al campamento cansados y con las manos vacías. Astrid nos recibió con la noticia de que desde hacía se escuchaban cánticos a lo lejos... Todos hicimos silencio y los escuchamos cada vez más cerca. A lo lejos y sobre el camino, comenzó a vislumbrarse una luz tenue, móvil y viboreante, que echaba un gran humo en la parte delantera. Yo me imaginé que venía la Gata Peluda, pero no pude representarme al esclavo del Dragón cantando el canto llano de San Ambrosio.

-¡Es una procesión! -adelantó Astrid-. Una procesión con antorchas.

La procesión nocturna con flagelantes

Una gran cruz venía por delante entre cirios y nubes de incienso. Detrás, un palio protegía a un sacerdote revestido con un largo roquete, que munido de un hisopo, repartía agua bendita hacia los cuatro costados. Más atrás venían unos veinte flagelantes, con sus espaldas desnudas y marcadas a rojo por sogas lacerantes con que se golpeaban a ritmo. Las antorchas reflejaban sus rostros contracturados y sangre roja chorreaba hasta sus camisas recogidas a la cintura. Todos se movían apoyándose en un pié, deteniéndose y después apoyando el otro, azotándose en cada uno de esos tres momentos. Al final venían los feligreses cantando con voz lastimera. Cuando estuvieron a unos pasos de nosotros el cura levantó la mano y los cánticos y flagelaciones se detuvieron.

-Soy el Cura Bader. Hace un rato el Dragón *Tenebrosus* gritó que mi hija había venido a pedir ayuda a una caravana y que él la había raptado por traidora. Dijo que nos va a costar lágrimas de

sangre. Por eso hemos venido a preguntar si es cierto que mi hija está por aquí. Como estamos acostumbrados a lo peor venimos en procesión pidiendo a Dios que nos ayude. ¿...Mi hija anduvo por acá? ¿Está ella con ustedes?

Un silencio ominoso reinó durante unos breves instantes, donde sólo se oyó el crepitar de las antorchas y un "¡Ay! de un flagelante distraído que se golpeó con fuerza la espalda baja. Magnus se adelantó y le explicó al pobre cura que la muchacha había estado con nosotros hasta hacía un rato y que había desaparecido en medio de un fuego rarísimo. El cura cayó de rodillas con los brazos extendidos en forma de cruz y lloró desconsoladamente. Astrid se acercó para prestarle consuelo y Paulus Romanus se presentó a su hermano en el sacerdocio. Yo lo saludé de lejos. El hombre sólo inclinó la cabeza y no paró de llorar. Magnus invitó a los de la procesión a descansar e hizo distribuir un tazón de sopa a cada uno.

-¿Qué podemos hacer para ayudar a tu hija?-le preguntó Magnus al cura-. Tengo más de veinte soldados valientes.

-Hay que rezar a San Anskar, nuestro patrono, para que proteja a mi hija. Es imposible pelear con el Dragón *Tenebrosus*. Vuela de aquí para allá, es inmenso y seguramente inmortal. Tiene como ayudante a la maldita oruga, "La Gata Peluda", que arrastra su asqueroso cuerpo hasta el pueblo para buscar la comida que le compramos. Para eso todos contribuimos. No queremos perder a nuestros hijos. Hasta ayer la cosa, mal que mal, funcionaba: Pagábamos nuestro tributo, yo me encargaba de comprar animales y forrajes para él; pero ayer no pudimos juntar el dinero y fuimos con mi hija a explicárselo...

-Tu hija nos contó eso y que los amenazó directamente a ustedes- señaló Astrid-.

Mientras todos escuchábamos atentos al cura o atendíamos a los flagelantes y feligreses que venían de caminar durante horas, me llamó la atención que mi Maestro se fuera a observar el suelo quemado alrededor de la carreta.

-En el alma agradezco vuestro ofrecimiento, señor – le dijo el cura a Magnus, secándose la transpiración con la manga del roquete-, pero te ruego que no agregues mas males a los que ya tenemos. Matar al Dragón nos liberaría de nuestro infortunio para siempre, pero este Dragón *Tenebrosus* hace cientos de años que ronda por estos pagos. Nuestros abuelos no recuerdan desde cuando. Nadie ha podido hallar su cueva, y si la encontramos: ¿De qué sirve eso frente a un Dragón Infernal? ¿Se puede ganarle? Que yo sepa el único que venció dragones fue San Jorge, que Dios haga bajar del cielo. Ni Arturo de Inglaterra pudo vencer a uno sólo de ellos. De San Francisco se dice que habló con uno y lo convirtió, pero no que lo venció. Igual que San Jonás, que

fue vomitado por la ballena y que después no quería acercarse ni al mar Muerto. Nuestra suerte está echada. Debo recuperar a mi hija y el único camino que me queda es entregarme en lugar de ella y desaparecer en las fauces de la Bestia. No hay otra.

-Señor cura –saltó Astrid-, debe haber una salida. Me niego a pensar que el Dragón, si es inteligente, piense como los hombres, que sólo saben solucionar los problemas peleándose y matándose. Los dragones deben ser un poco mejor.

El cura se ofrece en lugar de su hija

-No, señora –contestó el cura-. *Tenebrosus* es un hijo del Diablo. No creo que podamos convencerlo de nada. Mi última esperanza era encontrar aquí a mi hija. Ahora mismo me voy a entregar al Dragón. No me sobra valor, pero con un poco de acquavit tendré fuerzas para hacer el canje. Ella es joven. Yo soy viejo y ya he pecado suficiente. Que el Señor tenga misericordia de mí.

Miserere mei Deus – cantaron sus feligreses- *secundum magnam misericordiam tuam*. Esa súplica al Señor para que se apiade, me puso la piel de gallina. Astrid se interpuso frente al cura que ya emprendía solo el camino de regreso. Lo tomó de la mano y lo llevó hasta el tronco de un árbol caído que nos había servido de banco en la cena. Allí comenzó a hablarle en voz baja. La señora Liv le acercó al pobre hombre un gran vaso de acquavit, que éste tomó a grandes sorbos, agradeciendo con inclinaciones de cabezas, que servían para disimular sus sollozos. Después se paró, se limpió los restos de bebida y lágrimas con la manga del roquete y se dispuso a partir a pesar de la oposición de las mujeres, que redoblaron sus esfuerzos para retenerlo.

-Quiero irme pronto a cargar mi cruz, pues temo que este valiente Caballero –dijo el cura señalando a Magnus- quiera salir a campear al Dragón. Con sólo verlo a la distancia, *Tenebrosus* comerá a mi hija. Yo he sido un mal sacerdote, un mal padre y una mala persona, pero Dios da el cielo o el infierno según la última acción que se haga. Me voy a entregar y eso va a ser la salvación de mi hija y también la de mi alma pecadora. Por favor no me retengan. Hagan de cuenta que ya soy un cadáver. Prefiero morir en la boca de *Tenebrosus* que sufrir el Infierno eterno.

Antes que nadie pudiera detenerlo cayó de rodillas frente a Paulus Romanus y con voz entrecortada lo exhortó:

-Bendíceme, padre, que he pecado contra el Buen Señor con mis ojos, mis manos, mis pies y mis brazos, de palabra, obra y pensamiento. Absuelve mis pecados que voy a morir.

En medio de un silencio lleno de emoción, Paulus Romanus pronunció la formula de la absolución, pero me llamó la atención que no usara el ritual "*Ego te absolvo*", que dice: "Yo te

absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. En la confusión del momento escuché clarito “Que te absuelva Dios, en el nombre del Padre, etc.”. Me sonó a algo así al “que te perdone Dios” que usamos en Mildal para señalar que Dios se encargue de perdonar a alguien a quien nosotros no queremos perdonar. Debo reconocer que pensé si esta rara fórmula de perdonar no se debería a que el Cura Bader era casado y tenía hijos.

No pude seguir con mis pensamientos pues el cura estaba arrodillado enfrente de mí y pedía que lo bendijera. Seguramente mi hábito blanco le había hecho pensar que también era un sacerdote. Como a mí, cuando me toman de sorpresa me cuesta reponerme, en vez de decirle el clásico “Que Dios te bendiga”, quedé pegado a lo que había dicho mi Maestro y le dije: “Que te bendiga Dios”. Nadie notó la diferencia salvo Paulus Romanus, que me miró fijo.

Libera me, Domine, de morte aeterna

Requiem aeternam dona eis Domine –cantaban los feligreses-. Libera me Domine de morte aeterna in die illa tremenda quando coeli movendi sunt et terra.

-Un Príncipe no puede soportar esta injusticia –bramó en ese momento Magnus, deteniendo con su manaza abierta al cura-. Si te dejo ir a una muerte segura nunca podré sacar este peso de mi conciencia.

-Si no me dejas partir mi hija morirá- contestó tozudo el cura-. Por favor ayúdame rezando, pero no intentes pelear al Dragón. Te propongo que lo busques después que mi hija esté liberada. Entonces, mátalos cien veces, pero antes no.

Los fieles seguían con su Canto de Difuntos y se encolumnaron detrás del cura que comenzó a caminar cabizbajo. *Tremens factum sum ego et timeo dum discussio venerit atque ira... Dies irae, dies illa, calamitatis et miseriae, dies magna et amara valde... De profundis clamavi ad Te, Domine, exaudi orationem meam.*

Las palabras y lo triste del cántico me llegaron al alma: “Estoy aterrado y temo el juicio que vendrá y la ira de ese día. Será un día de ira y calamidades. Un día de gran amargura. ... Desde lo más profundo te llamo, Señor, escucha mi oración”.

-Me pareció oír –interrumpió mis pensamientos la voz de Paulus Romanus- que el Dragón a veces acepta canjear víctimas por su peso en plata. ¿No estaremos salteando alguna posible solución?

-Sí –contestó el cura volviendo atrás y con brillo en los ojos-. Pero no es el caso. Si no tenemos para pagar el impuesto, menos vamos a poder enfrentar un pago extraordinario. Bueno. Gracias mil y hasta la otra vida.

-¡Un momento! –Dijo Astrid-. El que ustedes solos no puedan no quiere decir que todo esté terminado. Ustedes no están solos. ¡Nadie está solo en la vida! ¡...Aunque sea célibe! –agregó vaya a saberse porqué-.

Los flagelantes y feligreses se detuvieron al escuchar estas palabras y nosotros pusimos en puntas de pie nuestros oídos. El corazón de Astrid estaba abriendo el de todos e invitándonos a un abrazo humano y cristiano.

-Si mi Dama lo dice –afirmó Magnus-, yo seré el primero en seguir su idea. Contad con nuestra ayuda. Si no nos ayudamos entre cristianos ¿Dónde quedará lo de amar al prójimo como a uno mismo? ¿No es cierto, Maestro Paulus Romanus?

Para rescatar a la doncella entregamos todo lo que teníamos

-Si mi Príncipe lo dice –afirmó Paulus Romanus-... ¿Quién se atreverá a negarlo? Propongo que donemos lo que podamos para salvar a esta hija de Dios. Yo ofrezco todos mis libros, que tienen un valor superior a su peso en plata. Disponed de ellos, Cura Bader, que *Primum vivere... e dopo filosofare*. Que Dios se apiade de todos nosotros y puedas recuperar a tu hija.

Después de esta muestra de caridad total que dio mi Maestro, todos ofrecieron las cosas más valiosas que poseían para salvar a la pálida muchacha. Magnus prometió entregar el oro que su padre le había dado para solventar imprevistos en su viaje. Yo ofrecí los pergaminos que me quedaban, junto con los tinteros y plumas, que algo valen (para mí casi todo).

Era impresionante observar la mirada de agradecimiento del gordo cura, que se secaba lágrimas incontenibles con las mangas sucias del roquete, mientras besaba el ruedo del hábito del Maestro y las manos Magnus y Astrid. Todos estábamos con los ojos llorosos. Dar es una de las cosas más emocionantes de la vida. Yo iba a entregar lo prometido, y ya estaba manoteando mis tinteros de caña recortada y mis plumas, pero mi Maestro me instó a que lo postergara para no interrumpir ahí esta historia.

Sería ya la hora de prima cuando, después de comer un trozo de tocino y de pedir otro vaso de acquavit, el cura y sus flagelantes partieron para ver si podían hallar al Dragón y convencerlo de la transacción. Para que el Dragón no se espantase ante nada extraño y cometiese una tropelía con

la pálida doncella, se había decidido que no fuesen todos a buscarlos. Los feligreses se quedaron con nosotros y despidieron a los que iban en busca del Dragón cantando *Ad te Domine clamabo – Deus meus ne sileas a me*, implorando al Señor que no contestara a nuestras súplicas con silencio.

Yo me quedé rezando por nuestros embajadores. No puedo dejar de mencionar que en un momento, producto del cansancio me di cuenta que estaba rezando a San Arzulebo Tirefrac, el del anagrama inventado por Rogerius Bacon para ocultar la fórmula de la pólvora. También es cierto que inmediatamente pedí perdón a la Señora por la distracción, causada seguramente por no haber dormido bien, sobre todo cuando soñaba que estaba dentro del dragón. Después intenté encontrar a mis amigos, pero los busqué en vano.

A primeras horas de la tarde vimos que volvían los emisarios con el cura adelante. A pesar de no ver a la pálida doncella entre ellos nos dimos cuentas que las cosas marchaban bien, pues nuestros oídos se sonrieron al escuchar que venían cantando el *Regina coeli laetare, alleluia*. No pude reprimirme y me uní al “Reina del cielo, alégrate”, buscando abrazarme con el Cura Bader. Lo hice, pero la exaltación cayó un poco cuando levantó sus brazos y vi, además del color de las mangas de su roquete, las manchas de transpiración.

-No fue fácil -dijo el cura, exultante- pero el Señor estuvo con nosotros.

-*Magnificat anima mea Dominum* -cantaron los feligreses- *et exultavi spiritus meus – in Deo salutari meo*.

-En estos casos se canta el “Te Deum” -los corrigió el cura, pateando el suelo-. Estos señores van a creer que somos bueyes sin cuernos.

-*Te Deum laudamus* –entonaron humildemente los feligreses- *Te Dominum confitemur. Te Aeternum Patrem...*”

A mí no me gustó que el cura los corrigiese en público. ¿Qué diferencia hay entre el exultante Magnificat, cantado por la Virgen cuando fue a contarle la Buena Nueva de su embarazo a su prima Isabel, y el Himno Solemne de San Ambrosio, que celebra las glorias de Dios y le da las gracias por toda su bondad? En ese momento observé que Paulus Romanus me miraba fijo. Me pareció que quería decirme algo, pero no soy un entendido en lenguaje visual.

El pago del rescate es aceptado

-¡El Dragón *Tenebrosus* acepta el trueque! –gritó el cura al finalizar el himno de acción de gracias. Mañana a la noche debemos entregarle lo prometido. Se compromete a dejar en libertad a mi hija y

a no tocar a ninguno de la caravana del Príncipe. Mañana nos juntaremos en la iglesia, cantaremos las Vísperas pidiendo la ayuda del Señor y haremos el canje con el Dragón.

-¿Cómo se hará el canje? –Preguntó Paulus Romanus-.

- El Dragón *Tenebrosus* -contestó el cura- enviará a la Gata Peluda, su gusano esclavo. El Príncipe Magnus hará la entrega de los bienes y prometerá retirarse de sus tierras sin buscar venganza a posteriori.

-Eso no –gritó Magnus-. Un día volveré y mataré al Dragón y a todos sus bichos peludos. Lo juro por...

-Un momento –interrumpió mi Maestro-. No empecemos con los juramentos. Me parece, Príncipe, que el Dragón se aprovecha de su posición de fuerza, pero nosotros no podemos volver atrás estando en juego la vida de una hija de Dios. Te ruego que atemperes tu cólera y que confíes en el Señor, que es Justo sobre todas las cosas.

-*Deus in adiutorium meum intende* –corearon los feligreses - *Domine ad adjuvandum me festina*. Todos estaban ansiosos y pedían a Dios que los ayudara y que su auxilio llegara lo más pronto posible.

Me llamó la atención la rapidez con que Magnus se resignó. Astrid pasó al lado mío y me susurró:

-¿No es un amor mi Príncipe?

-Me parece que definir a alguien como un amor –le contesté- es limitar otras cualidades que seguramente debe tener el amoroso, pero no soy un experto en definiciones metafísicas a cargo de enamoradas.

Ella me sacó la lengua y se fue masculando por lo bajo que todos los hombres son iguales, que los curas también, los novicios peor y los copistas “más peor todavía”.

Paulus Romanus no se entusiasma con el Rosario

Busqué a mi amigo y a mi Maestro pues hacía rato que no podía encontrarme con ellos y no los encontré en el campamento. Escuché ruidos en el bosque y me dirigí hacia allí. No estaba equivocado, al rato escuché un ruido fuerte y el vozarrón de Magnus en la floresta. Cuando llegué junto a ellos, me encontré con que Magnus estaba totalmente serio vendándole una mano a Paulus Romanus. Ante mi extrañeza, Magnus – muy nervioso- me contó que el Maestro al intentar cortar una manzana con un cuchillito se había cortado. Percibí algo raro en el ambiente, además de un

fuerte olor a quemado. Decidí postergar las preguntas y preferí ayudar en el vendaje, aunque lo mío consistió solamente en mirar con preocupación.

Cuando volvíamos, Magnus, como al pasar le mencionó a Paulus Romanus que la noche que yo desperté a todos con mis gritos, Astrid se había levantado de un salto y se había encontrado con que la pálida doncella estaba afuera de la carreta totalmente vestida, mirando hacia donde yo gritaba. Fue la última vez que la vieron.

-Tenemos que contarte algo –dijo de repente Paulus Romanus-. Mañana nos tienes que ayudar a...

La frase quedó trunca, pues Astrid llegó para pedirle a Paulus Romanus que dirigiera el Rosario que todos querían rezar a la Señora. Me llamó la atención que mi Maestro, que venía de hacer el acto de caridad maravilloso de donar todos sus libros, declinara la invitación con una frase no muy devota.

-Me parece que no es necesario que vaya yo –dijo fríamente-. Estoy convencido de que eso es idea del Cura Bader al reconocer nuestro hábito. Creo que no siempre es conveniente rezar en público. A veces lo único que hace es aumentar el miedo de la gente. Te ruego, querido novicio, que dirijas el rezo del Rosario. Yo tengo otras cosas que hacer con Magnus.

Me pareció extraña la forma en que mi Maestro se refirió al rezo del Santo Rosario, que tan relacionado está con nuestra Orden Dominicana, pues fue nuestro fundador, Santo Domingo de Guzmán, quien en 1208, no pudiendo convencer con su elocuencia y virtud la obstinación de los herejes albigenses, pidió ayuda a la Señora. Esta se le apareció y le reveló la devoción del Rosario. Dicen que con este rezo, Santo Domingo llegó a convertir a más de cien mil herejes.

A mí me gusta meditar los misterios del Rosario, especialmente los gloriosos, aunque debo reconocer que las ciento cincuenta "*Ave María*", quince "*Gloria Patri*" y quince "*Pater Noster*", a veces me cansan. Me parece que el rosario completo es demasiado largo. Pero ¿Quién soy yo para opinar sobre un tema tan profundo? Lo único a mi favor es la sentencia del querido hermano Berengarius que sostiene, que es el tiempo perfecto para rezar un rato y poder dormir una santa siesta.

Si no resuelve el acertijo el Dragón se lo come.

Después de rezar, el cura y toda su gente se volvieron a sus pagos. Nosotros cenamos rápido y cuando me iba a acostar, mi Maestro me pidió que lo esperara, pues quería hablar algo conmigo.

Así que me quedé esperándolo recostado sobre mi manta. Al rato, el Maestro se sentó a mi lado y con perturbada mirada, me dijo:

-El Dragón *Tenebrosus* por intermedio de su Gata Peluda nos ha comunicado que ha cambiado de planes. Quiere divertirse con nosotros dándonos una oportunidad. Nos ha propuesto un acertijo. Si lo resolvemos bien, soltará a la pálida doncella sin que tengamos que pagar el rescate prometido. He estado pensado seriamente y me parece que tú eres la persona mas indicada para resolverlo, por tu saber y estudios. Yo soy fraile profeso y no puedo entrar en tratos con personajes infernales. -¿Cómo? - le pregunté medio dormido, aunque orgulloso de lo que escuchaba-.

-Nuestro caso es parecido al de Edipo, que antes de liberar a Tebas tuvo que enfrentarse con la Esfinge, un Dragón de los que presentan acertijos, que para resolverlos hay que ser muy, pero muy inteligente. ¿Aceptas ser nuestro defensor?

Me extrañó que mi Maestro me eligiera a mí y me llamó la atención que en ese momento la voz de Paulus Romanus sonara fría y grave. Antes de que me entraran dudas, junté fuerzas y bajé afirmativamente la cabeza.

-¡Cuál es la adivinanza? –pregunté concentrando mi mente y mi corazón, que latía descompasadamente-.

-El acertijo será difícil –me contestó -. El propio Dragón *Tenebrosus* te lo va a proponer. Concéntrate.

De repente, en el medio de la noche se escuchó una voz terrible que presentaba la adivinanza con el clásico cantito, donde cada frase tiene su ritmo especial.

Una señora,
Muy aseñorada,
Anda por el agua
Y no se moja nada.

¡No podía creerlo!! Yo sabía la respuesta. ¡La sabía!!! ¡La sabía!!!! Agradecí a la Señora y grite con todas mis fuerzas:

- ¡¡¡La sombra!!! ¡Es la sombra! ¡¡Ganamos!!!!

-No. No es la sombra – contesto el vozarrón del Dragón -.

¡Sí, es la sombra!-repliqué entre asustado y enojado-.

El Dragón *Tenebrosus* desapareció en medio de una gran carcajada llena de fuegos y humos. A mi lado apareció Paulus Romanus que, con el semblante descompuesto, me gritoneaba:

-¡Te equivocaste, copista inútil! ¡Es la Muerte! ¡La Muerte!

-¡No! -corregí tartamudeando -. Es la sombra. El acertijo de la muerte es:

Una señora muy aseñorada,
que anda con guadaña
y corta todo como si nada.

-Eso es lo que temía -dijo el Maestro con agrio gesto de desprecio-. No sólo no resolviste el acertijo, sino que además estás henchido de soberbia como sapo indigestado de moscardones verdes. Me lo imaginaba. No sé como pude elegirte... Bueno, perdiste. La pálida doncella se salva y tú vas en su lugar.

¿Todos los caminos de la vida llevan a un solo lugar?

-¿Es una broma, no es cierto? –Pregunté tratando de que no se notara mi angustia-.

-La muerte nunca es broma –me contestó-. Desde que nacemos comenzamos a morir. ¿Qué es la vida sino un deslizarse hacia la hora final? Todo es vanidad, fantasía. Nos pasamos la vida buscando miles de cosas, pero sólo una nos espera al final: La Muerte. La vida no es un juego. En un juego se puede ganar o perder. Aquí solo se pierde... *Pulvis et umbra sumus*. No somos más que polvo y sombras. Venimos de la nada y a la nada volvemos. De ti sólo quedará alguna madera inútil, que tendrá un nombre y dos fechas tontas. La segunda será la de esta noche.

-Pero... ¿Y Dios, Maestro? –pregunté angustiado, asustado y casi sin poder creer lo que escuchaba de un varón santo-.

-¿De qué Dios me hablas si perdiste el Juicio?

-¿El juicio? ¿Qué juicio? – pregunté azorado-

-El Juicio Final. Te has condenado. El infierno te espera.

-Pero... ¿Qué hice? ¿Por qué me condenan?

-¿Crees que Dios no vio –replicó el Maestro- que bostezabas durante el Rosario? Ahí te vienen a buscar... Dios prefiere que viva la pálida doncella y no un copista dormilón.

-¡Perdón! ¡Clemencia! ¡Misericordia! –sollocé-. ¡¡Confesión!!

En ese momento me desperté. Estaba sentado sobre mi manta y con el corazón que se me salía por la garganta. A mi lado oí que Paulus Romanus murmuraba:

-Suerte que tengo voto de celibato... Si estuviera casado y mi mujer grita como este condenado novicio "Lupa mater", la mato. Yo quería hablar con él y me tengo que resignar a escuchar sus confesiones y delirios, a los alaridos pelados.

-Perdón, Maestro -le contesté rojo como tomate de salsa-. Estaba dormido y soñaba que...
-No me cuentes. Si quieres te repito la conversación que gritabas... Ahora, si era una confesión en serio, te doy de penitencia setecientas veces setenta rosarios completos, por el pecado de incontinencia verbal nocturna, con el agravante de alaridos que no dejar dormir desde a un simple fraile hasta a los pobres caballos.

Hasta ahí escuché claro, lo que siguió fue confuso, pues yo -muerto de vergüenza- me tapé la cabeza con la manta y no supe si él rezaba o seguía mascullando puteadas en voz baja.

Las Vísperas

Cuando me levanté a la mañana siguiente ya mi Maestro lo había hecho. Todos colaboramos en levantar rápido el campamento y dirigirnos hacia la aldea del Cura Bader. Yo tuve que soportar algunas sonrisitas de mis amigos soldados, por lo de los gritos nocturnos, cosa que supe contestar haciendo que no veía ni oía. A primera hora de la tarde llegamos y el cura nos ofreció su casa para refrescarnos y que las Damas reposaran.

Magnus y mi Maestro no quisieron pasar y dijeron que iban a dar agua a los caballos y a buscar un lugar para que la tropa acampara fuera de la aldea, como es tradición de cristianos. La casa del cura era grande y llamativamente cómoda. El cura detectó la mirada asombrada de Astrid y se adelantó a señalar que la bodega y los hermosos muebles de madera y cuero repujado eran propiedad del anterior cura de la parroquia, que había sido comido por el Dragón *Tenebrosus*. Cuando salió la mujer del cura a recibirnos se me cruzó si no había que llamarla “señora sacerdotisa”, pero por suerte la cosa no me duró mucho y la mujer desapareció enseguida.

Mas rápidamente de lo que esperábamos fue cayendo la tarde y se nos vino encima la hora de las Vísperas. Ya en la Iglesia, como todos estábamos nerviosos y asustados, fue como un manto de miel al duro pan, escuchar la invocación del comienzo: *Mane nobiscum, Domine, quia advesperacit* - Permanece, Señor, con nosotros que viene la noche. Ese pedido hecho con voz grave por mi Maestro fue el inicio del canto, donde pedimos ayuda contra el Merodeador Nocturno y sus huestes.

A mí la piel siempre se me pone de gallina hervida cuando cantamos Vísperas. Las tinieblas comienzan a hacer desaparecer las cosas que uno conoce y que le demarcan el mundo real. Es el momento en que hago esfuerzos para no pensar en que se viene la noche y que el Diablo aprovecha para dar vueltas en la oscuridad, buscando a quien devorar. Cuando pienso en eso, mi

pelo cortito se para a pesar de mis esfuerzos racionales que me aseguran que eso es una sensiblería.

La salmodia llana me fue trayendo paz y puso un paréntesis a mis miedos reales e imaginarios, que hoy tenían nada menos que a un Dragón por protagonista.

Me llamó la atención que mi Maestro después de comenzar la celebración se alzó la capucha y salió de la iglesia seguido por Magnus. Me pregunté qué sería tan importante como para hacerlos abandonar el pedido de ayuda al Señor y me contesté que no eran asuntos míos, especialmente si mi Maestro estaba en el tema. En la ceremonia estuve ayudando al cura, y acordándome del sueño de la noche anterior, puse toda mi concentración en lo que rezaba y cantaba. Al terminar recé, como buen dominico, el *Salve Regina*, que desde tiempos inmemoriales rezamos en nuestra orden después de Completas, la oración que viene en la hora siguiente a las Vísperas... porque no sabía qué iba a pasar después de “estas” Vísperas.

-Intentamos varias veces hablar contigo –me dijo Magnus cuando salí de la iglesia-. No pudimos, pero descontamos tu colaboración. Me vas a ayudar a llevar el carrito a donde nos digan.

–Anoche estabas dormido -agregó Paulus Romanus-. Y después me parece que el que se durmió fui yo. Escucha bien lo que...

Pero antes de aclararme nada, al ver que el cura venía hacia nosotros, se fueron para un costado, diciéndome los dos a la vez, pero en voz baja:

-¡No permitas que nadie toque el carro! ¡...Ni el cura!

A la espera del Dragón

Junto a mí quedó el pequeño carro en el que habían depositado los bienes que iban a ser intercambiados por la pálida doncella. Con delicadeza habían colocado arriba una tela para que no fuera una ostentosa demostración de riquezas, pues allí había objetos de plata y oro y los libros de mi Maestro. Eran doce grandes y unos cuantos chicos. Cada uno valía una fortuna. Yo estaba obsesionado pensando a quien se los vendería el Dragón, pues no creía que él se pusiera a leer a Plotino o a los clásicos, o que se largara a escribir con mis plumas. Me estaba perdiendo en mis pensamientos cuando el Cura Bader me dijo:

-¿Está todo adentro del carrito?

-Sí –le respondí-. Mis cosas también, pPero nadie puede tocar su contenido. ... A ver si el Dragón se enoja.

-Bien – me contestó un poco amoscado-. Hacia aquí acostumbra a venir la Gata Peluda. Espero que se haga el cambio y entregue mi hija. Diles a tu Maestro y al Príncipe que me disculpen, pero no puedo quedarme. Estoy impresionado. Se trata de la hija de mi corazón. Prefiero no estar presente. Me voy a rezar a iglesia. Que el Señor nos preste Su ayuda.

Yo, que estaba medio perdido con tantas cosas raras que pasaban a mi alrededor, le interrumpí el momento solemne y le pregunté:

-Señor cura ¿No huele algo raro en la plaza? Cuando llegamos no había este olor. Es como una mezcla nauseabunda de aceite feo y alcohol avinagrado.

El cura me miró y sin darme una respuesta se dirigió a la iglesia. Me pregunté, entonces, si semejante olor fuerte no sería olor a dragón, que todos dicen que hieden nauseabundamente, aunque nadie había comentado que fuera parecido a algo combustible.

Nos fuimos apretujando en el centro de la plaza. Magnus le pidió a Astrid que se pusiera más atrás, pero ésta se negó diciendo que quería maldecir al Dragón mirándolo a los ojos. Yo recé para que lo hiciera en voz baja y no fuera causa de que el Dragón *Tenebrosus* cambiara de opinión y nos comiera a todos.

Uno de los flagelantes que estaba detrás de nosotros empezó a contar que la Gata Peluda era un animal que daba miedo, pues era fruto de la unión del Diablo con un bicho canasta. De "esa desigual unión" había nacido el monstruo mandadero del Dragón *Tenebrosus*. Una mujer agregó que los pinchos que salían de su cuerpo rugoso quemaban para siempre. Un viejo se sumó y contó que por donde pasaba crecían cardos de espinas rojas.

La espera fue aumentando la tensión. La noche se nos vino encima. A mí me pareció que todos temíamos la aparición del Dragón y a la vez deseábamos siniestramente verlo. De repente de distintos lugares salió un chistido pidiendo silencio.

¡El Dragón Tenebrosus va a matar a todos!

Entonces se oyeron los pasos del gran Dragón que se acercaba con un ruido que hacía estremecer todo. La plaza temblaba y nuestros oídos sufrían ante el tronar de sus pasos. Una gran voz, como de trueno que venía del cielo, clamó:

-Ahí mando a mi representante. Cumplid lo prometido. Soy el Dragón *Tenebrosus* y conmigo no se juega... ¡¡Nunca!!

Yo tuve dos o tres escalofríos seguidos. La voz retumbaba y se escuchó la repetición en ecos sucesivos. Cuando se fueron acallando, empezamos a escuchar un ruido como de cadenas arrastrándose y a ver luces por la callejuela de atrás de la iglesia. En el instante siguiente estaba acercándose hacia nosotros... ¡La Gata Peluda!

Era un inmenso gusano que se movía reptando lentamente. Era tan largo como la iglesia y su altura llegaba casi al campanario. Su color era verde claro y en medio de la oscuridad de la noche, el inmenso cuerpo resplandecía y a la vez llenaba de sombras su alrededor, pues una luz fea y sucia salía de los poros de su piel. Su cara era espantosa y tenía las fauces rojas abiertas. De allí salía un humo gris denso, de aspecto nauseabundo y se oía su asqueroso jadeo. Se arrastraba viboreante hacia nosotros. Cada movimiento era acompañado de ruidos interiores espantosos. ... Cuando todos estábamos mirándola, una gran bocanada de fuego vino desde atrás nuestro y nos hizo saltar del miedo. Todos sentimos en nuestras nuca un calor sofocante.

-Mi fuego devorará al que se atreva a enfrentarme – gritó el Dragón *Tenebrosus*-. Lo asaré y me lo comeré en un santiamén. Tengo ojos que pueden ver hasta los pensamientos ocultos de cada uno de ustedes.

Todos retrocedimos, impresionados por el espectáculo infernal y se oyeron gritos histéricos de mujeres, llantos de niños y corridas. Otra vez se escuchó la gran voz del Dragón:

-¡Ahora cumplan con el pacto o yo me encargo de cada uno de ustedes, empezando por la hija del cura! ¡...Gata Peluda, detente!

El monstruo se detuvo, pero no los ruidos, jadeos y bufidos. Ya había llegado el impresionante bicho frente a la iglesia y comenzó a bajar su cabeza erguida con las fauces abiertas.

-Acerquen el carrito –ordenó el vozarrón del Dragón- a la boca de la Gata Peluda. No quiero soldados ni hombres. Que lo empujen las dos mujeres de la comitiva del Príncipe. Lo dejarán allí y volverán al medio de la plaza. Después, si está todo lo prometido, entregaré a la hija del cura. ¡Nada de trampas, humanos estúpidos, que están frente a una mente superior!

La Gata Peluda recibe el rescate y algo más.

Magnus quiso impedirlo, pero Astrid y la señora Liv, mostrando que el coraje de las mujeres es tan grande como el de los hombres y a veces más, se arremangaron y comenzaron a empujar con esfuerzo el carrito hacia la boca de la Gata Peluda. Yo noté que algo caía por atrás, como si el carro perdiera grasa. Les iba a avisar que se cuidaran, pues se podía romper. Noté que no era algo

líquido, sino que de uno de sus costados caía algo como un polvo oscuro que dejaba una huella o reguero por donde pasaba. Magnus me hizo un gesto imperioso con una mano, pidiéndome que no hiciera nada. Mi Maestro, se puso de rodillas y se inclinó sobre el suelo. Estará rezando, pensé, pero me llamó la atención que en vez de quedarse quieto, se moviera hacia abajo como si buscara algo. Las mujeres llegaron, dejaron la carga frente a la boca de la Gata Peluda y rápidamente volvieron sobre sus pasos.

Y allí cambió la historia. Mi Maestro prendió un pedernal sobre eso que parecía un reguero de polvo, pero que no era polvo. Al instante siguiente apareció un camino de fuego que se dirigía hacia el carrito, y ¡¡¡BOOOOOOMMMMM!!! ¡¡Era pólvora!!

El carrito voló por los aires y lanzó con estrepitosa fuerza su contenido, que no era de libros y objetos de valor, sino de piedras y cascotes hacia la Gata Peluda. El bicho maldito se elevó ante nuestros ojos por arriba de la iglesia y cayó pesadamente en una nube de fuego y humo. La explosión nos dejó sordos a todos, pero no ciegos.

En contraste con la negra noche se pudo ver al Cura Bader con sus ropas ardiendo, colgando del campanario con una gran bocina en sus manos y pidiendo socorro. A su lado colgaban dos hombres grandotes con unos tambores inmensos. De lo que había sido la Gata Peluda quedaba una armazón de fierros a la que se le había quemado la tela verde que la recubría. En paños menores y apagándose el fuego estaban unos quince de los famosos flagelantes, que eran los encargados de empujar el armazón y de correr en el interior con antorchas para aparentar transparencias de luces y con cadenas para asustarnos con el ruido. En el medio de todo esto estaba la hija del cura, la pálida doncella, más pálida que nunca, con los pelos quemados y tapándose sus desnudeces con dos palomas que habían caído víctimas de la explosión.

La gente de la aldea, todos con mala conciencia, intentaron escapar cuando vieron al cura, el jefe de su banda, colgando malherido del campanario, pero Magnus había distribuido soldados por la plaza para que nadie pudiera escapar. De a grupos fueron conducidos a la iglesia y allí quedaron custodiados por la gente de armas.

-¡Que *tolle-tolle*! –exclamé asombrado y sin poder creer lo que acaba de pasar en tan poco tiempo.-

-Yo diría despelote –acotó Magnus-, aunque me parece que no es una palabra muy culta.

Astrid quedó enojada

Astrid llegó en ese momento con la cara roja y fuego en los ojos. Lo buscó a Magnus y lo increpó:

-¡Me podías haber dicho lo que llevaba el carrito, mal prometido! ¡Hasta pensé que era influencia mía el buen gusto de haberlo cubierto con un mantelito tan primoroso! ¡Yo no soy de las que se consuelan diciendo que lo importante es no enterarse! ¡La próxima vez voy a ser yo la que...
-No esperaba –le interrumpió Magnus- que tuvieran que llevarlo ustedes. Lo íbamos a empujar el copista y yo. Pero ustedes lo hicieron con mucha más gracia y elegancia. Estabas radiante y valiente, aunque me pareció que había alguna gotita de transpiración que no se debía al peso del carrito...

El pellizco de Astrid fue grande y el grito que Magnus se tragó se hubiera podido escuchar hasta en la corte del sultán. Mi amigo se frotó el brazo con fuerza y resignación. Después le señaló:

-La culpa la tiene Paulus Romanus. Él fue el de la idea. Yo soy un simple soldado a las órdenes del poder celestial de los dominicos.

-La culpa la tiene el Caballero Harald –terció el Maestro-, que me mandó de regalo una bolsa con pólvora por medio de nuestro hermano copista, cuando nos estábamos yendo de Tromso.

-Si, me acuerdo del regalo... –señalé yo-. Pero a mí me dijo que eran especias y que había una muy, pero muy picante.

-Pregúntale al cura y a su nena –comentó Astrid con desparpajo- si no les está picando el trasero. Nunca vi una pimienta semejante. Con razón la tienen tan secreta a la pólvora ésa. A mí me hizo caer de cola y la señora Liv, que cayó encima mío, sollozaba diciendo que era el fin del mundo, que había llegado el Anticristo y que quería muchos a sus muchachos.

-Si yo, que esperaba la explosión, no lo podía creer –dijo Magnus-, me imagino el susto del cura y su gente.

-El susto de la cárcel –terció Paulus Romanus- les va a durar un tiempo largo porque han sido muy sinvergüenzas con todos los viajeros que se atrevieron por estos parajes. Han vivido a costa del miedo que les infundían con sus cuentos de dragones tenebrosos y gatas peludas.

A mí me quedaban muchos puntos en blanco, que recién pude ir llenando esa noche, cuando en el patio de la casa del cura nos quedamos charlando a la luz de la luna. Con un buen tazón de acquavit en la mano, Magnus y mi Maestro me insistían en que les preguntara todo lo que quisiese, pues así disminuían las posibilidades de que los alaridos de mis pesadillas los despertase en plena noche.

Nuestro plan versus el plan del cura

Resumo lo que escuché: Mi Maestro dudó desde el principio. Olió cuento y pensó mal del cura y su hija. Bichos grandes pueden existir, pero que hablen, cobren impuestos, hagan pactos y tengan orugas gigantes esclavas... eso es demasiado.

Cuando Magnus y Paulus Romanus intercambiaron las dudas, ambos se convencieron que estaban frente a un fraude y decidieron seguirles la corriente al cura y a su hija, y hasta los cebaron con un rescate principesco y de alto valor.

Parece que no quisieron contarle el plan a Astrid para que no pasase miedo por el riesgo de experimentar con pólvora. Conmigo intentaron hacerme partícipe, pero varias veces fracasaron los intentos.

El cura hacía simular los pasos del Dragón con unos tambores gigantes que resuenan como árboles que se caen y que necesitan de un hombre grande para ser transportados. En cuanto al fuego que escupía *Tenebrosus*, era el famoso “fuego griego” del que habían hablado el Caballero Harald y Paulus Romanus cuando conversaron sobre Bacon y los explosivos: Se trata del fuego que los bizantinos han venido usando para incendiar las naves de sus enemigos y que consiste en una mezcla de materiales inflamables. Se ve que algún vikingo de los que fueron a las Cruzadas le pasó el dato y la fórmula al cura y éste la usó para aprovecharse de los pobres transeúntes. Los aldeanos lo ayudaron en todo, pues encontraron un modo de vivir mejor y más descansado que trabajar la tierra.

El olor que yo había sentido en la plaza era el olor de este famoso fuego griego. Olor desusado para nuestras narices acostumbradas sólo al viento helado. Astrid nos contó que también lo olió la noche que “vino” el Dragón hasta el campamento. Cuando ella se levantó, al igual que todo el campamento por los gritos que yo daba en mi pesadilla, encontró a la pálida doncella levantada y rodeada de ese mismo olor a combustible. Se ve que alguno de los secuaces del cura le había acercado un recipiente con ese material y ella estaba impregnando las cercanías de la carreta, que después incendió y que todos creímos que se trataba del dragón.

Lo de la mano quemada de mi Maestro, se debió a que mi Maestro y Magnus quisieron probar cómo se trataba la pólvora y... la probaron. La lastimadura no se debió a una cortadura por pelar manzanas, sino a la primera prueba, que encontró en su camino la mano de Paulus Romanus. Magnus ahora es un experto en explosivos, pero su mayor crítico.

-Se trata de un arma mala –nos comentó-, que debe ser rechazada por los estados cristianos como contraria a los principios de la religión y la nobleza. Es un rival desnaturalizado y bastardo que

enfrenta a la noble lanza y a la espada gloriosa, sin necesitar del valor y la hombría de bien de quien la maneja. Si yo encuentro al que la inventó...

- Tranquilo, viejo lobo vikingo -le contestó Paulus Romanus-. Seguramente son muchos. El Caballero Harald me contó que parece que los chinos desconocen desde cuando empezaron a jugar con estos fuegos. Rogerius Bacon logró estabilizar las proporciones de los materiales, de cuyos efectos ahora son expertos el Cura Bader y su pálida hija.

-Lo mismo la rechazo y condeno –se obstinó Magnus-. Mire lo que le pasó a Ricardo Corazón de León, espejo de Nobles Caballeros, quien mostrando amplitud de criterio en esta materia, permitió el uso de la ballesta en las batallas y después fue su víctima por un flechazo que le acertó un idiota en la espalda y a gran distancia. Estoy convencido de que murió maldiciendo la tontería de haber aprobado ese invento maléfico.

¡En 1092, el gran Ladislao permitió el casamiento de los curas!

Al releer estas últimas líneas me da la impresión de parecer discípulo de un armero y no un cronista. Por ello consigno que sólo soy un pobre copista dominico, que transcribe lo que hacen y saben los demás. En este caso el Príncipe Magnus, Paulus Romanus y el Caballero Harald. Yo de polvos sólo conozco que soy polvo y que volveré a él. Siempre trato de recordarlo, aunque tengo mis distracciones. Dios me perdone y la Señora también.

No quiero terminar este capítulo sin consignar que el Cura Bader acusó a Paulus Romanus de haber incitado a que lo prendieran. Se trataba, dijo, de una venganza porque él era un cura casado. Justamente cuando nos estábamos yendo de la aldea, dejando una guardia hasta que llegaran los alguaciles y jueces que van a juzgar a esta banda, por la ventana de la Iglesia se oyó al Cura Bader que gritaba:

-¡Eh! Dominico polvoroso ¿Por qué no estudias teología en vez de estar quemando a la pobre gente que se esfuerza para sobrevivir en un mundo difícil? Ustedes sí que llevan bien puesto el nombre de: “*Domini canes*”. ¡Ustedes son perros y de los peores sarnosos!

El cura hacía referencia a un estúpido chiste que hace un juego de palabras con “*dominican*”, que en latín significa “dominicos” y “*Domini canes*”, que significa “perros del Señor”.

-¡Esbirro de la Inquisición –proseguía maldiciendo el cura-, te has emperrado conmigo y con mi hija porque soy un cura casado! Si eres tan Maestro como dicen, ¿no sabes que el gran Ladislao en 1092 permitió el matrimonio de los curas? ¡Agarra los libros que no muerden!

Yo miré asombrado a mi Maestro. Paulus Romanus nos había contado una historia que terminaba unos años antes, con la condena de esos matrimonios, pero parece que después aparece este Ladislao y...

-Lo que sé -interrumpió mis pensamientos Paulus Romanus gritando hacia al ventana- es que tienes razón. Ladislao permitió esos casamientos... Pero lo que no dices es que Ladislao fue sólo Rey de Hungría, ¡Cura *Tenebrosus*!

Yo me reí muy fuerte, al igual que todos los de nuestra comitiva. Hasta quizá un poco más de lo que merecía la salida de mi Maestro. No se debe dudar de los Maestros y confundir Papas de Roma con Reyes magiares, especialmente si uno es un pobre novicio, copista dominico para más, que a veces duda, otras se confunde y la mayoría de las veces se distrae, especialmente si hay que rezar el rosario completo, como ahora propone la señora Liv, para comenzar bien el viaje, y que mi Maestro me pide que lo dirija, guiñándome un ojo y haciéndome gestos de que no me duerma, pues él se va a echar una siestita.

Terminé de escribir este capítulo en Narvik, a los veinticinco días del mes de agosto, en el año 30 de la fundación del Convento de Nuestra Señora de Mildal.

Yo, el copista.

Cuarta Parte: De Copistas, Herejes y Caballeros

Nosotros, los copistas

Con alegría retomamos nuestro camino. A pesar de que nadie lo comenta, salvo Magnus y el Maestro, todos los demás casi nos morimos de miedo primero con el Dragón y después con la pólvora. Así que, éste pareciera casi un tiempo de Pascua de Resurrección, pues todas las cosas parecen más hermosas que de costumbre, cuando uno ha salvado la vida o se ha sacado un Dragón de encima.

La hermosa Noruega nos muestra sus gracias en este hermoso verano: Tierra verde y gris, bahías de agua helada, brillantes colinas de roca oscura cubiertas de pinos y abedules, rodeadas siempre de valles y bosques. Sembradíos pequeños en suelo pobre, pero trabajado. Y sobre todo el sol, nuestro amado y tibio sol, que nos calienta el cuerpo y el alma y hace relucir todo con su oro.

La comitiva se ha vuelto dicharachera y nos reímos muy seguido. Hasta se ha logrado que yo, que soy bastante tímido y callado, hable hasta por los codos.

Como ejemplo les cuento algo. Una tarde, Astrid, después de estar hablando media hora, con la cabeza fuera de la carreta, de los vestidos que le gustaban, al ver que ni Magnus, ni el Maestro, ni yo, prestábamos atención a lo que contaba, sacó medio cuerpo afuera y dijo:

-Parece que los temas de las mujeres no les importan. Si hablara de Caballeros o de teólogos, ustedes estarían atentos y llenos de ideas y palabras inteligentes.

Como Magnus y Paulus Romanus asintieron riéndose y haciendo que se alejaban, Astrid me llamó. Cuando estuve cerca me dijo, medio a los gritos:

-Copista, ¿Por qué en lugar de ponerte colorado no me cuentas cómo se hacen los libros?

Charlemos entre nosotros, pues seguramente eso no les interesa a esos señores, pues su mundo es de hierro o nubes.

Yo me puse más colorado que de costumbre y traté de alejarme, pero Paulus Romanus y Magnus se acercaron e insistieron en que contara lo que sabía sobre los libros y los copistas, ya que no podía ofender a una futura princesa y que era mi obligación para que Astrid parara de hablar sobre trapos elegantes.

No pude escabullirme y todos con una sonrisa esperaron que empezara a contarles. Como no sabía por donde empezar me quedé pensando. Si fuera sobre otro tema, creo que hubiera hecho un papelón, pero sobre los libros... Sólo un copista sabe las veces que acaricia un

pergamino, o el lomo de un libro ya encuadernado, o cómo se pelea con un texto que hay que copiar y que no se entiende. La voz de Astrid me trajo a la tierra:

-¿Es cierto que para hacer un libro es necesario matar un rebaño de ovejas?

- Sí, es verdad –le contesté-. Los pergaminos que usamos son de piel de cualquier animal que tenga piel fuerte: vaca, carnero, cabra, oveja, y se necesitan muchos para confeccionar un libro. Leí en el final de un libro que el copista hacía constar que se había matado 80 carneros para su confección. A la piel convertida en pergamino la llamamos “vitela”...

Y hablé. Hablé mucho de lo que quiero, de mi profesión, de mi pasión. Empecé contando que antes de los pergaminos, los egipcios usaban papiros, que eran muy endebles y finos, por lo que no duraban mucho tiempo. Que para hacer un pergamino la piel del animal se dejan en remojo largo tiempo, después se le echa una lechada de cal para eliminar la piel superficial, sacarle los pelos y evitar que se pudra. Luego se le hace una primera pasada de cuchillo. La piel queda reducida así a una capa fina y limpia, entonces se la estira y tensa en un bastidor, donde nuevamente se le pasan cuchillos y trapos, mojados en agua y cal, repetidas veces. Cuando se saca la piel del bastidor, se raspa con unos cuchillos curvos y la operación se termina pasándole piedra pómez. Al repetirse esta operación la piel se endurece, y si se hace bien, permite que sea utilizada de los dos lados. Todo esto parece complicado, pero es mucho más sencillo que el trabajo, mucho mas complicado, de confección de los papiros, que no podían enfrentar las manos de muchas generaciones de lectores.

El armamento copista

Magnus me preguntó dónde había estudiado eso, pues en Mildal no lo enseñaban. Yo le comenté que había tenido que copiar la biografía de Laurence, el Santo Prior de Durham, ejemplo y patrono de los copistas, que no se cansaba de defender el importante papel que tenemos en la transmisión del saber. Entonces llovieron las preguntas de Astrid, de Paulus Romanus y hasta de Magnus. Qué cómo eran las plumas; cómo se hacían las tintas; qué utensilios usamos; si borrábamos libros para escribir uno nuevo sobre ellos...

Y humildemente pude contestar todas sus preguntas. Les conté de nuestras plumas, a las que todavía llamamos *calamus*, o sea caña, pues al principio se escribía con ellas. Ahora se usan las plumas de las alas externas de las aves. Las máspreciadas son las de pavo, pero se puede escribir bien con las de pato, oca, o cisne. Lo que hay que hacer es endurecerlas al calor o

disecarlas. Después las recortamos en punta con nuestro cuchillo o cortaplumas, que los buenos copistas usamos para eso y llevamos en la mano izquierda para corregir errores, pues somos humanos y a veces escribimos con los pies y no con la cabeza.

-¡No me digas que los copistas también andan armados! -me interrumpió Astrid-.

Yo le contesté que sí, pero que nuestro cortaplumas es finito y no tiene más de tres dedos de largo, por lo que aprendemos anatomía para saber clavarlos en lugares secretos, donde no deja rastros ni el herido se entera de que se está muriendo. Después que se rieron de la cara seria que puso Astrid y del mamporro que me revoleó cuando se dio cuenta de mi tomada de pelo, continué contándoles sobre nuestras tintas y cómo ahora hemos superado la tinta negra hecha con carbón y goma, que se corría al contacto con la humedad. Las tintas actuales tienen componentes metálicos, por ejemplo para el rojo se pone plomo, para el verde cobre, oro para el dorado; aunque todavía se usan algunos vegetales como el azafrán para el amarillo y el minio, un pigmento rojo muy fuerte.

-¿Cuántos libros puede copiar una persona en un año? – me preguntó Astrid.

-Ninguno –le contesté... salvo que sea copista.

Astrid insistió en su pregunta y entonces le contesté que, dedicándose casi con exclusividad a eso, un buen copista podía copiar dos o tres libros de tamaño mediano por año. Se cuenta de Emmanuel, copista del monasterio de Qartamin, en el Tigris, que copió más de setenta manuscritos a lo largo de su vida. En eso influye la luz que se tenga, el estado del manuscrito a copiar y la formación de los copistas.

-Ese es un punto muy importante –comentó Paulus Romanus-. Muchas veces el copista no sabe la materia de que se trata y al no entender algo lo suple con su ignorancia o improvisa algo para salir del paso, y el texto queda confundido para siempre. Otras veces hay copistas de grandes conocimientos.

Como la cosa se estaba poniendo muy seria, me dio un poco de vergüenza de que se pudiera pensar que ponía la tarea de los copistas por el cielo. Entonces, le hice recordar a Magnus algunas anotaciones que encontramos en los “*Explicit*”, que es donde termina el libro y el copista pone datos de la fecha o algún comentario suyo. Mucho se rió Astrid de una que decía: “Aquí se acabó el libro, dame hermano Berengarius, un buen porrón”. O la otra que aseguraba: “Quien buen vino beba al cielo llega”, y la famosa, que leíamos a escondidas, escrita por algún copista liberal, que le pedía al *Antiquarius*, “Buen vino y una muchacha bonita”.

-Uno que me hizo reír mucho –acotó Paulus Romanus -, fue un copista de la Summa Theologica de Santo Tomás, que escribió al final: *Explicit secunda pars... longissima, prolixissima et tediosissima*

scribenti; Deo gratias, Deo gratias, et iterum Deo gratias. “Terminé la segunda parte... larguísima, extensísima y tediosísima para el que copia. Gracias a Dios, gracias a Dios y nuevamente, gracias a Dios”. También he encontrado –señaló Paulus Romanus- comentarios de los copistas que se refieren a las condiciones en que trabajan.

- Claro -le contesté-. Es una forma de protesta muy nuestra. El título de la obra y el autor, como ustedes saben se pone en la última hoja del libro, aunque algunos ya empiezan a ponerlo al principio. Nosotros sentimos como propios los márgenes de esa última página, o cualquier pequeño espacio que allí quede libre... y siempre lo hacemos en letra más pequeña que la del texto. Allí ponemos a veces pequeños signos para identificar nuestro trabajo frente a otros copistas que nos van a leer. En algunas oportunidades también protestamos por el frío, la calidad del pergamino, la falta de luz, la soberbia o torpeza de algún autor o el despiste de algún colega copista anterior. -Nunca entendí porque en Mildal había dos clases de copistas – me señaló Magnus-.

Le respondí que, en general, están los copistas que escriben lo que dictan los Maestros y quienes copian solitariamente textos ya escritos. Ambas situaciones tienen sus propias reglas de arte, pues es más difícil copiar lo que se escucha que lo que se mira, pero copiar libros antiguos, supone conocer los tipos de letra antiguos, especialmente la escritura carolingia, la uncial o la romana. A veces hay que conocer otros idiomas.

-¿Por qué borran libros y escriben sobre ellos?- preguntó mi Maestro-.

Los palimpsestos, una forma culta de hacer callar

-Eso no lo decide un pobre copista. A nosotros nos da pena hacer eso y borrar lo que otro copista trabajó con esmero y sudor. Más dolor nos da cuando vemos que lo que se está raspando y haciendo desaparecer del pergamino es un libro valioso. Cuando oímos la palabra “palimpsesto” (que así se llama a estos libros reescritos) se nos acongoja el corazón.

- Coincido contigo –señaló Paulus Romanus-. He visto desaparecer muchas obras excelentes de la antigüedad a las que les superpusieron libros de mediocre apologética o vidas de Santos inexistentes, escritos por monjes o frailes casi fanáticos.

Como nos han enseñado en Mildal que los libros apologéticos, esos que son escritos para refutar los argumentos en contra de nuestra religión, son muy importantes para convertir a los no creyentes, me asustó la posición de mi Maestro, por lo que preferí hablar de la confección de los libros. Entonces, les conté que a partir del siglo cuarto de nuestra era se abandona el sistema de

enrollar los pergaminos unidos en una larga tira, que justamente eran denominados “volúmenes”, palabra que en latín denomina el acto de “enrollar”. Nuestro libro actual, formado por pergaminos de forma rectangular, cosidos en forma de cuadernillos (códices), permiten que se pueda ojear el libro y buscar un párrafo o una cita de manera simple y no tener que desenrollar el libro entero y volverlo a enrollar. Esto es muy importante en nuestra religión para citar la Biblia o a los Maestros. Esto fue inventado por los juristas para citar rápidamente *el Corpus Iuris Civilis* del Emperador Justiniano.

-Nunca entendí bien lo que nos contaban en Mildal sobre que la “letra moderna” es mejor que la carolingia- comentó Magnus.

-¿Qué es eso?- preguntó Astrid, poniendo cara de que nunca había oído hablar de ello -.

El que sabe, sabe o el pecado de orgullo

-Es un tema muy técnico. Lo que yo sé –les comenté- es que los romanos escribían con un tipo de letra llamada “*Capitalis*”, que es la que aparece en los monumentos o mármoles conmemorativos. La famosa columna de Trajano es el mejor ejemplo: sólo hay mayúsculas, no hay espacios entre palabra y palabra y los trazos son rectos. Luego redondearon un poco y usaron minúsculas. A esa escritura la llamaron uncial. En tiempos de Carlomagno se impone la letra “carolina”, que redondea aún más las unciales, y conforma una escritura elegante.

Con el correr de los años fue necesario achicar las letras para que cupiera mayor cantidad de palabras en los pergaminos. Los copistas amaneramos un poco las letras, pues nos gusta adornarlas o estilizarlas y así nació nuestra “escritura moderna”, llamada con desprecio por algunos *Gothica*, o sea “letra de godos”, donde las curvas son sustituidas por ángulos agudos, las letras están muy juntas y verticales, y los trazos gruesos, geométricos y puntiagudos. Ultimamente ha aparecido la letra cursiva que permite escribir toda una palabra sin levantar la pluma y utilizar dos columnas en los caros pergaminos.

-Yo creo –comentó Paulus Romanus- que la difícil escritura de las letras de los libros obliga a que todos leamos siempre en voz alta. Me parece que si fuera más sencilla aprenderíamos a leer en voz baja.

-¡Qué interesante! Debe ser muy divertido ser copista –comentó Astrid-

-Es interesante –señalé-, pero, como sabemos nosotros, aunque sólo trabajan tres dedos, todo el cuerpo está en tensión. Muchas veces tenemos que escribir de pie para los grandes libros del coro, o sin pupitres porque estamos viajando, como me sucede a mí en estos días. Ustedes han visto la

tabla grande que apoyo sobre mi falda para sostener los pergaminos, la tinta, las plumas y a veces algún códice. Cuando se habla de que hay mantener el equilibrio en todas las cosas, yo sé qué se quiere decir.

Debo reconocer que me entusiasmé con “mi” tema, de forma que el orgullo creció hasta dimensiones que no coinciden con las que tiene que haber en un pobre copista dominico. En mi disculpa sólo puedo mencionar que los ojos de mi Maestro, de Magnus y especialmente los de Astrid, llenaban de importancia mis palabras.

Pero noté algo raro cuando les estaba contando que después de que los copistas terminábamos el trabajo, si el libro es importante, entran los dibujantes a escribir en colores los comienzos de los capítulos, los nombres de los Santos y -a veces- a decorar el manuscrito, para después pasárselo a los armadores, encuadernadores y a los que les ponen las tapas de cuero y los broches de metal para su cierre. Me imaginé que se habían cansado de tantos detalles y un poco me deprimí.

Pero estaba equivocado. Dos hombres, vestidos como promesantes de Santiago, el Apóstol, venían hacia nosotros. Apenas nos vieron se bajaron las capuchas hasta debajo de los ojos.

Los peregrinos de Santiago de Compostela en Noruega

Astrid, que como buena hija de los hielos del norte, nada sabe de las peregrinaciones del sur, le preguntó a Paulus Romanus porqué, además de los hábitos con capucha llevaban grandes sombreros, en un país donde el sol es una bendición que todos quieren recibir en la cara, y porqué llevaban cayado yendo en mulas y porqué colgaban de sus cuellos grandes escapularios y una gran concha marina.

No había terminado Paulus Romanus de contestarle que vestían como los peregrinos que van caminando a Santiago de Compostela desde todos lados a honrar al Apóstol y a la Señora del Pilar, que Astrid le pidió a los gritos a Magnus que los invitara a comer con nosotros así nos contaban qué andaban haciendo por estos lugares, y que los ayudáramos, pues parecían andar con el rumbo perdido.

Me llamó la atención que Paulus Romanus comentara: “No pueden haberse equivocado tanto. Me suena que estos no saben bien a donde van, pero sí sabe de donde vienen... ¡Pobre gente!”.

Los encapuchados al principio rechazaron el ofrecimiento. El más alto y que tenía todo el aspecto de un hombre de armas por su porte y mirada, se levantó la capucha y echando un vistazo

desconfiado hacia los soldados y Paulus Romanus, terminó aceptando. Dijo llamarse Wilhem y presentó a su compañero Pedro, de contextura pequeña y aspecto humilde, que montaba la mula más vieja y más cargada. Astrid se acercó a ellos y les dio pan y sal, deseándoles la bienvenida y ofreciendo la hospitalidad cristiana, junto con un vaso de cerveza, que es más de nuestras tradiciones del norte.

Al rato habíamos acampado y estábamos sentándonos en redondo. Me llamó la atención cómo los dos hombres trataban de alejarse de Paulus Romanus y de mí, y se arrimaban a Astrid, quien los llenaba de preguntas contestadas con monosílabos o pocas palabras. Yo pensé que se debía a que estábamos interrumpiendo su peregrinación o las devociones propias de las mismas. Pude escuchar que eran peregrinos; que iban hacia una ermita de la Virgen que quedaba a unas millas de Tromso; que se trataba de un voto hecho años atrás; que venían de muy lejos. El que hablaba era Wilhem, quien comía lo que le ofrecían con buen diente, pero que cuidaba que su silencioso compañero no se atragantara, pues éste comía con una voracidad que sólo el haber padecido hambre produce.

Una bendición en clave

La conversación iba cayendo en silencios a pesar de que Astrid preguntaba y preguntaba. La señora Liv, después de un buen trozo de tocino nos acercó un poco de bacalao ahumado. Mi Maestro se apresuró a convidar a Pedro diciéndole:

- Buen cristiano, la bendición de Dios y la tuya.
- La bendición de Dios para que este pecador, que soy yo, sea guiado hacia un buen final –contestó de memoria Pedro-.

Wilhem se puso pálido y la mirada que dirigió a Pedro fue de reproche y condena. Nada dijo. Sólo se estiró más para atrás. Pedro se puso rojo y musitó, dirigiéndose a Wilhem:

- Perdóname, estaba distraído, señor.
- No es bueno esconder los orígenes -señaló mi Maestro-... A veces es imposible.

Pedro tosió como si se hubiera quedado sin aire, mientras Wilhem miraba nerviosamente su plato. Magnus, Astrid y yo dirigimos nuestra mirada hacia el Maestro. ¿Qué pasaba? Lo de Paulus Romanus sonaba a agresión.

- Somos humildes peregrinos, padre -dijo Wilhem-. Marchamos hacia la ermita de Nuestra Señora. Pedro es natural de Venecia y yo...

-Tu amigo tiene aspecto de ser tu escudero -le interrumpió mi Maestro-. ¿Por qué temernos a nosotros, que somos también gente que marcha en peregrinación hacia el casamiento de estos dos muchachos?

Pedro amplió su sonrisa tonta y Wilhem se puso más pálido. Pero no hablaron.

-He leído a Juan de Luggio -dijo Paulus Romanus, como si se tratara de una fórmula- y estoy de acuerdo con muchas de las cosas que dice.

Durante el silencio que siguió, mi Maestro se levantó, se acercó a Wilhem y le estrechó la mano. Éste con los ojos bajos preguntó si sabía que Juan de Luggio había sido condenado al silencio perpetuo. Mi Maestro le contestó que lo consideraba un sabio y un hombre puro.

-Disculpa, pero tu hábito -comentó Wilhem- no ayuda a que uno tenga confianza y suelte la lengua. Los tiempos son duros... He visto demasiadas cosas.

Wilhem de los albigenses

Y así comenzó a contarnos que su verdadero nombre era Wilhem o Guillou de Trencavel, que era descendiente de los vizcondes de Bezièrs, Carcasona y Razès; que sus antepasados fueron encarcelados por Simón de Monfort mientras parlamentaban la rendición de Carcasona y murieron por la torturas que les infligió, el “maldito” Arnaldo Amaury, obispo de Narbona y Delegado Papal de la Cruzada contra los albigenses. Después, todos sus descendientes, fueron perseguidos con saña para que no les ocurriera reclamar lo que había sido de ellos.

-¿Cómo quieren que no me asuste ante un hábito dominico? -nos dijo-. El dominico, Raimundo de Felgar, obispo de Toulouse, fue el peor enemigo de los albigenses... Nuestra verdadera peregrinación es hacia un lugar donde no nos traten como escoria.

Una brisa fresca hizo mover las ramas de los árboles. La tarde caía y el silencio denso que siguió a estas palabras nos tensó a todos. Paulus Romanus se levanto despacio, se acercó a Wilhem y a Pedro, se sentó al lado de ellos, extendió sus manos y les dijo, con mucha calma: -La paz sea con ustedes, hermanos.

Mil veces había escuchado estas palabras y las había pronunciado, pero nunca me llegaron tan a lo hondo. No sabía mucho de los albigenses, pero había oído que eran los peores herejes que habían existido jamás, tanto que el Papa había tenido que decretar una cruzada que se dirigió por primera vez a un país cristiano, la católica Francia, y mandar un ejército inmenso para que el cristianismo se salvara. Me asaltaron, entonces mis dudas: ¿Por qué Paulus Romanus había

llamado hermano a unos herejes? ¿El extraño saludo que había dicho sería una clave que tenían los herejes para reconocerse?

Mi Maestro los invitó a quedarse a pasar la noche con nosotros, nuestro fuego y un poco de acquavit. Por suerte aceptaron. Mientras desensillaban sus mulas aprovechamos para interrogar a nuestro Maestro acerca de las creencias de estos extraños hombres.

San Francisco, Santo Domingo y los Albigenses

-¿El saludo que usted les dijo, lo de la bendición, era algo en clave? –pregunté ansiosamente-.

-Sí, así se saludaban entre ellos. Tuvieron que recurrir a esas cosas porque la situación se tornó peligrosa para ellos. La historia se remonta a hace mucho tiempo. Frente a la corrupción imperante en Roma y en muchos dignatarios de la Iglesia, comenzaron a aparecer movimientos que trataron de volver a lo más fundamental del cristianismo: la vida religiosa. Francisco de Asís con sus Hermanos Menores, así como Domingo con sus Hermanos Predicadores, crearon órdenes religiosas que tenían por fin retomar ese camino.

Entre los que buscaban también superar la corrupción imperante estaban los albigenses. Un movimiento que no había nacido del corazón de la Iglesia. Ellos habían tomado cosas del cristianismo y también de otras religiones. Al principio se los llamó cátaros, que significa “puros” en griego, después “albigenses”, porque muchos se concentraron en Albi, una ciudad del sur de Francia.

¿Cristianos Distintos?

-¿Entonces, los albigenses son cristianos? –Preguntó Astrid-.

-Seguramente sí –contestó Paulus Romanus-, aunque no católicos. En su visión hay reminiscencias de Zoroastro y de los maniqueos: dos Principios Primordiales independientes luchan entre sí: el Bien y el Mal. Dios contra Satanás, el Nuevo contra el Viejo Testamento. Todo parecido a nuestras creencias, pero distinto en el fondo. Por ejemplo: Cuando Dios se encarna es sólo Jesús, un Ángel Superior... O el bautismo, que para ellos es el “Consolamentum”, y se da sólo a los adultos probados. Hubo algunos de ellos que se dejaban morir cuando lo recibían para no tener oportunidad de pecar y perder el paraíso.

-Pero eso es suicidio –se me escapó-.

-Así pareciera. -dijo mi Maestro-. Aunque me inclino a pensar que se trata de una forma distinta de pensar y de actuar. A nosotros se nos hace muy difícil de entender. Estamos convencidos, desde hace siglos, no sólo de que nuestra religión es la verdadera, sino que también es verdadera nuestra organización religiosa y nuestra organización política. Modestamente creo que los albigenses pusieron a prueba la madurez de la cristiandad para convivir con algo distinto. Y no aprobamos el examen. En vez de respetar la libertad de los demás, como la respeta Dios, nos preocupamos más en señalar las diferencias -que las hay y grandes- y respondimos con una guerra.

Los bienes que tiene la Iglesia fueron donados por el Emperador Constantino

-Desde hace tiempo, la Iglesia tiene una carga tan pesada con sus “demasiados” bienes terrenales y su poder temporal –continuó mi Maestro-, que se hace casi increíble su mensaje de pobreza y espiritualidad. Cuando comenzaron las críticas contra esto, se descubrió el famoso documento de la Donación de Constantino: Los bienes materiales de la Iglesia se debían a que el Emperador Constantino antes de llevar la sede del Imperio a Constantinopla, le dona al Papa sus posesiones romanas y otorga títulos de nobleza imperial a sus obispos o allegados. ... Lástima que el dichoso documento fue confeccionado realmente cerca de quinientos años después de que el emperador durmiera acompañado sólo del mármol.

Los albigenses y las cosas aberrantes.

-Disculpe, Maestro –lo interrumpió Magnus-. Volviendo a los albigenses, nosotros escuchamos que hacían cosas tan aberrantes, que merecían la muerte.

-Eso fue lo que se difundió antes de hacer la cruzada –reflexionó Paulus Romanus- y lo que después se propagó como verdad absoluta el grupo vencedor. Eso pasa siempre en las guerras: Una persona normal no mata si no ve que es la única forma de escapar de la muerte o algo gravísimo. Antes de las guerras hay que preparar a la gente para que sea capaz de matar sin muchas preguntas o dudas y después de ella, para que no se sienta asesina o hija de asesinos. Siempre fue así.

La acusación de que los albigenses eran inmorales no era verdadera. La ascética de ellos era muy exigente y las “casas cátaras”, donde vivían, eran un ejemplo de piedad, casi fanática. Para ellos el diablo es el dueño del cuerpo y para vencerlo hay que llevar una vida de sacrificio y negación... Lo que pasó en los dos grupos religiosos fue que se juntó el fanatismo de ellos y el nuestro y se produjo una mezcla peligrosa. Sólo hacía falta una chispa para la explosión. A nosotros se nos hizo imposible aceptar que pensarán tan distinto, por eso había que destruirlos. A ellos se les hizo insoportable que nuestra Iglesia tuviere tanta corrupción en sus ministros; eso significaba que Satán se había adueñado de ella y por eso había que destruirla.

-Cuéntenos que pasó en la guerra –pidió Magnus-.

-Fue terrible, como todas las guerras. Aunque ésta fue especial: Se trató de una Cruzada, o sea una “Guerra Santa”, la primera que no tenía como objetivo recuperar el Sepulcro del Señor. El Papa Inocencio mandó primero predicadores para que los albigenses se convirtieran y renunciaran a sus creencias herejes. Su fracaso fue el origen de la guerra.

Diferencia esencial entre la Cruzada y la *Yihad*, la guerra santa mahometana

-Qué diferencia hay entre nuestras Cruzadas y la guerra santa de la que hablan los musulmanes - pregunté-.

-Aunque te parezca un poco duro, la diferencia es que una se llama “*Yihad*” y la otra “Cruzada”. Nada más. – Me contestó secamente mi Maestro-.

-¿Entre esos predicadores que envió el Papa no estaba el fundador de nuestra Orden, Santo Domingo?- pregunté con angustia-.

-Si, mi hijo, sí –me contestó medio cortado mi Maestro-. Y obtuvo muchas conversiones. Pero el tiempo pasaba y el Papa Inocencio estaba lleno de problemas. Fue un Papa muy especial. Decretó dos Cruzadas...

-¿No le alcanzó con una? –Comentó irónicamente Astrid-.

-La primera que convocó tuvo un final muy infeliz. Fue una Cruzada clásica. Su objetivo: recuperar la Tierra Santa. Pero, un gran grupo de cruzados se desvió y en lugar de reconquistar la Tierra Santa, tomó Constantinopla, la saqueó e instauró allí un reino latino, que duró 60 años, trayendo miles de inconvenientes a la Iglesia Griega de Bizancio, que estaba muy cerca de volver a formar parte de la Iglesia Universal. Cuando el Papa se enteró se enojó mucho, pero fueron inútiles sus

esfuerzos. No habían pasado cuatro años de esto que el Papa estaba convocando otra cruzada, ...esta vez para “salvar” a la cristiandad.

-Ese Papa era bastante...-comentó Astrid, haciendo gestos como que era un tonto o un loco-.

El gran Papa Lotarius Segnus

-Lotario de Conti di Segni, el Papa Inocencio III, fue uno de los hombres mas preparados de su tiempo. Estudió teología en París y derecho en Bolonia. A los 37 años fue elegido Papa. Apoyó a Domingo de Guzmán y defendió a Francisco de Asís de la acusación de que buscaba una Iglesia de los Pobres enfrentada a la Iglesia Jerárquica.

-¿Cómo fue que el Papa decretó esta cruzada? –Insistió Magnus-.

- Como les decía –continuó Paulus Romanus-, Inocencio III había enviado a sus mejores predicadores para convencer a los albigenses y a un Legado suyo para que negociara con los nobles de la región de Tolosa, que protegían a esos herejes. Pedro de Castelnou, el legado pontificio, fue asesinado en la primavera de 1208, según parece, por órdenes del conde de Tolosa. El Papa, seguramente hastiado de tantos problemas, quiso terminar de un tajo con el problema y pronunció un anatema solemne contra Ramón IV de Tolosa, declarando sus tierras “entregadas como presa”. El mensaje le llegó muy especialmente al Rey de Francia, Felipe II° Augusto, quien intentaba reunificar bajo su corona el antiguo reino de los francos. La cristiandad se despertó al día siguiente con una Cruzada en el corazón de Francia y Cataluña. ... La Cruzada duró veinte años, de 1209 a 1229, salpicando de sangre la Cruz del Señor.

-¿Un Papa puede equivocarse tanto? -pregunté lleno de dudas que me carcomían-.

-Los Papas son humanos y pueden equivocarse tanto como nosotros. Donde se estaba formando en la Occitania Francesa el nuevo reino de Aragón y Cataluña, aparecieron los barones del norte francés y se apoderaron de esas posesiones. El mas beneficiado fue el representante papal, el obispo Amaury.

Amaury, el maldito.

-¡El maldito Amaury! –Escuchamos que corrigió Wilhem detrás de nosotros-. ¡Sea maldito por veinte generaciones!

-Únete a nosotros, -le invitó mi Maestro-. Les estaba comentando a estos muchachos algo de lo terrible que sucedió en la Occitania.

-Te he estado escuchando y en general coincido contigo, aunque no les has contado la frase de Amaury.

-Fue todo muy terrible... y con respecto a la famosa frase que aparece en la “Chanson de la Croisade”, algunos aseguran que no fue pronunciada realmente... -puntualizó mi Maestro-.

-Siempre hay testigos que salvaron su pellejo por decir lo que quieren escuchar los vencedores - contestó Wilhem-.

-La verdad –concluyó mi Maestro- es que dicha o no, la frase caracteriza el trasfondo de una época muy cruel.

-¿Cuál fue la frase? –Terció Magnus-. No nos dejen con la espina clavada.

- Bezièrs, la ciudad de mis antepasados era católica –dijo Wilhem-. La mayoría de sus habitantes no quería a los albigenses, pero no era cuestión dejarlos morir de hambre a sus puertas. Los dejaron entrar y el ejército anglo-normando del cruel Arnaud Amaury, legado pontificio, sitió la ciudad, a pesar de las protestas de sus habitantes y señores. Antes de la batalla final los jefes de su propio ejército fueron a preguntar a Amaury cómo harían para diferenciar a los albigenses refugiados en la ciudad de los simples ciudadanos de ella. Con un especial sentido cristiano, éste contestó; “Matadlos a todos, que Dios sabrá reconocer a los suyos“. Está de más comentarles que los “buenos cruzados” mataron prácticamente a toda la población

-Yo diría que era un verdadero hijo de puta –comentó Astrid, con su acostumbrada libertad de espíritu y palabra-.

La guerra verdadera

Cuéntanos cómo se desarrolló la guerra –preguntó Magnus, siempre interesado en batallas, estrategias y gestos heroicos-.

-¿Qué quieres que te cuente? –Señaló Wilhem-. ¿La historia de las hogueras que tenían cátaros adentro? Hubo decenas de ellas y cientos de muertos.

-Perdón –señaló Magnus-. Me refería a la estrategia.

-No creas en la guerra de colores. No existen los campos de batallas hermosos, donde los señores pasean con sus banderas, seguidos de sus Caballeros y soldados. Eso sólo pasa en los dibujos que adornan los libros. Lo que siempre acompaña a las batallas son las heridas atroces, las

mutilaciones impresionantes, la sangre oscura por todas partes, la suciedad más asquerosa, las moscas más grandes, las pestes más extrañas y los carroñeros que acechan el final de las batallas. Te puedo contar lo que son las noches después de las batallas: En medio de los quejidos de los heridos, padres amorosos, esposos leales y jóvenes valerosos, salpicados de sangre humana ajena y llenos de lastimaduras en sus cuerpos, no pueden dormir por la excitación de tanta muerte que hicieron o estuvieron a punto de recibir. Están con los ojos abiertos, pues si los cierras les invaden las miradas de terror, incredulidad y dolor de los que se despiden de la vida. Miradas azoradas que se van quedando vacías, frías y fantasmales, que los acompañarán toda la vida. Eso es la guerra para los guerreros. Si quieres saber de estrategias, pregúntale a cualquiera de las mujeres violadas por la bestial soldadesca, con la vergüenza del pudor perdido reflejándose en la pupila de sus hijos pequeños. Eso es la guerra. Nada más. Lo demás es querer adornar una cloaca.

Un silencio denso, duro y amargo se adueñó de nuestro grupo. Nadie se atrevía a decir nada ni a hacer algo. Era como si una niebla de muerte y dolor nos rodeara, nos dejara sin palabras y sin ganas de nada. Al rato Wilhem se levantó y se excusó:

-Disculpen que haya sido tan duro... Mi familia no pertenecía a la fe cátara, pero... *Ejus regio, ejus religio*. Todo lo que pasó ha dejado mi cuerpo y mi alma muy resentidos. Por eso busco un lugar de paz... bien lejos de "la civilización". Recen para que encuentre esa ermita que busco.

Y estas fue lo último que le escuchamos. A la mañana siguiente, cuando nos despertamos ya había partido. En el lugar donde comimos había armado como despedida una pequeña cruz con dos palos. Y esas fueron sus últimas palabras.

La fortaleza que no se puede perder

Nos costó varios días salir de esa atmósfera dura y amarga. Hasta la vida cotidiana se nos hizo lenta y silenciosa. Yo quedé mal, tanto que mi Maestro me tomó un día del hombro y me llevó a caminar. Me quedó resonando lo que me dijo: "Los seres humanos necesitamos de este tipo de choques para sacarnos las lagañas que tapan las duras realidades de la vida. Nos hemos acostumbrado a convivir con lo feo, lo sucio, el hambre y la pobreza. Hasta creemos que es natural que nos manden personas guiadas sólo por su ansia de poder y riqueza, que dictan justicia injusta y se aprovechan de los que son más débiles que ellos. Este sentirse mal es bueno, es el pasaje a la vida adulta, que es querer la vida, pero la vida en serio, la que necesita de la fortaleza para

sobrellevar las dificultades y pelear por nuestros ideales, o al menos, reservarlos en un lugar interior inviolable”.

Puente de Justas de Caballeros

Como siempre, poco a poco, ayudados por el tibio sol del verano, volvimos a nuestras rutinas. Una mañana de esas, Magnus nos despabiló con gritos de alegría señalando un cartel que había en un cruce de caminos.

Después de la experiencia de los carteles anunciando al dragón, yo no quise ni leerlo, pero sí lo hizo Paulus Romanus, que enseguida preguntó de qué se trataba. El cartel decía “A quince millas - Puente de Justa de Caballeros”.

Magnus nos explicó que en el país hay diversos puentes o encrucijadas que utilizan los Caballeros para ganar fama. Antes lo hacían en cualquier lado y la gente se volvía loca cuando debía viajar, pues por todos lados había Caballeros que impedían pasar y exigían pelea. Ahora hay unos diez en toda Noruega, donde los Caballeros con problemas de fama se instalan y retan a duelo a los que pasan. Los que resultan vencidos deben ir en peregrinación hacia diversos lugares, para contar las hazañas del vencedor a su prometida, a los de su comarca o a alguna suegra pretenciosa. Las leyes de la caballería obligan a que el séquito que acompañaba al vencido, se quede junto al Caballero vencedor hasta que el vencido regrese de su misión.

-Pero... ¿Pelean a muerte? -preguntó Paulus Romanus-

-No -contestó Magnus-. Ya no. Las leyes prohíben que sean peleas a muerte. Antes estaba permitido, pero desde la Primer Cruzada, se estableció que no tenía sentido que los reinos cristianos perdieran espadas que podían ir a luchar por recuperar el Santo Sepulcro. A veces, sin que nadie lo quiera, alguno se va a lo de San Pedro, porque no es fácil salir muy bien parado de un choque entre dos tipos, con metal hasta por los ojos y que, a la máxima velocidad de sus caballos, se cruzan con lanzas de punta de madera, pero que parecen árboles.

Se notó que a Astrid este tema no le atrae para nada, pues cambió de conversación:

-Magnus, en vez de hablar de este triunfo de la inteligencia, ¿Por qué no nos explicas qué es la cortesía o cómo los juglares cantan al amor en la corte de tu padre?

-No tengo mucha idea de eso -señaló volviendo a las justas-. Antes las lanzas tenían puntas de acero y los Caballeros se jugaban la vida en cada lance.

-¿Pelean sin una causa que los provoque a luchar? -pregunté interesado-.

Las leyes de la caballería

- Las Leyes de la Caballería –me contestó Magnus- siempre exigen un motivo serio para lidiar y todos siempre tenemos uno, aunque más no sea el del honor. Desde chicos, los Caballeros nos preparamos para ser valientes y luchar por nuestro honor, el de nuestra familia, el de nuestro país, el de nuestra Dama, el de nuestro amigo o el del inocente. Y la menor injuria puede atentar contra ellos. O sea que siempre hay un honor cerca al que apelar. Como si fuera poco, también están los Caballeros sin fama, que deben mostrar su valor. Por eso los reyes o los nobles, cuando quieren hacer una fiesta grande, organizan torneos y Justas de Caballeros, así los jóvenes muestran su valor y destreza delante de las Damas y la nobleza, y de paso no dejan de entrenarse por si viene una guerra o algo parecido.

-¿No te alcanzó con lo que nos contó Wilhem? -señaló de mal talante Astrid-.

-Esto no es la guerra -contesto prontamente Magnus-. Es justamente algo que la suple. Un juego donde ganan los mejores. Los que tienen más valor.

-Mejor sería que mostraran su valor en otras cosas -insistió con tono seco Astrid- y no en pelearse como chicos. A mí cada vez que oigo hablar de esas peleas o justas me duele el estómago y me da ganas de molerlos a palos a los que pelean y a los que aplauden. Espero que nunca se te ocurra jugarte la vida así, porque te mato.

-¡"Dulce muerte la del honor, dulce vida la del amor" – Magnus cantó la vieja canción con voz fuerte, y mostrando a su amada una sonrisa pícaro y simpática-.

Mientras tanto nos estábamos internando en un bosque hermoso. Era muy tranquilo nuestro andar entre árboles añosos por donde se filtraban rayos de sol que, acompañando el bamboleo de nuestros caballos, pintaban todo con manchas de luces doradas.

Peligro a la vista

Pero no iba a durar mucho esta bucólica vista. A la mañana siguiente, cuando me desperté, me llamó la atención que Magnus estuviera hablando animadamente con los soldados. Cuando me acerqué a preguntar, vi a mi amigo con la espada en la mano y a los soldados que lo despedían con gesto marcial. Cuando estuvimos solos me dijo:

-Malas nuevas. Tenemos compañía: salteadores de caminos. La guardia escuchó algo a la noche y esta mañana encontramos pisadas. Están cerca de aquí. Deben haber venido a ver cuántos somos. Seguramente van a intentar atacarnos antes del mediodía. Tenemos lo más preciados para ellos: algo de oro y caballos. Debemos prepararnos para resistir. Te tengo que pedir un favor. Quiero que te quedes con Astrid. Eres mi amigo y Astrid es lo más importante de mi vida. Si me llega a pasar algo, te la confío. Llévala de vuelta a Mildal. Y a mí... entiérrame allí, cerca de ella. Moriré pensando en ella y que estaré a su lado.

Desde lo espeso del bosque venían ruidos sordos. Los pájaros escapaban ruidosamente hacia el cielo. Magnus explicó su estrategia al sargento. La orden fue que los soldados prepararan sus caballos, pero que no subieran a ellos, sino que les pusieran encima todas las mantas y carga que encontraran, y que formaran con ellos un círculo defensivo alrededor de la carreta. Los caballos bien protegidos contra las flechas y los soldados cubiertos por ellos y los escudos, se salvarían del primer embate. Si pasábamos ese momento, la experiencia de los hombres de guerra y su armamento se tenía que imponer a la horda de ladrones. Paulus Romanus y yo, por ser hombres de Iglesia, tuvimos que escondernos en la carreta para no ensuciar nuestras manos con sangre, a pesar de mis protestas de que podía ser vigía, sin necesidad de ensuciarme las manos.

Comenzó el ataque

Los momentos siguientes fueron muy tensos. Un graznido quebró el silencio. Al instante siguiente nos vimos rodeados de voces y gritos que buscaban asustarnos y darse ánimos. La banda que nos atacó era como un pequeño ejército de facinerosos mal vestidos. Primero nos envolvieron en una nube de flechas que llenó de silbidos el aire. Después vino una descarga de pedradas que golpeaban por todos lados, retumbando como si sonaran tambores. Casi inmediatamente lanzaron algunas lanzas y hachas. Y recién entonces los vimos aparecer con sus espadas y picas para rematar a sus víctimas.

Pero sus víctimas no estaban para ser rematadas sino para pelearles la vida. La estrategia de Magnus funcionó a la perfección. Sus soldados, que estaban escondidos detrás de los caballos, les sacaron las mantas y montaron. Al instante siguiente estaban gritando con más fuerza que los atacantes, que eran más, pero venían de a pie. La pelea se puso tremenda.

La carreta era un caos. Todos estábamos acostados en el suelo por las flechas y las piedras; Astrid quería salir a defender a su amado y era retenida por la señora Liv; Paulus Romanus

tironeaba hacia abajo los cueros del costado, que yo levantaba para poder ver lo que pasaba. En un momento vi como el jefe de los bandidos saltaba sobre uno de los caballos de la carreta y tomaba las riendas. El forajido empezó a azuzar los caballos con la intención de llevar la carreta y su contenido hacia donde estaban sus compinches. Magnus vio la maniobra y se acercó espada en mano para impedirlo, pero al darse vuelta, un artero flechazo dio en el hueco que dejaba su coraza al levantar el brazo. Magnus quiso desconocer el golpe, pero la herida era muy profunda y su brazo no le respondió.

El maldito que azuzaba los caballos comenzó a lograr su cometido y la carreta empezó a moverse hacia donde estaban nuestros enemigos... Mi Maestro se puso a rezar en voz alta y Astrid lloraba de impotencia en brazos de la señora Liv, mientras los ladrones vivaban a su jefe, que estaba birlándoles a los estúpidos soldados una carreta con toda su carga.

Lo que voy a escribir ahora, lo voy a poner como me lo contó Magnus. Y la única razón de que lo hago así, es que no me acuerdo lo que sucedió.

El Fraile Cruzado, hijo del Gran Thor

“... Cuenta el Príncipe Magnus, que en ese momento de la derrota injusta, se abrió el cuero grande que hace como de puerta delantera de la carreta y apareció un joven con mirada de loco, vestido de novicio dominico, armado con una gran cruz procesional. El poseso se paró en el asiento del conductor del carromato y gritó "Masturbator Magnus", al tiempo que le revoleaba un cruzazo al jinete asaltante. El pobre tipo voló por los aires y quedó colgado de una rama baja. Desgraciadamente una pedrada perdida dio en la testa colorada del que blandía la Cruz, quien no pudo disfrutar de ver la desbandada que logró su acción contra el jefe de la banda.”.

He copiado lo que cuenta el Príncipe Magnus, pues no desperté hasta mucho después. Debo confesar que todavía no puedo creer lo que pasó y el cielo me ha dispensado una amnesia sobre todo ese episodio, que ayuda a que mi orgullo no se regodee en mis fuerzas, sino en las que vienen del Señor.

Cuando me desperté, Astrid me abrazó, la señora Liv me llenó de besos y mi Maestro me felicitó por mi valentía y la excelente pronunciación del latín. Lamentablemente tuvimos heridos, entre los cuales estaba Magnus, cuya herida es grave. La flecha había penetrado hondo y él no se había aguantado de perseguir a los ladrones y golpear a los forajidos que huían con su jefe a cuestas.

La herida de Magnus prontamente se ha inflamado, a pesar de que la señora Liv la lavó con agua pura, colocó ella unas hojas que ayudan a curar las heridas y sus fiebres y la vendó cuidadosamente.

Todos rezamos por su curación. Los soldados decidieron acompañar a Astrid, haciendo guardia al lado de su jefe. Para ellos, Magnus es una revelación. Seguramente pensaban que era un tonto joven enamorado y se encontraron con un Príncipe que arma estrategias, que es valiente y de la raza de los que se aguantan el dolor. Algo también les pasa conmigo, que hasta ahora era algo así como una sombra para ellos, y ahora me he convertido en uno de ellos, al que denominan; "El fraile cruzado, hijo del Gran *Thor*", el mitológico Señor del Martillo Mágico que por más que lo arroje lejos, siempre vuelve a sus manos. Sin mérito de mi parte, estoy recibiendo un gran honor: me están enseñando la *sordida verba suburba*, que es un latín de las clases bravas, que sólo ellos entienden y que les sirve para comunicarse cuando hay jefes o extraños cerca.

La posibilidad de que los ladrones de caminos volvieran nos obligó a seguir andando. Todos hubiéramos preferido detenernos hasta que Magnus se recuperara, pues su fea herida seguía sin querer cerrar. A pesar de sus protestas lo acostamos en la carreta y proseguimos el camino.

Públicamente el Caballero Rosado reta a duelo al Príncipe Magnus

Una tarde, cuando mi chichón estaba casi desaparecido, al detener la caravana para pasar la noche, nos encontramos una madera colgada de un árbol que decía "A media milla río con Puente de Justa de Caballeros". Astrid, que no se había olvidado de la explicación de Magnus sobre que hacían allí los Caballeros, se fue hablando sola a ver a su prometido.

-Magnus -le dijo-, estamos cerca del Puente de la Justa de Caballeros, te ruego des orden de volver atrás y buscar otro puente que cruce el río. No estoy de acuerdo con esas peleas y después de lo que te ha pasado, no estoy de ánimo para otro chiste de los tuyos.

-Astrid -le contestó Magnus-, tratando hablar tranquilo a pesar de la fiebre- quédate tranquila. Ningún Caballero va a retar a duelo a otro si está herido. Las Leyes de la Caballería son muy estrictas.

Lo que no sabía Magnus era que ya había sido retado a duelo en público. Seguramente alguien había comentado en el ya cercano mercado de Bodo, que un Príncipe había vencido a los forajidos del bosque y todo el mundo se alegró por ello. Especialmente el Caballero Rosado, quien

se alegró doblemente, pues odiaba a los ladrones de caminos y porque al fin iba a poder medirse con un Caballero de alto rango, al que ojalá ganase en pelea franca.

El Caballero Rosado, según pude constatar después, era un hidalgo pobre, cuyo padre le había legado dos cosas: Una tradición de hombría de bien y una armadura. Desgraciadamente, todos lo conocían por la armadura.

El milagro de San Eusebio hace nacer al Caballero Rosado

Su padre había hecho un voto a San Eusebio, un Santo Papa de principios del siglo IV, de quien se contaba que acariciaba la piel de los leprosos y le quedaban rosas en las manos. La causa era que le había salido al pobre hombre una úlcera en la panza, de las que llamamos "culebrilla de muerte rosa", porque tiene forma de serpiente rosada y todo el mundo sabe que si llega a rodear íntegramente la cintura, se lleva al cristiano con ella. Como el mal es de los sin cura y la úlcera rosa iba creciendo día a día, el voto fue de los más valientes: El Caballero enfermo juró que si San Eusebio, el Santo Patrono de la buena piel, lo curaba, pintaría su armadura de rosa y pelearía con ese color. El Santo escuchó su pedido y la víbora se fue convirtiendo en lombricita hasta un día desaparecer. El hombre, agradecido, cumplió su promesa y pintó su armadura de rosa.

Todo el mundo alabó la fe del hidalgo, quien como ya tenía casi cincuenta años y había quedado un poco delicado por la enfermedad, no pudo participar con su armadura de justas ni desfiles. Algunos años después, cuando sintió que el Señor lo convocaba a su Reino Celestial, llamó a su hijo y le entregó *in articulo mortis* lo más valioso que poseía, la preciada armadura. El hijo, emocionado, la recibió llorando y juró usarla con honor.

El problema vino cuando se la puso por primera vez. Nadie aguantaba la risa al ver a un Caballero vestido de hierro femenino. Mil veces intentó entrar en justas para que se conociese su valor, pero los otros Caballeros no podían pelear con él, porque se reían tanto que terminaban cayéndose de los caballos.

Un apesadumbrado conde de Bodo le pidió que, por favor y sólo por un tiempo, no se presentase en los Torneos que se hacían en su castillo, porque los lances caballerescos perdían seriedad y las Damas en vez de asustarse de la fiereza de los combatientes, lloraban de risa hasta gastar los pañuelos que estaban destinados a ser lucidos por sus galanes.

Agnetha, la amada del Caballero del Mostacho y del Caballero Rosado

El joven Caballero aceptó el pedido del conde, pero le dijo que no se quedaría en la región, que se marcharía lejos, a ganar fama. Volvería tan famoso que todos iban a tener que tragarse las risas. Estaba tan furioso que decidió no sólo pelear con su armadura de color rosa, sino adoptar un nombre relacionado. Desde ese momento decidió llamarse el “Caballero Rosado”.

Antes de partir, el joven fue a ver a su amada Agnetha, la hija del temible Caballero del Mostacho. Con dolor le contó su determinación y le aseguró que volvería para casarse con ella. Fue tan fogosa su declaración que agregó “vivo o muerto”. El Caballero del Mostacho, cuando escucho esto, le tiró con el casco que estaba puliendo. Por suerte para el Caballero Rosado, el padre de su amada era un guerrero muy valiente, pero de vista escasa. La dulce Agnetha por toda respuesta le entregó un pañuelo rosa que había bordado, jurándole que lo esperaría, también viva o muerta. El Caballero del Mostacho se tuvo que tragar las palabras de su hija, el color del pañuelo y las abolladuras del casco.

El Caballero Rosado se puso en marcha, decidido a ganar fama peleando. En verdad no pudo ir muy lejos. Su padre no había podido legarle el caballo que tenía, pues se fue al cielo de los caballos antes que su dueño. A pie, con una armadura pesada y sus armas a cuestas, anduvo como seis millas romanas. Cuando ya desfallecía de cansancio, se encontró con el puente estrecho que cruzaba el río. Allí se le iluminó la mente: Declaró a ese lugar “Puente de Justa de Caballeros”.

No era uno de los lugares habilitados por las leyes para las Justas. El pobre Caballero Rosado no podía llegar hasta donde estaban estos famosos puentes. No tenía ni caballo ni escudero. Por eso, pidió perdón a Dios y al Conde, y se preparó a luchar contra todos los que pasasen. Sabía que si perdía quedaría prisionero del vencedor y que si ganaba el Conde de Bodo lo iba a castigar severamente, porque al conde no le gustaban esas peleas sin motivo, pero no era vida que todos se mofaran de lo que su padre le había legado. Todo tenía su límite. Su meta era vencer a sus oponentes e imponerles que fuesen de pueblo en pueblo pregonando su valor y hombría.

Un desafío no muy claro, pero muy fiero

El Caballero Rosado se instaló frente al puente y aprovechó el que no pasaba nadie en ese momento para ponerse en condiciones de lucha. Como no tenía caballo y no se puede luchar de a

pié siendo “Caballero”, cortó un árbol con su hacha de combate, lo desgajó y armó con el tronco y las ramas más gruesas algo que, desde lejos –muy lejos- parecía un caballo. Colocó el árbol exactamente sobre el medio de una gran piedra que le llegaba casi a la cintura. Y se subió para probarlo

Seguramente se acordó del famoso juego de niños de las ferias, llamado “subi-baja”, que según donde tenga más peso, uno de los extremos del árbol se inclina hacia abajo y el otro se levanta hacia arriba, levantando o bajando al que está sentado encima. La prueba fue satisfactoria: el árbol subía o bajaba según inclinaba su peso y el de sus armas. Desde lejos parecería que el Caballero montaba un corcel que se encabritaba o galopaba... Desde muy lejos y entrecerrando los ojos.

Cuando terminó, casi extenuado por el viaje, el peso de lo que llevaba y el arduo trabajo, escribió el cartel de desafío. Yo, que lo leí con mis propios ojos, puedo asegurarles que su texto era valiente y claro, pero no feliz: “Caballero que quieres pasar el puente, pelea conmigo o tu padre, u madre y tu abuelo u abuela, son maricones en el futuro. ... Y desde ya te contesto: ¡Que te recontra!”. Debo reconocer que, a pesar de mi poca experiencia en literatura caballeresca, el cartel de desafío no parecía un clásico, pero sí desafiaba a cualquiera.

Esa noche el Caballero Rosado se acostó extenuado y durmió de un tirón. A la mañana siguiente se levantó bien de madrugada, rezó su oración a la Señora y se vistió con la armadura rosa para pelear a todo el que intentase pasar. Con la armadura puesta y sin escudero no le fue fácil subir al caballo vegetal, y más difícil fue interrumpir el sube y baja, que se inició sin su voluntad. Al final pudo quedar en un equilibrio inestable. Cuando dirigió su mirada hacia lo que le rodeaba, constató que la neblina matutina no dejaba ver a más de dos palmos de las narices.

Insultos antes de matarse

Cuando se estaba quedando congelando dentro del hierro pintado de rosa, observó que algo se movía cerca de donde había puesto el cartel de desafío. Se caló el casco, bajó la visera y se apoyó en las espuelas, por lo que su caballo troncal perdió el equilibrio, se fue hacia delante y él quedó mirando la tierra. Esto no le impidió ver que algo grande se movía cerca del cartel y hablaba consigo mismo a los gritos:

-¡Justo hoy que el conde de Bodo me pide que lo represente, portando las armas del condado, en la capada de ovejas Saltstraumen, me tengo que topar con un imbécil suelto! ¿No tengo bastantes problemas ya? ¿Quién puede hacer un desafío tan estúpido?

-Problemas vas a tener a partir de ahora –le contestó el Caballero Rosado-. Prepárate a ser vencido, y a tener que...

La niebla no permitía ver casi nada y los dos se habían emperrado en hablar sin sacarse el casco, por lo que, en medio de la desierta y fría mañana, parecía que las voces salían del infierno. Todo preanunciaba desgracia y al fin se oyeron las palabras malditas.

-¡Sal de mi camino, hijo de una tunante estúpida!

-¡Más tunante será tu hermana! –retrucó el Caballero Rosado-.

Ya todo estaba dicho. Se habían mentado a la madre y a la hermana. Ya no había paz posible. A partir de ese momento sólo cabía discutir las condiciones y consecuencias del combate.

-Sostén con el cuerpo lo que dice tu boca. El combate será a primera caída de caballo -bramó desde la bruma el Caballero que debía llegar a Saltstraumen apenas se levantara la niebla-. Estoy apurado, imbécil.

-Te tragarás tu imbecilidad... –respondió encendido el Caballero Rosado-. Si gano, tu caballo será mío, tu quedarás de escudero hasta que aparezca otro Caballero valiente que, después de derrotado, marche por toda la comarca pregonando mis virtudes y la integridad de mi honor. Prepárate que no habrá rescate, ni lloro que te devuelva la libertad hasta que todo Bodo venga a buscarme con seriedad y respeto.

-Toma buena nota –contestó el Caballero condal -que me voy a quedar con tu caballo, tu armadura y las pulgas de tu alma... y que por tus palabras ofensivas a tan santa mujer, como es mi madre, porque hermana no tengo, te cortaré el bigote y te obligaré a entregar un pelo a cada habitante de Bodo, diciendo que ella es lo más grande.

El Caballero Rosado hizo un esfuerzo grande para ver si podía ponerse en posición de arriba en el tronco sube y baja, pero no lo logró. Mientras tanto, el otro Caballero preparó su lanza y enderezó su caballo hacia el bulto de donde venía la voz en medio de la niebla.

Cuando el Caballero Rosado escuchó que el oponente le preguntaba si estaba listo, contestó con un sí de dientes apretados y al oír el galope pesado del caballo que venía a su encuentro, encomendó su alma a Dios, con fuerza apretó la lanza e hizo el último intento de salir de la posición de mirar la tierra en que había quedado su árbol caballar. Ya sentía cerca los ruidos de hierros y

aceros cuando pudo subir el tronco y ponerlo en posición de “arriba”. Entonces gritó con toda su fuerza: “¡Por Agnetha!!!”.

Caballero vencido, al suelo. Caballero vencedor, a las lágrimas

El otro Caballero que ya divisaba con más formas a su oponente, trabó su brazo al soporte de la montura, a fin de que no se le fuera para atrás y arremetió. Se asombró de que tardara tanto el encontronazo y que hasta le pareciera que su oponente no se movía, pero muchísimo más lo asombró el voto que había lanzado a los gritos su oponente. Pero, lo que lo desubicó totalmente fue que, justo cuando tensaba su brazo para el lanzazo, el caballo de enfrente se parara en dos patas. Su lanza, en lugar de derribar al estúpido bocón, se encontró con un caballo que parecía un árbol caído y al golpearlo se partió y lanzó a su dueño, su armadura y su asombro por el aire. Cuando andaba por el aire, pensó que se había enfrentado a un Caballero encantado. El golpe que dio su cabeza contra el suelo, le hizo bajar a la tierra.

El Caballero Rosado, no sin esfuerzo, se bajó de su árbol y se dirigió hacia el hombre caído. Lo intimó a rendirse y cuando no halló respuesta, le levantó la visera de su casco... Y se puso a llorar y a maldecir su suerte.

Al rato, el Caballero derrotado, con un dolor en la cabeza como si se la hubiesen martillado, se levantó y con pasos inseguros, y con dignidad fue a entregar su espada. En lugar de encontrar a un Caballero encantado encontró a un pobre hombre que de rodillas rezaba: “Haré lo que pidas, buen Señor, si se salva este hombre”.

El Caballero perdidioso quiso agradecer el gesto y se acercó para tranquilizar a su vencedor de buen corazón y se encontró con el Caballero Rosado... ¡El novio de su hija Agnetha! Las palabras de agradecimiento se trocaron en interjecciones sin terminar. Desgraciadamente para él, el voto había sido hecho y ya nada podía salvarlo. Así fue que, según las Leyes de la Caballería, el Caballero del Mostacho quedó prisionero de su futuro yerno, el Caballero Rosado.

Agnetha y su dilema mortal

Y no fue fácil. La cosa se supo en el pueblo y los días transcurrían con la gente que se acercaba al puente para ver al de la armadura rosada, a escuchar las maldiciones que profería su futuro suegro y admirar “el caballo mágico”. Hasta el conde de Brodo iba disfrazado a entretenerse

con ellos. Los jóvenes despreocupados llenaron la región con carteles anunciando el nuevo Puente de Justas de caballeros.

Cuando la dulce Agnetha iba a visitarlos, debía cuidar de consolar a su amado y de calmar a su padre, que pedía a los gritos que alguien viniese y le ganase al Caballero Rosado, para poder verse libre y terminar semejante comedia. Pero nadie aparecía con intenciones de cruzar el puente. Los Caballeros se reían un rato de la armadura rosada y de las maldiciones –cada vez más cargadas - del Caballero del Mostacho y volvían a sus casas. Sabían de lo que es capaz la locura del honor.

Por ello, cuando se supo en el mercado de Brodo que un Príncipe había vencido a los famosos ladrones del bosque, las amigas de la dulce Agnetha le susurraron que fuera a contárselo a su amado, así éste lo retaba a duelo, con nombre y apellido. Un Príncipe no podría negarse. Eso aseguraría que dieran una buena paliza al tonto de su novio, liberaran a su padre del voto, y le quitaran de una vez por todas la famosa armadura rosada.

No había terminado Agnetha de contar -sin el comentario de las amigas- que el novio escribió un cartel de desafío personal y lo plantó sobre el camino a Bodo: “Caminante – decía - ve y dile al Príncipe vencedor de salteadores que el Caballero Rosado lo reta a duelo. Si no viene todo el mundo sabrá que es un Príncipe medio maricón, dicho con todo respeto”.

El primer caminante que mencionó el desafío tuvo que soportar que Astrid y la señora Liv lo corrieran, escoba en mano, a través de los campos de Dios. Pero después hubo otro y otro, hasta que no hubo escoba que pudiera impedir que el Príncipe Magnus se enterara del desafío.

Magnus se entera de que lo han retado a duelo en público

Las fiebres proseguían su trabajo destructor. Su rostro estaba macilento y como sin sangre. El efecto de los emplastes que le ponía la señora Liv impedían que se extendiera la infección, pero la herida no cicatrizaba.

Cuando Magnus se enteró del reto que circulaba por la región, se incorporó en el lecho en medio de su fiebre y pidió a uno de los soldados que hacía guardia a su lado, que se adelantara y le comunicara al Caballero Rosado que su desafío era aceptado y que ya se dirigía para allá.

Astrid se colgó del pie del soldado y estuvo casi un día abrazada a su pie. Al final, hecha un mar de lágrimas, atendió la solicitud del pobre soldado que le dijo que tenía obligación de cumplir la

orden y le pedía disculpas, pero no aguantaba más retener otra necesidad que, por respeto a la princesa, se estaba conteniendo desde hacía muchas horas.

Mientras el soldado hacía lo suyo, un centinela se acercó y anunció que la dulce Agnetha, la prometida del Caballero Rosado, quería ver al señor Príncipe que había vencido a los forajidos del bosque.

Astrid salió al encuentro de la joven hecha una fiera y todos nos preparamos para asistir a una Justa de Damas, pero al rato presenciamos un abrazo conmovedor. Astrid compadecía la desgracia de la dulce Agnetha y Agnetha consolaba la preocupación de la valiente Astrid. Durante un largo rato lloraron juntas la mala suerte de ser mujeres enamoradas de muchachos valientes, pero obsesionados por el honor.

Magnus, al escuchar las voces de dolor, preguntó de qué se trataba y cuando le comentaron que Agnetha había venido a verlo, pidió que la hicieran pasar a la carreta donde estaba acostado.

Astrid y Agnetha pasaron a su presencia. Como lo conozco a Magnus fui en busca de Paulus Romanus. El Príncipe es incapaz de decir que no a alguien que le pide un favor, y más en un tema como éste, donde la súplica sería que acepte el desafío, que le gane a su prometido y libere a su padre, pero cuidando de no lastimar mucho al infeliz contendiente. Si lo conocía bien, no habría fiebre que lo detuviera. El estar medio muerto no era causa de no salir en defensa de una Dama que le pedía un favor. Quizá lo fuera el estar muerto entero.

Cuando nos asomamos a la carreta, Magnus estaba hablando. Se notaba el esfuerzo que hacía para demostrar que se encontraba bien, pero su aspecto y su mirada de falso brillo lo traicionaban y hablaban también de que sólo la valentía lo inspiraba.

Astrid y Agnetha, mujeres de corazón

-Señora Agnetha, –decía Magnus- como ves ya estoy recuperado y nada impide que acepte el reto de vuestro Caballero. Espero vencerlo con la gracia de Dios y libertar a tu padre de su voto y a tu prometido de su armadura.

-No, señor –contestó la dulce Agnetha -. Te agradezco tu buen corazón, pero Astrid me ha contado de tu herida que todavía no se ha curado...

-Astrid es como mi madre, –replicó el Príncipe-. Para ellas un fiebrequita es motivo de gran preocupación. Ve y dile al Caballero Rosado que se prepare, que Magnus de Noruega quiere cruzar

lanzas con él. Que su fama ha llegado hasta mí y que no descansaré hasta enfrentarme con él y su fama.

Un acceso de tos le interrumpió el tradicional elogio del contrincante e hizo llorar a Astrid y a Agnetha. Paulus Romanus nos pidió a todos que saliéramos de la carreta y lo dejáramos solo con el Príncipe. Astrid se quedó conmigo y juntos esperamos que el Maestro convenciera a mi amigo de que se dejara de amolar con sus bravatas:

Magnus es más duro que una piedra -nos desanimó Paulus Romanus-. No hay manera de convencerlo cuando se emperrea con algo. Argumenta como un fanático de esos con los que uno no quiere seguir discutiendo, sino pegarles un golpe. Merecería un chirlo real. No sé qué hacer.

-

Los Caballeros y la muerte

-En este momento lo mejor es dejar solo a Magnus –me dijo cuando nos quedamos solos -. Ha decidido pelear y los que ponen en juego su vida sufren un gran cambio. La proximidad de la pelea les hace fluir la sangre a la mente y no puede dejar de pensar lo mismo una y otra vez. Los nervios se tensan hasta el máximo de su resistencia. Es la *Mortis Praesentia*. La muerte ronda en esos momentos y cada uno responde como puede a sus interrogantes. Los valientes rechazan que su presencia espanta al simple mortal, pero como son nacidos de mujer, saben que es posible que la condena pendiente que tenemos todos, se cumpla en pocas horas.

Hay algo animal que resiste las seguridades que promete la Fe, y el hombre se encuentra solo frente a su destino mortal, con silencio de Dios en el alma. Por eso, desde los viejos tiempos de Carlos, el Martillo de Dios, o de Arturo, el Rey de los Caballeros de la Tabla Redonda, antes de la pelea, los Caballeros velan sus armas. En ese tiempo ocupan su cuerpo en posiciones de extrema rigidez y concentran su mente y su alma en pensar obsesivamente en el honor, la valentía, la dignidad, la fama. El objetivo es que no vayan a entrar en sus mentes miedo, dudas o conciencia personal, y que su cuerpo sufra espasmos al oler la Presencia de la Enemiga.

Algunos dicen que en ese momento hablan cara a cara con Dios. Para mí hablan fuerte para no escuchar la verdad. Soy un hombre de paz. Jamás aceptaré que el honor y el valor se demuestren de esta manera, por más que la historia muestre que los hombres tenemos una naturaleza mas inclinada a la agresión que al razonamiento, a la guerra que a la paz.

Estas palabras de mi Maestro me ayudaron a entender a mi amigo Magnus, que entró en una etapa de euforia. Exageraba sus manifestaciones de encontrarse bien y chanceaba con todos los

que pasaban cerca. Al saber que el Puente donde lo esperaba el Caballero Rosado estaba a apenas media hora de camino, propuso el siguiente día como fecha del encuentro. Después pidió que lo vistieran y que prepararan su armadura y sus armas de combate para velarlas, mientras un soldado llevaba la aceptación del duelo.

Antes de que se pusiera el sol vimos aparecer a Magnus. Caminando erguido se dirigió hacia donde habían puesto sus armas. Estaba recubierto ya de su loriga, la túnica de laminillas de acero imbricadas, que reviste el cuerpo hasta un poco más arriba de las rodillas.

Magnus y su enamorada velan las armas

-Magnus –le dije, acercándome-, ¿Estás bien? ¿Puedo hacer algo por ti?

-Quédate tranquilo -me contestó-. Estoy bien, pero no quiero hablar con nadie. Mañana voy a tener que combatir y no estoy en mi mejor estado, pero eso no importa si soy un Caballero Cristiano. Si Dios me ayuda y mi Dama me ama, no necesito salud ni fuerzas. Sólo valor. Tengo fe, tengo amor, tengo un caballo y una espada, un Maestro y un amigo, ¿Qué me puede faltar? Ahora déjame velar mi espada y encomendarme a la Señora.

Con lágrimas en los ojos lo abracé y me alejé en silencio. Su rostro estaba duro y mi abrazo palpó hierro y músculos en tensión. Unos soldados acudieron a su pedido que lo ayudaran a vestir la coraza. Las otras partes de su armadura, apoyadas sobre un arbusto, reflejaban los pálidos colores del fin del atardecer. Quizá influenciado por lo que me había dicho mi Maestro, no pude reprimir pensar que la armadura, parecía una hermosa y brillante cáscara, vacía de vida y espíritu. Una cáscara de muerte. Lentamente me volví hacia el grupo donde todos se afanaban en disimular que no sabían qué hacer. Busqué con la mirada a Paulus Romanus y lo vi entre los árboles hablando solo y gesticulando.

Agnetha sostenía y consolaba a Astrid. Vi en sus ojos lágrimas de dolor, silencio, respeto y mucha rabia. Al rato se desprendió de Agnetha y simulando que iba a buscar algo a la carreta fue tras Magnus.

Un tiempo después, me pareció prudente ir a buscarla. Encontré a Magnus con una rodilla hincada en tierra, con los brazos un poco distanciados de su cuerpo y las manos juntas levantadas hasta la altura de su boca, en la posición hierática en que los Caballeros oran. Me asusté al no ver a Astrid. Cuando ya estaba por salir a campearla, pude distinguirla a los pies de su amado. Se ve que no había podido convencerlo de los peligros y se resignaba a llorar a sus pies.

Estoy seguro de que Dios estaba recibiendo pedidos enfrentados: Magnus, pidiendo el don de la victoria, valor y hombría; Astrid, el don de que no hubiera pelea y si la había que no muriera su amado y que en todos los casos no desamparara a la pobre Agnetha. Yo no sé que hace Dios en estos casos, pero traté de ayudarlo, desde mi humilde lugar, sugiriéndole que saltara el día de mañana y que todos se olvidaran de lo que hoy pensaban. Sé que no es muy inteligente que digamos, pero una vez hizo algo parecido en Gabaón a pedido de Josué.

Después me levanté y con el mayor de los cuidados me acerqué hasta los dos enamorados y tomé de la mano a la prometida de mi amigo, quien se resistió un poco y luego dócilmente me siguió hacia la carreta, donde la esperaban la señora Liv y Agnetha. Cuando la dejé en sus brazos, no pude reprimirme palmeándole la espalda y decirle una estupidez, de las que me salen cuando estoy emocionado: " Descansa un poco, Astrid, que Magnus es Grande". Ella me sonrió y corrió la cortina con un sollozo. Ustedes saben que "*Magnus*" significa "grande" en latín.

El brindis del Caballero

Esa noche, después de rezar me derrumbé sobre mi manta. Tenía demasiadas emociones y miedos, pero el cansancio superó mis intenciones de resolver problemas y antes de que pudiera decirle "hasta mañana" a Paulus Romanus, o quejarme de la dureza de la montura como almohada, estaba durmiendo. A la hora me desperté y vi que la manta sobre la que duerme Paulus Romanus estaba vacía. Después de pellizcarme, para saber si no andaba en otra de mis pesadillas, me levanté y me fui hacia donde estaba Magnus rezando. Allí vi a mi Maestro. Estaba arrodillado al lado de mi amigo. En un momento se levantó y le acercó una copa para que bebiera. Magnus, que seguramente estaba abrasado por la sed, agradeció y de un trago vació la copa.

-Es sólo un poco de acquavit -me dijo Paulus Romanus cuando vino a mi lado-. Le he puesto un brebaje saludable que me dio el hermano Berengarius. Espero que haga efecto. Tú debes dormir ahora porque mañana te espera un día del que no te olvidarás fácilmente.

Yo esperé que el Maestro me diera un poco de acquavit sin brebaje, pero como no me dijo nada, me aguanté las ganas de pedirle un poco, a ver si cree que los del norte tomamos por placer y no por el frío.

Cuando iba hacia mi manta me llamó la atención no ver los guardias hablando junto al fuego, aunque escuché sus contraseñas, que me sonaron como dichas en tono extraño. Toda la noche la pasé dándome vueltas y soñando batallas, justas, peleas y sangre.

Sueños y realidad

El último sueño que tuve fue el más impresionante: Paulus Romanus estaba enfrente de mí, vestido íntegramente de soldado. A su lado había tres caballos. Uno de ellos estaba cargado con la armadura de Magnus y sus armas. Mi Maestro se inclinaba y me decía:

-Levántate, idiota, que no estás soñando. Vamos ayúdame, vikingo dormilón.

Y no era un sueño... Era la pura realidad ¡Paulus Romanus estaba vestido de sargento! Como un autómatas me despabilé y fregándome los ojos me levanté. Recibí las bridas de mi caballo y obedecí su orden de montar en silencio. No hablamos hasta dejar el campamento.

-Hijo mío, –me dijo entonces mi Maestro- ha llegado la hora de probar tu amistad con el Príncipe Magnus. Anoche me viste darle una copa de acquavit con un brebaje. Era un somnífero. El querido hermano Berengarius me lo dio por si nos encontrábamos en dificultades y necesitábamos huir sin ser perseguidos. No tiene casi olor y mezclado con el acquavit no se nota. El Príncipe lo tenía todavía en los labios y ya estaba soñando. Ahora tenemos que apurarnos porque no sólo a Magnus le di la copa del sueño. Todo el campamento brindó conmigo por el triunfo de nuestro Príncipe. Salvo las mujeres. Ellas saben de nuestra misión y desde anoche hacen las guardias y se intercambian las contraseñas, por si alguno se despierta un poco.

-¿Y qué hacemos cabalgando antes de que salga el sol? -pregunté - ¿Qué hace usted vestido de soldado? ¿Para qué llevamos la armadura de Magnus y sus armas? ¿Por qué dejamos el campamento?

-Cuando tengas muchas dudas, pregunta por orden y de a una pregunta por vez. Pero no es momento para clases de lógica formal. Te debo una explicación. Anoche no quise decirte nada, así descansabas. Además trajiné como un loco. Tuve que lograr que todos bebieran sin aprehensión, incluido Magnus. Después, desvestirlo a éste, llevarlo a la cama, preparar los caballos, cargar la armadura, desvestir al sargento, vestirme de guerrero, y despertarte... Pero no creo que sea esto lo que esperas como respuesta. la verdad es que vamos a la pelea del Príncipe Magnus con el Caballero Rosado. En este momento, yo no soy Paulus Romanus, sino el escudero del Príncipe. *Sí vis pacem para bellum*. Como buscamos la paz, preparamos la guerra...

-¿El Príncipe se sanó con lo que usted le dio? -pregunté un poco perdido-.

El que va a pelear no es Magnus

-El Príncipe duerme la mona más grandiosa que haya tenido en su vida, al igual que los soldados.

-¿Y cómo va a pelear así? -pregunté-.

-Dios, si fue capaz de crear el cielo y la tierra "*ex nihilo*", también puede convertir a un novicio dominico en Príncipe por un ratito... y hasta hacerlo combatir por una causa justa.

-¿Qué? -exclamé- ¡Lo qué? ¿El qué?

-Si vas a tomar cada uno de los adverbios y los vas a destrozar así –me replicó el Maestro- prefiero explicarte más mi plan.

Y así Paulus Romanus me explicó su plan: Magnus, que es un cabezón, iba a presentarse a la pelea con fiebre y debilitado, lo que podría acarrearle la muerte. Eso no podía ser. Tampoco se lo podía convencer de que no peleara. El objetivo primario del plan es lograr que no haya pelea y el secundario que la dulce Agnetha recupere padre y prometido. Ese era el plan de paz de mi Maestro.

-Todos en el campamento deben dormir –me explicó – hasta que esté "limpio el camino" y la comitiva pueda pasar por el Puente de Justas sin que Magnus tenga que poner en juego su vida. Nosotros vamos a "limpiar el camino". La mejor forma de hacerlo es que la pelea con el Caballero Rosado se haga bien temprano y que el "otro Magnus" logre la victoria en buena ley... o en ley más o menos.

-¿Qué es eso del "otro Magnus"? -pregunté, pensando que mi Maestro me estaba diciendo las cosas de a miguitas-.

-Un amigo es un *alter ego*. Y para no hacerla muy larga: El otro Magnus es un amigo de él, un copista dominico, que va a tomar su lugar en la pelea de Caballeros.

-¿Cómo?-pregunté azorado-. ¿Yo voy a tomar su lugar? ¿En una pelea?

-Esas tres preguntas -me replicó- se pueden resumir en una ¿Cómo el copista va a pelear en lugar de Magnus? Y la respuesta es muy clara: El novicio va a ocupar el lugar del amigo porque justamente es su amigo. Te voy a explicar con detalles esta parte del plan: No podía elegir a un soldado para hacer esta tarea tan, pero tan confidencial. Tenía que buscar a alguien cercano a su corazón y al silencio. Apenas lleguemos te revestiré con su armadura y retaremos al Caballero Rosado. Pondremos como condición que si ganas, deberá ser liberado el Caballero del Mostacho y la armadura rosa pasará a manos del vencedor.

-Pero el que va a ganar va a ser él. Yo la única vez que peleé fue cuando tenía cinco años, con mi hermana, la tercera... y perdí, salvo en las malas palabras ¿Qué va a pasar si pierdo?

El duelo está tan bien arreglado que no va a haber duelo

-No va a ver pelea -me contestó Paulus Romanus-. Si hay pelea se va a descubrir nuestro embrollo y te van romper el alma, el cuerpo y el karma, del que hablan los Maestros del Indostán. No quiero ni pensar la ira de Magnus si se entera que su Maestro y su amigo... Pero, no va a haber pelea. En nombre del Príncipe le voy a convidar a tu oponente un trago del acquavit con el brebaje de Berengarius. Esa es la parte crucial del plan. El Caballero Rosado va a quedar dormido, nosotros le sacaremos la armadura y liberaremos a su futuro suegro. La dulce Agnetha está preparada para contarle que él no se acuerda de la lid porque recibió un mazazo de su formidable contrincante que le produjo amnesia. Y así, todo habrá quedado en paz. Esta tarde cuando lleguemos con Magnus para la pelea aquí no va a haber nadie. Se va a suspender la pelea por no presentación de uno de los contrincantes.

- ¿Y si no le hace efecto el brebaje? -pregunté angustiado

-Yo confío ciegamente en Berengarius -me contestó- Además, tu vida está en manos del Señor y no va a querer perder a un buen copista, así como así.

Era imposible no confiar en el saber de Berengarius y no estar de acuerdo en que el Señor es un Buen Pastor, aunque no pude sacar de mi mente que alguien, que no era Dios, andaba toqueteando los hilos de mi vida. Por suerte pude entender que mi Maestro lo hacía por necesidad y con la mejor de las intenciones, aunque esto no bastase para salvarme del riesgo de que me rompieran la crisma bautizada.

-Yo en tu lugar mandaría al diablo al Maestro –me dijo Paulus Romanus- y lo menos que le diría es que ponga él su cuerpo. Entendería si te niegas a seguir. La única excusa que tengo es que soy demasiado viejo para parecer un Príncipe.

-Un amigo es un amigo –respondí sacando fuerzas no sé de donde- y cuando el amigo está en peligro, hay que hacer todo por él, aún a riesgo de perder la amistad de él y la crisma propia.

Me gustó ver sonreír a mi Maestro, aunque no me sacó los nervios. No había empezado a clarear todavía cuando vimos el pequeño río y el famoso puentecito. Mi Maestro me hizo desensillar para empezar a vestirme para la pelea, pues no podía llegar y que el Caballero Rosado me viera

con hábito. Paulus Romanus aceptó mi propuesta de no despojarme del hábito de Santo Domingo. En vez de felicitarme por mi adhesión a la Orden y sus símbolos, sólo masculló:
-Tienes razón. Déjate puesto que estas cosas de hierro herrumbrado te van a raspar hasta el intelecto potencial.

Lo vistieron para matar o protegerse de la muerte

Paulus Romanus me fue revistiendo como si fuera una ceremonia litúrgica en la Catedral de Reims. Al tiempo que me ponía las partes de la armadura, me iba diciendo los nombres de cada una. Yo era la primera vez que escuchaba esos nombres raros. Todo mentaba la posibilidad de muerte.

-“Esto te va a proteger los pies y se llaman "escarpes" –recitaba el Maestro-. Estas "grebas" te cuidarán las piernas... Lo mismo harán estas "rodilleras" y estas "musleras". ... Ahora te pongo la "escarcela", que te defenderá desde la cintura hasta la parte superior del muslo. ... Te estoy colocando el "peto" que cubrirá tu pecho. ... Esta es la "gola" que protegerá tu garganta.

A pesar de lo serio del momento, entre la loriga, que sentía como una camiseta de hierro y todas las pesadas piezas de la armadura que me apretaban por todos lados, se me ocurrió que era un chorizo en tripa de metal.

-El “almete de pico de gorrión” - me dijo mi Maestro-, sirve de casco protector de tu cabeza y protege tu cara y nariz. Te lo voy a colocar cuando estés arriba del caballo. Pesa una tonelada y no quiero que pasemos el papelón del siglo si no puedes subir al caballo o te hace caer de costado.

Antes de que pudiera decirle que el casco me iba a quedar grande, al igual que la armadura, que me bailaba por todos lados, tomó un cuerno y sopló en él. El sonido que salió me hizo saltar y golpear contra los fierros internos de la armadura.

El cuerno llama a los combates. Las reglas del duelo

Al Caballero Rosado, que estaba durmiendo cerca del puente, no le fue mucho mejor, pues saltó de su manta y empezó a correr desaforado, mostrando que el susto no es propiedad exclusiva de los novicios. Cuando se dio cuenta que se trataba del cuerno anunciando a un Caballero, quiso disimular su papelón e hizo como que estaba haciendo ejercicios de espada. De a poco volvió hacia

atrás, pateo la manta, para no evidenciar que un Caballero de su fama, necesitaba dormir e invitó a acercarse al escudero del Caballero:

-Si eres el escudero del Príncipe, acércate. Si eres escudero de otro Caballero, también, que yo puedo sostener miles de combates al mismo tiempo. Mi fama va a ser conocida hasta los confines del mundo. Acercaos.

Y así, usando un lenguaje arcaico y vanidoso encubría el susto que le había dado el cuernazo de mi Maestro, que ahora le contestaba, también con voz impostada:

-Caballero Rosado, Vuestra fama ha trascendido los límites de estas tierras y por eso el Gran Príncipe de Noruega, el imbatible Magnus, quiere cruzar lanzas con semejante hombre de valor, orgullo de la caballería pasada, de estos tiempos y de los que vendrán.

- Ya recibí ayer la aceptación de mi reto -contestó el Caballero-. El honor es absolutamente mío. Combatir con un Príncipe de Noruega, excede mis títulos y las máximas expectativas que alguna vez hubiera podido tener. Que el Señor Príncipe ponga las condiciones del combate, que éste Caballero, su vasallo, las aceptará gustoso.

-Las reglas que propone el Príncipe -respondió mi Maestro- son las de la Caballería del Norte, con una modificación. En vez de quedar cautivo, el Caballero que pierda, entregará al otro su armadura. No es que el Príncipe no tenga como un honor quedar en cautiverio del Caballero Rosado, sino que tiene un compromiso de *Bonum Populi* con el Rey, su padre. Si pierde, entonces, se compromete a entregar su armadura y mencionar el combate y su derrota en todos los pueblos por donde pase.

- Lo que el Príncipe diga es mi ley –contestó el Caballero Rosado-.

- El lance será, entonces, a lanza sin punta de hierro, con espada y maza; a primera caída de caballo; o a primera sangre, si caen los dos y el que resulte vencido entregará su armadura al otro. Que Dios sea el Juez.

Mientras escuchaba esto no pude dejar de mirar con admiración las armas de Noruega pintadas en el escudo de Magnus. La Cruz Escandinava en azul, remarcada con blanco en un campo rojo, brillando a los primeros albores de la mañana, me emocionó.

Lo cortés no quita lo valiente: Invitación a beber antes de romperse el alma

Paulus Romanus se acercó hasta donde estaba el Caballero Rosado, quien ahora tenía a su lado al Caballero del Mostacho, quien con la vista baja hacía de escudero. Con una copa en la

mano y haciendo gala de saber cabalgar a la perfección, mi Maestro desmontó y se la ofreció al Caballero Rosado.

-Mi señor, el Príncipe -dijo - Quiere que antes de combatir, bebas de su copa a su salud. Te desea, así, la mejor de las suertes.

El Caballero tomó la copa que tenía el brebaje de Berengarius y se dispuso apurarla, pero se detuvo y dijo:

-Dile a tu señor que tengo voto de no beber alcohol hasta que la dulce Agnetha, mi amada, me perdone haber ofendido a su padre. No voy a despreciar al Príncipe, pero él me permitirá que le dé la copa a este dignísimo Caballero del Mostacho, que hoy hace de escudero mío, pero a quien besaré pronto la mano como mi padre y señor.

Y antes de que Paulus Romanus saliera de su asombro le alargó la copa al Caballero del Mostacho, quien empujó la copa, gritó:

-A tu salud, Príncipe Magnus. Espero que le rompas el alma y las partes del cuerpo que no necesite mi hija a este futuro yerno mío, que sólo mis pecados me han regalado.

Paulus Romanus, cuando observó todo esto casi se cae de espaldas. Yo me quedé duro y de nervioso me agarré de las orejas de mi cabalgadura. Por suerte el caballo no era el corcel de Magnus, sino una yegua tranquila que usa Astrid, que se dio vuelta hacia mí y se quedó mirándome como asombrada y preguntándose qué mosca me habría picado.

La estrategia se vino abajo: ¡Va a haber pelea!

Mi mente redactó el final de mi crónica personal: "Hasta aquí llegó el copista dominico. El Caballero Rosado le clavó su lanza de madera en la panza. Rezad una oración por el tonto novicio agujereado".

Los que van a morir recuerdan lo que les pasó en la vida, pero yo no podía concentrarme: Si había fallado lo del acquavit con dormidera habría pelea, mis intestinos iban a quedar al aire, mi mamá iba a llorar como una bendita, Magnus iba a decir que no le avisamos y nos querría matar. ¿Matar?... ¿Acaso se puede morir dos veces? Deseé que no se le arruinara mucho la hermosa armadura a mi amigo y que Astrid pensara que fui un buen compañero.

También se me cruzó una dedicatoria para mi Maestro: la estrategia que había tramado se recordaría como "Plan Masturbator Magnus". Ante la desconsideración hacia la buena voluntad que él había puesto me consolé pensando que lo mío se remontaba a las viejas tradiciones noruegas,

donde los guerreros mueren con extrañas frases humorísticas en sus bocas, como le pasó al que buscaba a Gunnar y al asomarse a una ventana de su casa es atravesado por la lanza de éste. Cuando sus compañeros, desde abajo, le preguntan si está Gunnar en casa, el moribundo responde “El no sé, pero sí está su lanza”. O el héroe Atli, quien al recibir un lanzazo fatal dice “Ahora se usan estas hojas tan anchas “.

Dicen que los que están por morir se acuerdan de su vida. Yo no me acordé de mis distracciones, preferí distraerme de la verdadera lanza de hoja ancha que estaba apuntando a mi cabezota colorada.

Cuando escuché a mi Maestro gritarme ¡*Macte animo!*, Me di cuenta que si me gritaban “arriba el ánimo”, era porque tenía no sólo el ánimo por el suelo... Y se notaba. Sin hacer ningún otro comentario, Paulus Romanus me ayudó a colocarme el yelmo. Lo tuvimos que levantar entre los dos porque pesaba como una campana de monasterio grande.

La sensación que tuve fue como que me ponían una vaca grande encima. Apenas me movía se iba para uno de los costados y mi cuello quedaba doblado hasta que el Maestro me ayudaba a enderezarlo. La fiel yegua, que no sabía cómo protestar, sacaba la lengua y bufaba. El hábito medio mojado por el rocío de la madrugada, el frío de los metales de la loriga y de la armadura, y seguramente el miedo, me hicieron temblar con chuchos que recorrieron todo mi cuerpo. -No sé -me dijo Paulus Romanus- si enseñarte a usar el escudo y aconsejarte como dar una buena lanzada, o pegarle una palmada a tu caballo y que puedas huir por los campos. Prefiero encomendarte a Dios... Y perdóname.

Antes de morir toda promesa es válida

-Todavía no me morí -le interrumpí-. Deme su bendición, que ya habrá tiempo para la extremaunción.

La voz me salió medio débil. Paulus Romanus me miró fijo a los ojos. Mientras colocaba el escudo para que lo sostuviera con mi brazo izquierdo, me dijo:

-He conocido gente valiente, pero ninguno tenía tu linda letra. Siempre me gustó como escribías. Hasta cuando escribías en los ratos libres en Mildal... Porque los Maestros vemos todo. Hasta que ahora tienes miedo. Yo tendría más.

Yo no pude menos que reírme y hacerle la pregunta que me carcomía:

-Maestro si salgo de esta... ¿Algún día podré enseñar en alguna cátedra? ¿Usted cree que tengo condiciones?

-No tengo dudas, copista. Llegarás. Créeme, tu querido Santo Tomás te está esperando para que actualices su comentario a los *Libri IV Sententiarum* de Pedro Lombardo. De lo que no estoy seguro es que vayas muy lejos si apuntas la lanza para abajo.

Me puso tan contento lo que me dijo, que a pesar del peso levanté la lanza y la puse en alto. El banderín de la casa real noruega flotaba sobre mi cabeza. El momento era hermoso... salvo que enfrente tenía a un loco vestido de rosa, que le gritaba a su escudero, el Caballero del Largo Mostacho:

-Ahora se te ocurre dormir. ¡Justo ahora que necesito un testigo que cuente la fama que obtengo luchando con un Príncipe de sangre real! Si no te hubiera hecho tanto daño te maldeciría. ¡Ay si me viera la dulce Agnetha! Pero no puedo quejarme. Si no te hubieras cruzado en mi camino no tendría este excelente caballo y estaría combatiendo montado sobre un árbol.

En ese momento, desde atrás nuestro, se acercó alguien a caballo, que con suave voz dijo:

-Caballero Rosado, aquí tienes de testigo a alguien que no necesita de tus proezas ni de tus locuras para reconocerte el más valiente y el más amable de todos los Caballeros. Mi corazón está al lado del tuyo.

¡Era Agnetha! Yo quise gritarle que se acercara y le explicara al loco de rosa, que estaba a punto de perforarme, que todo era una farsa y que la terminara con tanto lío por una ruinosa armadura. Pero parece que las leyes de caballería son rígidas, pues Paulus Romanus, se acercó, me besó en la mano que sostenía el escudo y las bridas y me susurró:

Cada uno se encomienda a quien puede

-Los Caballeros del mundo se encomiendan a sus Damas. Piensa en la Tuya y en Santo Domingo de Guzmán y en tu Santo Tomás de Aquino, que te están mirando... ¡Y haz tu mejor letra, copista!

Me encomendé al Santo Fundador, a mi admirado Santo Tomás y pensé en la Virgen, aunque mi miedo me la representó como la Señora de la Buena Muerte. Como sentí que se me agarrotaba el cuerpo recité para mí el salmo 129 *Sustinuit anima mea in Verbo Ejus, speravit anima mea in Domino*, reafirmandome que si mi esperanza estaba en el Señor, mi alma se sostendría en Su Palabra.

Paulus Romanus se dirigió hacia donde estaba mi contrincante ya preparado, y a mitad de camino entre él y yo, nos gritó en lenguaje caballeresco:

-Cuando baje mi mano, arremeted. Que Dios sea vuestro Juez y os proteja.

De repente vi que bajaba la mano y que el Caballero Rosado comenzaba a galopar hacia mí. Yo sabía lo que tenía que hacer y lo hice, pero la yegua no.

-¡Vamos, matungo! –grité desesperado y me incliné hacia delante- ¡Corre!! ¡Vamos!! ¡¡¡Vamos!!!
¡¡Aunque sea camina, maldito!! ¡...Caballito, vamos, por favor! ¡Discúlpame, me olvidé que la nena es una yeguita! ¡...Linda, la yegüita! ¡A ver como corre, la nena?!

El Caballero Rosado viene a la carrera y su lanza apunta a la cabeza del contrincante

Esta última parte la hice ya con voz melosa porque el estúpido animal se había quedado con las cuatro patas abiertas, seguramente por el peso. Le había aflojado las riendas, le había gritado y le había susurrado, pero no se movía.

Mientras tanto, el Caballero Rosado se me acercaba dejando una estela de polvo detrás de él, y con su lanza apuntándome directamente a la cabeza. La última vez que lo miré estaba a unos pocos pasos. Entonces, pensé en mi mamá y me encogí dentro de la gran armadura.

El golpe fue terrible. Todo mi cuerpo fue lanzado para arriba. El lanzazo me levantó como si fuera un guinche. Fue un segundo en el que me sentí entre el cielo y la tierra. En el siguiente instante volví a caer sobre la yegua que por suerte seguía abierta de patas y me pudo sostener. Lo único que sentí fue un golpe grande, un ruido desgarrador y una corriente de frío que me entraba por arriba. Pensé que eso era la muerte y vi que no era tan terrible. Todo pasaba lentamente, como si se hubiese detenido el mundo. A lo lejos escuché la voz del Caballero Rosado que exclamaba:
-¡A la mierda! ¡Lo descogoté!

El frío que me entraba por arriba cobró otra dimensión, especialmente al oír a Paulus Romanus que venía corriendo a los gritos de:

-¡Me lo decapitaron! ¡Le sacó la cabeza limpita! ¡Dios mío, es culpa mía! ¡Pobre, muchacho!

¿Lo decapitaron de un solo golpe?

Así lo escuché, pero no me pareció lógico, pues me dolían el cuello y los hombros. Haciendo un esfuerzo pude constatar que la cabeza seguía en pie, a pesar de lo absurdo de la frase. Con un lento movimiento la libré de algún fierro suelto que la trababa y pude asomarme. Lo que vi no me gustó. A unos pasos estaba mi casco en el suelo. Entero y con la visera llena de astillas. Hasta yo pensé que me habían descabezado. De a poco pude darme cuenta que del miedo me había encogido hasta casi la mitad de la gran armadura. El golpe que me había asestado el Caballero Rosado había sido muy fuerte y había dado sobre el yelmo sin nada que lo sostuviera. Por eso lo había arrancado de cuajo y tirado al suelo.

-¡Esto es un milagro! -me dijo mi Maestro-. ¡Dios se encarga de cuidarte personalmente! Deja que agradezca al Señor primero...

Estuvo saltando y gritando un rato como un loco. Después vino hacia mí e intentaba besarme. Al fin se contentó con abrazarme.

- Ahora, escúchame –me dijo cuando pudo calmarse-: Si eres gato, te quedan seis vidas y vas perder las que te quedan si no peleas como la gente. ¿Qué es eso de quedarte esperando que te agarre la mole infernal de un Caballero a galope tendido?

-La bestia ésta no quiso moverse, Maestro. -le contesté - O quizá tenga mucho peso. ¡Hasta le rogué y ni se movió!

-¡Las espuelas, copista, las espuelas! -me gritó- ¡Usa las espuelas! ¡*Lupa mater!* con estos novicios de a pie!

No entendí por qué puteaba en ese momento, pero escuché lo de las espuelas y tomé buena nota de ello. El Caballero Rosado tenía la visera abierta y los ojos grandes como sol de amanecer.

Agnetha, que estaba parada mirando cómo se desarrollaba el encuentro, se estaba levantando del suelo a donde la había enviado el susto que le habían dado el jinete sin cabeza y su prometido descabezador. Ya Paulus Romanus estaba rearmando la justa e indicando que debía seguir:

-El Príncipe ha perdido su casco -nos señaló- y podrá recuperarlo sólo si ambos contendientes pelean en tierra. La pelea continúa... ¡A ustedes, Caballeros!

Todo se repite. La muerte vuelve a asomar su cabeza

Me pareció que volvía a entrar en un sueño terrible del que recién me había despertado. De nuevo el ruido del caballo de mi enemigo galopando como si fuese una máquina de muerte. De vuelta oler el miedo que me paralizaba y, seguramente por lo mal que me sentía, tuve un pensamiento indigno de un hijo de Santo Domingo. Con vergüenza confieso que deseé estar montado sobre *Sleipner*, el Resbaladizo, el famoso caballo de Odín, que tenía ocho patas, que le nacieron porque el diablo Loke lo hizo perseguir toda una noche a una yegua que... O sea: me distraje. Por suerte me trajo de vuelta a este mundo real, sentir que mi yegua se encogía y preparándose para el nuevo topetazo, cerraba los ojos. Yo la imité, cerré los míos, pero mi miedo me aconsejó también no dejar que las espuelas fueran de adorno. Creo que si la pobre yegua pudiera hablar diría que le llegaron hasta el tímpano, vía las verijas. Decir que salió como una flecha, creo que es poco. Salió como piedra catapultada por pólvora.

El primer salto que dio la noble bestia me enderezó la lanza. El segundo me la hizo bajar y el tercero me la hizo enterrar en la tierra. Y así, volé. Sí, volé por los aires como un pájaro de hierro. Al clavarse la lanza en la tierra, yo que la sostenía con mi brazo y la tenía apoyada bajo mi sobaco, me vi levantado hacia arriba y lanzado hacia adelante... Un salto mortal.

El Caballero Rosado ya casi estaba encima mío cuando mi lanza se clavó. Yo alcancé a ver mi lanza clavándose de punta en el suelo. Recuerdo que de repente me sentí ligero, demasiado ligero. Puedo asegurarles -bajo palabra- que para mí el vuelo duró un rato largo, pues me sentí acompañado de pajaritos de colores que piaban alegremente a mi lado.

El bravísimo y muy valiente vencedor de la Justa

Cuando bastante después desperté de mi sueño volador, estaba echado de panza sobre mi yegua, con la armadura todavía puesta, pero con las piernas colgando de un lado y el torso y la cabeza del otro. A mi lado, sobre el caballo que había transportado la armadura de Magnus, estaba la armadura rosada. Del otro costado escuché silbar. Al ver que me movía, mi Maestro se bajó del caballo y exclamó riéndose, mientras me ayudaba a montar como un hombre:

-Hoy aprendí que el celibato lo ha puesto la Iglesia para que los curas y los frailes no tengamos que padecer el sufrir hasta los huesos cuando un hijo está en peligro de muerte, como me pasó esta mañana a mí. Bueno, el parto ya terminó y... ¡Hoy tengo el honor de ser el escudero del famoso

Caballero Copista, vencedor de terribles guerreros! Hoy es tu día: revolviste las entrañas y los sentimientos de un viejo medio cansado de todo y obligaste a Dios a que descuidara cosas muy importantes en el cielo, el infierno, el limbo y especialmente en Roma, sólo para protegerte. ...Ahora ponte derecho, arregla un poco tu armadura y espérame aquí sin moverte mucho. ¡Sería capaz de regalar un libro mío para que te viera vestido así el hermano Berengarius!

Me dolía la cabeza como si la hubiesen usado de ariete, pero asistí a algo que no me esperaba. Junto al camino estaban los forajidos que nos habían atacado en el bosque. Hacia ellos se dirigió mi Maestro, llevando de la brida el caballo con la armadura rosada. Directamente se dirigió hasta donde estaba el jefe de ellos, al que yo casi le parto la cabeza con la Cruz procesional, cuando se montó a los caballos de nuestra carreta y quiso llevársela. Antes de que mi Maestro hablara se adelantó el jefe de los bandidos y dijo:

Los bandidos aclaman al Príncipe

-Señor, tú nos has llamado y venimos a verte, pero quiero decirte antes que nada, que nos sentimos muy mal desde que nos enteramos que atacamos a nuestro Príncipe real. Desde ese día ni yo, ni mis hombres podemos dormir en paz. Nos remuerde la conciencia y nuestras mujeres todo el día nos repiten que además de no servir para nada, ya no respetamos nada. Y nos han cortado los víveres. Todos... Queremos pedir perdón a nuestro Príncipe y someternos al castigo que él nos imponga. Como que me llamo Rowing, juro que lo cumpliremos sin protestar.

-El amado Príncipe Magnus, como nuestro Señor Jesús, -contestó mi Maestro- no quiere la muerte, sino el arrepentimiento. Desea que tu y tu gente cuiden el bosque para que no haya ladrones. Por este servicio os autoriza a cobrar un impuestito a los ricos que lo transitan, con la obligación de que un tercio sea para los pobres y un diezmo para las viudas. Para refrendar la amistad contigo te regala esta preciosa armadura pintada del color preferido de la Señora, Nuestra Madre. Aquí os dejo, Rowing del Bosque, el presente de Magnus, Príncipe de Noruega. *¡Dominus vobiscum!*

Paulus Romanus volvió su caballo hacia donde yo estaba y me susurró:

-Saluda de costado, que si el Rowing ése, ve que no eres el Príncipe, sino el que le marcó la cruz en la cabeza, por ahí tenemos problemas.

Pero Rowing y sus muchachos vivaban en mí a su Príncipe, su perdón y su regalo. Uno de sus hombres, vestido como un franciscano se acercó y en medio de reverencias, le entregó el

pequeño cuerpo de Cristo Crucificado de metal, que se había desprendido de la Cruz Procesional y había quedado adornando la testa de Rowing.

Cuando doblamos una curva, a un gesto de saludo de Paulus Romanus, se perdieron de nuestra vista y entonces mi Maestro me contó, que se le había ocurrido hacer eso para no tener que tirar a un río la valiosa armadura y que siempre es bueno recuperar para el redil unas cuantas ovejas perdidas del rebaño del Señor.

La historia se escribe después de los hechos

Luego, con mucha tranquilidad, me contó cómo había terminado mi lance con el Caballero Rosado. Parece que mi lanza se trabó en suelo, me hizo dar un salto mortal y volar hasta caer sobre mi contrincante, que venía, con el caballo a galope tendido con ganas de ensartarme de vuelta. Si tenía dolor de cabeza se debía a que mi cabezota había dado contra la coraza del Caballero Rosado, con tal fuerza que parecía que le hubieran dado con una de esas bolas de piedra que se tiran desde de las altas murallas a los que intentan tomar las puertas de los castillos. El caballo de mi contrincante cayó al suelo y el Caballero y yo quedamos entreverados de tal forma que Paulus Romanus tuvo que hacer bastante fuerza para separar los hierros. Como el pobre hombre quedó tan inconsciente como yo, mi Maestro aprovechó para desvestirlo de la armadura y entregarlo a la dulce Agnetha que, con una sonrisa de oreja a oreja, se desvivía tratando de revivir a su padre y a su prometido libres ya, uno de su bendita armadura y el otro de su vergonzante cautiverio.

- Ya estamos por llegar y tengo mucho que hacer - me dijo Paulus Romanus -. Lo primero de todo, desvestirte de la armadura de Magnus y ponérsela a él; después echarte un poco de agua fresca en esos chichones y raspadas que tienes por la cabeza y la frente; luego me tengo que desvestir y ponerle su ropa al sargento, que debe estar todavía tapado con mi hábito dominico. Espero que podamos hacer todo a tiempo.

Y se pudo. No fue fácil. Especialmente librarme de los abrazos de la señora Liv y de Astrid cuando supieron que hubo pelea en serio. Al rato mi Maestro estaba de fraile dominico y yo de fraile musulmán, pues las mujeres no me dejaron en paz hasta que me vendaron la cabeza, que me quedó cubierta con un vendaje en forma de turbante.

Magnus se despertó muy tarde, vestido con su armadura, que tenía dos o tres bollos, que por suerte no detectó. Cuando vio el sol alto, dijo

-Me he dormido, producto de mi intenso velar las armas durante la noche. Debemos recuperar el tiempo perdido y dirigirnos a toda prisa para la justa con el Caballero Rosado.

-Me parece -le contestó Paulus Romanus- que no hay prisa... Ni pelea. Hace un rato que se acaba de retirar un emisario de ese Caballero. Parece que perdió una pelea que tenía concertada desde antes con otro Caballero famoso y fue vencido en limpia y sangrienta batalla. Fue tan cruel que terminó con ambos contendientes luchando por el suelo. La suerte favoreció a su contrincante, quien se quedó con su armadura. Así que, querido Príncipe Valiente, a sacarse la armadura y a volver a los cuidados femeniles en lugar de ir a destripar semejantes.

-La dulce Agnetha -dijo Astrid tomándolo de un brazo y llevando al asombrado Príncipe hacia la carreta - te dejó el agradecimiento de su corazón por tu disposición a ayudarla y correr grandes riesgos, a pesar de estar muy enfermo. Quería quedarse hasta que despertaras para besar tu mano, pero le insistí en que fuera con su prometido, que en este momento la necesitaba más que nunca. Además, prefiero ser yo la encargada de darte los besos.

El vencedor obtuvo valiosísimos trofeos

Magnus trató de huir de las efusividades de Astrid y buscaba con los ojos algo que le diera pie a librarse de sus abrazos. Cuando lo encontró, se quedó duro.

-¿Qué le pasó? -preguntó señalándome-. ¿Le pegaron? ¿Volvieron los ladrones? ¿Le pasó la carreta por encima?

-Nuestro copista, -respondió mi Maestro- como os aprecia mucho, salió antes que amaneciera a rezar por ti y se cayó por un barranco que hay detrás de aquellos árboles. Creo que las señoras, verdaderas dueñas de esta caravana, como no tenían a su Príncipe para cuidar, se entretuvieron con él, armándole un exquisito turbante. Espero, querido Príncipe, que el golpe no le haya afectado a nuestro copista mahometano su buena letra y mejor corazón.

Habíamos quedado en que iba a decir algo así, pero no con ese final, que me hizo poner todo colorado. Ya al mediodía, con todos los hombres bostezando reemprendimos nuestro viaje, sin muchas novedades, salvo que a Magnus le llamó la atención que del bosque viniera vítores y que en un claro viera algo rosa que se movía y lo saludaba

Yo estoy escribiendo estas crónicas en una mesa que me han armado los soldados y donde puedo ir completando esta historia del Príncipe Magnus. Hace un rato vinieron a verme Paulus Romanus y Astrid.

-Esto es para ti. -me dijo la futura princesa entregándome una pequeña copa de plata con una cinta rosa. En ella tomaba su acquavit mi papá, Arthur Larsen. Quiero que sea tuya. Hoy jugaste tu vida por tu amigo y quiero que te acuerdes de nosotros en tus momentos felices. La cinta rosa es Agnetha. Antes de dármela, la besó y me pidió que te dijera que siempre va a rezar por ti. Yo no besé la copa... Espero que Paulus Romanus y Magnus me perdonen si prefiero besar directamente al copista coloradote y destripa Caballeros, al que quiero como al mejor amigo.

Y aquí estoy, copia que te copia estas crónicas, con mis plumas, tinteros y con mi copa de acquavit y su cintita rosada... Suerte que no hay ningún soldado cerca, porque vaya a saber el aspecto que tengo escribiendo con la punta de la lengua afuera, la sonrisa en toda la cara y el turbante medio ladeado.

Terminé de escribir este capítulo en las cercanías de Bodo, a los veintidós días del mes de septiembre, en el año treinta de la fundación de nuestro Convento de Mildal.
Yo, el copista

Quinta Parte: Melgarejus sanat

Doble pedido de ayuda

Hace días que estamos acampados al pie de una gran sierra. No hemos podido adelantar mucho en nuestro camino hacia Trondheim. Ya estamos en los comienzos del otoño. Es necesario marchar antes de que vengan los fríos. Magnus, nuestro Príncipe y mi amigo, está mal. No ha mejorado de su herida. La mayor parte del tiempo sufre fiebres y delira. Paulus Romanus ha mandado al mejor jinete de la escolta para que busque al Rey, le cuente el estado de su hijo y le pida que mande urgente un médico. También, por si se retrasa la ayuda real, ha mandado otro jinete hacia Mildal, al hermano Berengarius de nuestro Convento, para que mande alguna pomada o jalea, de esas casi mágicas que él conoce. Al enterarse de todo esto Magnus sólo se dedica a hablar mal del médico real. No sabemos si es producto de sus delirios o no.

Todas las tardes Astrid sube hasta un punto desde donde se ve el camino que trepa hacia las sierras y se queda mirando y rezando. Una tarde me crucé con ella cuando volvía y le dije que sabía que los musulmanes rezan mirando hacia a la Meca, pero no sabía que los cristianos hacen algo parecido. Ella me sonrió tristemente y me dijo:

- Suerte, hermano, que ustedes me dan fuerzas. Magnus está mal y vengo a ver si llega la ayuda. La herida está cada vez más roja y suelta un pus espeso y amarillento. Se la pasa diciéndome que no tolerará más enemas y sangrías. Nosotras nos reímos porque no le hemos hecho nada de eso. Nuestras curas son emplastes de hierbas buenas y paños de agua pura. Pero él insiste y maldice constantemente a un tal Melgarejus.

El Cantar de los Cantares

Me fui a visitar a mi amigo y al escuchar sus quejidos recé para que llegue pronto el médico y puse agua fresca en el pañuelo que cubre su frente. Al rato, cuando me retiraba, al ver el silencioso dolor de Astrid, me compadecí de ella y quise ayudarla a superar su angustia. Se me ocurrió, entonces, copiarle en un pequeño pergamino una cita del Cantar de Los Cantares. Yo sé que se refiere al amor de Dios, pero sé que Él no se va a ofender si un pobre copista ayuda a la prometida de su amigo a tener un poco más de esperanza. Le di la copia asegurándole que en unos días, Magnus pronunciaría esas mismas palabras. La cita es del segundo poema, que dice:

...Levántate, amada mía,
Hermosa mía y ven conmigo.

Porque, mira, ha pasado ya el invierno,
Han cesado las lluvias y se han ido.
Aparecen las flores sobre la tierra,
El tiempo de las canciones ha llegado.
Ya se oye el arrullo de la paloma...

Al decimoquinto día, cuando la cosa seguía de mal en peor, a lo lejos vimos aparecer un grupo de a caballo con la bandera de Noruega desplegada. La noticia corrió de boca en boca: ¡Dios había oído nuestras preces! Mientras nos apretujábamos para recibirlos yo entoné el final del *Pange lingua*, el himno de Santo Tomás de Aquino: “Al Padre y al Hijo sean dados alabanza y júbilo, salud, honor, poder y bendición”. Astrid prefirió expresar su alegría a los gritos. Creo que era tanta, que por eso busqué el espíritu y no la letra en sus “¡¡¡Bien, carajo!!!”, himno anónimo, anterior en varios siglos al mío.

Al frente de los soldados venía un sargento de gran cuerpo y mirada esquiva. En medio del grupo sobresalía un hombre vestido de negro.

El médico real acude en ayuda

Yo nunca había visto un médico en mi vida, pero supe que él lo era. El tesoro máspreciado del hermano Berengarius en Mildal era una copia del *Herbarius* de Diocles de Karisto, donde al lado de las propiedades de las plantas, aparecían imágenes de médicos famosos. Como para no reconocer que era un galeno: Una amplia capa negra cubría su cuerpo. Todas sus vestiduras, incluido el sombrero, eran de terciopelo también de color negro. Unas puntillas le sobresalían por el cuello y las mangas de la camisa. La barba majestuosa e impresionante imponía respeto, al igual que una gran maleta de cuero negro que llevaba atravesada sobre su montura. No pude ocultar la felicidad que me brindó el descubrimiento de que se trataba de un médico:

- ¡Es el médico! ¡Yo vi que vestían así en el Herbarius!

Pero lo que no aparecía en los dibujos del *Herbarius* era la voz ni la mirada de los médicos

- Sí, soy un hombre perito en el arte de sanar. Me imagino que eres un fraile de la Orden de los Predicadores y no de los Boquiabiertos Sonrientes del Herbarius. Ayúdame a bajar.

Me tragué la sonrisa y lo ayudé a desmontar. El hombre era imponente, lleno de autoridad.

-Espero -me dijo- que habiendo frailes aquí no sea necesario que yo cumpla con lo decretado en el Concilio de Letrán.

Instalé una sonrisa en mi cara e hice todos los esfuerzos que la vergüenza me multiplicaba para recordar lo que decía el Concilio. Como siempre que me pongo nervioso, logré un buen resultado, pero en otra cosa: pude recordar que la mayoría de los Concilios se habían realizado en Asia. Sólo había habido cuatro Concilios convocados en el viejo palacio lateranense, sede de nuestros Sumos Pontífices desde los tiempos de Constantino.

- El concilio de Letrán... Claro. Estéeeee... Buenoooo... –me vi respondiéndole y mirando a ver si llegaba Paulus Romanus para ayudar-.

- El Santo Concilio de 1215 decreta textualmente – me recitó engolado-:” Puesto que la enfermedad es a veces causada por el pecado, declaramos y decretamos estrictamente que cuando los médicos del cuerpo son llamados al lecho del enfermo, ante todo ordenen llamar al médico de las almas, de modo que, después de restaurar en ellos la salud espiritual, la aplicación de la medicina pueda ser de mayor beneficio, ya que habiendo sido removida la causa, desaparezca el efecto”.

Las mujeres bien lejos

Tanta sabiduría memoriosa me conmovió. Iba a contestarle que Magnus estaba en gracia de Dios, como todos nosotros, pero no me dejó. Saltando como si lo hubiera picado una víbora, gritó:

- ¡Fraile, dile a esta mujer que se mantenga lejos! El juramento hipocrático me obliga a mantenerme casto y alejado de las mujeres que rodean al enfermo. ¡Sólo sirven para complicar las cosas y hablar y hablar! Aunque ésta fuera muda no conviene tenerla cerca. Su afán por salvar al enfermo es la peor medicina. Son las que llaman desesperadas a los médicos y después saben más que ellos.

Mientras Astrid se quedaba con la boca abierta y los ojos inyectados en rabia, Paulus Romanus se acercó y le hizo al médico una reverencia de las que seguramente se usan en las cortes. Vi satisfacción fatua en los ojos del médico. Yo tosí y traté de tapar las maldiciones que Astrid decía de costado.

- Soy Melgarejus – se presentó el médico a Paulus Romanus-. Tengo el honor de ser el médico de la Casa Real de Noruega.

-Bienvenido, Maestro –contestó Paulus Romanus, todo ceremonioso-. La fama de tu nombre te precede.

-Es justo que así sea –manifestó orgullosamente el médico-. Hace casi cincuenta años que soy el médico de la Corte.

-¡Cincuenta años! –exclamó mi Maestro, adulándolo-.

Esta exclamación desató una verborrágica presentación del médico:

-¡Mas que una vida! Nací hace una eternidad en *Locus Augusti*, lugar al que ahora llaman Lugo, en Hispania. Soy discípulo del gran galeno Arnau de Vilanova, cuya fama excedió la escuela de Montpellier y se extendió por el mundo. La historia de cómo llegué hasta estos remotos lugares se relaciona con Kristine, la princesa noruega que fue a España a casarse con el Rey Alfonso el Sabio y murió en aquellas lejanas tierras. A su padre, el Rey noruego le llegaron versiones de que había muerto de tristeza, por lo que pidió al de Castilla una explicación. La explicación llegó pero como cuarenta y pico de años mas tarde, a causa de las guerras en España y a que el viaje es de una punta a la otra de nuestro mundo. La cosa no terminó allí, pues ésta comitiva volvió a España con el encargo de traer de vuelta a Noruegas sus restos. Pero como en España se había convertido su sepulcro en lugar de peregrinación, los religiosos de Covarrubias empezaron a recoger testimonios solicitando que se dejara a la princesa en su Colegiata. Muchos años después salió una comitiva de religiosos, nobles y médicos con este cometido hacia Noruega. Yo, que recién terminaba en Montpellier mis estudios con Arnau de Vilanova, conseguí que me designaran ayudante del médico enviado por el Rey de Castilla para explicar la causa de su deceso. El buen hombre no soportó el larguísimo viaje y se murió en tierra de los daneses dejándome a cargo de la parte médica.

¿-Y cómo llegó a ser el médico de la Casa Real de Noruega? -preguntó mi Maestro, aguantando las ganas de decirle que Magnus estaba grave, que pasara ya a revisarlo y que terminara con su parla-

-Entré a servir en la Corte con el abuelo del Rey actual, o mejor dicho, con su abuela, pues ella me consiguió el puesto después de que yo la curé de su mal de calores. Una verdadera cura milagrosa, pues la convencí de que en estos congelados lugares es una gracia divina tener los calores que ella odiaba. La Reina lo consideró una revelación y me hizo quedar para curar a sus amigas, aquejadas de males parecidos. Desde hace casi cincuenta años lidio con los Reyes de estos pagos y sus hijos... pero ninguno tan terrible como Magnus. Usted no se imagina.

Ser médico no es fácil.

- Bienvenido seas, doctor –interrumpió Paulus Romanus-. El Príncipe Magnus ha sido herido hace muchos días y su herida no cierra. Está débil, con fiebres y delirios. No tiene fuerzas para levantarse de la cama. Casi no come.

- ¡Magnus! ¡Siempre un tipo rebelde! ¡Hasta cuando jugaba a los soldaditos! Bien... con lo que has dicho ya casi tengo el diagnóstico. Estoy convencido de que se trata del caso número siete del *Corpus Hippocraticum*. Pero respetemos el método: Como decía el gran Arnau de Vilanova, si el paciente está confesado –cosa que me imagino con tantos dominicos cerca- hay que comenzar rápidamente, pues el médico llega cansado y el enfermo está o muy contento con su llegada o preocupado por lo que le va a cobrar. Así que vamos a tomarle el pulso a Magnus.

- Hombre práctico vuestro coterráneo –comentó Paulus Romanus-

- Para ser médico hay que ser práctico. Galeno decía “largo y penoso es el camino de la experimentación, pero nos conduce a la verdad. El sendero de la especulación es corto, pero inútil, pues no conduce a ningún lado”.

- Principio al que adhiero – filosofó Paulus Romanus- cuando se trata del conocimiento sobre las cosas prácticas.

-Sobre esas cosas trabajamos los médicos y no tenemos tiempo para las otras. Ya lo señalaba Hipócrates: “La vida es breve, el arte es largo, la ocasión fugaz, la experiencia engañosa y el juicio difícil”. Ser médico es muy peligroso, pues se la toman con nosotros, como si fuésemos culpables de que todos los seres humanos se tienen que morir. Ya lo decía Esculapio: “Medico, no esperes gratitud. Si tu enfermo llega a sanar se deberá a su robustez; si muere, tú eres el que lo ha matado”. Por eso respeto tanto a Arnau de Vilanova que enseñaba: “Toma el pulso al paciente, analiza la sustancia, calidad y color de la orina y promete esperanza al enfermo; pero a sus parientes diles que es un mal difícil y que va a padecer mucho. Así, si sana lograrás buen nombre y alabanza; y si muere, sus amigos dirán que ya habías desesperado de curarlo”.

Yo iba detrás de ellos, tomando nota mentalmente de sus dichos y oscilando entre la admiración por las citas que este hombre hacía y algo en mi interior que me daba miedo por tanta seguridad desbordante.

Así, mostrando modales altaneros, el médico se dejó conducir hasta la carreta donde estaba Magnus, sin dejar de hablar y dirigiéndose sólo a Paulus Romanus, seguramente porque pensaba que era el único digno de su atención.

-A este muchacho Magnus lo conozco desde que era bebé y sé que es de mal carácter. ¡Justo a mí me van a correr con mal carácter! -y dirigiéndose la Astrid y al señora Liv, que intentaban subir a la carreta, les gritó:-

- No, las mujeres se me quedan afuera, que el Príncipe tiene que orinar y yo quiero estar presente, pues no va a ser la primera vez que me cambian la orina porque la del paciente no está muy presentable que digamos a los ojos de las señoras.

Astrid me miró con cara de “lo ahorco siete veces”. Me pregunté por qué me miraba así a mí y llegué a la conclusión que iba dirigida *prima facie* contra el médico, pero que la *lupa mater* de sus ojos, era una puteada dirigida al conjunto de todos los varones de todos los tiempos.

Hay que ayudar a Magnus a hacer lo que tiene que hacer

Los largos pelos de Magnus estaban empapados de transpiración y le daban un marco terrible a sus ojos hundidos y a los huesos de su cara, que sobresalían agudamente hacia fuera. Al ver al médico se incorporó sobre los almohadones, cerró los ojos con fuerza y musitó:

-¡Jesús, ayuda! ¡Melgarejus! ... Enema”.

-Bien me conoces desde que eras chico -le contestó el médico-. Sí, soy Melgarejus. Vine a salvarte. Estoy contento que sea todo un heredero al trono quien pruebe mis nuevos enemas de salvación, que no fueron pensadas ni por los grandes sabios del Oriente, Grecia, Roma, Montpellier, Salerno y otros lugares. Ahora orina que quiero ver -como enseñaba Arnau de Vilanova- en qué parte del orinal se detiene la espuma. Si queda en la parte de arriba, es un problema de cabeza, más abajo del pecho y si queda en las partes inferiores, el problema está en las partes pudendas anteriores o posteriores. Vamos, orina delante de mí, pues así lo recomienda el Maestro en su *De Cautelis Medicorum*, donde enseña como evitar las constantes trampas que nos tienden para ver si sabemos o somos unos charlatanes.

Magnus estaba como ausente. Paulus Romanus oraba en silencio y hacía que no escuchaba. O escuchaba y hacía que oraba.

-Fraile chico -la voz de médico se dirigió a mí- cierra esa boca abierta y ayuda a que el Príncipe se pueda sentar. Si no puede orinar por sí mismo, voy a hacer como las gatas que ayudan a las crías a orinar apretándoles la vejiga. Si no surte efecto le aplicaré un enema diurético que...

La ausencia de Magnus desapareció al escuchar esto y comenzó a hacer lo que el médico le exigía. Mientras lo sostenía sentí su cuerpo húmedo y caliente. Sobre mi hombro sentí su aliento fétido y un susurro que decía:

- Amigo mío: Enemas, no. Por favor. No me dejen en sus manos. Melgarejus licua a la gente. Yo quiero vivir.

Al acomodarlo nuevamente en el lecho, quedó a la vista su hombro. La herida es un gran tajo cuyos labios están abiertos. Una aceitosa mezcla de sangre con pus sangre con pus mana de allí. Me sobrepuse a la repugnancia e intenté absorber el pustulento líquido con un lienzo que había sobre una mesa.

El médico pone en su lugar a todos

- ¿En qué escuela has estudiado medicina?! –Me gritó Melgarejus-. ¡No sabía que Santo Domingo de Guzmán había fundado una escuela de médicos! Cuando quiera que hagas algo te lo diré. Mientras tanto mantén tus manos lejos de mi enfermo.

Di un paso atrás y me puse más rojo que de costumbre. Por suerte vi que Paulus Romanus me hacía seña de que me quedara tranquilo.

-Haces bien en decirle a tu discípulo que se calme -le señaló Melgarejus que estaba mirando de reojo-.

Un golpe en la puerta de la gran carreta donde estábamos interrumpió la molesta situación. Era la señora Liv acercando toallas y agua tibia para limpiar la herida.

- ¡Pero aquí todos son médicos! -gritó Melgarejus, mientras echaba destempladamente a la mujer-.

... Es para limpiar el pus -se disculpó con dignidad la ama-.

-¿Por qué no van a limpiar las verduras? -explotó el médico. ¿No saben la definición de médico? “*Vir bonus sanandi peritus*”. “*Varón...*”, ¡no una mujer! ¡Fuera!

Yo conocía la clásica definición y nunca la había cuestionado, pero en ese momento, al detectar en la mirada de la señora Liv, la misma mala palabra que noté en la de Astrid, hacía sólo un rato atrás, me pregunté si lo de varón no era una forma de decir, hasta llegué a pensar que la Virgen era médica sanadora y curaba lo que quería, pero, empecé a confundirme. Algo me decía que Melgarejus era puro humo de soberbia. Tuve que detener esta afirmación porque me pareció que me estaba vengando de él, puertas adentro de mi mente, cosa que está mal y que ni siquiera sirve para sacarse el justo enojo. A veces me ha pasado que me he trezado en discusiones de este tipo durante horas y luego me he sentido peor, y hasta con culpa por no haber sido más caritativo.

- Estas mujeres se creen sabias -peroraba a los gritos Melgarejus- y no han leído un libro en su vida... ¡Y si lo leyeron lo entienden siempre al revés! Galeno dijo muy claramente que hay un

pus bueno para las heridas, lo llamaba *laudabilis pus*. Si el pus es digno de alabanza, la herida cerrará. En este caso el pus todavía es sucio.

- ¿Pero la higiene tan recomendada por los Santos para el alma y los médicos para el cuerpo, no es aconsejable también para las heridas? -Paulus Romanus preguntaba poniendo cara de tonto.

- Los médicos no tenemos que andar como los filósofos explicando cada palabra –retrucó Melgarejus-.

- Me pareció haber escuchado algo así en París... -aclaró humildemente Paulus Romanus-.

-La Universidad de París quizá sea buena en cosas no prácticas –contestó Melgarejus secamente-. De los famosos 1.200 libros que dicen que tiene su biblioteca, sólo nueve son de medicina. Esto es sabido por todos y en mi caso lo constaté, porque entre ellos hay uno que quería leer, “El Havi” o “Vida virtuosa” de Al Razi, que tiene una de las primeras descripciones de la viruela y el sarampión, pero que a mí me interesaba porque el árabe es de la idea de aplicar purgantes para los males. ¡Un precursor mío!

- Me refería -aclaró Paulus Romanus- a algunos Maestros de mi orden dominicana que...

- Por suerte, –cortó Melgarejus- el concilio de Clermont prohibió el ejercicio de la medicina a los monjes y el de Tours a los clérigos. “*Ecclesia abhorret a sanguine*” dijeron, así que no voy a discutir sobre esto.

- Lo mío era sólo una pregunta -indicó, un poco picado Paulus Romanus- y hacía referencia a hermanos de mi orden que ejercieron la medicina y aún la ejercen cuando sobreviene la necesidad. Además, la prohibición de los concilios se refiere a la cirugía, que hoy día está quedando en manos de barberos y médicos militares.

Astrid muestra su alma femenina y voluntaria

- A los médicos se nos reconoce por curar a los enfermos y no por sofismas teóricos -apuntó Melgarejus, que demostraba estar en pleno ataque de ira santa-. Y si quieres que diga la verdad, lo hacemos muy bien, si no ya hubiéramos desaparecido en manos de los parientes de los difuntos. Ustedes, si pierden una “*disputatio*” con otro Maestro, se juegan la fama, nosotros nos jugamos el pellejo todos los días, con los pacientes, las amas, los deudos y la Inquisición, que más de una vez confundió médico con mago y sarna con demonio colorado. Sólo uno sabe las cosas que hay que hacer para salvarse y tener un poco de oro para la vejez.

Mi Maestro no contestó. Sólo bajó la cabeza. Yo que lo conozco, estoy convencido de que lo hizo por Magnus.

- Por suerte -proseguía Melgarejus-, yo soy partidario de Erasistrato, que ya en el siglo V antes de nuestra era, atribuía las enfermedades a un elemento patológico, que llamaba “plétora”, o sea, la sobreabundancia. Las personas enferman por tener más sangre de la necesaria, o más alimentos de los que necesitan. Esa es la causa de que las venas exploten, o que les agarre una apoplejía de Dios y Señor nuestro. Eso obliga a que la cura sea desangrar a los enfermos o purgarlos.

Al escuchar esta última palabra, el Príncipe Magnus se incorporó sobre su lecho y gritó:

- ¡Purgas, no! ¡No dejen que me purgue! ¡Maestro! ¡No lo dejen, me va a matar! ¡Astrid! ¡Copista, hermano!

- Cállate y no gastes tus pocas fuerzas invocando ayudas imposibles -lo retó el médico-. Sólo desvarías. Es mejor que te calles. Para tu consuelo tengo una gran experiencia en casos como el tuyo. Vengo de la escuela de Montpellier, donde nos enchastrábamos estudiando anatomía en cadáveres de cerdos, pero eso no nos impedía estudiar a Hipócrates. Fíjense lo buena y santa que es la escuela de Montpellier, donde estudié, al igual que Arnau de Vilanova, que entre los egresados de ella figura hasta un Papa, Juan XXI, quien fue elegido Pontífice Máximo en 1277, y es autor del *Thesaurus Pauperum*. Lamentablemente murió violentamente cuando se le desmoronó encima el techo, donde había unos espejos en los que él estaba admirándose.

En ese momento se asomó Astrid, quien seguramente había escuchado que Magnus la llamaba y sin mucha consideración por el médico le preguntó a su prometido si estaba todo bien. Magnus no pudo contestarle porque sus protestas le habían consumido las pocas fuerzas que tenía. Al observar esto, le echó una mirada dura al médico y dijo:

- Quiero ser muy clara con Usted, médico. Si le va a dar le algún medicamento a Magnus, exijo que me lo de primero a mí.

El médico no le respondió. Abrió su gran maleta y empezó a sacar frascos y probetas. Cuando el silencio se hizo denso, habló pero dirigiéndose a Paulus Romanus:

- Esta mujer se cree que los médicos somos curanderos. ¿Cómo explicar a un alma femenina que los verdaderos médicos nos encargamos de limpiar el cuerpo, como Ustedes, los religiosos, se ocupan de limpiar las almas? ¿Conocerá esta mujer que lo más importante es purificar el cuerpo con hierbas purgantes y eméticos? ¡Suerte que soy un varón probado, pues a la insolencia de sus palabras y mirada, podría responder haciéndole tomar de un trago una buena

pinta de oximiél, la mezcla de miel y vinagre, que convierte el estado sólido de la materia en estado líquido y hasta gaseoso, antes de expulsarlo para siempre del cuerpo enfermo. A veces tengo ganas de citar el libro de Arnau sobre los venenos, cuyo primer capítulo se refiere a las enfermedades de las mujeres, que figuran allí porque son “creaturas venenosas” ... Cuando esta dama salga voy a comentar mi diagnóstico.

El duro diagnóstico: Bilis negra

Paulus Romanus, al ver que la cosa no iba a ser sencilla si Astrid se enojaba, me hizo una seña para que la acompañara afuera. No fue fácil. Tuve que soportar dos codazos, tres puntapiés y unas diez maldiciones dichas en voz ronca y baja en mi oído derecho, pero que iban dirigidas al médico. A regañadientes aceptó salir, pero con la condición de oír lo que el médico decía. Ya abajo del gran carromato, le supliqué que se mantuviera tranquila, que si no el que iba a llevar la peor parte sería Magnus. Entonces observé que la señora Liv, nuestro sargento y sus soldados estaban rodeando el carromato, con las orejas pegadas al cuero que lo revestía. -Están aquí – me dijo Astrid, anticipándose a mi condena de “escucha inmoral” - porque aman a Magnus y no le tienen confianza al médico “pavo real” que nos han mandado. Vamos, acerca la oreja.

La señora Liv se corrió, hizo correr al sargento y nos dio el mejor lugar. Entonces fui todo oídos.

-...Mira, hermano dominico, como que me llamo Melgarejus, los ojos de los legos sólo ven la superficie de los problemas. Creen sólo lo que ven u oyen. El sentido común es su guía y los lleva hacia la estupidez: Una lastimadura es una herida. ¡Suenen campanas por la noticia! La ciencia descubre lo que hay detrás de los accidentes que ocultan la sustancia. Ven la herida y no se dan cuenta que el problema es mucho más serio y sólo los Maestros del Arte de Curar lo detectamos. Si alguien tiene un absceso o es mordido por un perro rabioso, las buenas viejas ignorantes vendan la herida, pues creen que el enemigo viene de afuera. En cambio, Arnau de Vilanova nos enseñó que hay que hacer sangrar la mordedura porque el enemigo ya está adentro.

-¿Es grave? ¿Qué padece el Príncipe? – La voz de Paulus Romanus mostraba preocupación-.

- Te lo voy a explicar en palabras sencillas: Lo que padece el Príncipe es la patología descrita en el caso séptimo del *Corpus Hippocraticum*: “El paciente yace boca arriba, inmóvil, casi sin

hablar, con insomnio, con momentos de agitación, con algo de fiebre que lo hace beber íntegramente el cántaro; tiene orina espesa, como la de las bestias de carga...”

- Pero -interrumpió Paulus Romanus- ¿No es eso consecuencia de su herida?

- Yo no interrumpiría alguna disquisición tuya sobre las partes del alma o los coros angélicos. Estaba describiéndote la respuesta que Hipócrates dio a una pregunta del gran Demócrito. Lo que te dije, lo complementa en su epístola a Domagetus, donde señala la existencia de una “bilis” que no es amarilla, ni proviene del hígado. Una que proviene del bazo y que es de color negro. Por eso la llamó “*atrabilis*”, o sea: bilis negra.

-Yo creía que sólo había bilis amarilla... –reflexionó como para sí Paulus Romanus”

-Tan negra es que Sorano, el famoso médico del siglo II, el primero en describir los órganos femeninos para terror de tus colegas teólogos, lo llamó “melancolía”, que en griego significa “bilis o hiel negra “. Al respecto dice que se presenta en la flor de la edad. Ese Maestro describe estos casos diciendo que se mezclan momentos de gran jovialidad con otros de tristeza y desconfianza. Todos conocen la jovialidad de este Príncipe, especialmente yo, que he tenido que soportar sus chanzas y bromas. Ahora está en la contracara: triste, melancólico, casi diría, llorón. Los pacientes de esta enfermedad pasan de las euforias a las depresiones constantemente. Las bravuconadas de antes y las tristes quejas de ahora sobre mi persona y tratamiento, muestran ese ir y venir de la enfermedad. Como si fuera poco, bien señala Sorano, que estos enfermos sufren también de paranoia o sea, la sospecha constante de que se traman males contra ellos. Magnus me mira mal, porque está temeroso y desconfía de todo lo que se le acerca.

-Pero -intentó comentar mi Maestro -, el joven Príncipe...

- No he terminado todavía con mi diagnóstico. El gran Celso remarca que la enfermedad se manifiesta en la juventud y Celio agrega que puede ser detectada en la primera infancia por el *amaru aspectu*, que fue tan bien descripta por Agustín de Hipona: “La triste y envidiosa mirada con que el niño mira a su hermano o colactante”. Bien; este ha sido mi diagnóstico. No hay error posible. Las viejas comadres lo describirían como que la herida le produjo debilidad y ésta le trajo melancolía, pero como acabo de explicarte es al revés: Se trata de un melancólico al que hay que restablecerle los humores. La herida sanará por añadidura.

Terapéutica para la melancolía o bilis negra

-Ya veo -comentó Paulus Romanus-. Pero me llama la atención. Yo no lo he visto nunca melancólico. Me imaginaba que la herida le provoca las altas fiebres y que éstas lo hacían delirar un poco y estar decaído. Me pareció que una vez curada la herida...

- Creo haberte ya respondido. Espero que no haga falta volver a repetirte cada una de los argumentos. Es un caso de melancolía. Bien. Hecho el diagnóstico, ahora veamos la terapéutica aplicable. Yo veo dos pasos: el primero reestablecer el orden de los humores corporales y el segundo librar la mente de esas fantasías o imaginaciones biliosas. Vamos a empezar por purificar su cuerpo mediante los apropiados evacuantes. El ruibarbo, la frángula y el jugo de hojas de aloe vera (el acíbar) serán para el inicio. En este punto a los clásicos purgantes, vomitivos y sangrías habrá que añadir el “elébora”, un purgante y vomitivo que sirve en los casos de locura, tanto que se ha convertido en el símbolo de la medicina contra la insanía.

- ¿No será muy fuerte eso, dado el estado del Príncipe? -preguntó Paulus Romanus-.

- Lo único que se cura con cariño es la falta de afecto, padre mío. Si llegáramos a excedernos con los evacuantes, podemos detener el proceso con una infusión de pétalos de rosa, sauce blanco, ortigas y salvia, que detienen hasta una catarata. Tenemos que lograr la catarsis de las cosas estancadas en el cuerpo y eso se logra con los purgantes. Ellos expulsarán los fluidos desequilibrantes del cuerpo. Entonces, los humores dejarán de estar enloquecidos y buscarán su propia ley. Hay que volver a poner orden. Si uno ordena una casa sin haber limpiado antes, el orden será precario, pues el desorden ya está abajo. En poco tiempo volverá la podredumbre.

-Usted es partidario, entonces, de darle una gran purga al Príncipe... ¿Aún en este estado? - insistió, a pesar de todo, Paulus Romanus-.

-Sí –contestó rápidamente el médico -. Y no una, sino todas las que necesite: laxantes, purgantes, vomitivos, sangrías... Necesito limpiar profundamente su cuerpo. Ahora voy a mandar a las inútiles mujeres, que no saben hacer otra cosa que molestar, a que preparen una gran marmita de melaza de remolacha, un buen tazón de aceite de bacalao y una palangana de aguas salinas tibias. Mañana, apenas haya descansado del viaje voy a aplicarle una señora enema. Si no hace efecto inmediato, apelaré a la retama negra y de seguir mal la cosa, será tiempo de un buen vomitivo de cocción de bulbo de narciso, que van a dejarle el cuerpo más limpio que recién bautizado.

Tratamiento energético en el alma y el cuerpo

-Disculpe, doctor -comentó serio Paulus Romanus-. ¿No es un tratamiento demasiado energético?

-Mi Maestro Arnau de Vilanova sostenía que “el médico debe ser casto, haber ciencia, uso y experiencia, ingenio, buen juicio y debe ser osado en las situaciones seguras y temeroso en las peligrosas”. Yo en este caso estoy seguro de mi diagnóstico. Es un caso de melancolía.

Necesito limpiar su cuerpo. Después intentaremos la catarsis de su espíritu y limpiaremos su mente, que es allí donde veo el problema.

- ¿Cómo es eso de la catarsis de su mente? ¿Es una purga espiritual? - preguntó Paulus Romanus-.

- Caro frate mío -respondió Melgarejus-. En esta enfermedad, la limpieza del cuerpo es sólo preparatoria de la otra limpieza, la del alma. En un caso de melancolía como éste hay que limpiar el alma de la bilis mala y de los otros malos humores. Hay que lograr que los despidan hacia afuera. Magnus se ha puesto triste, no puede moverse, apenas puede pensar, habla con dificultad. Hay que limpiar a fondo su alma.

-¿Y cómo logras esa limpieza?

-La Medicina es un arte y una ciencia. No se la puede explicar en una charla. Pero intentaré aclararte algo. *Natura morborum medicatrix* decía Hipócrates. La naturaleza es la única que cura las enfermedades. A lo largo de los años los médicos fuimos descubriendo que la naturaleza cura usando los contrarios. Los excesos se curan con excesos del tipo contrario. Cecaumeno enseñaba que cuando uno ha hecho desarreglos con su cuerpo, hay que ayunar, guardar cama y no enfriarse, o sea ir hacia el otro lado para restablecer el equilibrio. ¿Sabes cómo se cura un feo asiento en el estómago? Pues con su contrario: la limpieza, o sea una purga. ¿Cómo se curará un mal asiento en el alma, un asiento de bilis negra? Pues con una purga del alma. ¿Cuál es la purga para el alma triste, llena de oscura hiel?

En este punto el médico hizo un silencio de esos importantes, de los que usan los oradores para anunciar algo de mucho peso. Cuando se hacía casi insostenible, prosiguió:

-... Los sumerios ya hablaban de la “Planta de la Alegría”. Helena de Troya, que, siempre tuvo bastantes motivos para sufrir de melancolía, fue la primera en usarla para no morir de tristeza... y terminó siendo adicta. De ella se dice que inventó el disolverla en vino. Galeno la prescribía diluida en alcohol y miel.

-¿De qué planta hablas? ¿Cuál es el nombre de ese remedio?

El alma se cura con la alegría, que también existe en forma de planta

- Algunos la llaman –contestó esquivo Melgarejus- *Papaver Somniferum*. . Y - para serte franco- no me gusta hablar con dominicos sobre este tema, pues temo que alguien puede malentender lo que digo y yo tenga que explicar mis dichos a un señor con capucha y antorcha.

-Cuentas con mi palabra y mi juramento de no hablar -dijo solemnemente Paulus Romanus-. Que no logre mi salvación eterna si hablo.

-Te creo y eso espero, aunque he visto tantos juramentos hoy y mañana una traición, que mi boca se llamará a silencio por un rato. Ahora necesito sacarme el polvo del camino, refrescar la garganta y comer algo no muy pesado, pues no quiero que me tengan que friccionar la parte baja de la espalda hasta lograr “el trueno o chasquido” que, como decía Arnau, anuncia la cura del empacho. En la comida continuaremos nuestra charla.

Y sin esperar respuesta, el médico bajó de la carreta y se dirigió a una tienda que le habían armado los de su comitiva. No se imaginan las estupideces que tuvimos que hacer los que estábamos con la oreja pegada a la carreta para que no se notara que estábamos escuchando todo. El médico miró con desprecio nuestros raros movimientos y con voz acostumbrada a mandar llamó al señora Liv y comenzó a darle órdenes secas de lo que tenía que preparar para la mañana siguiente.

Paulus Romanus solicita ayuda para un caso de vida o muerte

Paulus Romanus bajó detrás del médico, me apartó del grupo y con mirada preocupada, me dijo:

-Necesito tu ayuda. Cálmalas a Astrid y dile que también necesito de ella para salvar a Magnus. Coman con Melgarejus, denle charla. Yo me encargo de que la señora Liv le prepare un buen festín. Si estoy yo se va a cuidar con la bebida. Necesito que suelte la lengua. Sírvele todo el acquavit que puedas. Necesitamos que hable y cuente qué va a hacer. Tengo miedo que en vez de curarlo termine matando a Magnus. Te insisto coman con Melgarejus e inventen algo sobre mi ausencia. Ahora me voy a pensar una estrategia.

No fue sencillo convencerla a Astrid de que se mostrara simpática con el médico. Sólo por respeto a Paulus Romanus aceptó, pero me dijo que ella no iba a permitir ningún tipo de ofensas del matasanos, especialmente las dirigidas a ella, o a las mujeres.

La señora Liv preparó para esa noche un pequeño banquete. Nos sirvió estofado de cordero y lutefisk, a la manera que en el sur preparamos el bacalao. Para el médico trajo una buena jarra del mejor acquavit y dos jarras grandes de cerveza espesa. Seguramente por instrucciones de mi Maestro, a mí me sirvió un gran vaso de agua noruega, o sea, fría. Reconozco con pesar y pidiéndole perdón a la Señora que envidié un poco esto y que a los soldados de la comitiva del médico, especialmente al sargento de mirada torva, les sirvieran también unos grandes jarros de cerveza, que dejaban blancos sus rubios bigotes.

Apenas terminé de bendecir la mesa le expliqué al médico que mi Maestro no iba a estar porque había hecho una promesa de ayuno si llegaba ayuda para Magnus, pero que vendría cuando termináramos de cenar. Sólo recibí un gruñido por respuesta. A Melgarejus no le gustó tener que comer con dos jóvenes. Pero triunfó su hambre y se abalanzó sobre la comida. Astrid, que tenía preparada la pregunta, con una sonrisa seductora, le dijo:

Kristine, Princesa de Noruega y futura Reina de Castilla y León

-¿Maestro, usted conoció a la princesa Kristine de Noruega? ¿Por qué no nos cuenta su historia?

- La princesa Kristine de Noruega y Castilla murió hace bastante más de un siglo ¿Tan viejo me crees?

- Vamos, doctor, -prosiguió Astrid- cuéntenos como la vieron en España. Aquí cuentan que era buena y hermosísima. ¿Por qué tuvo que irse tan lejos? Dicen que allá no fue feliz y se murió de tristeza.

- Las alianzas se hacen por intereses –contestó serio, el médico-, y no sé por qué buscaban desde Hispania alianzas con ustedes, los del norte. Una delegación del Rey Alfonso, el Sabio vino a Noruega a pedir a Haakon IV que accediera a que su hija Kristine se casara con el Rey Sabio y se convirtiera en Reina de Castilla y León. Los acuerdos tardaron meses y meses y la comitiva, a cargo de Sira Ferrant, que también había tardado meses en llegar hasta aquí, tuvo que volver a andar el camino con el séquito de la Princesa. Cuando llegaron a Castilla, Alfonso

estaba casado con Violante, la hija del Rey Aragón y ya había nacido su hija Berenguela. No se puede esperar demasiado siendo un Rey necesitado de alianzas.

-Eso es maltrato –protestó Astrid-.

-¡Qué maltrato ni que ocho cuernos! –Señaló con pocas pulgas Melgarejus-. Alfonso era Rey y todo un Caballero. El no tuvo la culpa de una tardanza de años. Trató de compensar a Kristine ofreciéndole que eligiera marido entre sus hermanos y ella eligió a Felipe de Castilla “por su fermosura”. Este Felipe había sido canónigo en Toledo, Abad en Valladolid y estaba preconizado como obispo de Sevilla. Renunció a todo esto y en el año 1258 se casó con ella. A los cuatro años Kristine murió. Los certificados médicos dieron fe de que el calor había sido más fuerte que ella. Está enterrada en la Colegiata de Covarrubias.

- Aquí dicen que murió de tristeza...

La venerada tumba de la princesa

-Aquí hace mucho frío y la gente no puede salir a la puerta en la mayoría del año. De algo tiene que hablar. En mi patria, la tumba de la princesa es lugar de peregrinación: las muchachas solteras van a besar su tumba y tocan una campana que está al lado, para atraer a los que han sido elegidos para ellas. Su marido Felipe de Castilla se volvió a casar con Leonor de Castro...

-Insensible como todos los hombres –sentenció Astrid-

-Se volvió a casar con Leonor Ruiz de Castro -siguió el médico como si no hubiese escuchado-. Tenía fama de duro y de insensible, y pasó su vida guerreando con su hermano, el Rey Alfonso. Este fue otro de los motivos que retardaron la venida de la delegación a Noruega para explicar lo sucedido.

-A mí esa historia me trae ganas de llorar –acotó Astrid.

- A mí, no –respondió cortante el médico-.

La cortante respuesta enfureció a Astrid que se puso roja de ira y que necesitó de una patada mía por debajo de la mesa para que no le tirara algo por la cabeza.

Así, a mitad de la cena nos habíamos quedado empantanados y sin tema. Por suerte yo tenía preparado algo por si la seducción de Astrid se encontraba con algún iceberg y la misión que mi Maestro me había encomendado quedaba a cargo mío.

Háblenos de la peste negra

-Maestro –le pregunté con una mezcla de humildad y ansiedad, mientras llenaba de vuelta su copa-, Usted debe saber... Cuéntenos de la peste negra. Todos los que vienen aquí no quieren hablar de ella. Empalidecen y se deprimen. Después se acongojan y lloran en silencio. Nunca tuvimos un médico para preguntarle. Nosotros somos de muy lejos en el norte. Hasta allí no llegó.

-Ustedes deben agradecer vivir en el hielo. El frío seguramente mató a los enfermos que llegaron a estas costas. Allí fue una cosa terrible. ¡Malditos sean los xeneises! Ellos introdujeron el mal. Los soldados genoveses que habían estado defendiendo su colonia Caffa contra los mongoles, al volver al Mediterráneo, no lo hicieron solos. Trajeron esta maldición con ellos. La peste comenzó en Sicilia en 1347, después pasó a Córcega, Cerdeña, en el 48 llegó a Francia, Italia y España. En el 49 subió al norte de Europa, a las zonas germánicas e inglesas. Recién en el 50 arribó a estas tierras, pero ya débil, por eso no llegó muy al norte. A los médicos nos llamaban de todos lados para ayudar. Yo viajé a mi país. Allí fue una locura. Hasta el Rey Alfonso XI murió de ella en Gibraltar. De una “landre”, como decían los legos. La verdad es que murió de unas bubas, una especie de ganglios del tamaño de una manzana que aparecían en las ingles, debajo de los sobacos y en el cuello, y que después se extendían por todo el cuerpo. Por eso la llamaron “Peste Bubónica”. También había otra variedad de la enfermedad, más rápida y mortal, pues llenaba la piel de hemorragias que se ponían de color negro azulado. Por eso la llamaban “Peste negra” o “Muerte negra”. No me hagan acordar que todavía se me eriza la piel.

-Vamos, doctor, cuéntenos –le instó Astrid, olvidada de su rabieta-.

La peste asoló la Cristiandad a causa de sus pecados

-No se había conocido nunca nada igual. No alcanzaba la gente para enterrar los muertos. En las ciudades había carros que las recorrían todo el día para cargarlos y enterrarlos lo más lejos posible. A veces hasta los médicos ayudábamos en eso porque no quedaba gente para conducir los carros pestilentes. Murió un tercio de la población de Europa en cuatro años. ¡Uno de cada de tres! Hubo lugares donde no quedó nadie vivo. Cadáveres hinchados, putrefactos, malolientes, llenos de moscas verdes y gusanos inmundos llenaban las ciudades, los caminos,

los ríos, los puertos. La gente enloqueció y empezó a huir. Los que escapaban de un lado se encontraban a mitad de camino con los que huían del lugar adonde ellos iban. En las noches sólo se escuchaban llantos y gritos desgarrados llamando a los muertos.

-¿Qué fue lo que la causó? ¿Esos genoveses de qué se contagiaron? –pregunté lleno del respeto y miedo que la peste ha dejado en las mentes y cuerpos de todos-.

- Nadie lo sabe -pontificó Melgarejus-. Creo que la causa fue el pecado de los hombres. Como sucedió en Egipto cuando las plagas. Mi argumento es que se trataba de latigazos tan duros, que sólo podían provenir de la cólera divina. Cuando los hombres se pasan de la raya con la comida, es necesaria una purga. En esto pasó lo mismo. Los hombres se excedieron con sus pecados y Dios les mandó como castigo y purificación lo que yo llamo “*Divina Purgatio*”. De vez en cuando los hombres obligamos a Dios a que nos mande esas “purgas santas”.

El viejo médico se ensimismó en algún recuerdo y después de un rato continuó:

- Éste es el único punto en que disentí con mi Maestro Arnau de Vilanova. Hasta el Papa Bonifacio VII lo retó: “Arnau, dedícate a la ciencia y no molestes a los hombres de Iglesia”. ¡Sin temor sostenía que “si no hay causas naturales, veo a Dios haciendo demasiados milagros! Hasta Él tiene que respetar las leyes naturales”. Yo, por mi parte, siempre le repuse que Dios no tenía que dar cuentas de nada a nadie. Si Él ha creado la naturaleza, es dueño de modificarla. ¿No te parece?

La pregunta se dirigía a mí, pero yo opté por no contestar y quedar mirándolo en paz, como si lo tomara como una pregunta retórica. Es que me pareció extraño su razonamiento de que Dios castigara así, indiscriminadamente, y como también tuve miedo de ponerme a discutir conmigo mismo sobre si Dios puede cambiar las leyes de la naturaleza, y que en caso de responder afirmativamente, la siguiera, preguntándome por qué no lo hace más seguido cuando se trata de cosas justas o buenas, o se trata de inocentes... Como ven, me perdí, por lo que opté por volver a llenar su copa de acquavit hasta el borde. Para consolarme pensé que el hombre hablaba como un doctor, pero tomaba como un carrero.

La peste se contagia desde el interior

-Las pestes no son nuevas –prosiguió Melgarejus-. En el siglo IV, una peste destruyó los ejércitos de Marco Aurelio. En siglo VI, en tiempos del emperador Justiniano fue tan impresionante que tuvo que cerrar la escuela de Atenas Morían hasta 5.000 personas por día.

Pero lo que acaba de suceder fue muchísimo peor. La discusión entre los médicos se centró en cómo se contagiaba. Para mí la causa fue la corrupción interior de los hombres. Mis colegas no se dieron cuenta de lo evidente: Lo que contagiaba era el aire interior corrupto que los enfermos expandían al exhalar. Los que estaban cerca se contagiaban y el viento se encargaba de llevar el contagio a todos lados. El remedio que yo recomendaba era muy simple: Si el aire esta corrupto hay que purificarlo y lo mejor para ello es el incienso. La verdad es que no lo pude usar mucho pues se acabó el incienso hasta en las iglesias.

-¿Todos los médicos recetaban el incienso? –pregunté-.

-Hubo mucha confusión. La peste trajo confusión. Hubo colegas de la Escuela de Montpellier que llegaron a sospechar que la suciedad tenía que ver con el contagio. Algunos hasta la atribuyeron a las ratas, como si un poco de suciedad y las ratas no han sido siempre compañeras casi naturales del hombre a través de todas las épocas. No faltaron los astrólogos que le echaron la culpa a no sé que conjunción de planetas. Encima comenzó a correr la versión de que la peste se debía a que los judíos habían envenenado los pozos de agua. ¡La de muertos hebreos que hubo en esos días! Las turbas se ensañaron con ellos, como hacía tiempo que no sucedía.

-¿Por qué se la agarraron con los judíos? –preguntó Astrid no ortodoxamente-.

-Como les decía, la gente se volvió loca. Algunos corrieron hacia lo conocido: la causa estaba en las juderías, donde habitaban los descendientes de los que mataron a Cristo. Si fueron capaces de eso. La cosa se calmó un poco, cuando se descubrió que allí también morían como moscas. Otros, más calculadores, donaron sus bienes a la Iglesia a ver si haciendo obras de caridad se salvaban; otros, un poco más masoquistas, recorrían los poblados con crucifijos e imágenes azotándose el cuerpo, pidiendo perdón por los pecados y bailando las danzas de la muerte. La única canción que se escuchaba por todos lados fue el "*Dies irae*". Pero nada ni nadie se salvaban.

Lo triste de todo esto es que ahora que ha desaparecido la peste, florecen nuevamente por todos lados los excesos de ambición, vida desordenada, glotonería y vestimenta ridícula ¡Tanta peste para nada!

-*Mataiotes mataiotetom ta panta mataiotes* – interrumpió Paulus Romanus-.

-¿Qué significa eso? –Preguntó asustado el médico-.

Paulus Romanus vuelve y manda los chicos a la cama

-Vanidad de vanidades y todo vanidad. -contestó riéndose mi Maestro- Una buena definición que da el Eclesiastés sobre las estúpidas cosas en las que nos afanamos los seres humanos... y discúlpeme el griego de la cita.

-*Nihil novi sub sole* –retrucó el médico, citando también el Eclesiastés, pero en latín y queriendo demostrar que eso ya lo sabía-. Estos jóvenes me estaban preguntando sobre la peste.

-Muestran valentía –señaló Paulus Romanus-. La mayoría de la gente no quiere ni mencionar esa palabra por miedo a convocarla. Yo estaba en Italia cuando apareció por allá. En los pueblos casi desiertos todos andaban de blanco por el duelo. No había nadie que no tuviera un familiar muerto. Las ceremonias de la muerte inundaban tétricamente la vida. En los lúgubres atardeceres, las campanas tañían a muerto, la niebla descendía sobre los carros que juntaban los cadáveres abandonados en las puertas de las casas, las procesiones de flagelantes helaban la sangre y llenaban de terror la religión del amor. Desapareció la muerte como tránsito hacia a la eternidad y apareció como si se tratara de un castigo de Dios por los pecados de la pobre gente... Tus hermanos médicos nos dieron ejemplo de dedicación y arrojo ayudando a los enfermos más repelentes y temidos.

-Como siempre -acotó Melgarejus en un nuevo ataque de orgullo-. Me encanta que lo reconozcas. No todos tus hermanos lo vieron así. Hubo muchas acusaciones de los hombres de Iglesia: decían que hacíamos brujerías, cuando intentábamos cualquier cosa para salvar a la pobre gente.

Melgarejus estaba ya recostado sobre el gran sillón que llevaba con su equipaje. El acquavit había coloreado sus mejillas y trababa un poco su lengua. Paulus Romanus nos hizo una seña a Astrid y a mí, se sirvió un poco del acquavit y nos dijo:

-Es hora de que los jóvenes se retiren, Astrid a dormir y el hermano copista a sus oraciones.

Claro que no nos retiramos. Nos escondimos detrás de unas mantas de caballos que estaban oreándose cerca de donde habíamos comido. Desde allí pudimos escuchar el diálogo que siguió entre los Maestros.

La pregunta prohibida

-Has estado en muchos casos difíciles -comentó Paulus Romanus, adulando al médico-, pero me imagino que ninguno debe ser tan interesante como curar un caso de esos, como el que hablábamos hoy, en que el alma está necesitada de ayuda. En mis viajes he visto personas que están prisioneras de las potencias oscuras, que parecen posesos, a las que no se les entiende lo que hablan. Yo creo que sólo Dios puede entender lo que dicen.

-Yo creo que están perdidos -corrigió Melgarejus-. Nadie los quiere cerca. Hay ciudades que suben a estos insanos a un barco viejo y lo dejan ir a la deriva. Barcos llenos de locos van por el Mediterráneo, sin rumbo ni vida posible.

-¿Se curan estos casos? -preguntó inocentemente Paulus Romanus-. Hoy comentabas de ciertas plantas...

-Salvo para la muerte -contestó Melgarejus, mirándolo de reojo- hay remedio para todo. Lo que sucede es que a veces todavía no se lo conoce. No existen las plantas mágicas. Pero para la melancolía hay una salida.

-¿Y cómo se cura la melancolía? -Se decidió a preguntar Paulus Romanus-.

-Al final hiciste “la pregunta”. Estás preocupado por Magnus... Y no voy a negarte la respuesta: Se cura con el opio, mi querido. Es un gran misterio. Un gran secreto. Se trata de una extracción de las hojas verdes de la Planta de la Alegría. Los médicos tenemos prohibido hablar de ello porque si se propaga esta receta, todo el mundo se la pasará durmiendo en vez de trabajar los campos, estudiar, orar o gobernar. Repítame tu juramento de que lo que te digo es bajo secreto de confesión y te seguiré contando.

-Lo juro -pronunció solemnemente Paulus Romanus-.

El opio de Helena de Troya y el *Opium Christi*

- Bueno... se trata de la amapola. Se cortan sus hojas de noche, con una incisión no muy profunda para evitar que la planta exude hacia adentro. De allí sale un zumo lechoso que forma una especie de amalgama, que hay que dejar secar en forma de panes. Aunque parezca mentira: eso es todo. Se puede tomar como infusión o se puede poner al fuego y aspirar su humo. Los romanos, que la comían, decían con razón que lo que no curaba, lo hacía olvidar. Con el tiempo llegaron los excesos y el Cristianismo calificó de pecado estas prácticas y prohibió

el opio y todas las plantas con efectos parecidos. Por eso no se pueden cultivar la mandrágora, el beleno, los hongos visionarios y el hachís. Se las considera plantas infernales que sirven para preparados diabólicos.

-¿Hoy me comentaste que le atribuyen a Helena de Troya haber introducido el opio en Europa?

-Homero cuenta que “la bella Helena tenía un filtro, que echaba en el vino, contra el llanto y las iras, y que hacía olvidar a todo aquel que gustase de él sus penas, asegurándole que no vertería ni una lágrima, pese a haber visto morir ese día a su padre y a su madre, o que delante de él hubieran degollado con armas de bronce a su hermano o a su hijo”.

-¡Madre de Dios! -exclamó Paulus Romanus-.

-Hasta tanto no sé si llegaba, pero se ve que era fuerte. Parece que la fórmula del filtro de Helena consiste en cocer cinco o seis hojas de opio en tres medidas de vino hasta que se convierten en sólo dos medidas. Hay que agregarle miel por lo amargo y. ¡Salud! ...Galeno, siglos después, siguiendo los pasos de Hipócrates viaja a Egipto, consulta en Memphis los papiros de la Reina Imhotep y llega al “láudano”, llamado también “*Opium Christi*”, que ya es un extracto de opio y que se diluye en vino blanco. Como ves, hace mucho que se cuecen este tipo de habas en este valle de lágrimas.

-Mencionaste la mandrágora... ¿Es igual que el opio? –preguntó mi Maestro.

- No mencioné las habas por que sí. El fruto de la mandrágora es justamente una haba oblonga. Se trata de una planta de olor fétido que crece en casi toda la costa del Mediterráneo. Sus flores son blancas o azul violáceos y tienen cinco pétalos. Los cirujanos que saben la usan para dormir a los pacientes y que puedan soportar sus tajos o extirpaciones. Eso es científico. Los cuentos agregan que es el narcótico que, en forma de ungüento, usan las brujas para sus viajes. Se frota con el cuerpo y “vuelan”, aunque el cuerpo quede quieto y en estado de sopor. Muchos lo usan como afrodisíaco, algunos señalan que el que lo toma se siente invulnerable, otros que sirve como antídoto contra la desgracia, la pobreza y el embrujamiento. Lo más impresionante es que su raíz tiene el aspecto de un pequeño ser humano. Creo que de allí provienen las leyendas sobre sus características mágicas o infernales.

-¿Estos remedios pueden llegar a causar la muerte o empeorar las enfermedades del cuerpo?

Secretos bajo secreto de confesión

Melgarejus ya estaba recostado sobre su sillón. El acquavit estaba haciendo su efecto y su lengua se trababa cada vez más, pero aumentaban sus ganas de hacer confidencias:

- No conozco a nadie –peroró- que se haya muerto por un poco de estos remedios. Lo que pasa es que hay que saber aplicarlos y no cualquiera es médico. Te voy a contar otra parte del secreto de la mandrágora: La planta debe ser sacada de raíz, sin lastimar el tronco ni el follaje, y sólo de noche. Si no se cumplen estas condiciones, el que la corta puede morir *ipso facto*. Los Maestros botánicos adiestran perros para hacer esto. Los perros siempre mueren. Maimónides recomienda otro método: desenterrarla usando tapones en los oídos, pues al ser desraizada profiere un grito que es lo que causa el desenlace fatal.

-¿Dónde y cómo has aprendido todas estas cosas misteriosas? –preguntó Paulus Romanus.

-Seguí la máxima de Galeno “En la duda, hay que investigar y no especular”. Para serte franco, tuve la suerte de que Arnau de Vilanova, el gran Maestro de la escuela de Montpellier, me tomara como ayudante. El ya era mayor, yo era de sus queridos pagos españoles y me tomó cariño. Quería que lo acompañara a todos lados y sólo yo podía desvestirlo y acostarlo. Muchas noches, después de acercarle su copa de aguardiente, me quedaba a su lado, cuidándolo... y para no dormirme, tomaba nota de lo que hablaba en sueños. De lo que escuché, aprendí muchas cosas. Conmigo cumplió el juramento hipocrático.

-¿Cómo es eso?

Arnau de Vilanova, el gran médico, se confundió

-Sucede que Arnau de Vilanova estaba bastante viejo y me confundió con el hijo de su Maestro, el que lo había iniciado en la medicina... y cumplió.

-¿Cumplió?

-¿No conoces el juramento hipocrático?

He oído hablar de él –explico mi Maestro-, pero no...

-“Juro por Apolo médico -comenzó a recitar solemnemente Melgarejus-, por Esculapio, Higia y Panacea y pongo por testigo a todos los Dioses y a todas las Diosas, cumplir según mis posibilidades y entendimiento el siguiente juramento. Estimaré como a mis padres a aquél que me enseñó este arte, haré vida común con él, y si es necesario partiré con él mis bienes.

Consideraré a sus hijos como hermanos míos y les enseñaré este arte sin retribución ni promesa escrita, si necesitaren aprenderlo. Comunicaré los principios, lecciones y todo lo demás de la enseñanza a mis hijos, a los del Maestro que me ha instruido, a los discípulos regularmente inscriptos y jurados según los reglamentos, pero a nadie más”. ... El pobre Arnau me confundió con el hijo de su Maestro y por eso me enseñó sus secretos.

El plan de Melgarejus y el plan de Paulus Romanus

Antes de quedarse totalmente dormido. Melgarejus balbuceó ensimismado:

- Tengo que preparar a Magnus para la cura de su cuerpo y de su alma. Mañana a la mañana le aplicaré la purga magna, así limpiaré su cuerpo de todas los humores sucios. Le sacaré toda el agua del cuerpo; con ella saldrán todas las porquerías líquidas, sólidas y gaseosas. Dejaré su cuerpo seco como garganta de condenado. Y cuando su cuerpo esté purgado y purificado le aplicaré el remedio de Helena de Troya: el opio, pero en forma de un láudano de mi invención. El compuesto, se posesionará de su alma y la purificará de todos los fantasmas que ahora lo inundan. Su alma se librará de esos demonios de la noche. Voy a tener que hablar con el sargento de mis soldados, por si alguien quiere proteger al principito, o se opone a mis curas drásticas. Esas mujeres tienen caras de oponerse a cualquier cosa racional.

Melgarejus dobló la cabeza y sus ronquidos a boca abierta –como decía mi abuelo- parecían aullidos de los lobos de Odín. Paulus Romanus se paró y cuando se aprestaba a llevarlo hasta su tienda, apareció de la oscuridad el sargento de su comitiva, que lo levantó en sus poderosos brazos y desapareció con él. Mi Maestro se dirigió hacia la carreta. Nosotros lo seguimos.

- No hagan ruido – nos dijo-. Estuve pensando una estrategia. Ya se la conté a la señora Liv. Creo que tenemos un plan para salvarnos de esta maldita situación. Necesito que ustedes ayuden. Te pido Astrid que no protestes ni te enojas y a ti, hermano copista, te ruego que no empieces con tus preguntas dobles, triples o cuádruples.

Y así, a la tenue luz de una vela, nos fue explicando el plan para salvar a Magnus. En una palabra todo se relacionaba con ganar tiempo y que Dios quiera que llegue el mensajero mandado a Mildal por algún emplaste o pomada del hermano Berengarius. Toda nuestra esperanza está centrada en él. Melgarejus está decidido a purgar al Príncipe hasta que se le

acaben las yerbas evacuativas y después quiere mandarlo a esos viajes de los sueños del opio, que uno no sabe cómo se vuelve, si se vuelve.

Mi Maestro está convencido que lo que tiene Magnus es una infección de su herida, que nada tiene que ver con las elucubraciones del médico, pero tiene miedo de que si Melgarejus ve que nos oponemos a sus diagnósticos, purgas y mejunjes, les pida a los de su comitiva que lo ayuden. No le gusta ni la cara ni los músculos del sargento que comanda su gente -a mí menos -, y dice que eso puede terminar en un enfrentamiento con nuestros soldados y con Magnus en el medio de la trifulca.

Al rato estábamos ya poniendo en práctica el plan: Apagamos la vela y entre mi Maestro y yo, con un cuidado supremo, comenzamos a trasladar a Magnus fuera de la carreta. Por suerte, éste estaba sumido en un sopor de fiebre que no le permitió darse cuenta de nada. Estábamos ya afuera y en la oscuridad de la noche sólo se oía el respirar fuerte de mi amigo. Nosotros nos aguantábamos hasta la transpiración, pero un vozarrón nos paralizó. Yo vi que a Paulus Romanus se le erizaron los pelos de la tonsura.

¡Alto! ¿Quién vive?

-¡Alto, quien vive! –repitió el sargento de Melgarejus.

Los reflejos rápidos de mi Maestro funcionaron y al instante había dos frailes dominicos que recitaban con voz grave el *Memorare o Piisima* de San Bernardo. La noche escuchó el “Acordaos, Oh Piadosísima Virgen María, que jamás se oyó decir, que ninguno de los que han acudido a vuestra protección implorado tu clemencia, haya sido abandonado por Vos...” “

El sargento refunfuñó y carraspeó, pero se quedó tranquilo. Nosotros seguimos rezando y disimulando que llevamos auestas un cuerpo que nos doblaba las espaldas.

Esa noche dormí mal. El plan era muy bueno, pero mi parte en él era desgraciada. Acepté mi papel por amor y por veinte razones más. Pero, saber lo que tendría que hacer el día siguiente, le impediría dormir a cualquier cristiano; a mí me llenó de pesadillas y de sobresaltos. Soñé con el Purgatorio. Una y otra vez me moría y cuando golpeaba en el cielo, San Pedro me decía “Aquí no te podemos recibir” y con asco se tapaba la nariz. Me dirigía, entonces al infierno y antes de llegar me echaban a los cascotazos, gritándome “sucio, asqueroso” y otras obscenidades. Al final caía en el Purgatorio, causando el desbande de las almas que ponían cara de asco ante mi presencia.

Cuando me despertó mi Maestro pensé que era porque habría gritado en sueños, pero no; la mañana estaba despuntando. Debíamos seguir con la siguiente etapa del plan. Me sentí aliviado al ver que el miedo no me había matado, pero infeliz por lo que se venía.

La cama de Magnus no es cómoda

No había salido el sol y Magnus reposaba en un pequeño cobertizo donde guardamos el forraje y yo ya me estaba acostando en su camastro en la carreta. Me puse la camisa de mi amigo, un poco olorosa por cierto, y la señora Liv untó mi brazo y especialmente mi hombro con una espesa salsa de tomate. Antes había cubierto mi roja cabeza con un gorro de dormir que ató a mis orejas para que no se me saliera.

A pesar de mis deseos de que pasara el cáliz, la dura realidad se impuso: La confabulación estaba en marcha. Si todo salía bien, Magnus iba a estar a salvo de Melgarejus. Como mi Maestro observó que estaba asustado, me trató de calmar explicándome que la estrategia que estábamos llevando a cabo, los árabes la llaman “enroque”, y consiste en cambiar de posición, en el juego del ajedrez, al rey con la torre. Que Magnus era el rey y yo la torre. En una palabra: El enema iba a ser recibida por mí. Sólo atiné a decir que seguramente las torres también tienen miedo de las inundaciones grandes.

-Al fin oigo palabras sensatas de ti, Magnus –dijo Melgarejus -.

Y así, sin saludar, se introdujo en la carreta y empezó a colocar sobre una especie de mesa que habían puesto al lado de la cama una serie de pinzas, tijeras, redomas, frascos, tubos y hasta velas, que sacaba de su inmenso maletín. También sacó unas bolsitas con polvos que fue echando en los recipientes, que empezaron a exudar espumas y olores... una mezcla nauseabunda de incienso y repollo hervido. Cuando terminó de acomodar todo, abrió la puerta y le hizo señas a su sargento, que con dos soldados, entraron un gran aparato de metal que tenía forma de árbol. De su horqueta colgaba un gran botellón, al que estaba conectado por un lado un gran fuelle y por el otro lado una especie de cánula negra. A sus costados colgaban correas y sogas. Era la famosa *Machina* de Melgarejus.

Los preparativos para poner en funcionamiento la Gran Máquina

-Este es mi mayor aporte a la medicina – señaló orgulloso el médico-. Estás viendo mi invento prístino: la primer máquina de poner enemas: Fácil de transportar, resistente, con un botellón capaz de contener líquidos como para cuatro o cinco enemas madres. Observa esta especie de horqueta. Aquí se apoya el botellón a una buena altura. Cuanto más alto está un líquido, mayor es la fuerza de atracción que ejercen las aguas de debajo de la tierra. Para aumentar más aún esta fuerza de caída, le he incorporado un fuelle para empujar la presión hasta hacerla irresistible a los mayores diques o defensas que los humanos son capaces de oponer a su salvación. La cánula se convierte entonces en el medio eficaz para que el torrente penetre en el cuerpo enfermo y no deje lugar vacío sin inundar y purificar. Lógicamente que las buenas correas y sogas están por si el enfermo se niega a colaborar y pretende esconder sus partes posteriores. La historia de la medicina me dedicará una buena página.

Por indicación de Paulus Romanus, yo estaba de espaldas para que el médico no me reconociera. Cuando escuché esto tuve que hacer un esfuerzo para reprimir las ganas de salir corriendo y de que le pusieran a mi Maestro semejante máquina en la colita. Cuando las manos rudas del sargento ataron mis brazos con las sogas y mi cuerpo con las correas se me figuró que me llevaban a la horca. Recordé, sin mucho entusiasmo, que Paulus Romanus se había esforzado en asegurarse de que mi vida no corría peligro ni con las purgas corporales ni con las espirituales. Lástima que quien se lo había asegurado era Melgarejus... No pude seguir pensando.

El sargento, manejándome como si fuese un burro empacado, introdujo debajo de mi cuerpo un gran fuentón y de un tirón me sacó las ropas de Magnus que cubrían mi desnudez posterior. Justo en ese momento entraron Astrid y la señora Liv luchando con una gran olla de la que salía humo. Yo hice intentos de taparme las partes, pero choqué con mis ataduras y con un olor fétido que salía del recipiente que me hizo constreñir la nariz. Las narices de todos repitieron el gesto. Lo que no repitieron los cuerpos de los presentes fue mi constreñir también la cola.

-¿Pusieron todo lo que les dije? -preguntó Melgarejus altanero-.

-Sí, Maestro -contestó la señora Liv –.

-Controlé cada una de las cantidades -confirmó el sargento-: una medida de melaza de remolacha, dos de aceite de bacalao, tres de agua caliente, media de sal, dos manojos de

retama negra y media taza de jugo de áloe vera. Frángula y ruibarbo no tenían. Hirvió todo un buen rato y está despumado.

-Está bien para empezar -celebró el médico y palmeó al sargento que mostró la falta de dientes al sonreír-. Ahora las mujeres se van por donde vinieron y se ponen a rezar a San Cristóbal, patrono de las inundaciones.

Yo recé para que Astrid y la señora Liv no miraran en mi dirección, pero el sólo hecho de que anduvieran por ahí me puso rojo de vergüenza. Hasta llegué a pensar que en la ceremonia de mi profesión, cuando pregunten si alguien se opone a mi voto de castidad, ellas iban a levantar la mano y decir delante de todos “Nosotras conocemos la cola colorada de ese fraile”. Mientras me distraía con mis vergonzantes pensamientos, el médico y su sargento trajinaban vertiendo en el interior del gran botellón el asqueroso contenido de la olla.

-Ahora voy a agregar a esta purga magna un buen chorro de oximiél puro –señaló el médico-. La mezcla de miel y vinagre potencia el encuentro de los contrarios y logra el desequilibrio. Si algo osa resistirse, al encontrarse con esto, se produce una liquefacción de la materia, que la convierte en vapor gaseoso. El eléboro lo dejaré para después.

El extraño ruido que hacían los líquidos al entrar en el botellón logró que un sudor frío empezara a bañar mi cuerpo. Hasta sentí las palpitaciones de mi corazón como si fuesen de otra persona. Con un solo ojo y de costado vi que el pastoso menjunje era de color violáceo pardusco. La cánula pendía suelta y se movía como una culebra. Rápidamente levantaron el recipiente y lo colocaron en la horqueta del aparato. Yo sentí que mi horca estaba lista. Por suerte no duró mucho esta angustia previa: De repente escuché que el médico recitaba una salmodia y daba pequeños golpes en mi cola. Por curiosidad quise saber qué salmo de Salomón había elegido para la ocasión, pero lo que escuché no me recordó a ninguno. Lo que el médico canturreaba era “Sana, sana, culito de rana, si no sana hoy, sanará mañana”.

Y antes de que pudiera descifrar el sentido y relación de esas palabras, sentí mi alma atravesada. El salto de sorpresa fue seguido por un quedarme quietito de desesperación al sentirme invadido por un ejército acuoso que se metía por todas mis interioridades. En varios momentos creí que iba a explotar y que un diluvio especial cubriría Noruega, Suecia y Dinamarca.

Seriedad y parquedad dominicana

En razón de la seriedad tradicional de la Orden de los Predicadores, a la que pertenezco como novicio, y en razón del respeto que merece cualquier lector sensible, aún que éste sea virtual, si el único lector de estas páginas fuere yo, no bajaré a detalles de lo que aconteció a posteriori. Para mí es como un secreto de confesión... Aunque quiero dejar constancia que si bien se refiere a alguna parte pudenda, no fue en ejercicio de lujuria o concupiscencia; ni de pensamiento, ni de palabra, ni de obra. Por eso creo que no está relacionado ni con los pecados veniales siquiera, salvo la reiterada mención de la madre del inventor de la famosa maquinita, que eso sí lo confesé, aunque sin sentir demasiada culpa, pues fue en defensa propia.

A sabiendas de que es mentira, voy a sostener que me dormí y quien piense lo contrario, que recuerde que muchos sostienen que la vida es sueño. Paulus Romanus me ha prometido jamás mencionar el tema. Yo estoy convencido de que lo va a cumplir, aunque cuando se lo pedí, no paraba de reírse a las carcajadas y de decirme que si yo iba al infierno, él sabía qué suplicio tendría hasta el fin de los tiempos.

Cuando a las horas “desperté”, estaba en la cama, ya sin el fuentón debajo, boca arriba y sin las sogas y correas que me hacían sentir como un condenado. Paulus Romanus había levantado los cueros que hacen de ventanas y un tibio sol entraba hasta mi cama. Me sentí débil, pero en paz conmigo mismo. Había cumplido mi parte en el plan de mi Maestro, había colaborado en salvar a mi amigo de las locuras de Melgarejus y todo había pasado. ¡Cuán equivocado estaba!

Melgarejus estaba nuevamente manipulando sus frascos y tenía ante sí un pequeño cofre abierto. Desde mis altas almohadas y a pesar del gorro de dormir que tapaba gran parte de mi cara, pude leer que tenía un papel que sobresalía donde se leía: “*Laetare: hic est Papaveris somniferum Panis foliarum*”. O sea: “Alégrense: éste es el Pan de hojas de amapola”.

Mi Maestro estaba frente a mí y me hizo señas de que me quedara tranquilo. Seguramente había visto mi mirada de debilidad y de miedo a lo desconocido. El sargento había recibido orden de quedarse custodiando que nadie se acercara a la carreta.

Ahora... catarsis, o sea: Purga del Alma

Melgarejus estaba contento. Los enemas lo habían puesto de buen humor y se ve que yo había cumplido lo que él esperaba, pues, sin prestarme atención volvía a repetirme a Paulus Romanus las historias de opio y de cómo servía para limpiar el alma de espíritus malignos, que desaparecían casi por milagro. Comentaba que, como a Magnus se le habían mezclado los humores del espíritu y su alma deambulaba llena de melancolía y pensamientos negros, había que sacarle esa bilis negra del corazón. La medicina podía lograr esa catarsis, ese dar vuelta la bolsa del alma espiritual, bolsa que se había llenado de inmundicias, tristezas, miedos y muchas cosas más, de las que hablaba en sus delirios. El cuerpo estaba ya limpio. Ahora le tocaba el turno al alma.

No pude dejar de pensar egoístamente que Magnus estaba durmiendo en la choza del follaje, lleno de arrumacos, mientras yo apenas podía mover los ojos y veía que, como si fuera poco lo que me habían metido en el cuerpo, ahora se preparaban para ensañarse con mi alma. -Has visto –le decía Melgarejus a mi Maestro – como el gran Magnus ahora parece un pichoncito. No le he escuchado una palabra. Se le han ido los malos humores corporales y está mansito. ¿Dónde está el famoso humorista que hacía reír a todos de cuanta cosa seria existe? ¿Adónde se marchó el agudo impugnador de mis purgas y enemas? Ves que tenía razón cuando decía que está enfermo de melancolía. Ni habla, me mira con miedo y todo es desconfianza. Hasta la herida del brazo parece no dolerle. Vas a ver ahora que cómo se cura. Es el tiempo de aprovechar y de hacerle conocer la Otra Purga, la del alma. Ahora va a saber por qué se le llama “cura celestial”. Va a creer que está con Dios o que él es Dios. Va a volar y en ese vuelo va a despedir los malos demonios naturales de su alma.

Yo me quedé quietito, pero no por melancolía, sino por obediencia a mi Maestro y afecto a Magnus. No puedo negar que sentía ganas de salir corriendo y que también una parte mía, seguramente la más cercana a las potencias de abajo, tenía ganas de saber cómo era eso del opio, pero, cuando oí lo de Dios y lo de los demonios me asusté nuevamente. A ver si lo que me iban a hacer me hacía condenar para siempre y me ponía en manos de Lucifer. Me consolé pensando que estaba con mi Maestro y que Santo Domingo de Guzmán no iba a dejar a uno de sus hijos en manos del Diablo o de Melgarejus. Aunque esto último ya estaba sucediendo. -Este es el pan de opio del que te hablé –señaló Melgarejus mostrándole un pedazo de hierba reseca a Paulus Romanus-. En nuestra escuela de Montpellier teníamos un huerto de sólo los

doctores probados, donde había una pequeña plantación de amapolas. Estos trozos son de allí, adonde vuelvo con regularidad. Tengo que purificarlos un poco porque tienen algo de tierra; es que cuando fui a recogerlo de noche, como mandan los preceptos, estaba un poco ansioso, y justo cuando estaba haciendo las incisiones en las hojas para sacar el zumo, cantó un buho y me asustó. Pensé que era la planta la que gritaba, como sucede con las mandrágoras y me fui al suelo.

Yo, a pesar de la gravedad de mis miedos, no pude dejar de imaginarme al pomposo médico sentado de traste por una pobre lechuza. Algo me consoló pensar que el miedo existe hasta en los sabelotodo.

--Cuentan que las semillas madres las han traído de la China -continuaba Melgarejus-. Como te contaba anoche, esto se puede comer, aspirar en forma de humo fumar o tomar como infusión. Yo lo voy a preparar con una receta de mi invención.

La eliminación de líquidos me había dejado con la lengua hecha un trapo, la garganta reseca y una sed que me devoraba. En voz baja, pues mi Maestro me había recomendado no hablar para que Melgarejus no notara que no era Magnus, pedí un poco de agua.

La condena no implica matar de sed

-Ahora voy a ablandar este pan de opio con un poco de calor húmedo, después... -recitaba para sí el médico-.

-¿Puedo darle un poco de agua al muchacho? -preguntó Paulus Romanus-.

-Dale a beber lo que quiera, pero no me distraigas. En estos momentos estoy midiendo a ojo cantidades exactas y preparando una dosis magistral de un remedio casi mágico -contestó de mala gana Melgarejus-.

Mi Maestro tomó una jarra grande y comenzó a buscar un tazón. Yo estaba tan muerto de sed que le tomé la jarra a mi Maestro, que me la dio sorprendido. Es que el cuerpo me ardía de necesidad de líquido. Tomé un gran trago y después otro más largo todavía y en cuatro cinco tragos vacié la jarra. Debo confesar que ya en el primer trago me di cuenta que no era agua... Todavía me pregunto si puede ser pecado y no encuentro una sola respuesta. Como siempre encuentro varias; unas que lo afirman y otras que lo niegan. Paulus Romanus me ha dicho que la gula se refiere a comer o beber sin necesidad y con afán pecaminoso, y lo mío no fue eso... Tenía sed y no estaba con ansia de pecar. No era mi culpa si no era una jarra con agua. Era una

jarra grande llena de acquavit puro, que había acercado el sargento por si el médico tenía sed. Mi Maestro al ver cómo me relamía, olió el agua y se quedó pálido. Su mirada oscilaba de la jarra a mi boca.

- Serás testigo de una cura casi milagrosa, -le decía Melgarejus-. Por más que hayas leído mucho sobre teología y filosofía, vas a presenciar algo especial. Quizá hayas oído hablar de los éxtasis sobrenaturales en los que entran los místicos cuando se relacionan directamente con la Divinidad; bueno, ahora vas a presenciar un éxtasis natural. Este preparado que voy a darle a Magnus va a poner su alma en estado de felicidad y goce. Vas a ver que se queda inmóvil, casi sin respirar y con su corazón latiendo como si casi no tuviera vida.

El médico alzó, entonces, la jarra de acquavit que yo me había vaciado y la examinó una y otra vez.

-Juraría que tenía acquavit. Espero que no haya desaparecido por error humano -dijo Melgarejus mirando desconfiado hacia fuera, donde hacía guardia su sargento-. Voy a pedir un poco de aguardiente fuerte porque es parte de mi fórmula.

Mientras Melgarejus se asomaba y le pedía secamente al sargento que le trajera más acquavit y trataba de olerle el aliento para ver si el pobre hombre se había tomado lo que yo tenía recorriendo mis tripas como fuego, mi Maestro se me acercó y me susurró:

-¿Qué has hecho insensato? ¿Y si es contraproducente con lo que te va a dar?

No sé si ya me hacía efecto el dulce néctar de Noruega o que el miedo me hacía hablar desde la verdad, le contesté sonriendo y en voz algo ronca:

-¡Salud, compañero! La vida es complicada, la sed grande y el acquavit me lo dio mi propio Maestro.

-Tienes toda la razón -contestó Melgarejus entrando y creyendo que el que hablaba era Paulus Romanus-. Mi receta del preparado magistral es diluir el pan de opio en acquavit. En lugar de seguir la receta de Helena de Troya, perfeccionada después por Galeno, que consiste en diluir el extracto de opio en vino blanco, modestamente, propongo a la medicina diluir el opio en acquavit. Este nuevo láudano será conocido como el “Opio de Melgarejo”.

¿Qué pasa cuando se mezcla opio con acquavit?

El sargento trajo un buen jarro de acquavit. Melgarejus puso en una redoma un poco de su contenido y lo acercó al fuego.

-Hay que usar poco acquavit -aclaró mientras revolvía despaciosamente-. Que alcance justo para diluir el opio. Si se ingiere una cantidad importante de ambas cosas se invierte el proceso y en vez de lograrse el éxtasis se obtiene el raptó o transporte físico. El proceso del opio es pasivo: el paciente se adormila y es invadido por los fantasmas y demonios que salen mansamente de su alma hacia fuera y lo dejan curado. Si la cantidad de alcohol es grande, se transmuta el proceso se potencian los demonios interiores, que son capaces de hacer los mayores desquicios. El paciente se arrebata y hasta se puede volver violento.

Al escuchar esto, Paulus Romanus se puso muy nervioso. Yo no. Es que mis tripas vacías estaban recibiendo el fuego del acquavit.

-¿No podríamos postergar esto? -propuso tartamudeando mi Maestro-. Me parece que Magnus no está preparado para tener dos experiencias tan fuertes en el mismo día.

-Dedícate a tus oraciones, buen fraile, que de esto me ocupo yo. No vas a ser el primero que se desmaya en medio de un tratamiento. Por eso tengo a mano a mi sargento.

Y así, sin que mi Maestro supiera qué hacer para detener al médico, me encontré con Melgarejus que se sentaba a mi lado y que con una mano fuerte me tomaba el mentón y con la otra me acercaba a los labios un cuenco lleno de un líquido de color oscuro, pegajoso y con fuerte olor a acquavit y a otra cosa rara, que no supe identificar. Al principio -espero que conste bien este hecho- me rehusé a abrir la boca. Melgarejus me acercó con una mano el tazón a la boca y con la otra me pellizcó muy fuerte una tetilla, cuando abrí la boca del dolor, introdujo el menjunje. Yo me negué a tragarlo, pero él, con una mano me apretó la nariz y con la otra me golpeó en las partes viriles. Con la sorpresa salté y tragué el líquido. La operación la repetió cinco veces con otros tantos cuencos llenos. Yo opuse resistencia sólo en el primero, después me entregué sin luchar y protegiendo mis partes íntimas.

-Bebe y brinda por mí -decía Melgarejus-. Con esto vas a soñar y a expulsar los humores malignos de tu alma. Tendría que haberte hecho esta cura hace años, cuando rompías mi paciencia y te mofabas de cada una de mis palabras. ¡Bebe y sé feliz! ¡*Ecce Opium Melgareji!*

Bebí todo y entré en una modorra inmensa y una paz casi demasiado profunda. Después me asaltó una alegría grande. Cuando ya empezaba a soñar, sentí que el dulce opio se encontraba con la jarra de acquavit y que había una explosión.

¡A cantar la vieja canción de los buenos muchachos!

Cuentan los que saben, que es lógico que uno no se acuerde de lo que sucede en este tipo de experiencias. En mi caso, tampoco quiero acordarme. Paulus Romanus dice que mi sueño tranquilo fue breve, pues casi inmediatamente me puse a cantar con vozarrón de monje ruso una canción subida de tono, que es bastante común que canten nuestros borrachos, pues justamente habla de un grupo de campesinos chupandines que, en penitencia por su incontinencia, son enviados por el cura del lugar en peregrinación a un Santuario. Equivocan el camino y terminan haciendo estupideces en la bodega de un Convento de monjas, donde encuentran en posición no muy airosa al cura que los confesó con la superiora de las monjitas. Yo había escuchado la canción, pero no creía que me acordaba de todas las estrofas.

Lo peor fue que los soldados se vinieron corriendo hacia la carreta y, a pesar de los esfuerzos de Astrid y la señora Liv, comenzaron a jaranear y a reírse a los gritos. Y esto sucedió tanto con los soldados que nos acompañaban a nosotros como con los soldados de la comitiva de Melgarejus. A mí me llena de vergüenza tener que escribir esto, pero una *Chronica* que no es honesta, no sigue la tradición de nuestras sagas, de ser testimonio de lo que sucede, en estilo realista, sencillo y casi oral.

Mi Maestro se puso a cantar un himno de Laudes para tapar los versos, pero los muchachos de afuera me seguían y cantaban los estribillos a coro con grandes risas y aplausos. Melgarejus quiso taparme la boca y se tiró prepotentemente sobre mí intentando acallarme. Se ve que no me gustó, pues le mordí la mano. El galeno sin inmutarse y sin decir una palabra se sacó el cinto y aunque lo tapaba el corzo de la soldadesca, me dijo:

-Ya te he aguantado bastante. Ahora voy a ayudar al cielo a curarte. A patadas te voy a sacar los demonios y te voy a domar ese orgullo que me tiene harto.

La carrera es ganada por el mejor

...Y pasó a los hechos, pero, por algún designio de la Providencia, sus cinturonzos siguieron el ritmo de la canción, lo que aumentó la alegría de los soldados que cantaron más fuerte todavía. Lo peor fue que a mí me sonaron como injustos y dado que en mi estado no contaba con muchas inhibiciones, cuenta mi Maestro que me levanté y huyendo del cinto me

escapé de la carreta y salí en cueros como Adán, corriendo por el campamento, cantando, saltando y contorsionándome como un loco. Seguramente me estaba haciendo efecto la mezcla del opio diluido en acquavit con la jarra que me había mandado al garguero por la sed. Insisto que no recuerdo nada y que he pedido perdón en todos los idiomas.

Astrid y la señora Liv se escaparon hacia la tienda donde estaba Magnus y se resguardaron con unos grandes palos en las manos, por si acaso. Pero no debieron usarlos. La cosa no era con ellas.

Persiguiéndome estaban Melgarejus, Paulus Romanus, el sargento del médico y atrás se había formado una especie de procesión zafada, que a los gritos seguía mi carrera, saludando con españolísimos oles, cada vez que los esquivaba. El sargento, que había superado a los dos que venían detrás de mí, en una de mis verónicas se llevó por delante un árbol joven que lo hizo rebotar y caer en un charco de agua.

Las velas no sólo sirven para alumbrar

Entonces giré sobre mis pasos, pasé entre los soldados moviendo la cola como si fuese un pato, y a las risotadas entré en la carreta. Melgarejus gritó: “Ya lo tenemos” y se zambulló detrás de mí. Lo que no esperaba el galeno era que yo lo estuviese esperando con un gran velón, que partí en su cabeza y que lo hizo caer al suelo con los ojos bizcos. Detrás de él entró corriendo Paulus Romanus, que me miró con ojos de enorme miedo cuando me vio con el velón partido y a Melgarejus por el suelo. Yo sólo le dije “Olé” y dejé que pasara de largo. Atrás y casi pegado a él, recuperando el tiempo y el espacio que le había hecho perder el árbol joven, venía el sargento, que con odio me miró al ver a su Maestro en tierra. Pero no le duró mucho la mirada. El velón estaba partido, pero me permitió revolearlo una y otra vez sobre la dura cabezota que se negó dos o tres veces a caerse, hasta que al fin resbaló hasta acomodarse sobre la panza de su amo.

Yo estaba terrible, todo sudado y más loco que una manada de elefantes locos. Mi Maestro se me acercó despacio y trató de calmarme. Cuando vio que sus gestos eran inútiles porque yo me trepaba por los cueros levantados de la carreta y desde allí dirigía el coro de voces roncas que me aclamaba como su *Magister Cantorum*, optó por dejar que hiciera lo que quisiera. El se dedicó a arreglar el entuerto en que nos habían metido mis velazos al desmayar a

Melgarejus y su sargento. Tenía que cuidar que no se armara una trifulca entre nuestros soldados y los que acompañaban al médico real.

Él hizo lo suyo y yo también colaboré porque le di tiempo. Parece que me subí al techo de la carreta y desde allí arengaba los cantos de los soldados, que se sentían ciudadanos de una sola región: la de los muchachotes alegres, con ganas de alcohol y muchachas bonitas para bailar y amar. Mi Maestro satisfizo uno de esos deseos: les bajó de la carreta un barrilito de acquavit que llevábamos de reserva, lejos de la férula de la señora Liv. Todos lo aclamaron al igual que a su discípulo que seguía cantando, saltando y dirigiendo las canciones. Paulus Romanus me ha contado que entre los gritos sobresalían unas risotadas espectaculares, que después supimos que eran de nuestro Príncipe Magnus, que asomado como podía afuera de su tienda, se desternillaban de risa al ver mis payasadas y los cantos de los soldados.

No terminó allí la obra de mi Maestro. Él es un hombre muy inteligente, por lo que se dio cuenta que con mantener unidos a los soldados no alcanzaba. Y no tuvo temor de buscar lo que había quedado del opio que había preparado Melgarejus, aumentarlo un poco con el pan de amapola que estaba en la mesa y hacérselo beber de a sorbitos a Melgarejus y al sargento hosco.

La función terminó con el gran salto mortal

Al rato ambos dormían como dos benditos con unas sonrisas de oreja a oreja, que demostraban una paz que no condecía con unos chichones que se notaban a simple vista.

Parece que la juerga duró hasta tarde. El final coincidió con un gran salto mío. Dicen que fue el salto más grande que se ha visto. Dicen que volé. Dicen que casi llego al cielo. Desgraciadamente, también cuentan que me hice papilla contra el suelo y señalan que si no me rompí el cuello, fue porque Dios protege a los que traen un poco de alegría a los pobres seres humanos.

Los soldados prefirieron parar los cantos y dedicar lo que quedaba de acquavit para recordar sus amores y añoranzas. Prendieron sus fuegos y hubo un poco de calma cuando poco a poco se fueron durmiendo.

Justamente cuando todo era silencio y la tarde se iba, llegó a nuestro campamento el soldado que Paulus Romanus había enviado a Mildal para pedirle al hermano Berengarius que

mandara algo para curar a Magnus. El soldado casi sigue de largo porque no encontró el habitual bullicio que había dejado. El hombre desconocía que el acquavit había volteados a los valientes y esforzados hombres. Sólo Paulus Romanus estaba de pie, caminando y estrujando su rosario para ver si aparecía una solución a lo que estaba pasando, porque no podía continuar emborrachando o narcotizando a todos. Me ha confesado que se sintió como un brujo haciendo esas cosas.

La respuesta sabia de Berengarius

El soldado besó la mano del fraile y le entregó lo que mandaba Berengarius, el querido hermano destilador, cocinero y sabio botánico de nuestro Convento. Se trataba de una carta, un paquete pesado y un envoltorio con algo duro adentro.

La carta no era larga y la voy a citar casi completa: “Paz y pan para todos. Un abrazo para ti, Paulus, hermano mío, otro para Magnus y el querido copista. Cariños buenos para Astrid y la señora Liv. Saludos para todos. Espero que Dios los ayude y ustedes lo ayuden un poco para hacerle la vida más fácil al pobre Señor. Aquí estamos todos bien y les mandan saludos y afectos, aún el Abad.”

“Bueno, como no quiero hacerte perder tiempo, paso a darte mi opinión sobre la dolencia de Magnus. Yo no soy de la opinión de purgar por una herida, pero no soy médico, aunque algo conozco de los seres humanos enfermos”.

“Te pido, hermano querido, que leas esto sabiendo que mi voluntad es sólo ayudar a que Magnus pueda curarse. De ninguna manera quiero entrar en una disputa con el famoso doctor Melgarejus, al que en mi cocina sólo le dejaría tocar los minerales, pues creo que a los vegetales o animales los purgaría antes de cocinarlos.”

“En estos momentos hay dos escuelas de medicina que se disputan la primacía. Una es la de Montpellier, a la que “dice” pertenecer Melgarejus. La otra es la de Salerno, cercana a los pagos donde nació Tomás de Aquino. No sé si es por eso, o porque me he convencido desde más adentro, yo comulgo más con ésta. La llaman de la Medicina Agapética o de la Pequeña Medida. Según ellos: la salud es una gracia que hay que cuidar antes que curarla. Los médicos deben aliviar cuando se puede, pero siempre consolar. Sus seguidores critican a Maimónides y sostienen que no hay que usar medicamentos si no es necesario, y en caso de necesitarlos, usar el más liviano. Recomiendan reforzar el espíritu con los buenos olores, entretenimientos

musicales y narraciones alegres para animar al enfermo. Por eso insisten en que si falta médico hay que lograr que el enfermo tenga mente alegre, descanso y dieta moderada: *Mens laeta, requies, moderata dieta.*”

“Sostienen que su origen se basa en Hipócrates, que partía del *Primum non nocere* y seguía con el *graviora quaedam sunt remedia periculus*. O sea: no hay que hacer daño y hay remedios que son peores que las enfermedades”.

“Por eso, hermano mío, te recomiendo para Magnus: Afecto y alegría. Y para la herida de Magnus, vuelvo a Hipócrates y recomiendo terminar con las purgas, lavativas o sangrías y hacer lo que él recomendaba: “Lo que los medicamentos no curan, los cura el hierro afilado. Lo que el hierro no cura, lo cura el fuego. Lo que el fuego no cura, es incurable. El fuego se apaga con agua bien fría”.

Los paquetes de Berengarius

“Por eso envió –continuaba la carta - el paquete pequeño para aplicar en el cuerpo y el paquete grande para aplicar en el alma, un abrazo y todas mis oraciones, especialmente las de la mañana temprano, que me cuestan más. Firmado: Berengarius, hermano dominico y de todos.”

El envoltorio pequeño contenía un cuchillo nuevo con la leyenda “para el fuego”. En el paquete grande venía un hermoso jamón, que tenía escrito en su envoltorio “para el alma de todos”.

Yo, desconociendo todo esto, fui el primero en despertarme al día siguiente. Ya no estaba desnudo en la carreta, sino que me vi bañado, vestido con mi hábito y durmiendo al lado del jergón de mi Maestro, debajo de la carreta, como venimos haciendo desde que nos instalamos aquí. Al oírme despertar mi Maestro se dio vuelta y me dijo

- Tu calvario no ha terminado, té falta un pequeño capítulo.

Y mientras me daba un gran trozo del jamón que había enviado Berengarius, me comentó:

- Debemos apurarnos antes de que despierten los soldados y especialmente Melgarejus y su sargento. Tenemos el mensaje de Berengarius y su remedio. Debes aplicárselo.

No sé si fue la palabra “calvario” o que todavía me seguían los efectos del opio, la cosa es que me volví a dormir. El siguiente despertar no fue tan placentero. Mi Maestro me estaba zamarreando y diciéndome:

-Vamos, arriba. No puedes dormirte ahora. Tienes que estar con los ojos bien abiertos. Lo que hay que hacer es muy delicado. La vida de Magnus depende de ti.

¿Un duelo a cuchillo con la muerte?

Esto sí me hizo despertar. Es que no soporto mucho las culpas y me pareció escuchar que si se moría mi amigo, yo tendría la culpa.

-¿Qué le pasa a Magnus? – pregunté con los ojos bien abiertos-.

-Berengarius nos ha mandado su medicamento. Debes aplicárselo.

-¡Que suerte! Al final llegó. ¿Cómo es eso de que Berengarius quiere que yo lo aplique?

Mi Maestro me extendió la carta de Berengarius. La leí y antes de terminar Paulus Romanus ya me estaba mostrando el cuchillo y el jamón.

-¿Estos son los remedios? ¿Un cuchillo? ¿Habrá un duelo a cuchillo con la muerte? ¿El jamón es para todos?

-Tranquilo. Tu imaginación hoy está más suelta que de costumbre.

-¿Berengarius estará bien enterado de lo que tiene Magnus?

- Berengarius sabe que se trata de una herida pustulenta -me contestó mi Maestro- y lo que dice es que si no hemos podido curar la herida con medicamentos, probemos con el fuego. El cuchillo no es para cortar, es para poner al fuego. Es el hierro que va a llevar fuego a la herida de Magnus para consumir la pudrición y permitir que cicatrice de una buena vez.

-Tienes razón, Maestro -me apresuré a confirmar para no quedar como que siempre ando un poco lento y confundido- en mi pueblo se usa quemar las heridas rebeldes. Las quemaduras son dolorosas pero no se pudren. Pero... ¿Cuál es el calvario que me falta?

- Todos están durmiendo la mona menos Astrid y la señora Liv. Ellas nos esperan en la carreta. Hay que proceder lo más rápido posible, antes de que despierte Melgarejus y quiera ver si Magnus está curado después de la purga y del opio. Espero que tampoco se despierte su sargento y quiera conocer de qué Santo era la vela que le partiste en la cabeza.

-¿Yo le partí una vela en la cabeza a ese grandote?

-Para contarte lo que has hecho ayer necesitaría dos o tres días... Ahora despábilate y vamos que debes aplicar el remedio.

-¿Qué?

-Sí –me respondió Paulus Romanus –. Mi estado sacerdotal me prohíbe ejercer cualquier acto relacionado con la cirugía. Astrid y la señora Liv son mujeres. Y que yo sepa no hay nadie más disponible, salvo que quieras que lo haga Melgarejus...

Y así, sin comerla ni beberla, me vi lavándome las manos para hacer la cura de Berengarius a mi amigo.

No es lógico reírse a las carcajadas del cirujano que lo va a operar a uno...

Al entrar en la carreta, Magnus y Astrid se largaron a reír a las carcajadas y la señora Liv se tapaba la boca con una toalla. No podían parar. Yo sonreía tontamente con el cuchillo en la mano, como si fuese un palurdo de feria. Cada intento mío de preguntar por qué se reían desataba nuevas carcajadas. Al final mi Maestro impuso silencio.

-Termínenla. No tenemos tiempo -dijo, poniendo cara de serio-.

-¿De qué se ríen? -pregunté azorado-. No entiendo nada. Quisiera verlos a ustedes con las purgas que me puso Melgarejus.

-No creo que se ríen de las purgas. -me corrigió Paulus Romanus –. Y ustedes, olviden por un rato lo que pasó que tenemos cosas importantes que hacer

-Yo voy a tratar de olvidarme -me contestó a las risas Astrid –. No va a ser fácil. No todos los días aparece un cantor tan bueno y un bailarín capaz de dar saltos de dos o tres veces la altura de la carreta.

-Nunca vi un loco tan loco -acotó Magnus, interrumpiéndose por accesos de risa-. Creo que es la mejor medicina que he recibido en los últimos tiempos. Me duele la mandíbula de tanto reír.

-¡Y todo desnudo! –Señaló la señora Liv, tapándose la cara con un lienzo –.

-... Yo no me acuerdo -mascullé-. No puede ser... No me acuerdo. ¿Fue así o me están tomando el pelo?

-Bueno –cortó – Paulus Romanus. Tenemos poco tiempo. Aprovechemos que duermen

-Yo estoy dispuesto. Y no voy a gritar... más de lo necesario -aclaró Magnus-

- Astrid, te vas a quedar en la puerta por si viene Melgarejus o su sargento -daba órdenes Paulus Romanus–Ya sabes lo que tienes que hacer si se acercan: Muéstrate enfurecida por que no te dejamos entrar, peléate con ellos y gana tiempo para nosotros. Usted, señora Liv, tenga a mano el agua fría para lavar prontamente la quemadura. Berengarius dice que tenemos que bajar el calor de la quemadura con agua fría. Tú, prepárate que ya pongo el cuchillo al fuego.

¿Quemar a un amigo?

Paulus Romanus revolvía los carbones ardientes que habían traído en un braceró y daba vuelta el cuchillo, cuya hoja iba tomando un color negruzco. Yo transpiraba y no quería mirar a Magnus a los ojos. De pronto sentí que me tomaba la mano y me guiñaba un ojo. Paulus Romanus tomó un jarro con acquavit y le hizo beber.

-Bebe a nuestra salud –dijo- y pídele a Dios que nos cure a todos de nuestros males, especialmente a nuestro hermano copista del miedo que tiene a equivocarse con el cuchillo.

Seguramente estas palabras no estaban dirigidas a mi valor, sino a las dudas y protestas que me venían desde adentro: ¿Por qué tengo que ser yo? ¿Tengo que aplicarle el cuchillo al rojo vivo en la herida? ¿Y si me equivoco? ¿No es demasiado grande el cuchillo? ¿Cómo tengo que apoyarlo? ¿Lo hago todo en un solo golpe? ¿Cuánto tiempo lo dejo apoyado? ¿La punta para que lado la pongo? ¿Y yo ando con estas dudas mientras mi amigo se tiene que aguantar que le queme una herida profunda?

Mi Maestro no escuchó las dudas que no pronuncié y en consecuencia no las respondió. En lugar de ello, tomó un trapo, me lo puso en la mano y me llevó la mano hacia el cuchillo. Antes de que me diera cuenta tenía algo muy caliente en la mano –me quemaba- y enfrente de mí se hallaba la herida sanguinolenta y de asqueroso aspecto de mi amigo querido. Paulus Romanus le acercó una punta de la almohada para que la mordiera y no gritase mucho. En ese momento se oyó un griterío afuera. Sobresalían la voz de Astrid, las órdenes de Melgarejus y las maldiciones del sargento.

Dar todo por el amigo y algo más

No sé de donde saqué fuerzas, pero sin que me temblara el pulso coloqué la hoja ardiente sobre la carne. Un chasquido como de cosa que arde nos envolvió y un humo blanco y denso comenzó a salir de donde yo apoyaba el cuchillo. Un color oscuro recubrió toda herida y el grito apenas ahogado de Magnus anunció que se había desmayado de dolor. Un olor a carne quemada inundó la carreta y nos hizo retorcer las narices.

Afuera seguían los gritos y la puerta era zamarreada con fuerza. La señora Liv echó agua helada sobre la herida y una convulsión conmovió el gran cuerpo de Magnus, empapado en transpiración.

La puerta se abrió y mientras yo escondía el cuchillo detrás de mí, escuché que Melgarejus gritaba.

- Esa loca no nos dejaba entrar. ¿Qué son los gritos que escuchamos? ¿Qué han hecho con mi enfermo? ¿Qué es este olor a quemado? ¡Esto huele a carne quemada!

Fue un momento de lucidez de mi Maestro. Mientras Melgarejus protestaba y nos incriminaba acercó su mano al caldero y se quemó. Yo lo veía hacer y me dolió. Después con gran tranquilidad y sin inmutarse por el dolor que debe haber sentido, extendió su mano y mostró su quemadura.

-Fui yo el que grité. Pensé que era bueno que Magnus tuviera un poco de calor en la habitación y traje un brasero. En un descuido me quemé y por eso grité. Disculpa si te puse nervioso -¡Qué nervioso ni nervioso! Estoy un poco desorientado... Cosa que no es muy común en mí. Ayer no más estaba purgando a Magnus y dándole un poco del opio de Cristo de mi invención y lo único que me acuerdo es de que se nos escapó como un poseso y que al correrlo me debo haber golpeado la cabeza al entrar en la carreta. No me acuerdo de nada, pero esta mañana me desperté con olor a opio y con un inmenso dolor de cabeza. A mi sargento le ha pasado algo parecido... ¡Pero aquí hay olor no sólo a carne quemada, hay olor a trapo quemado...!

Atrás de mí había una humareda. Cuando entró Melgarejus no tuve mejor idea que esconder detrás de mí y muy cerca de mi hábito, el cuchillo con el que había quemado a Magnus. Demasiado cerca... Al escuchar las palabras de Melgarejus y ver el humo a mis espaldas me asusté y escondí más adentro el cuchillo. Lo único que logré fue acercarlo a la cola y sentir fuego en la nalga. Dejo constancia de que yo también me tragué el grito de dolor, pero nada pude hacer con dos lagrimones que saltaron de mis ojos.

-Cuando tropecé y me quemé, alguna brasa se le debe haber metido en el hábito al muchacho -explicó mi Maestro, mientras me tiraba una palangana de agua helada-.

El agua me alivió el dolor de la cola, pero no alcanzó para disminuir la vergüenza de sentirme tan idiota. Suerte que sirvió para desviar la ira que tenía acumulada Melgarejus, quien maldiciendo a los novicios, a los frailes y a los Príncipes, prefirió mirar la herida de Magnus.

El tratamiento fue milagroso

-El tratamiento ha sido exitoso –pontificó engolado-, todavía tiene los efectos del láudano con acquavit, por eso duerme, pero veo que ya no tiene fiebre, que se ha aquietado su mente y ya no está poseído por la melancolía. Por eso su rostro está en paz, su cuerpo ha exudado los malos humores del alma y su herida está distinta, en franco proceso de curación, sin los signos rojos de formación purulenta. El color marrón es porque se está mezclando el pus con la sangre y triunfando la sangre. En pocos días volverá a estar bien y me lo deberá a mí... y a la ciencia.

-Ha sido casi un milagro -señaló Paulus Romanus-.

-Cuando se desconocen las causas naturales se habla de milagro -corrigió Melgarejus-. Te perdono porque eres lego en medicina. Fuiste testigo de la cura.

-Perdón -señaló mi Maestro, para mí con un dejo de ironía-, me refería a una cura milagrosa.

Melgarejus sonrió y antes de salir de la carreta ordenó a la señora Liv que no tocara a su enfermo y al sargento que recogiera todo su instrumental. Éste juntó todas las cosas, las puso en el gran maletín del médico y con esfuerzo sacó la máquina infernal de poner enemas.

Cuando hubo salido, mi Maestro me abrazó con una sola mano y yo pude responder apoyado en una sola pierna. A pesar del dolor, ambos nos reímos y nos quedamos disfrutando de haber superado tantas cosas. Fuimos interrumpidos por los gritos de Astrid:

-¡Ustedes a los besos y abrazos y Magnus boqueando!

Cuando constató que no boqueaba sino que roncaba placidamente, se unió a nuestro festejo. Yo vi en sus ojos que le llamaba la atención que respondíamos esquivamente a sus abrazos. Paulus Romanus le contó lo de su mano y lo de mi cola, y Astrid se puso a besar nuestras tonsuras con afecto. Lástima que enseguida mostró la hilacha y comenzó a reírse y a comentar con la señora Liv, que se trataba de un castigo mandado desde Roma por tener con nosotros un fraile saltimbanqui y bailarín nudista, cantor de obscenidades, borrachín y amigo de los muchachos del puerto.

Al bajar de la carreta nos encontramos con todos los soldados de Magnus que querían saber novedades de su Príncipe. Cuando Paulus Romanus les hizo señas de que no hicieran ruido, que el Príncipe estaba mejor y descansaba, todos aplaudieron sólo con los ojos y se concentraron en mí. En silencio me hacían señas de que bailara, de que cantara, y un par de sinvergüenzas hacía alusión a mis desnudeces y -según ellos -a exceso de tamaño- cosa que

no acepto, ni comparto, y que en caso de ser cierta, no es mérito mío, y aunque me llena de orgullo, estoy dispuesto a no usar esos elementos, si la Virgen me ayuda.

Discriminación en la cura

Han pasado días ya desde que Melgarejus retomó su camino y volvió a la Corte. Con él marchó su sargento, quien hasta el final, cada vez que me veía se paraba a mirarme tratando de recordar algo malo que le habían hecho, donde parece que yo tenía algo que ver.

Ha vuelto la felicidad a nuestro campamento. Magnus se ha recuperado y todos estamos felices con él. Si Berengarius recetaba la risa como remedio para las afecciones, éste hombre la tiene fácil y parece que yo le he dado bastantes motivos con lo que me pasó estos últimos días. Cuando le contaron cómo me quemé la cola, casi se cae de la cama. Astrid debe andar bien de salud también, porque cada vez que me ve se ríe a carcajadas y se tapa los ojos. Me dijo que está tan agradecida conmigo por lo que hice por Magnus, que ha prometido mil veces no reírse más de mí, pero no aguanta. Mi Maestro, por su lado, dice que le he enseñado más que todo lo que él había leído sobre los éxtasis sobrenaturales. Dice que nadie ejemplificó mejor cómo el Rey David bailó de alegría ante el Arca de la Alianza.

Y yo sigo igual, con mi crónica a cuestas, que tantas veces debo suspender. Por ejemplo ahora, porque es la hora de las curaciones. Astrid y la señora Liv se desviven lavando una y otra vez las heridas de Magnus y de Paulus Romanus... Pero a mí me arreglan acercándome una palanganita y yéndose a las carcajadas, a pesar de mis protestas de que a nadie le importa la cola quemada de un pobre copista dominico.

Terminé de escribir este capítulo en las cercanías de Mo i Rana, a los Veintisiete días del mes de Septiembre, en el año treinta de la fundación de nuestro Convento de Mildal.

Yo, el copista

Sexta parte: La Bienvenida y el Adiós

¡Nidaros!

Hace días que andamos ya por el centro de Noruega. Magnus está totalmente restablecido y con él han vuelto los juegos, las charlas y las risas que nos habían faltado durante su enfermedad. El paisaje de esta parte del país es increíble para alguien que viene de los hielos. A veces me paro a mirar los bosques, la vegetación que cubre todo y las flores. El calorcito del final del verano convierte estos lugares en jardines de montaña y mar.

Estamos ya acercándonos a Trondheim. Esta ciudad, la mítica Nidaros, es muy importante para nosotros. Fue allí, que murió en batalla, el Santo Rey Mártir, Olaff. Sobre su tumba se construyó la iglesia más inmensa de todo el norte, que nada tiene que envidiar a las grandes catedrales de la Cristiandad, la *Nidarosdomen*, la inmensa catedral de las dos torres adelante y una atrás. Allí están el relicario del Santo Rey, la cruz de plata, su lanza y su hacha. Allí se decidió la cristianización de nuestro pueblo. Allí se elige y se corona a nuestros Reyes. ¡Nidaros! Mi alma se estremece. ¡No lo puedo creer! ¡Estoy llegando a Nidaros!

En una mañana llena de sol y de lento avanzar, mientras estábamos saliendo del poblado de Hell, nos sorprendieron el sonido de unos tambores y el tronar de unos cuernos de guerra. Todos nuestros soldados se tensaron en sus caballos cansados y aguzaron el oído hacia esos llamados de guerra. Mi Maestro y yo nos mirábamos extrañados. Magnus vino hacia nosotros con la sonrisa de oreja y nos gritó:

-¡Es nuestro ejército! ¡El Rey anda con ellos, por eso suena así!

-Pensé que los íbamos a encontrar en Trondheim -señaló Paulus Romanus mirando ansiosamente hacia adelante-.

El Rey y la Reina salen a recibirnos

-Me parece que han salido a nuestro encuentro -dijo Magnus a los gritos-.

-Me podías haber avisado. Estoy toda despeinada -protestó Astrid-.

-Arréglate bien porque me parece oír unos tambores pequeños que anuncian que la Reina viene con ellos.

Astrid se zambulló dentro de la carreta y a la distancia escuchamos sus protestas de que no tenía ropa, que le tenían que haber avisado, de que justo se iba a encontrar con la suegra con las mechas sueltas, que todos los hombres son iguales y que iba a presentarse como una

pobre provinciana, en lugar de mostrar la belleza e inteligencia de toda una hija del Arthur Larsen de Mildal.

Magnus se encogió de hombros y a las risas se fue a encontrarse con sus padres. Con los ojos seguimos su loca carrera a caballo, pero con los oídos escuchábamos los ruidos de trajín en la carreta. Al rato, se asomó Astrid y nos dijo:

-Cada vez se los oye mas cerca. La carreta está llena de ropa por el suelo y yo no puedo estarme quieta de los nervios. Prefiero bajar y despeinarme y no quedarme arriba tropezando y comiéndome uñas.

Astrid resplandeciente

Nunca la había visto tan linda a Astrid. Tenía color en las mejillas, un brillo especial en los ojos y un vestido que nunca había usado, de color verde, lleno de encajes blancos, sujeto al cuerpo por un cinturón finito de seda celeste, lleno de piedras brillantes. Se había puesto un sombrerito de forma cónica del cual pendía un velo blanco azulado y en su mano lucía un anillo hermoso de oro, del que nos había hablado mucho durante el viaje y que era el regalo que le hizo su padre a su madre cuando nació ella.

Yo soy un pobre copista, aprendiz de fraile y que apenas sé escribir, pero me gusta ver las tormentas de verano: su fuerza, su belleza, el poder que emana de ellas y la gracia de sus rápidos y nerviosos movimientos. Así estaba Astrid. Parecía más que una imagen de la Señora, una estampa de las diosas griegas.

-¡Qué suerte que tienen ustedes los hombres -nos dijo- que no tienen que rendir examen frente a las suegras. En la primer mirada pueden decidir si la vida te va a ser fácil o complicada...

-Para nosotros, los frailes, La Virgen es como una suegra amorosa -dije yo, queriendo ser ingenioso-.

- Para tener de suegra a la Virgen -me contestó Paulus Romanus- te tendrías que haber casado con una hija de Ella... Te pido que no lo digas en voz alta porque serías cuñado de Nuestro Señor, no sé qué del Espíritu Santo, entrarías en la línea sucesoria del propio Padre Eterno y llenarías de confusión a la toda la cristiandad...

-Algún día se va a saber... -señalé yo- haciéndome el interesante y logrando que mi Maestro se riera a las carcajadas, mientras Astrid nos insultaba, diciéndonos:

-Ustedes, los frailes, son peores que los hombres. En vez de ayudar a una que anda nerviosa, hablan de sus cosas y no se compadecen de la desgracia ajena.

No pudimos seguir mucho con nuestra chacota porque al subir a un montecito vimos que por el camino aparecían soldados, estandartes, carretas y una avanzada que venía al galope hacia nosotros. En medio de ellos descollaban nuestro gordo Rey y Magnus, que venía con la cabellera al viento y gritando de alegría.

Nosotros estábamos de pie al lado de Astrid y presenciábamos como el Rey desmontaba. Cuando llegó donde estábamos le estampó a Astrid un beso en la mejilla que resonó en el valle. Le deseó la bienvenida en un abrazo al que incorporó a Magnus. Después saludó a mi Maestro dándole calurosamente la mano. A mí me dio un puñetazo cariñoso que casi me sienta de traste.

El Rey cree que somos sanadores

-Me contó Magnus – nos dijo a los gritos- que ustedes lo curaron. Ya que son sanadores, van a tener que curarme un viejo dolor de espalda, del que no hablo para que Melgarejus no me llene la panza de agua y porquerías.

Yo respondí con mi habitual respuesta: Me puse colorado. Por suerte el Rey se puso a contar como su esposa, al enterarse de que Magnus estaba enfermo había decidido ir a buscarlo y juntos se largaron a encontrar a su hijo. No esperaba verlo tan bien restablecido. Después nos pidió que lo acompañáramos hacia donde estaba la Reina. Yo le presté mi caballo a Astrid y subí a la grupa del de mi Maestro.

Todos cabalgaban rápido y muy felices, salvo yo, que no estoy acostumbrado a andar en la grupa y menos al galope y que tengo mi cola recién cicatrizada. Les puedo asegurar que en todo momento pensé que terminaba en el suelo. Mi Maestro en vez de ayudarme, me gritaba que no lo estrujara con mis abrazos desesperados que lo dejaban sin respiración. Yo recé a San Francisco, el patrono de los animales, que le pusiera algo blando en mis asentaderas o en cada pata que apoyaba la bestia. Cada vez que me enderezaba para no caerme de un lado, aparecía colgado del otro. No sé cuanta distancia recorrimos, para mí fue como medio año de purgatorio. Cuando desmontamos, mi Maestro me miró raro y haciendo gestos raros con las dos manos, me preguntó:

-¿Qué te pasaba? ¿Estabas soñando otra vez?

- Para usted es fácil -le contesté corrido-. Tenía los pies bien apoyados en los estribos, una de las manos agarrada a la montura y la otra con las riendas. A mí, lo único que me relacionaba

con el caballo era mi cola, que todavía está... un poco sensible. Muchas veces pensé que la iba a tener que buscar cerca de algún hormiguero.

-Sentí que me abrazabas como si no me vieras desde hacía diez o veinte años -protestó mi Maestro-.

Lo abracé -dije yo confesando toda la verdad- como si fuese la última vez que lo veía a usted y a la vida entera.

El Rey pide paz y la Reina recibe a Astrid

La avanzada de nuestro ejército estaba viviendo a Magnus y a su futura princesa. Me emocionó ver esos bravos grandotes gritando “Bienvenida” a Astrid y aclamando a su Príncipe. Nuestro gordo Rey estaba exultante. Haciendo caracolear a su caballo se dirigió hacia su Reina. Los soldados hicieron resonar sus espadas golpeándolas contra sus escudos, mientras gritaban “¡Por *Norge* y por el Rey!”

La Reina había hecho armar una pequeña tienda abierta, que la protegía del sol. Era una hermosa vikinga, alta, fuerte, de ojos azules, con el cabello que empezaba a platearse. Estaba radiante y se la notaba también ansiosa. Algunas Damas que la acompañaban se esforzaban por mirar con un ojo lo que deseaba su señora y con el otro ver cómo era la novia que había elegido Magnus.

El Rey se acercó a su esposa y le sonrió retorciéndose los bigotes:

-Ahí viene tu benjamín. Ya he cumplido mi palabra. Hoy la fiesta es de bienvenida del hijo. Espero que mañana sea la fiesta de la vuelta del esposo.

La Reina se rió, lo tomó de la mano y se quedó como alelada viendo acercarse a su hijo. Este desensilló y ayudó a bajar del caballo a Astrid. Luego la tomó dulcemente de la mano y con la sonrisa más compradora que yo haya visto en mi vida, la acompañó ante su madre. Frente a ella hizo como que le iba a hacer una reverencia y de repente tomó a la Reina en sus brazos y la levantó como si fuese una pluma, en un abrazo de oso, y la hizo bailar en redondo. Su madre gritaba de alegría y lo regañaba de amor. Hacía rato que madre e hijo no se veían. Se notó en las caricias que se daban y en las miradas dulces, que los alejaban del tiempo y de nosotros, que nos habíamos acercado hasta ellos porque el Rey nos hacía gestos de que viniéramos a su lado.

-Si quieren, podemos volver mañana –dijo el Rey- riéndose y sumándose a los abrazos.

- Preséntame a la muchacha -dijo la Reina-. Ya veo, sinvergüenza, que no has desperdiciado tu tiempo.

-Esta es Astrid, mamá -dijo Magnus con orgullo y afecto-.

La Reina se acercó a Astrid, a quien vi tímida y asustada por primera vez, y le ofreció la mano. Astrid se la tomó para besarla, pero fue interrumpida por un gesto y una pregunta.

-¿Te consideras digna de mi hijo Magnus?

Yo me quedé frío y pensé en un dicho que tenemos en mi tierra: “Ahora se pudre el arenque”. Vi a Magnus que palidecía, al Rey que se ponía serio y a las Damas de compañía lívidas. Hasta mi Maestro levantó las cejas.

... Creo que sí, señora... -fue la respuesta balbuceada por Astrid-

-La abuela de Magnus -la interrumpió la Reina- me hizo la misma estúpida pregunta y yo le contesté algo parecido. Ven a mis brazos, que es un juego, mi niña. Si Magnus se fue al fin del mundo para buscarte, es porque te ama. Bienvenida seas a nosotros, que la felicidad te acompañe con mi hijo y... con mis nietos.

La vieja Reina abrazó a Astrid con tanta fuerza que le hizo caer el sombrerito cónico. Nuestro viento noruego hizo que la rubia cabellera de Astrid cubriera a las dos mujeres y que todos nos emocionáramos, más aún cuando Magnus se unió al abrazo, y luego el padre. En ese momento yo estaba disimulando una lágrima poco varonil, cuando la manaza de Magnus me hizo entrar en el abrazo real.

La familia real se amplía

-¿Y éste quien es? -preguntó la Reina, acariciando mi cabeza, pelada y colorada-. ¿Es un hermano de Astrid?

-Es el copista. Mi hermano y amigo -dijo Magnus-, quien me salvó la vida varias veces.

- No sabía que tenía un hijo fraile. ¡Lo que una aprende en la vida! –dijo la Reina, mientras me besaba.

Yo, que soy tímido y callado no contesté, pero no sé porque lo tomé del hábito a Paulus Romanus y lo uní al abrazo.

-¿Y éste es el padre del frailecito copista? –comentó a las risas la Reina.

No sé bien cómo, pero al rato el abrazo se fue haciendo inmenso. Astrid la hizo entrar a la señora Liv, el Rey a su general en jefe, éste al sargento que estaba a su lado y así se fueron

sumando todos. Cuando el ejército real de Noruega se meneaba como danzando y cantando con vos ronca “bienvenida princesa”, mi Maestro me sacó del torbellino y se fue caminando conmigo hacia un costado.

El único consejo de mi Maestro

-La vida en la corte no va a ser siempre así -me dijo-. La vida es difícil en todos lados. Te voy a decir una cosa mala y una buena, y te voy a dar un consejo.

-Sí, Maestro -contesté lleno de ansiedad y secándome lágrimas tontas-. Te escucho.

-Hijo mío: La mala es que vas a tener que decirle adiós a esta Crónica. La buena es que escribirás las Crónicas del Rey Magnus. En este nuevo camino no va a estar a tu lado tu querido Santo Tomás de Aquino. Tu compañera va a ser la vida. ...Mi único consejo es que no pierdas la mirada de niño, la que se sorprende ante las cosas hermosas y buenas.

Paulus Romanus me abrazó y otra lágrima tonta me saltó al sentir que me apretaba contra su pecho.

Terminé de escribir esta Crónica, el día del compromiso del Príncipe Magnus con la princesa Astrid y de la proclamación de mi amigo como Príncipe heredero de la corona de Noruega. Yo, el copista

He vuelto a leer estas páginas casi cuarenta años después que las escribí. Muchas cosas han pasado en Noruega. “Magnus es el gran Rey del Norte, hombre sabio, valiente y bueno, cuyos dominios hasta el sol termina exhausto al recorrerlos,” como he escrito en el Libro III de los Anales Reales.

Ya soy un viejo cronista, que tenía la intención de leer y después destruir estas páginas juveniles. Pero no lo voy a hacer. Por algo las guardé tantos años... No son mías. Son de un joven copista que existió hace mucho y que, en este mundo donde las grandes seguridades de ayer se tornan inciertas, y las profundas convicciones de hoy están a un paso de las dudas de mañana, me dejó algo de su mirada de niño.

Yo, que fui el copista.